

...A

...A

...A

DE  
OLID

6

TECA

F  
3  
692

Museo Arqueológico

VALLADOLID

Núm.

1518.0.674

1835 -







LOS GRANDES ORADORES

DE

**GRECIA Y ROMA.**

LIBRO DE CUENTA Y RAZÓN  
GRACIA Y ROMA.

2 000



528

Sy. 786

LOS GRANDES ORADORES

DE

Grecia y Roma.

ESTUDIOS HISTÓRICOS CRÍTICOS Y DOCTRINALES

POR

A. Bravo y Tudela.



VALLADOLID:

IMPRESA, LIB. Y ALMACÉN DE PAPEL

de Hijos de J. Pastor,

IMPRESORES DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS.

Cantarranas, 26.

1886.

~~~~~  
*Esta obra es propiedad  
de su autor quien se reserva  
los derechos que la ley le  
concede.*  
~~~~~

AL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS  
DE  
**VALLADOLID.**

HOMENAJE Y RECUERDO CARIÑOSO DE LA MAS ALTA  
ESTIMA Y CONSIDERACION:

*El autor.*

COMISIÓN DE  
MONUMENTOS



VALLADOLID



## CARTA-PRÓLOGO.

(1) Valladolid 1.º de Mayo de 1886.

*Sr. D. Antonio Bravo y Tudela.*

*Muy Sr. nuestro:* Al aceptar esta Corporacion la obra que V. tan cariñosamente la dedica en prueba de consideracion y respeto no ha de limitarse, satisfaciendo solamente las exigencias de una conveniencia social, á enviarle un testimonio de gratitud, fórmula sin fondo las más veces, apariencia vana en otras de algo que no se siente, y que tan corriente y acostumbrada es en estos tiempos en que un falso concepto

---

(1) Hay un sello marginal que dice «Colegio de Abogados de Valladolid.»

de la culta tolerancia lo convierte en pervertido positivismo del egoísta que nunca dice ni siente la verdad á cambio de no alterar los logros tranquilos de su utilidad, sino que sintiendo el ánimo dulce y gratamente impresionado por la lectura de su trabajo, manifestarse debe tal cual en la intimidad de su sér se experimenta; enviar el entusiasta y sincero aplauso al docto é integérrimo magistrado, que al lado de sus funciones augustas en la administracion de justicia, dedica su incansable laboriosidad á sérios estudios sobre la elocuencia de los *tiempos clásicos*, en los que se le vé inspirarse en los altos ideales, en los nobles y levantados propósitos que alientan al alma generosa y pura, libre de las miserias y pequeñeces de una práctica casuística y corruptora.

Digno de encomio es ciertamente traer al presente relevantes tipos y ejemplos del pasado que, al par de testimonios vivos de la verdad eterna é inmutable, sirvan de estímulos y poderoso contraste, dando direccion cierta y segura al ánimo atormentado en la edad actual por ese maremagnum que le confunde y anonada sin

dejarle tiempo ni espacio para elevarse á lo superior y general, á lo sintético y fundamental.

Así, y por ese oportunísimo trabajo la juventud que viene al estadio de la vida pública tendrá provechosa enseñanza en el tipo y concepto del orador y de la elocuencia que se le ofrece noble, digno y elevado por el pensamiento y por la forma, é inspirado siempre en los superiores moldes de verdad y de justicia, norma del mundo y de la vida.

No es en efecto la elocuencia arte de engaño y apariencia, ni su concepto consiste solo en la forma más ó menos ataviada y vistosa que deslumbra y hasta arrebata por las galas, impresionando la imaginacion, ni tampoco puro artificio retórico en que la medida y la cadencia dan placer al oido, sin llegar al corazon que siente y á la razón que piensa, que se persuade é informa en sus determinaciones, sino que en ella la idea y el pensamiento entran como contenido y sustancia, formando entonces el don semi-divino que eleva al hombre al trono de sus facultades, realizando el bien en uno de sus mas principales aspectos. Así, y solo así concebida la elocuencia,

como V. la define y comprende en su concienzudo trabajo, ofreciendo provechosísima enseñanza á la juventud impedirá la insustancial locuacidad en que por muchos se hace consistir la oratoria, trayendo las inteligencias al recto camino para formar oradores que sean columna y sosten de la verdad y de la justicia, en vez de charlatanes y habladores, sofistas y mistificadores de tan grandes principios.

De igual manera aplaudirá la provechosa enseñanza que ofrece en el delicado perfil en que encuadra la figura del orador presentándole como la encarnación constante de esos nobles y levantados ideales, llamándole *vir bonus dicendi peritus*, porque ese es el tipo y concepto del orador.

Quien no siente dentro de su sér el sacro fuego de esas verdades superiores, quien no percibe ni informa su vida toda en sus brillantes moldes no puede alcanzar con su mirada los luminosos horizontes que le ofrecen, no puede comunicarse con el sentimiento general que instintivamente los siente y proclama como lazo y fondo común, ni puede conmoverle dándole los



vuelos de la pasión y del sentimiento, ni puede, en fin, dar á su palabra el calor y los acentos de verdad que se impone y arrastra á todas las voluntades. Preciso es que el orador lleve ante su auditorio estas condiciones personales que le ganarán la mitad de su camino, pues, como dijo el satírico latino «*si vis me flere dolendum est primum ipsi tibi tum tua me infortunia ledent.*» Buena prueba de ello se ofrece en el trabajo de V. con las figuras de Demóstenes y Ciceron, que inspirados en las altísimas miras de la libertad de la pátria de la que siempre fueron decididos campeones con su palabra ardiente, poderosa, incontrastable, detienen ó desbaratan los sediciosos planes, los destructores proyectos de Filipo y de Catilina, concluyendo con ellos la série de oradores, porque entonces mueren ó se oscurecen grandemente esos ideales al extinguirse la autonomía de la Grecia y el sentido de la libertad y del público derecho en Roma con su absorcion en el imperio.

Por esto entiende esta Corporacion que al realizarse en su obra estas levantadas aspiraciones en una forma correcta, estilo elegante y

diccion pura, con gran cópia de datos y envidiable erudicion, al par que con atinadas y profundas observaciones de severa é imparcial crítica literaria é histórica, se presta importante y valioso servicio á las buenas letras y á los estudios sérios, acrecentando al par los merecimientos de su autor, ya bien conocido en anteriores y variadas publicaciones, en las cátedras del Ateneo y en la Comision general de Códigos de que fué digno secretario en algun tiempo.

Y este Colegio que siempre se ha honrado con la cordialísima amistad y buenas relaciones de la Magistratura de esta Excma. Audiencia, de alguno de cuyos dignísimos individuos de inolvidable memoria conserva en su Biblioteca testimonio elocuente de cariño y consideracion, ve en esta dedicatoria un nuevo y poderoso vínculo que le obliga y gustoso acepta para con esa Magistratura.

Acepte V., pues, el testimonio de gratitud que esta junta en representacion del Colegio le envía, en la seguridad de que su obra figurará en lugar preferente de esta Biblioteca y su recuerdo siempre cariñoso en la memoria de

todos los Colegiados y especialmente de los de esta Junta que personalmente se ofrecen suyos afectísimos S. S. Q. B. S. M., *Demétrio Gutierrez Cañas*. — *Eladio García Amado*. — *Tomás de Lescano Hernandez*. — *Felipe Fernandez Vicario*. — *Teodosio Infante Paniagua*. — *Ricardo Barrigon*. — *José Almoína Caballero*.

---



## INTRODUCCION.

---

### I.

Siempre que estudiamos al hombre; siempre que intentamos darnos cuenta de las relaciones de su organismo con los fenómenos que patentizan sus elevadas dotes de inteligencia y sensibilidad, tropezamos con grandes é insoldables misterios.

Misterios que nos alientan y vivifican; que nos empequeñecen y anodadan.

Misterios que nos permiten levantar reconocidos al cielo nuestros ojos, ó nos obligan confundidos y avergonzados á bajarlos hacia la tierra, como si ésta fuese el principio y el fin de todas nuestras ilusiones, de todos nuestros delirios y esperanzas.

Hay en nosotros nobles y generosos instintos; elementos de vida destinados á no sucumbir jamás; atributos superiores, que sólo pueden habernos sido otorgados por una mano omnipotente y divina:

Y á cambio de esos privilegios, de esos dones, de esas facultades, anacronismos que se traducen en pasiones, en vergonzosos instintos, que rebajan nuestra dignidad y marchitan de continuo las egregias facultades del alma.

Menester es, para no caer en las aberraciones de la duda ó en los abismos de la indiferencia, que nos remontemos más allá del mundo en que nace, en que vive, crece y muere la materia; que nuestro espíritu, para poder explicarse esos misterios, esos anacronismos, esas contradicciones palmarias de nuestro sér, rompa con sus brillantes y doradas alas la grosera cárcel en que está encerrado, y levantando el pensamiento á más nobles y trascendentales propósitos, busquemos el fundamento, la esencia de los atributos que nos distinguen de los demás séres que pueblan el universo, en algo superior, en algo que nos ha sido concedido para merecer y alcanzar dicha más cumplida de la que nos es dable disfrutar en las breves horas de nuestra peregrinacion sobre la tierra.

## II.

*Idea, verbo, razon, pensamiento*, voces, términos son que expresan un mismo concepto; hilos conductores, por medio de los cuales se verifica, tiene lugar la representacion de los objetos exteriores en el espíritu.

*Mirada, gesto, accion, escritura, lenguaje*, manifestaciones externas de lo que pasa, de lo que se siente dentro del alma.

En conjunto, elementos constitutivos de la supremacia del hombre; ecos del mundo que suspira ó ruge dentro de nosotros; principios esenciales de la *sustancia* reflexiva, sensible y pensadora que anida en la *materia*, y cuya manifestacion es incompleta atendida la imperfeccion de los órganos de que se sirve.

El lenguaje, la voz articulada, es bajo un aspecto meramente anatómico y fisiológico una parte no más del gesto y de la accion; un sonido, el choque vibratorio del aire al pasar por la glótis, profundamente estudiado por Riherand, Berard, Gerdy, Fournier, y Muller; elevado á un concepto filosófico por Heder y Haman, fundadores de las teorías del innatismo y de la espontaneidad de la palabra, de que no nos es dable ocuparnos en este sitio.

Plutarco decia: «nadie *habla*, ni *canta* sino el hombre, á quien *los dioses* han concedido el uso de la voz articulada.»

Platon, Aristóteles, Ciceron y Dionisio de Siracusa entreven el orígen histórico y racional de la palabra, que Descartes y Leibnitz atribuyen, como Plutarco, á la divinidad; que la escuela materialista representada por Locke, Desttu-Tracy, Maine de Bivam, y áun el mismo Jouffroy, rebajan al concepto de una nueva conquista, de un adelanto, de un progreso, debido á nuestra sola y exclusiva actividad, ocasionando los sucesivos extravíos de Grim, Humbold, Bunsen, Heyse y Steinthal, todos ellos demostracion incuestionable de la imposibilidad de aclarar puntos tan controvertidos, materias tan oscuras.

Todo nace, vive y muere; solo la *palabra* subsistente á través de los siglos, llega hasta nosotros, la perciben nuestros oidos, conmueven nuestra alma, excita nuestro corazon, y por su medio el hombre, animando el mundo de los espíritus, realiza el modelo divino que siente dentro de sí, le encarna, le reviste de formas sensibles y nos le ofrece palpable, definible, real, positivo y verdadero.

*Naturaleza, hombre, inteligencia, palabra*: hé aqui, segun Berryer, cuatro principios enlazados íntimamente y necesarios para explicar la personalidad humana.

La naturaleza existe, el hombre existe, y con el hombre la *palabra* en su acepcion mas lata, la *voz*, el *gesto*, la *mirada*, auxiliares poderosísimos de ese *arte* cuya historia nos proponemos escribir por lo que hace á la antigüedad. *Arte* sublime, arte que ha menester grandes horizontes de vida, de luz, de progreso, de libertad; de lo contrario, muere, sucumbe ó se desnaturaliza y pervierte.

Sin la *palabra*, el hombre, la obra más acabada del Criador, sería la pobre impresion de un ser imperfecto: nada revelaría sus altos fines, y su existencia pasaría como pasa la de esas delicadas flores que viven solo un dia.

De la *palabra* procede casi todo el perfeccionamiento del hombre: la *palabra* domina al mundo, y la *historia de la palabra* es una de las pruebas más convincentes de la unidad de la especie humana.

La *voz* se convierte en *palabra* y el *gesto* en *accion*, cuando por su medio se expresan los sentimientos del alma.

La *palabra* en el hombre no es como el canto en las aves así es que no hay *palabra*, en la acepcion moral, filosófica y literaria bajo la cual vamos á considerarla en estos estudios, cuando la *voz*, al propio tiempo que lleva el sonido á los oídos, no lleva también el pensamiento al alma: *nisi aliquid significet, nisi aliud ad aures ferat, aliud menti inferat, verbum non dicitur*.

La *palabra*, es pues, en definitiva, algo mas que el signo del pensamiento; es su expresion y su cuerpo; irradiacion del espíritu; expresion de lo eterno y lo mudable, de lo finito y lo infinito; alma del mundo.

Cabe *idea* sin *palabra*, pero en ese caso la *idea* queda muerta, no se trasmite.



La palabra es *vida*, y de ella parte como de un manantial purísimo revistiendo formas diversas, que revelan en toda su plenitud la esencialidad del espíritu, y tocando á la parte íntima de nuestro sér, constituyen los rasgos mas esenciales y característicos de nuestra personalidad.

El medio *sensible* de toda obra ó composición literaria es la palabra.

Hay *lenguaje* en los animales, pero carecen de *palabra* que es un atributo esencial, privativo del sér racional, del hombre.

Concepto en el cual la tomamos siempre que decimos que la palabra es un *don*.

### III.

La Biblia nos dice que en un principio existía la *palabra*. Que *la palabra era Dios*.

Que Dios *habló* al *hombre*, y el hombre impuso, por su *mandato*, nombre á todas las cosas.

No satisface tal respuesta á la pregunta que dejamos consignada á los espíritus analíticos, críticos y descontentadizos de nuestros días.

Los que niegan todo dogma, toda creencia religiosa, toda revelacion, todo principio, toda esencialidad divina aquellos para quienes la *razon* lo es todo, y no ven ni reconocen en parte alguna la ley suprema, la ley divina imponiéndose como origen, como fundamento de la vida moral, de la vida de la conciencia y la vida real: para éstos la Biblia es á lo mas un libro curioso y digno de estudio como cualquiera otro.

No hablemos de los que sostienen que el hombre proviene de un sér inferior en la escala zoológica; que el hom-

bre se ha ido perfeccionando lentamente hasta llegar á lo que es hoy. Para estos la *palabra* es un lenguaje más ó menos aproximado al de los animales, lo cual vale tanto como decir, que el cerebro que piensa, el corazón que siente, el espíritu que se eleva, el *quid divinum* que cual fuego sagrado arde en el fondo de nuestro organismo, todo ello es ilusión y loco desvarío.

¡Ilusión y loco desvarío sin los cuales no habría resignación bastante para soportar el trabajo y la fatiga que en todos los momentos de la existencia nos impone la lucha incesante del bien y del mal sobre la tierra!

Hay una voz que resuena de continuo en el fondo de nuestra alma; una voz que nos grita que somos más que grosera forma ó miserable levadura.

Observando detenidamente nuestro propio espíritu, pensando un solo instante en la actividad de sus facultades, deteniéndonos ante su recíproca correspondencia, nos vemos precisados á exclamar con San Agustín: *Multa mihi super hoc obiritur admiratio, stupor apprehendit me.*

Sí: todo cuanto dejamos dicho, y mucho que pudiéramos añadir, afirma y patentiza que el hombre no ha nacido para vivir encerrado en sí mismo. Su existencia no se concibe sin la existencia de los demás; la realización de sus destinos pende de la recíproca cooperación de sus semejantes; un secreto impulso le obliga á *manifestarse* sin que el más refinado egoísmo sea suficiente para contrarestar esa necesidad que todos experimentan: *¿conceptum sermonem tenere quis poterit?*

La *palabra*, pues, no ha podido ser *inventada*, ni *adquirida*, como sostienen los que se separan de nuestro humilde criterio en estas materias.

Es un atributo inherente á la propia naturaleza del hombre; naturaleza que viene de Dios, y solo han podido ser obra de Dios.

Dada la idea del *espíritu*, nace necesaria y forzosamente la de la *palabra*.

Sin que el entendimiento forme un juicio, no se concibe la *palabra*; por eso la causa impulsiva coexistente de la *palabra* es el *pensamiento*: lo que Augusto Nicolás llama el lenguaje íntimo del alma; en otros términos, lo que nosotros llamamos *revelación*.

«Y el Señor llevó su mano y tocó mi boca, y me dijo:  
En tu boca he puesto mis *palabras*.»

Sin este don divino; sin la palabra (*Verbo*) ¿qué sería la criatura...? la ignorada planta que sin nombre crece en la inmensidad de los campos; el grano de imperceptible arena que reposa en el fondo del mar; la arista que vuela abrasadora por los insondables abismos del desierto á impulsos del huracan.

Lá imágen de Dios, de cuya reproduccion en el hombre nos habla el gran libro, se explica perfectamente en la *palabra*, como expresion del pensamiento humano; y por esto la palabra no es solo un *medio*, sino que es en si misma un *poder* esencialmente creador.

Es *efecto* en cuanto al que la pronuncia; es *causa* respecto de aquel á quien se dirige; no es la palabra, dicen los materialistas, *espíritu*; pero tampoco, añadimos nosotros, es la *materia*.

Pobres ciegos que no quieren ver, compadezcámosles sin odiarles, y procuremos en la escasa medida de nuestras fuerzas que la juventud no caiga en los abismos insondables de la duda, de la negacion y el escepticismo, que seca toda fuente de inspiracion y de arte, que mata todo entusiasmo y acaba con toda resignacion.

#### IV.

Apesar de que no se concibe ni se explica un *lenguaje artificial* resultado de un convenio más ó ménos explícito y terminante, no han faltado filósofos y filólogos que se atrevan á combatir lo que como eterna é inmutable verdad llevamos escrito con caracteres indelebles en nuestra propia conciencia.

Veamos cómo se expresan los que pretenden explicar sin la ayuda de la *revelacion* el origen del lenguaje.

El hombre, dicen, permaneció por más ó ménos tiempo *mudo* ante el admirable espectáculo de las maravillas que le cercaban.

Después la alegría, el dolor, le hicieron prorrumpir en *gritos agudos y penetrantes*, consiguiendo más tarde *inventar la palabra*, que desde entónces camina paso á paso á su perfeccion.

Hé aquí resuelto el gran problema.

¿Para qué remontarnos á regiones que engrandecen y subliman al hombre?

Contentémonos con esta desconsoladora teoría:—la palabra no es más que una consecuencia inmediata, natural, de la estructura de nuestros órganos.

Rousseau, en medio de sus extravíos acerca del origen de la sociedad, dice, «que es imposible que el idioma naciese y se estableciese por medios puramente humanos:»

Humbolt, célebre etnógrafo, á quien ántes hemos citado, asegura «que las lenguas no adquieren su desarrollo lentamente, sino que lo reciben de una *fuerza desconocida*, de la mente humana.»

La célebre Academia de Petersburgo decidió después

de una larguísima investigación, «que todas las lenguas deben considerarse como dialectos de un idioma perdido.

Merian acepta la misma proposición, rogando á los que se atrevan á dudar de la *unidad* del idioma después de haber leído á Whiter, que estudien á Goulianoff; y Federico Schlegel, si bien en un principio no se decide á hablar del idioma como un beneficio del cielo, en su última obra, que no pudo concluir, afirma terminantemente, «que el lenguaje ha sido concedido, comunicado y conferido al hombre por Dios.»

Por último, escritores nada sospechosos, Maistre, Bellanche y Lamennais, siguiendo en la cuestión que nos ocupa más ó ménos ostensiblemente las huellas de los SS. PP., consultando el gran libro donde éstos aprendieron á conocer la verdad, con cuyos brillantes resplandores iluminaron al mundo, reconocen, más ó ménos explícitamente, como *único* origen del lenguaje la *revelación*.

Bonad, al comienzo de este siglo, expuso una nueva teoría acerca del origen de la palabra.

Hé aquí la síntesis de su sistema:

—«Es necesario, dice, al espíritu alguna expresión para que tenga conciencia de sus pensamientos. Antes del lenguaje, el entendimiento se asemejaba al libro cerrado con siete sellos. El *espíritu*, sin haber oído la *palabra*, es vacío, desnudo; no existe para sí mismo, ni para los demás.

Los hombres reciben de unos á otros la existencia física por medio de la generación; la existencia moral por medio de la *palabra*. Nuestro entendimiento es un lugar oscuro donde no percibimos ninguna idea, ni aún la de nuestra propia inteligencia, hasta que la *palabra humana*, que puede muy bien compararse á la *palabra divina*, ilumina á todo hombre que viene al mundo, llevando la luz al seno de las tinieblas y penetrando hasta el espíritu por el sen-

tido del odio. Entonces cada idea, llamada por su nombre, se presenta y responde como las estrellas en el libro de Job al mandato de Dios:—Héme aquí.»

El hombre para Bonald no es más que tradición y autoridad; *inteligencia servida por órganos*. De la *palabra* provienen, según él, las controversias de los deístas y los ateos, de los cristianos y los filósofos; y la *palabra*, atendiendo su origen divino, es la única prueba positiva de la existencia de la divinidad. Teoría que conduce necesaria y fatalmente al *sensualismo*, que Bonald mismo condena en otros de sus escritores.

Por otra parte, si la palabra es tan absolutamente necesaria para la manifestación de la idea, que sin ella no se concibe la existencia de la idea misma, ¿de qué suerte dentro de todos estos sistemas, se explica la vida futura del pensamiento y la conciencia? ¿Cómo se concibe la existencia del alma, despojada por más ó ménos tiempo de los órganos de que se sirve? Ved aquí entre otras las consecuencias de teorías que comienzan por reconocer el origen divino de la palabra, pero que se pierden después, que se extravían lastimosamente, viniendo á caer en tesis atrevidas que repugnan á la razón y á la lógica.

La verdad se impone aquí por sí misma á la verdad resulta con armonía, con la razón y con la conciencia, sin que por otra parte se oponga á la revelación, quedando á la vez demostrada nuestra tesis.

## V.

Para resolver el origen de la palabra, apelan algunos al estudio de una ciencia, que no desleñamos ni tenemos en poco por cierto; que ha hecho y hace grandes progresos,

merced á las profundas investigaciones de los sabios que la han cultivado.

La *etnografía*, poderoso auxiliar para la historia, nos ofrece léjos de contradecirlas, nuevas pruebas de las verdades que dejamos enunciadas en lo que se refiere al origen comun de la especie humana y á la existencia de un *idioma primitivo*.

Leibnitz puso en el siglo XVII los verdaderos cimientos de la ciencia etnográfica, y apartándose del inútil empeño de los filósofos antiguos, dió nueva direccion á los trabajos hechos en esta materia, de suyo árida y penosa. Hervá, Pandudo, Catalina II de Rusia, Werdin, Adelong, Vater, Klaproth, Balby-Abel, Remusat, Whiter, Kennedy, Goulianoff, Merian, D'Hammer, Schlegel, Humbolt y otros, cuya cita se haria enojosa y hasta inoportuna en este sitio, han seguido más ó ménos sus huellas.

No han sido estériles ciertamente los trabajos etnográficos.

Los entendimientos que lo fian todo á la *razon*, han tenido que confesarse vencidos, y muchos han reconocido y confesado que el Creador no pudo dotar al hombre de una sensibilidad esquisita, de una inteligencia superior, de un *alma*, en fin sin darle á la vez recursos con que realizar en la esfera de la vida todas estas facultades.

El origen divino de la *palabra* se demuestra, por la misma *filología* toda vez que siguiendo su historia en una progresion ascendente se llega á un punto en el cual hay que *convenir* en que, existiendo entre los idiomas analogías marcadísimas, por más que les separen diferencias esenciales, esto no puede ménos de ser el resultado de un suceso extraño, de una gran perturbacion, de un cataclismo, en fin; presumible y casi indudable.

## VI.

¿Deberemos, despues de las indicaciones que dejamos consignadas detenernos á investigar cuál pudo ser el *idioma primitivo*? ¿Contribuiría á poner término á las disputas que ha originado esta cuestion, lo que acerca de ella pudiéramos escribir?... La controversia sobre este punto se ha considerado por algunos como peligrosa, nosotros la conceptuamos, dentro del círculo que nos hemos trazado perfectamente inútil é innecesaria.

Por otra parte el origen divino de la palabra, como expresion natural del pensamiento humano, no excluye la idea del trabajo, de la lucha y la conquista; que no es otro segun dejamos dicho el destino del hombre sobre la tierra: *militia est vita super terram*.

La palabra como vínculo de sociabilidad, como distintivo del sér racional llena su objeto aisladamente y sin auxilio del *arte*.

La elocuencia como *don*, como manifestacion espontánea libre de los efectos y las grandes pasiones, lo llena igualmente sin auxiliar alguno.

La esencia, el fundamento del *arte* no debemos sin embargo buscarlo, fuera de nosotros, sino dentro de nosotros mismos; viniendo á ser el resultado de la actividad, de la energía del espíritu aplicada á un fin, á un objeto determinado.

De la confusion de los términos nace generalmente la confusion de las ideas.

De aqui proviene y esto explica que para unos la *elocuencia* «sólo sea una facultad» y para otros «la aplicacion de las reglas del bien decir ó arte del bien hablar.» Que para



los primeros la elocuencia no se *adquiera*; que para los segundos no exista, sino se aprende.

Estrecho, limitado horizonte se ofrece ante nuestra vista si aceptando el criterio de los que combaten las reglas, lo fiamos todo á la naturaleza; invencibles obstáculos si, aguardando á poseer los preceptos que la experiencia ha sancionado como buenos, desistimos de ensayar nuestros propios recursos para expresar acertadamente lo que sentimos.

La doble acepcion que la palabra *elocuencia* tiene en el lenguaje vulgar, y aun en el de la ciencia, no debió ser nunca motivo para esa confusion que lamentamos, por cuanto arredra sin motivo á muchos, y lanza á otros indebidamente en una senda llena de escollos y precipicios.

La palabra *elocuencia* en un sentido general es todo arranque, toda manifestacion exterior de las pasiones, de los sentimientos, de los afectos del alma; en un sentido más limitado, más concreto, significa el *arte de bien decir*; «sabiduría que habla discreta y copiosamente», segun nuestro V. Granada.

Bajo el primero de estos aspectos se dice con razon que la elocuencia es una *facultad*, un *don*, un *privilegio* que existe muchas veces hasta con independencia de la palabra, en el silencio y la inmovilidad, en lamirada, en los movimientos, en la accion; elocuencia eterna, inmutable, propia de los pueblos todos; patrimonio del salvaje y del hombre civilizado; insuficiente, de corta duracion en sus efectos, figurada, ardiente, impetuosa, llena de defectos y cuya historia no se ha escrito, ni se escribirá jamás.

Bajo el segundo, la elocuencia parte de un período más ó ménos lejano, más ó ménos conocido; se manifiesta bajo formas distintas; es patrimonio de unos pocos; se aplica á los negocios; se emplea como arma de poder y de conquista; vive en las repúblicas y los imperios, se muestra grande

y sublime á nuestros ojos; digna de ser estudiada en las causas que la producen y los efectos que de ella se dejan sentir en lo que hay de mas noble y digno de la esfera de la moral, del derecho, de los medios de conseguir el bienestar de las clases todas de la sociedad.

La elocuencia en este último sentido no se limita á *convencer*, sino que tiende principalmente á *convencer*, é imponiendo silencio á las malas pasiones, á las exageradas exigencias de los unos y limitaciones injustas de los otros se deja percibir independiente, libre, franca, leal entre el torbellino y revuelto mar de encontrados afectos, de intereses opuestos y aspiraciones distintas en defensa de la verdad.

## VII.

Para formarnos una idea acabada, perfecta, de lo que podemos llamar *elocuencia primitiva*, no es necesario recurrir á libro alguno: basta observar lo que acontece en la infancia de las naciones y hoy en los pueblos salvajes; lo que vemos, así en las ciudades como en las aldeas; lo que nos enseñan todos los días el trato de los hombres, ya sean rústicos ó instruidos.

Una madre á quien arrancan para sacrificarlo el hijo de sus entrañas, el ser querido que lleva pendiente de su seno, y ve vacilar por algunos instantes al verdugo, *habla*; y habla de un modo, que aquel hombre endurecido siente correr por sus mejillas una lágrima, que su brazo se debilita, que su resolución se acaba, viendose obligado, á pesar suyo, á devolver la inocente víctima á aquella mujer que sin estudio alguno ha sabido herir las fibras más delicadas de su corazón.

El anciano que siente próximos los pasos vacilantes de la muerte, que distingue en medio del delirio y la fiebre su fría y descarnada imagen, llama á sus descendientes, les obliga á rodear su lecho para que puedan percibir sus palabras, sus postreros consejos, y esas *palabras* son siempre sublimes, arrancan ayes de dolor, grabándose para siempre por su energía en la memoria de las personas á quienes van dirigidas.

La fervorosa plegaria del navegante, que apurados todos los recursos de la experiencia, comprende que se acerca el instante supremo de la catástrofe.

Los forzados consejos que un padre dá á su hijo; un hermano á su hermano; un amigo á su amigo, para decidirle á tomar una penosa resolución.....

Estos y otros muchos ejemplos que pudiéramos aducir, nos demuestran que el primer libro que debemos consultar para el estudio de la elocuencia, es nuestro propio espíritu: *modus inveniendi quæ intelligenda sunt, et modus proferendi quæ intellecta sunt.*

El *tipo primitivo* está encarnado en nosotros, vá con nosotros y se manifiesta allí donde el hombre *siente* y *expresa*, sin sujecion á reglas, sus sentimientos.

De esta opinion son Granada, Capmany, Casas, Lopez, Martinez y Sanz, y Ortiz de Urruela entre nosotros, Berryer, Henry, Salignac de la Motte y otros autores eytranjeros que por no ser prolijo omitimos, siguiendo en este particular á los grandes maestros de la clásica antigüedad.

## VIII.

La elocuencia adquiere nueva vida, más importancia, más valor por medio del *arte*.

La palabra *arte* que precede á la voz *elocuencia*, no es más que un término que espresa la elocuencia de una manera determinada; esto es, «dirigida en su desarrollo por los preceptos de la sana razon.»

Por esto ha dicho San Agastin: *Eloquentia vero facultas dicendi est congruenter explicans que sentimus.* Definición la más completa, la mas acertada de la elocuencia, toda vez que por sí sola nos da á conocer el doble significado que esta palabra tiene, segun dejamos dicho, en el lenguaje vulgar y en el de las escuelas.

El hombre, que vive en un mundo inferior al mundo á que por iustinto aspira, no perdió por completo, al ser castigado, su facultad creadora. Consintió Dios, por un exceso de su bondad infinita, que la criatura á pesar de la caída adivinara algo de lo muchísimo que habia perdido, y el *arte* que nace en el hombre, que es la intuición secreta, misteriosa de todo lo grande, de todo lo sublime, de todo lo *bello*, al buscar la fórmula concreta, capaz de ser comprendida y sentida por los demas, se ve no obstante precisado á apelar á la naturaleza, á robarla sus colores sus sonidos, sus admirables armonías y sus encantos.

El *arte*, que tiene su origen en el alma, vive, no lo dudeis á expensas de la naturaleza. Entre la *naturaleza* y el *arte* existen relaciones íntimas, necesarias, traba enojosa que sujeta al hombre á la tierra, separándole del mundo de la idea, y le sirve al mismo tiempo para la expresion de esa misma idea; prueba ostensible de la predilección del Criador hácia su más perfecta hechura; milagrosa mezcla de un gran castigo y de un inmenso amor, que solo se concibe siendo la obra de un Dios.

Es necesario, pues, el estudio de las reglas para ser orador; no lo es tanto para ser elocuente.

La *naturaleza* y el *arte* habilmente *hermanados*, han

producido esas colosales figuras que con su palabra han asombrado al mundo.

El amor á lo bello es una aspiracion del hombre hácia una felicidad que siente perdida; no puede negarla sin contradecirse á si mismo, puesto que no sólo la *desea*, sino que la *espera*; de esta suerte la contemplacion de lo bello nos lleva á la posesion de la verdad y á la práctica de la virtud.

## IX.

*Palabra, elocuencia, arte*: hé aquí tres términos que despues de lo que dejamos dicho, se conciben y esplican con entera independencia.

La *palabra* es la espresion de la idea; la *elocuencia* es el lenguaje de la pasion y del sentimiento; la *palabra* y la *elocuencia* llenan, así consideradas, sus destinos aisladamente; pero llega un punto en que se enlazan por medio del *arte*, del estudio de las reglas, tan injustamente combatido, y nace la *oratoria* semejante á la diosa coronada de los antiguos dias, tocando con su frente en el Olimpo y hollando con sus plantas el trono magnífico de los Elíseos campos.

Modesta, sencilla y reflexiva, la *oratoria* aspira en definitiva al dominio de la razon.

El buen gusto y la armonía; el detenido estudio de la belleza; la perfeccion del lenguaje; el conocimiento de lo que hay de múltiple y vário, de fijo y constante en la humana naturaleza, son los medios de que se vale para fijar al cabo de muchos siglos la atencion de los hombres pensadores, que unánimes lo aclaman como un poderosísimo medio de hacer triunfar la justicia, la libertad y la religion,

Apresurémonos á desechar, pues, todo género de preocupacion acerca de si la naturaleza es superior al arte, ó éste á la naturaleza para hacer buenos oradores.

Lo indudable es que el *arte* perfecciona las dotes que tiene el hombre para ser *naturalmente* elocuente.

«No es el arte el que persuade, dice Plutarco, pero ayuda á persuadir.»

«Si al arte agregais la naturaleza, escribía Ciceron, hareis prodigios.»

Y Quintiliano, el más juicioso de los retóricos, dice tratando de este particular: «La *naturaleza* puede mucho sin el *arte*, al paso que éste sin aquella de nada serviría. Pero si *ambas cosas se juntan*, aunque sea en un grado regular, siempre diré que la naturaleza es la que más contribuye.»



# PRIMERA PARTE.

## ORADORES GRIEGOS.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

EL ORIENTE.—NACIMIENTO DEL ARTE ORATORIO.—  
GRECIA.—ATENAS.—CAUSAS GENERALES DEL GRAN  
DESARROLLO DE LA PALABRA ARTÍSTICA EN LA AN-  
TIGUEDAD.

1.º En vano se han empeñado algunos en fijar la cuna de la palabra artística, de la palabra oratoria, de la elocuencia propiamente dicha en los pueblos del Oriente.

Ni la India, ni el Egipto, ni la Siria y la Media, ni la Persia y la China, ni ninguno de esos formidables imperios que se alzan en los primeros días de la humanidad, como colosos cuya sombra oscurece aún vastas regiones esclavas de sus tiránicas y opresoras instituciones, fueron teatro á propósito para brillar la elocuencia, que necesita dilatada esfera de acción, actividad, movimiento, vida; lucha donde engrandecerse y sublimarse hasta conseguir la corona del triunfo y la victoria.

La palabra en los pueblos orientales no pudo

ser ni fué en realidad otra cosa, que la fórmula concisa y misteriosa de la fuerza y del poder.

Del poder rodeado siempre de un aparato imponente y aterrador; propio para subyugar á los hombres, para obligarles de continuo á inclinarse hácia la tierra y besar sin murmurar la mano que les hiere.

«El Oriente, dice el Sr. Gonzalo Moron, es una página *en blanco* en el dorado libro de la elocuencia.»

Y añade para confirmar tan juicioso aserto:

«Donde domina el degradante é ignominioso imperio del sable y de la cimitarra; donde una casta privilegiada y sacerdotal de Mandarines, de Brachmas, de Magos, de Bonzos ó de Druidas, oculta y se reserva el cultivo del árbol de la ciencia, que necesita para arraigarse y florecer la inmensidad de todos los espacios, las aguas de todos los Océanos, los rocíos de todos los cielos, los aires de todas las atmósferas y los rayos de los inmensos é infinitos soles que lucen en la grandiosidad de los mundos planetario, estelar y nebuloso. Allí donde el hombre, olvidando su *elevado origen* y su *doble carácter*; olvidando que la *ley del trabajo* y de la *lucha* es la condicion necesaria de toda moralidad, de todo progreso, y por qué no decirlo, de toda santidad, se pierde en las vagas y nebulosas regiones de la vida contemplativa, ó se deleita en abismarse en los desolados confines del panteísmo y del nihilismo, allí donde el hombre, ó maldice la *materia*, como si no fuese bella y augusta creacion de Dios, ó degrada y envilece el *espíritu* con la idolatría de la fuerza, de la astucia, del fraude y de la sórdida y asquerosa codicia, allí no ha existido jamás la elocuencia con sus atributos sublimes.»



Y es cierto.

Donde el concepto de Dios es un mito; donde la idea de la patria, de la justicia y de la libertad no se concibe ni explica; donde esos sagrados nombres no tienen eco en el corazón, correspondencia en el alma é influencia en la vida, allí no busqueis la elocuencia; no busqueis la palabra útil y provechosa que impulsa, que mueve, que atrae, que seduce, que arrastra y convence.

En el principio de las sociedades se confunden los poderes. El poder doméstico, el poder civil y el poder religioso se reconcentran en una mano, que lo es todo; padre, rey y pontífice. Su voluntad y hasta su capricho es ley; sus órdenes se obedecen sin discutir, se ejecutan sin exámen, y se cumplen sin protesta.

Días tales son de *oscuridad* y de *fuerza*; no de *razón*, de *luz* y de *conciencia*.

Imperan en esos periodos históricos fórmulas místicas, que solo se modifican cuando se altera la ruda sencillez de las costumbres primitivas; sencillez poco envidiable ciertamente cuando no es el resultado de la moralidad y la virtud de los pueblos, sino de su envilecimiento y degradación.

En el Oriente la naturaleza es grande, inmensa, sólo el hombre aparece pequeño; dominado por el *panteísmo* que le anonada ante el sér absoluto, que destruye su personalidad, que le aprisiona en un espacio finito, no dejando á la inteligencia otro campo ni otro consuelo que la contemplación.

Descuella allí la *poesía* como fórmula espontánea de los grandes dolores y las grandes esperanzas; cantan los hombres y acompañan sus ayes de dolor con suaves melodías, robadas al parecer por un fa-

vor de los dioses á instrumentos de oro y marfil. «Se citan, dice Capmany, rasgos y no discursos; hay palabras y no hay estilo; hay imágenes y no hay colorido; hay sencillez y no hay decoro; hay grandeza y falta hermosura.»

El mundo exterior ejerce siempre un poderoso influjo sobre la imaginación, y de aquí que ante el brillante espectáculo de una naturaleza privilegiada; de elevadas cumbres cubiertas de perpétua nieve; de frondosos valles surcados por caudalosos rios y rápidas corrientes; bajo árboles corpulentos cuyos troncos semejan hoy las columnas de nuestros templos en recuerdo de la significacion sagrada que se les daba, el hombre, sin el auxilio de la revelacion, falto de toda luz divina, dominado, subyugado, dividido en castas, no es raro que ni supiese, ni pudiese hacer otra cosa que cantar sus pesares, ó preludiar á lo más dias de mayor ventura y felicidad.

El carácter peculiar de las lenguas orientales, pertenecientes á la familia semítica, se acomodaba poco por otra parte á la forma oratoria. Por esto vemos que las relaciones históricas, las fábulas, los ejemplos tomados de la naturaleza, son principalmente los títulos de la gloria literaria que nos legaron aquellos pueblos.

2.º El punto, pues, de partida en estos estudios no admite duda, no admite contradiccion.

Un concepto más acabado, una nocion más exacta, pero todavía incompleta, de la dignidad humana, de la libertad y de los derechos del hombre, dan motivo á la *palabra oratoria*.

Hubo vates inspirados antes que se rompiese uno

de esos infinitos lazos que encadenaban al ciudadano á la voluntad y al capricho del más fuerte. No hubo *palabra artística*, no hubo verdadera elocuencia, hasta que aparecieron esas instituciones que no sin fundamento constituyen la más risueña esperanza de cuantos deseamos para la humanidad días de mayor grandeza, y para el pueblo la realización de sus legítimas, nobles y levantadas aspiraciones.

Hoy, en medio de las intransigencias que se imponen, de los errores que se difunden, del interés con que se niegan ó desnaturalizan ciertos derechos inherentes á la personalidad humana, *hay palabra artística* allí donde hay alguna sombra de libertad; hay poetas quizás más tiernos, más expresivos, allí donde más fuertes y más espesos son los hierros de la cárcel en que moral ó materialmente el genio, el talento y la imaginación se ven aprisionados.

La *poesía* es la expresión armónica de los grandes pesares.

La *elocuencia* es el acento vigoroso, enérgico, potente de las almas privilegiadas para quienes importa ántes que su propia satisfacción, la prosperidad general y el bien comun.

Para ser poeta basta sentir; para ser orador es forzoso además de sentir hallarse dispuesto al combate, á la contrariedad y al sacrificio.

El poeta arranca lágrimas; nos hace experimentar más íntimas, más dulces emociones si quereis; el orador há menestar herirnos de un modo más vivo, más enérgico y duradero.

No es, pues, en nuestra humilde opinión, la *oratoria* hija de la *poesía*, como sostienen autores respetabilísimos, sino hija del amor á la patria, de<sup>l</sup>

amor á la inocencia y á la justicia, del amor á la humanidad.

Aún no habia oradores, se dice, y Homero habia escrito su Iliada, fuente de arte, no lo negamos, en los primeros siglos, de investigacion y de ciencia en el de Alejandro; pero no por este origen verdadero de la elocuencia, que le tiene propio, exclusivo, independiente, á nuestro modo de ver, en cuanto puede establecerse y concebirse esa independencia, teniendo en cuenta que el sentimiento da vida á la expresion poética, y el sentimiento es necesario en la expresion oratoria.

El amor á la patria engendra la *oratoria política*; el amor á la inocencia y á la justicia inspira la *oratoria forense*; el amor á la humanidad crea la oratoria sagrada, la *oratoria cristiana*.

Há menester en definitiva el orador de esos tres grandes elementos para serlo por completo y en absoluto. El que logra reunirlos todos es el que mejor interpreta y realiza en la historia el *ideal de la elocuencia*, los destinos sublimes de la *palabra*.

Mientras la patria no existe en el sentimiento de los más; mientras el amor á Dios y el cariño á la libertad no constituyen un elemento de subordinacion, de fraternidad y de armonía entre los hombres, no busquéis verdadera elocuencia, no busquéis palabra util, ni maestros de bien decir, ni oradores que merezcan el nombre de tales.

Por más que los fundadores de las ciudades, de las leyes y de los gobiernos civiles, en sentir de Ciceron, debiesen recurrir á las armas de la elocuencia para salir airosos en sus empresas: por más que segun el Ab. Andrés, en los gobiernos antiguos hayan sido frecuentes las ocasiones de hablar al

pueblo, de emitir dictámen verbal en los consejos públicos y desempeñar embajadas; por más que en los libros sagrados y en los profanos se citen ilustres personajes, guerreros y monarcas tenidos por elocuentes, todo esto no nos autoriza para referir á tan remotos tiempos el origen, ni el nacimiento del *arte oratorio*.

Para poseer el arte de la elocuencia no basta, dice un crítico ilustre, cualquier principio de la facultad de hablar, se requiere una atenta reflexion sobre los efectos de nuestros razonamientos y los de los demas, una séria y repetida observacion, *initium dicendi, dedit natura, initium artis observatio*. Arte que en vano se buscará en los orígenes de las naciones, en la formacion de los pueblos, ni en los siglos bárbaros é incultos á que antes nos hemos referido.

Hay una fecha cierta para esta clase de estudios, aquella en que cabe tomar la elocuencia como aplicacion esmerada, como aplicacion reflexiva, como aplicacion artistica, nacida del deseo de inclinar el animo de los hombres por medio de un discurso.

La elocuencia, hija de la esperiencia, del sentimiento, de la conviccion y del patriotismo es la primera fórmula que nos ofrece la oratoria en la antigüedad. Los personajes á quienes Homero hace hablar, á quienes Herodoto y Tucídides nos presentan como oradores, no lo son en realidad.

Estrabon dice, que al principio salió el aparato poético; que mas tarde Cadmo, Ferecides y Ecateo se dedicaron á escribir, dejando el metro y conservando las otras partes poéticas. Plinio atribuye á Ferecides la gloria de ser el primer prosista entre

los griegos, y á Cadmo la de haber sido el primer historiador en el mismo estilo.

3.º En Grecia brillan por vez primera de un modo ostensible, no solo los maestros del bien decir, sino esos séres superiores que, sabiendo hermanar las disposiciones de su entendimiento con la imitacion y el estudio, han logrado hacer de la *palabra* un poder invencible, un arma poderosa, una necesidad, un elemento de vida y de la constitucion interna de las naciones; hasta el punto que hoy es imposible hacer enmudecer por completo al ciudadano en la tribuna y en la prensa sin atentar contra la esencia misma de su autonomía y su personalidad.

A Grecia y Roma debemos cuanto poseemos de más bello respecto de las letras y las nobles artes.

La libertad, dice Blair, es la verdadera nodriza de genio, cuyos primeros vestigios es forzoso buscarlos en los dos grandes pueblos de la antigüedad, en Grecia y Roma.

Por ello vamos nosotros á ocuparnos una vez más de esta materia siempre nueva; siempre digna de estudio y meditacion.

Del imperio de la palabra han nacido todos los adelantos; de la libertad de la palabra las más preciadas conquistas de la civilizacion humana.—¡Pensamiento libre y palabra libre!... Ved aquí todo un mundo de grandes y fecundas creaciones. Destruid sistemática y arbitrariamente la *libertad del pensamiento* y cubrireis con denso velo la inteligencia del hombre; destruid la *libertad de la palabra* y dejareis á merced del más fuerte los destinos y el porvenir de las naciones.

El pueblo griego colocado en medio de una naturaleza privilegiada, bajo un cielo puro y trasparente, vivía en la patria natural del arte, cuya expresión es la belleza. Formado de distintas tribus; compuesta su civilización de elementos diversos; fundidos más tarde, asimilados cual nunca los ha sabido reunir y asimilar pueblo alguno, crece, se agiganta, se robustece la *cultura griega*, no de otro modo que se arraigan y forman en poco tiempo corpulentos árboles en tierra virgen.

Aquella cultura no se parece á la civilización y á la cultura del Oriente; ni aún á la que la sigue inmediatamente, la cultura y la civilización romana.

Grecia es, en cierto sentido, un pueblo único, excepcional, cuya fisonomía ha llegado hasta nosotros en soberbias creaciones, y obras inmortales.

Hasta Grecia la naturaleza lo es todo; en Grecia el hombre es superior, infinitamente superior á la naturaleza.

De Grecia parten y en Grecia se forman los elementos de la civilización europea.

Grecia es el lazo misterioso que une el pasado con el presente; sin ese eslabon de oro purísimo todo se habría roto, perdido en la nebulosa atmósfera de un mundo inconcebible é inexplicable para nosotros.

Lo vago, lo incierto, lo terrible desaparece y la historia comienza á dejar de ser un tejido de horrores y crueldades, cuando el pueblo griego se une, se identifica, merced á los cantos homéricos, y más principalmente al gran predominio que la *palabra* adquiere en todos sentidos, y con ella la personalidad y la libertad humana.

En aquella tierra dividida por mares, entrecor-

tada por montañas y selvas, compuesta de cien islas, renovada por frecuentes emigraciones, la *energía popular* se alza pujante hasta conseguir un desarrollo que no es comparable ni aun al de las más grandes nacionalidades modernas.

En Grecia aparece el sentimiento de la libertad política, derribando los ídolos que forjara el miedo, y creando los héroes cuya representación más perfecta tuvimos ocasión de admirar hace años en los museos de Italia.

Castelar decía en el Ateneo de Madrid, desde el sitio mismo que nosotros hemos ocupado indignamente en diversas ocasiones, <sup>1</sup> «que Grecia era el templo del hombre; templo abierto á todos los vientos, aéreo, ligero, con entradas para todas las ideas y las creaciones todas. Su religion, añadía, su política, sus leyes, sus costumbres respiran unánimes animación, movimiento y vida. La concepcion, la espontaneidad y la energía son los caracteres de aquella civilizacion; caracteres precisos, indispensables á la elocuencia política.»

El elemento humano se une á la naturaleza, pero no se une de un modo grosero sino ideal; y al reposo supremo del Asia, al absolutismo de la India, al quietismo de todas las grandes facultades creadoras sucede por su propio impulso la accion en su más alto grado de esas mismas facultades, libres, sin trabas de cierto género como se necesita para que ofrezca en todos tiempos la civilizacion humana gigantescos resultados.

La palabra *libertad* podrá ser para algunos es-

---

<sup>1</sup> De las *lecciones* dadas por nosotros en aquella docta corporacion estan sacados estos estudios.



piritus pusilánimes una amenaza y un peligro; pero es evidente que sin la libertad el mundo no habría dado un paso ni el hombre habría recobrado su magestad ni podido elevar su mirada al cielo para entrever más allá de ese eter que nos cerca algo que le anime, que le fortalezca para hacer y realizar el *progreso* á costa de tantas lágrimas, de tantos sacrificios, de tantas persecuciones y tantos martirios.

Cuando mayor ha sido y es la cultura de las naciones, mas obligadas se han creído á estudiar como fuente de luz la literatura griega en todas sus manifestaciones.

Roma fué bárbara y cruel hasta que el sol de la Grecia iluminó su camino.

Las naciones modernas no vieron alborear el *renacimiento* hasta que acudieron á la antigüedad clásica; y hoy mismo los pueblos sábios lo son tanto más cuanto mayor es el respeto con que cultivan las enseñanzas de Grecia y Roma, salvadas del naufragio universal en los tiempos medios por la indiscutible proteccion de la Iglesia católica.

4.º No se cultivó, sin embargo, de igual manera la oratoria en toda la Grecia, lo cual demuestra lo que dejamos dicho, y es, que allí donde la palabra no recibe aliento y vida de los dos principales elementos que la subliman y engrandecen, la *libertad* y la *dignidad humana*, allí lá *palabra artística* no significa nada, ni influye, ni determina nunca un alto nivel de verdadera cultura y civilizacion.

Fijémonos por un momento no más en este punto.

Esparta, vasto campamento militar, donde prepondera una raza privilegiada y orgullosa; donde

gimen esclavas otras dos, la primera, en cuanto á la presentacion de los tributos y de los contingentes militares; la segunda, en la acepcion más completa de esta palabra, si produjo ingenios notables, no fué nunca escenario á propósito para lucir sus galas la elocuencia.

Licurgo dio leyes á este pueblo, más bien para mejorar su constitucion física, que su manera de ser política y civil. Comenzó olvidando que la verdadera libertad es hija de la virtud, y no se arraiga jamás allí donde con uno ú otro pretexto se violan los derechos inherentes á la personalidad humana. Hoy que poseemos el famosísimo código espartano á la luz de una mayor suma de civilizacion y de progreso científico, filosófico y social, rechazar debemos aquellos severos y rígidos preceptos extensivos á la comida y al vestido de los ciudadanos; aquellas restricciones tiránicas que hacian del hombre una máquina, de la ciudad un cuartel, y de la familia el mayor escarnio y la más grosera burla.

No necesitamos traer á la memoria de lectores ilustrados lo que fué Esparta para justificar nuestro aserto. Licurgo no fué para aquel pueblo un legislador hábil y prudente. Penetró indiscreto, penetró demasiado, penetró mucho á donde el legislador no debe llegar, y semejante á los tiranuelos de todos los tiempos, creyó que la ley para ser buena habia de sobreponerse al ciudadano como sér racional, inteligente y social, al individuo como sér nacido para obtener más nobles y levantados destinos.

Nada se escapó á la accion de aquel celebrado legislador; todo lo reglamentó, todo lo sometió á reglas inflexibles é inexcusables; desde el santuario inviolable de la conciencia, hasta la forma exterior

de las cosas; desde el modo de andar, de vestirse, hasta la medida de los afectos y las pasiones.

Por esto las fomasas leyes de Licurgo produjeron, no un pueblo libre, capaz y dispuesto para las lides de la palabra, sino un pueblo altivo, feroz, que se mantuvo bárbaro en medio de la civilización que le rodeaba, y cansado de su inercia, concluyó por hacer la guerra más cruel y más injusta á sus más allegados, á sus amigos y más próximos vecinos.

Si de Esparta pasamos á los Estados menores de la Grecia, ni la Arcadia, pueblo antiquísimo; ni Corinto, sentada á la orilla de dos mares, llave de todo el comercio entre el Peloponeso y Atenas y cuna de Periandro; ni la Beocia, uno de los siete Estados de la Elade ó Grecia central; ni ninguno otro, han de ofrecernos campo ni materia para nuestros estudios; como no nos la ofrecen tampoco ninguna de las numerosas colonias que desde el Asia Menor hasta las más remotas ensenadas del Mar Negro, desde el Nilo hasta el Báltico, fundaron los griegos.

Prosigamos:

En Atenas se levanta por vez primera una tribuna. A su derredor se agrupa un pueblo vivo ingenioso, eleccionado en los negocios, susceptible, impresionable, culto, inteligente y libre; de carácter ardiente é impetuoso, capaz de grandes hechos y atrevidas empresas.

Un hombre sube las gradas de ese trono magnífico en medio del más profundo silencio. Su semblante pálido, su mirada inquieta, su andar lento y majestuoso hacen latir de esperanza millares de corazones. Aún no han pronunciado sus lábios una frase: no se ha percibido aún el sonido armonioso de

sus primeras notas, y la muchedumbre ávida de emociones, que espía los menores movimientos del oráculo, pretende deducir de ellos sus opiniones, y y aplaude frenética ó ruge amenazadora segun los afectos que la dominan.

Tal se nos ofrece el primer orador, tal se nos presentan despues los colosos de la palabra en todos tiempos.

«El hombre dice un abogado elocuentísimo, el señor Lopez, cambia sus vestiduras, se convierte en un *númen* que habla por boca de un mortal inspirado, y con la magia de su poder y su grandeza domina los corazones, subyuga la razon, é impele y arrastra á su capricho la voluntad.»

Atenas fué, como veremos mas adelante, la cuna de la elocuencia.

Los atenienses, que se conceptuaban nacidos de su propio suelo, sin que debieran su origen á otros hombres, por más que sus instituciones primitivas denuncien su origen extranjero, son los primeros que *sienten, admiran, aplauden y premian* los triunfos de la palabra oratoria.

5.º Oportuno nos parece antesde concluir este primer capítulo anticipar por vía de preámbulo á la historia de la elocuencia antigua, las causas que en general motivaron su gran desarrollo en Grecia y Roma.

Un *idioma* rico, flexible, armonioso, abundante en raíces, espontáneo en sus construcciones, múltiple, variado, incisivo, mezcla de diversos dialectos, favorece en primer término el desarrollo de la elocuencia en Grecia.

La *religion* transplantada de Oriente sin perder sus caracteres; conservando con pequeños variantes todos los símbolos, las alegorías y las fábulas de la India y del Egipto; mezcla de diversos orígenes, bien pronto enriquecidos con nuevas y fantásticas creaciones; dividida en un principio en tantas ramas como tribus; extendiéndose primero por las ciudades y más tarde por la nación entera, la *religion* griega no inviste un carácter único; ántes bien en su misma variedad encarna su belleza, sus poéticos y singulares encantos.

La persona humana que tanto preocupó á los griegos, dió á su culto formas diversas que las que habían dado al suyo los pueblos antiguos; humanizaron esas formas, primero en creaciones imposibles de una existencia material; más tarde en héroes cuyos atributos era dable aceptar y concebir.

En Grecia no había acto de la vida pública ó de la vida privada en que no tuviese inmediata intervención una divinidad protectora, por lo que es muy frecuente hallar en el principio de todo discurso griego una invocación á los dioses.

Sin recordar los caracteres ideológicos y etnográficos, sin tener en cuenta el elemento religioso de la civilización y la cultura griega, no es dable explicar satisfactoriamente ciertos giros, determinados pasajes de los grandes oradores de que vamos á ocuparnos.

Hoy no puede estudiarse la historia, siquiera sea un solo ramo el que haya de fijar nuestra atención, sin acudir á todos los elementos constitutivos de la civilización y la cultura del pueblo á que debemos referirnos.

Favoreció mucho á la imaginación el culto grie-

go, y en este sentido influyó de un modo notable en la oratoria. Cuando se dice que el paganismo carecía de dogmas, de principios, de moral y de enseñanza alguna, se falta á la verdad; los Santos Padres reconocen en sus obras cuanto de dogmático, moral y serio encarnaban las creencias paganas, siéndonos precisamente por sus obras en gran parte conocida la teogonía de los pueblos antiguos.

Para los griegos, *belleza y virtud* eran sinónimos, y ejercían un poderoso influjo en las decisiones más importantes relativas al modo constitutivo de ser de la república. Los versos de Eurípides rompieron las cadenas de los siracusanos, y la narracion de Herodoto y las poesías de Pindaro y Corina contribuyeron mil veces á salvar la vida á ciudadanos condenados á los más severos castigos y las más crueles expiaciones.

Un gusto delicado, puro, extensivo á las clases, más humildes de la sociedad. Las diversiones, los espectáculos, las coronas arrojadas ó distribuidas en los juegos públicos, todo esto vino á favorecer en Atenas, y más tarde en Roma, el desarrollo de la elocuencia, imponiéndola una fisonomía especial que ha llegado hasta nosotros en términos que casi podemos admirarla en todo su esplendor es evidente que costó á los pueblos muchos siglos el verse libres del imperio de la fuerza.

La antigüedad, en medio de sus extravíos, guiada por ese instinto que dice al hombre *anda*, acepta una fórmula imperfecta, insegura, pero germen de grandes hechos, de heroicos sacrificios y atrevidas conquistas en el órden científico, en el órden político y moral.

Esta fórmula á que nos referimos, y que contribuyó muy especialmente al nacimiento de la elocuencia, y á su gran desarrollo en Grecia y Roma, es el *socialismo*; palabra que asusta hoy; esfinge pavorosa con que se amenaza á los pueblos modernos; que unos intentan conjurar por medio de la violencia, y otros por medio de la libertad; problema constantemente discutido, analizado y estudiado por las escuelas que se disputan el predominio de la opinion, y del que no podemos ocuparnos en este sitio, sino en cuanto se refiere á nuestro propósito.

El socialismo, sentimiento universal á que lo sacrifican todo los griegos y los romanos; que llega á ser la divinizacion del Estado, personificado en la república y en la pátria; que absorbe el interés individual en el colectivo y general: que aniquilar puede mal dirijido la moral privada y destruir la familia, forma uno de los motivos más valiosos, una de las causas más culminantes de la cultura griega y romana, determinando el carácter *político* y *forense* de su elocuencia.

El socialismo, que renace en nuestros dias bajo fórmulas análogas, pero no idénticas á las antiguas; que aspira al triunfo de las ideas democráticas, asociándolas al desarrollo de la industria y del trabajo de que nuestro siglo se muestra ávido é insaciable, favorece grandemente en Grecia y Roma la elocuencia.

Atenas es en la antigüedad el más basto escenario de la *oratoria política*, como Roma lo fué de la *oratoria forense*; pero en uno y en otro de estos dos pueblos, si la discusion era constante, enérgica y animada, era porque el socialismo imprimia el sello de su intransigencia y su exclusivis-

mo á aquella civilizacion, haciendo de la *palabra* el camino y medio de adquirir y conquistar los primeros puestos de la república.

El pueblo ateniense y el pueblo romano que vivía de continuo en las plazas públicas; que oía, tomaba parte y decidía por sí los asuntos que tan vivamente le interesaban; el pueblo hasta entonces *arrastrado*, jamás *persuadido*, era natural que honrase y distinguiese á los que por medio de la palabra le mostraban por vez primera el secreto de su poder y su grandeza.

Reunido en las *Asambleas* de la Grecia ó en los *Comicios* de Roma, era actor ó testigo de una discusión animada, constante, no pocas veces agresiva y agresora hasta el insulto. Aleccionado en esas luchas gigantescas, rechazaba á todo aquel que no se presentaba en la arena del combate provisto de todas armas, y cada día les pedía y les exigía más.

La organizacion política, la diversidad de los tribunales, todo esto unido al estudio de la jurisprudencia, de la retórica, de la filosofía y del derecho, dieron á los oradores de Grecia y Roma una superioridad á que en cierto sentido y bajo de diferentes aspectos no se ha llegado nunca despues.

Los negocios mas arduos se trataban y resolvían por medio del raciocinio y la discusión. Se estudiaba cuidadosamente el medio de manejar las voluntades, y en aquellos continuos debates de la virtud y la ambicion, del patriotismo y la vanidad, del interes y la envidia, de la abnegacion y la venganza, se empleaban toda clase de argumentos, se aducian toda clase de pruebas, se apelaba á los recursos mas extraños, se formaban en fin grandes oradores políticos y forenses.



Entre las causas generales que favorecen el desarrollo de la elocuencia en la antigüedad, la gran mayoría fueron comunes á los dos pueblos donde por primera vez se cultiva la *palabra* como *arte*; donde se escucha á los oradores como oráculos en las deliberaciones públicas, haciéndoles dueños y árbitros de la paz y de guerra, terror y azote de la tiranía, y arma funesta no pocas veces de la opresion y la injusticia.

El carácter de la civilizacion griega y romana se refleja de un modo admirable en su elocuencia; justificando esta verdad, este hecho histórico, innegable, incontrovertible, el gran interés y la trascendencia de estos estudios.

La lucha de clases en Atenas se verifica en las calles, en las plazas y en los pórticos de los templos; en la república romana se hace ostensible por medio de la ley y las rebeliones de la plebe.

En Grecia una causa criminal se convertía siempre en una lucha política; en Roma una contienda política era en definitiva un debate judicial.

La rivalidad entre Pisistrato y Solon inviste un carácter político, al paso que la lucha entre los patricios y los plebeyos se hace ostensible en Roma por medio de la ley y de las rebeliones del pueblo. La Terentila da origen á la formacion de las *Doce Tablas*, y la retirada al monte Aventino á la creacion de los tribunos, realizándose lentamente la emancipacion de la plebe por las leyes agrarias y las rebeliones de los Gracos.

Los romanos, dados al desarrollo práctico de la vida, concedian sin embargo, ménos al poder de la palabra que los griegos. Su constitucion política, fuerte y poderosa por la unidad de los intereses y

de la accion, no consentía una intervencion tan directa de los oradores en las resoluciones públicas, como acontecía en las repúblicas de la Grecia, donde la elocuencia constituía la ocupacion única, exclusiva de los ciudadanos.

Lysias, Ixeo, Isócrates y áun el mismo Demóstenes principalmente fueron oradores; los Gracos, Pompeyo, Casio, Ciceron y César fueron á la vez que oradores, magistrados, pontifices, pretores, cónsules, tribunos, jurisconsultos y guerreros.

Era, por último, costumbre en Atenas pronunciar el elogio fúnebre de los guerreros muertos en el campo de batalla, y esto contribuyó, á dar un gran impulso á la elocuencia, imprimiéndola en todos sentidos un sello eminentemente político.

Los pueblos griego y romano cumplieron, pues, sin darse cuenta de ello, la ley del progreso; progreso doloroso, como le llama un célebre orador sagrado de nuestros dias, por cuanto el hombre se halla condenado á reconquistar por el *sufrimiento* la grandeza perdida por la *rebellion* y por el *placer*.

La historia de esos dos pueblos nos presenta, estudiada á la luz de una filosofía verdaderamente racional, ejemplos numerosos de las tristes consecuencias que acarrea el fundir en los estrechos moldes del fanatismo político las grandes cuestiones que afectan al órden social y al órden civil, á la formacion de las leyes, á la declaracion de la paz y de la guerra, á la lucha de clases, y á otras cuya importancia venia á ser en Grecia y Roma la misma que se daba á los negocios en que se interesaba un particular: solidaridad de pasiones y afectos que contribuyó á dar mayor importancia en la antigüedad á ese género de oratoria, cuyo carácter distintivo

es la elevacion, el interes general, la lucha ardiente de las pasiones, la defensa del honor y la integridad nacional; la de los más grandes objetos para el hombre constituido en sociedad, de la elocuencia *política*, en fin, que si bien nace casi al mismo tiempo que la *forense*, no forma en definitiva, como pretende Berryer, un solo género de oratoria, sino que ostenta sus más brillantes atractivos en medio de la turbulenta agitacion de las repúblicas de la Grecia, asi como el espíritu razonador, eminentemente práctico del pueblo romano, nos ofrece la elocuencia *forense* á su más grande altura.

Ló que hoy nos parecería ridiculo, lo que no podríamos tolerar contribuía entonces á los progresos de la palabra oratoria.

El gesto, los movimientos, la prosodia artificiosa del idioma, las fuertes inflexiones, la cantidad de las sílabas, todo era objeto de desvelo y de cuidado para aquellos oradores, muchos de cuyos y más famosos discursos, despojados de aquellos atractivos, se caen hoy de nuestras manos por lo fatigosos, por lo frios y sin color.

Grupo todo él de singularísimas y excepcionales circunstancias que vinieron á dar un decisivo impulso á la *oratoria* en Grecia y Roma, y de las que hemos creído deber ocuparnos anticipadamente, así como de otros particulares, para evitar en lo sucesivo enojosas y frecuentes digresiones, inclinando á la vez hácia estos estudios el interés de nuestros lectores.

## CAPÍTULO II.

PRIMER ASPECTO BAJO EL CUAL SE NOS OFRECE EN LA HISTORIA LA PALABRA COMO ELEMENTO CONSCIENTE É ILUSTRADO DE PERSUASION.—SOLON y PISISTRATO.—ELOCUENCIA MILITAR.—RETÓRICOS Y SOPHISTAS.

1.º El nacimiento, la aparición del *arte oratorio* se hace datar comunmente de la constitucion política de la Grecia. Desconocido en la primera época de la civilizacion, que podemos llamar, siguiendo á Vico, *la edad de los dioses*, porque, como dejamos dicho durante ella la idea religiosa absorbe la personalidad é imprime un carácter tiránico y restrictivo á todas las manifestaciones del espíritu, brota casi espontánea y naturalmente cuando á esa edad sucede la de los *hombres*, y la vida pública principia á agitarse y desenvolverse.

Lo que en esto hay de exacto es que la *oratoria*, al contrario de las otras artes y de las ciencias no la reciben los griegos de los egipcios. Los griegos son los verdaderos padres de la elocuencia, hasta el punto que las generaciones han repetido sin contradiccion los versos del poeta latino:

*Graius ingenium Graüs dedit ore rotundo  
Musa loqui.*

Es más: producto de la belleza y del sentimiento

la *palabra artística* no pudo en realidad ser cultivada hasta que el pueblo griego poseyó en alto grado la idolatría del arte y la libertad. Por esto la vemos *dibujarse* en Solon y Pisistrato; *retroceder* en apariencia bajo el imperio de los retóricos y sophistas; *elevarse* á su mayor altura en Demóstenes y Esquines, y *decaer* más tarde de una manera ostensible y lamentable.

Precede á la *palabra* como nosotros la estudiamos, como expresion artística del pensamiento humano, á la elocuencia propiamente dicha, un período histórico en el que los críticos no han fijado hasta el presente con gran esmero su atencion.

Período de *espontaneidad* y á la vez de *cierta reflexion y estudio*, durante el cual no es, sin embargo, todavía la palabra productó consciente del genio dirigido y aleccionado por las reglas del bien decir.

Período que podemos llamar de *iniciacion*, pero en el que ya se distinguen y señalan hombres superiores, dotados de un lenguaje enérgico é ilustrado, á quienes no cabe dar el dictado de *oradores*; esclarecida vanguardia de la pleyade ilustre que les sigue inmediatamente, y que tan alto supo colocar el nombre de Atenas bajo el punto de vista objeto de estas tareas y de la cual no debiamos prescindir.

La *elocuencia* no es todavía un *arte*; pero los que de ella se sirven para encauzar los destinos del pueblo griego, se muestran dotados de conocimientos diversos, y hasta de cierto *instinto oratorio*, cuyos resultados se dejan sentir en el éxito y la influencia de su palabra.

Intentaremos llenar este vacío por lo que á nosotros toca en este libro.

2.º Destácase en los albores de la cultura griega la majestuosa y simpática figura, la personalidad esclarecida de un hombre ilustre.

Este hombre es muy conocido; se llamó:

### SOLON (640-559).

Las dos célebres repúblicas, Esparta y Atenas, tuvieron cada una un famoso legislador, Licurgo y Solon y ambos imprimieron el sello de su carácter á su especial civilización.

Con solo el predominio de sus patrióticos consejos, y el ejemplo de sus virtudes, el segundo modifica, cambia y suaviza la indole cruel, tornadiza é indomable de sus conciudadanos, é inicia los triunfos de Marathon y Salamina.

Revelando á los atenienses el poder de la *palabra* en las deliberaciones públicas, echa los cimientos de la elocuencia política, que los griegos elevaron a su mayor altura, al calor de las instituciones que supo legarles este grande hombre; modelo de patricios, dechado de ciudadanos, y ejemplo digno del más alto respeto para la posteridad.

Descendiente de Codro, Solon era hijo de Exequestidas, que en hacienda y poder gozaba, segun Plutarco, de una modesta medianía, lo cual le obligó á viajar en sus primeros años para adquirirse el sustento y crearse una posición más desahogada é independiente.

A sus relevantes cualidades, á su amor á la libertad, á sus talentos y vasta ilustración, atribuir debemos la influencia de Solon en la suerte y los futuros destinos de la Grecia. Influencia que se arraiga, que dura, que subsiste durante más de una

centuria, constituyendo la sávia de la cultura ateniense, á la cual se debe en último término, el perfeccionamiento, el gran desarrollo del arte oratorio en la antigüedad.

Solon no es sólo el fundador del primer gobierno democrático del mundo, sino el instituidor de las mas relevantes virtudes cívicas.

Su moral encierra el gérmen de una filosofía racional y elevada; sus leyes, cuyos principios se han aceptado en parte por los demas pueblos, son modelos de sabiduría, de prevision y de tacto político.

Solon es el primero que se atreve á confiar resueltamente al pueblo la decision de los más graves y trascendentales negocios de Estado, dejando con habilidad suma la *iniciativa* á los sábios y el *consejo* á los ancianos; pero dando á la juventud y á la plebe participacion en el *acuerdo*, aleccionándola ántes por un procedimiento hasta entónces desusado, por un procedimiento nuevo, por el procedimiento de la *discussion*.

Todo asunto de alguna gravedad se sometía al pueblo ateniense reunido en pública asamblea. El pregonero invitaba primero á los ancianos, y despues á los jóvenes para que emitiesen su dictámen, y sólo despues de agotado el debate, tenia lugar la *co-tacion*.

Dulce, afable, sábio, prudente y enérgico, Solon dirige muchas veces las reuniones populares y emplea en ellas una elocuencia espontánea, á la vez que grave severa, insinuante y persuasiva.

La posteridad ha conservado de Solon varias composiciones poéticas, trozos, máximas y pensamientos, por los cuales podemos inferir aproxima-

damente cual sería el estilo y el giro especial de su palabra.

Ved aquí algunos curiosos trabajos de este género conservados por el juicioso Plutarco y traducidos á nuestro idioma castellano por un erudito y elegante escritor:

El que posee gran copia de oro y plata,  
Campos extensos de abundantes mieses,  
Y mulas y caballos, y el que sólo  
Tiene un pasar honesto que le baste  
A comer y vestir cómodamente,  
Mujer é hijos, y á esto acreces  
Juventud y honradez, la dicha es llena.

Yo bien desee en bienes ser muy rico;  
Más no los quiero por *injustos medios*,  
Que viene al fin la inevitable muerte.

Muchos malvados en riqueza abundan,  
Y muchos buenos gimen en pobreza;  
Mi *virtud* no cambio con sus bienes  
Que esta siempre es igual; y de riqueza  
Usa y abusa el hombre comunmente.

Al pueblo di el poder que bien le estaba  
Sin que en honor ganara ni perdiera;  
Los que excedían en influjo y bienes,  
Ser injustos por esto no podían:  
A todos los armé de fuerte escudo:  
Y de vencer en injusticia á nadie  
Se dispensó la autoridad misma.

Os pagais de la lengua y las palabras  
De un hombre enlabiador y artificioso;



Una astuta vulpeja <sup>1</sup> tras sí os lleva,  
Y teneis todos la razon lisiada.

Si teneis que sufrir, vuestra es la culpa;  
No de los dioses la llameis castigo,  
Dando vosotros alas á estas gentes <sup>2</sup>  
Los habeis ensalzado, y ahora el pago  
Es una torpe y mala servidumbre.

Fatigados los atenienses de la dilatada y sangrienta guerra que por Salamina habian sostenido con los de Megara, establecieron por ley, y bajo pena de la vida, que ninguno hablase de emprender de nuevo la lucha; Solon, no conforme con esta resolucion, que estimaba con razon humillante é ignominiosa adopta un partido; se finge loco, compone un poema de cien versos, lo estudia de memoria, se encamina á la plaza pública, sube en el encaño de muñitor, y recita cantando una elegía cuyo comienzo era el siguiente:

De Salamina vengo, la envidiable,  
Y este lugar en vuestra junta ocupo  
Para cantaros deleitables versos.

. . . . .

Los atenienses acuden en tropel; rodean al poeta y al oír sus versos sienten inflamarse su corazon. Pisistrato adivina el efecto mágico de aquella composicion, y favore astutó los fines de su antagonista, la ley queda abolida, y á grandes gritos el pueblo proclama y decide de nuevo emprender la guerra.

<sup>1</sup> *Zorra*, eludiendo á la astucia de Ariston.

<sup>2</sup> Aludiendo á Pisistrato y sus partidarios.

Notad aquí un triunfo inmediato de la poesía y la elocuencia colocada al servicio de una causa patriótica y justa.

Lo que más dará á conocer á nuestros lectores la *palabra* de Solon es la siguiente *arenga* que conocemos por Demóstenes:

«Gracias á Júpiter y á los demás inmortales —les dijo cierto día— jamás se verán por tierra los muros construidos por nuestros mayores. Atanea, hija del Padre de los Dioses extiende su mano benéfica y poderosa sobre ésta nuestra ciudad querida. No pretendas ¡oh pueblo! arruinarla con tus vicios ni destruirla con tu desmedida afición á las riquezas. Los que te dirigen, te extravían, y en vez de aprovechar sus talentos para enseñarte y encaminar tus pasos hácia la paz y la virtud, atraen sobre tí los mas grandes desastres.—¡Oro! gritan; ¡Oro! ¿que importa la justicia?— Nada hay sagrado para ellos, ni nada seguro en sus manos. Se atenta al tesoro de los Dioses y á la fortuna de los particulares, con menosprecio de Témis, que lo ve todo en silencio: ¡oh! el tiempo se encargará de vengarla. Males terribles se extienden por todas partes. La libertad se trueca en servidumbre; la discordia, gérmen de la guerra, cunde y se infiltra por doquiera, amenazando convertirse en voraz incendio. La sangre de los ciudadanos enrojece ya la tierra, y este país, tan amado por nosotros desde la infancia, será primero destrozado, para despues ser vendido por sus propios hijos. Estos son los males que nos oprimen, estos los peligros que nos amenazan. La muchedumbre sufre; las casas de los ricos se ven amenazadas, y los cerrojos, las defensas naturales no sirven más que de mayor estímulo para que el malo penetre hasta sorprender en el lecho á sus confiadas víctimas. ¡Oh mis conciudadanos! Las calamidades

nacen del olvido y del desprecio á las leyes. *El yugo de la ley es el mas suave yugo...* Todo pueblo que *se estima*, comienza por *honrar y respetar la ley*, llegando por tales medios á ser sábio, y á conquistar *la integridad de sus derechos.*»

Solon no se doblegó nunca al interés, ni cedió á la adulacion. Conservó la entereza de su carácter y la virilidad de su inteligencia hasta el fin de sus dias. Dulcificó las leyes de Dracon ideó el *catastro* para dar sin violencia participacion al pueblo en el gobierno; estableció que la ofensa hecha á *uno* se entendiera como hecha á *todos* los ciudadanos; modificó la organizacion del Areópago; prohibió que se difamase á los muertos, logrando por este medio que las enemistades acabasen ante la santidad de la tumba; que se blasfemase ni injuriase á otro durante los sacrificios, en las juntas, en los juicios, y mientras la asistencia á los espectáculos; inició la libertad de testar; obligó á que los padres diesen oficio á sus hijos, imitando en esto á los hebreos, dispensándoles en caso contrario de la obligacion de mantener en la vejez á sus primogenitores y vigiló para que nadie estuviese ocioso, castigando con severas penas al holgazan; ensalzó, en fin, á la mujer honrada y relegó al desprecio público á la ramera... disposiciones todas que justifican la fama de Solon.

Vencido y sin medios ya para contrarestar á su rival Pisistrato pronunció aquella célebre sentencia:

«Atenienses, os habria sido fácil ahogar en sus principio la tiranía; hoy sería más glorioso para vosotros exterminarla una vez consentida y arraigada.»

Viendo que los suyos le abandonaban, que el pueblo no le prestaba oídos, se dirigió á su casa, sacó fuera sus armas, y exclamó:

—He servido cuanto he podido á mi patria y á las leyes:

Y dejándolas en la vía pública, entró de nuevo en su morada y se consagró hasta su muerte á la meditacion y al estudio, contestando á los pocos que aun le querian y se mostraban recelosos de las maquinaciones de su rival contra su persona:

—Nada temais: me escudan mi ancianidad y mi honradez.

Bellas palabras en boca de un hombre que fué *creador de su pueblo* en la verdadera acepcion de esta palabra. No creador de un vasto imperio, de una inmensa nacionalidad, de una monarquía dilatada é imposible de regir y gobernar; sino creador de una república-modelo, que bajo sus sábias y previsoras instituciones nace llena de vida, crece, y llega al apogeo de su grandeza por el sendero de la libertad y de la virtud, hermanas inseparables, hasta el punto que no se concibe el imperio de la una sin el calor vivificante y el predominio de la otra.

Solon enseña el primero con su ejemplo la justicia y la moderacion, y de una agrupacion compuesta de aventureros, de malhechores que poblaban el Ática, hace una nacion dispuesta á seguir y practicar sus humanitarias lecciones.

Ese afan por la celebridad, por la gloria que caracteriza al pueblo griego en todas las manifestaciones de la imaginacion y del talento, tiene por base, por origen el puro aliento de Solon.

Solon prepara los días mas prósperos y risueños de Atenas; hace que el sol del Ática ilumine con sus

rayos refulgentes no sólo las naciones antiguas, sino que hayan podido llegar de él hasta nosotros destellos luminosísimos capaces de guiar por los senderos seguros del progreso á la humanidad.

### PISÍSTRATO, (SIGLO VI.)

Plutarco designa á *Pisístrato* como el primero de los oradores de Atenas, y con él están de acuerdo algunos otros críticos é historiadores, concediendo á este gran adulator de las masas, á este revolucionario insigne, cualidades que nosotros no le negamos, muy propias para el logro de su ambicion y sus designios; pero que no por ellas merece el título que le otorga, el título de un verdadero orador.

Colocado al frente del partido popular, no obstante sus riquezas é ilustre cuna, Pisístrato es el primero que pronuncia la palabra *igualdad*, que tan falsas y peligrosas interpretaciones ha recibido en todas épocas y recibe aun en nuestros dias.

Valiente y generoso, de aspecto simpático, segun Plutarco; de imaginacion culta, se distinguió por su aplicacion á las artes liberales, elogiada por Dionisio de Halicarnasio, sirviéndose de una *palabra* fácil, dulce, persuasiva é insinuante, logró conquistar dos veces el poder que el pueblo le confirió de buen grado, sin comprender que era la sede de mando el móvil verdadero de la gran mayoría de sus estudiadas ofertas.

Favorables las instituciones del pueblo ateniense, propicias las revueltas políticas á que daba márgen la lucha entre el elemento aristocrático y el popular á los designios de un ambicioso, algo hallamos en

Pisístrato ciertamente, y aun algo más que en Solon, que no es la locucion espontánea y primitiva que antes de ahora hemos definido. El *arte* no por ello aparece todavía en la verdadera acepción que debemos darle. Se inicia en cierto sentido; pero se inicia desnaturalizado y valiéndose ya de recursos, de resortes que una recta y sana crítica no puede ménos de rechazar, hasta el extremo que ganoso Pisístrato, de obtener la confianza del pueblo, apareció un día en la plaza pública cubierto de sangre y fingiéndose herido por las intrigas de los nobles, logró que se le destinase una guardia para su custodia, de la cual se sirvió luego para arrojar á los Alceonidas de la ciudadela, y erigirse en jefe supremo de la república: rasgo que vasta por sí solo para comprender las diferencias que separarian la palabra de Solon y la de su émulo y rival afortunado.

Discípulo del gran filósofo, es filósofo como él; pero más estimado y querido que su maestro por la ciega y siempre impresionable multitud.

Legislador, dueño, rey de las voluntades, Pisístrato atrae las miradas *hacia sí, más que hacia la república*, y en esto se diferencia, se separa del gran modelo á quien no supo imitar jamás, ni en honradez, ni en abnegacion, ni en sinceridad, ni en amor pátrio, ni en ninguna de sus relebantes cualidades.

Solon es el *tipo* del patricio honrado; Pisístrato el del ambicioso que se sirve instintivamente de los preceptos de la *dialéctica*, para arrebatar á la muchedumbre y ganarse su voluntad y sus sufragios.

Hay pues una gran diferencia entre uno y otro: Solon crea la república de Atenas; Pisístrato la co-

loca al borde del abismo. El uno es el hombre sincero, cuyo ejemplo se reproduce tan pocas veces en la historia; el otro logra tener numerosos imitadores entre sus compatriotas; los tuvo más tarde en Roma, los ha tenido antes, los tiene hoy y los tendrá siempre.

Solon ama á su pátria y se sacrificaba por ella: Pisístrato por el contrario anhela su prosperidad, su medro personal; tiene orgullo, tiene *ambicion*, y dominado por esa pasion que ha malogrado y malogra para el bien multitud de talentos privilegiados se finge *demócrata*, á pesar de su odio á libertad y mintiendo constantemente, consigue sobreponerse, sobre su esclarecido maestro y aénigo, que en vano le disputa con su *sinceridad* el predominio de la pública opinion.

Luchan, Solon y Pisístrato en la plaza de Atenas. Expone el uno sus servicios á la causa de la libertad, sus leyes, sus virtudes, su cabeza encanecida, y el otro su juventud, sus heridas fingidas, y la muchedumbre se deja engañar y sigue al que la pierde, trayéndole dos veces del destierro conducido en triunfo para otorgarle entre aplausos el poder supremo.

Son necesarios algunos años para que la *palabra* de Solon, ingénua, espontánea, verídica, inspirada en el más puro patriotismo trueque el carácter y las costumbres del pueblo ateniense; en unos pocos no más la de Pisístrato opera un cambio más profundo, si cabe; y á la vuelta de sus viajes Solon llora y no conoce á su pueblo.

Imitad jóvenes, os diré aunque carezca para ello de autoridad, imitad á Solon en la sinceridad de sus

intenciones, si consagrais algun dia vuestra palabra al servicio de la patria.

El *ambicioso* es el tipo más contrario á los fines levantados de la palabra humana aplicada á la direccion de los negocios públicos y á la defensa de los grandes intereses de las naciones. Contra él debe alzarse enérgica protesta en los libros y en las cátedras de retórica y de elocuencia, haciendo ver las funestas consecuencias que la seduccion y el engaño de los ambiciosos han acarreado en todo tiempo á las muchedumbres, falseando los altos destinos de la elocuencia.

Atenas se levanta, brilla como república ordenada y juiciosa cuando Solon dirige sus destinos; se prepara á la esclavitud del sable bajo el poderío usurpado con malas artes por Pisístrato. Tal será siempre el destino de los pueblos que no indagan, que no procuran saber quién les habla con sinceridad y quien les engaña.

Las arengas del gran legislador Solon fueron hijas de nobles y patrióticos designios; la de su pariente y discípulo, producto hábilmente combinado de su talento y su ambicion. La palabra de Solon ingenua, franca, leal; la de Pisístrato robusta y varonil, pero esencialmente *artificiosa*, como dirigida á un fin poco digno y levantado. La una llena de abnegacion y desinteres; la otra de afectos fingidos y trágicamente expresados; prelude esta última de muchas otras que si no bastan á justificar las prevenciones injustas y á la suspicacia y celos de muchos contra la oratoria, habrán de modificar el entusiasmo ciego de los que inspirándose en ideas más expansivas y generosas quisieran fiarlo todo al exclusivo dominio de la *palabra*.



La historia no debe escribirse, ni leerse en vano; es preciso sacar de ella lecciones y enseñanzas prácticas para la vida. El contraste que en gigantesca lucha ante el pueblo ateniense ofrecen Solon y Pisístrato, es un espectáculo que se repite y esplica la gran dificultad de distinguir muchas veces al *bueno* del *mal* patricio, si sólo se les estudia por los efectos de su elocuencia ante el gran jurado, no siempre atinado é imparcial, de la opinion pública.

Pisístrato venció á Solon y se debió esto principalmente al torcido uso de sus facultades, al empleo de su *palabra* con un fin contrario á las exigencias del *deber*, que en sentir, acertado por cierto, de un orador contemporáneo constituye el *valor* en los hombres públicos.

Solon habla á los atenienses el lenguaje de la verdad; Pisístrato, egoista y enfatuado, halaga sus pasiones, y el triunfo es siempre para este último por espíritu constante en la plebe de *novedad*.

¡Ah! ¡cuantos males ha traído ese espíritu y cuantas páginas de la historia aparecen salpicadas de sangre por esta sola causa!

Ménos odioso que otros tiranos, Pisístrato protege las artes segun dejamos dicho: para mantener al pueblo contento y sumiso, abre una biblioteca, ordena los poemas de Homero, y difunde por doquier el amor á la suntuosidad y á la ostentacion á que tanto se prestaba el carácter y las aficiones del pueblo griego.

3.º Las arbitrariedades de Pisístrato y el desenfreno de sus hijos atrajeron sobre los atenienses inmensas calamidades.

Después de su muerte se establece el gobierno democrático, renace enérgico y poderoso el sentimiento de la libertad, y las guerras médicas (500 años antes de J.-C.), cambiando la dirección de los espíritus, hacen que la *palabra*, reflejo de las costumbres, adquiera durante un largo espacio de tiempo un carácter *militar*, personificado, si así nos es lícito expresarnos, en MILCIADES, que con 10.000 hombres y algunos esclavos se presentó en Maratón y combatió á los persas; en TEMISTOCLES, hombre de pasiones impetuosas, activo, de acentos arrolladores, mezcla de tribuno y hombre de Estado, y por último, en ARISTIDES que supo eclipsar la fama de su rival por su abnegación y sus virtudes.

El Ab. Henry cita á CLISTHÈNE como uno de los que contribuyeron al restablecimiento del gobierno democrático; á MNÉSIPHILE, discípulo de Solón y á THARGÉLIA, célebre en toda la Grecia por su belleza por su mérito extraordinario, sus raros conocimientos y sus arengas, y á la cual se la dió también el título de sophista.

4.º En tanto que la escuela de Atenas fomentaba y engrandecía el imperio de la elocuencia, y aleccionaba oradores, más por la fuerza de los sus ejemplos que por la sutileza de sus preceptos, Syracuse, la Atenas de la Sicilia, se mostraba rival suya en todas las artes, y principalmente en lo que se refería á los que podemos calificar de medios científicos y doctrinales del *bien decir*.

Quintiliano, Sexto Empírico, Aristóteles, San Atanasio y cuantos más ó ménos incidentalmente han querido explicar el origen de la elocuencia, es-

tán conformes en designar à Syracusa como la verdadera cuna del arte oratorio. Allí por lo ménos se *escribieron preceptos*; allí se abrió por CORAX, amigo y confidente de Hieron, la primera escuela de elocuencia; allí se sintió por todos los ciudadanos, si bien no mucho ántes que en Atenas, la necesidad y la conveniencia de hablar *bien* para reclamar con éxito sus propiedades y sus derechos; allí, por último, aparecieron los primeros *retóricos* ofreciéndonos este notabilísimo período de la historia de la *pala-bra* una enseñanza consoladora, toda vez que nos hace ver que hasta el horror favorece la ley fija y constante, el dogma del progreso, que sólo los ciegos y sistemáticamente obcecados se atreven á negar.

Los primeros pasos del arte son, empero y bajo cierto sentido, funestos al arte mismo. La oratoria que no es ni debe ser otra cosa, que la *aplicacion acertada de los preceptos de la sana razon*, la oratoria se desvia apenas nace de su gran maestra la naturaleza, y basada en la *dialéctica*, va aumentando rápidamente los preceptos hasta llegar á un punto que se hizo imposible retenerlos todos, convirtiéndose en esclavos de sus propios artificios los que pretendian por tales medios ser oradores.

Dedicando todo su cuidado á la locucion, los retóricos que se daban á si mismo el modesto título de *sábios entre los sábios*, lograron hacerse dueños de la multitud, y formando en su principio una clase distinta de los oradores y de los filósofos, cultivaron con fruto la ciencia de la política y del gobierno.

Pronto se separaron los retóricos y sophistas del buen camino y mezclando la sabiduria con el

*arte de litigar*; dotados de un espíritu más superficial que profundo, prostituyeron en cuanto á su uso el don más preciado del hombre, llegando á sostener como síntesis de sus doctrinas que «toda opinion es cierta y verdadera;» fórmula que ciertas escuelas filosóficas de nuestros dias han vuelto á resucitar, proclamando que «toda doctrina por sólo el hecho de ser *racional* es verdadera.»

Fué la primera y principal ocupacion de los sophistas enseñar la elocuencia, segun dice Platon en sus *Didlogos*, y confirman otros escritores, que se han ocupado con más ó ménos desde de los representantes de esta escuela, á cuyo desarrollo y preponderancia contribuyeron mucho las circunstancias.

Gente extraña, dice el Ab. Andrés, deben parecer-nos los retóricos y sophistas, viéndoles unas veces honrados por el pueblo, otras combatidos y censurados duramente, oídos empero y buscados siempre.

Y es que estuvieron en moda en la Grecia culta estos exagerados y poco comedidos partidarios del arte oratorio durante largo tiempo llegando á abusar á de su preponderancia. De Syracusa pasaron á Atenas, y el concurso y la celebridad de sus escuelas atrajeron sobre ellos honores no otorgados antes á otros hombres no menos ilustres, aumentando estas distinciones exajeradas su petulancia y vanidad.

La *prosa* sustituyó á la *poesia* cuando ésta última había recorrido ya sus periodos más florecientes, y de los *prosistas* á los *retóricos* no hubo más que un solo paso que dar, habiendo entre los censurados y ridiculizados retóricos ó sophistas, prosistas dotados de un talento poco común y de un mérito indisputable.

Fueron estos, entre otros, TISIAS, discípulo de PROTÁGORAS DE ABDERA, hijo de Artémon (489-438), primero que recorre las ciudades dando lecciones de filosofía y de retórica, de genio activo, de imaginación ardiente, aficionado á las cuestiones más difíciles é intrincadas, y á quien debe considerarse como uno de los principales jefes de los sophistas, cuya profesión ejerció por espacio de muchos años, y entre cuyos discípulos contó á Sócrates; HIPIAS DE ELEA (436), que reunió grandes riquezas, y viajó por casi toda la Grecia, tipo el mas perfecto de la vanidad humana y cuyos principales discursos hubo de pronunciarlos en el gimnasio de Atenas, de memoria prodigiosa, de estilo recargado y muy dado á anfibologías y expresiones poéticas, las más de las veces inoportunas; PRÓDIGO DE CEA, discípulo de Protágoras, que fundó una escuela el año 430, elogiado por Jenofonte en sus *Memorias sobre Sócrates*, muy aficionado al uso de los *sinónimos*, y á quien se condenó, como corruptor de la juventud ateniense, á beber la cicuta; ZENON DE ELEA, que apareció en Atenas poco despues de Protágoras, inventor de lo que llamaba *arte de disputar*, nutrido en la doctrina sutil de Parménide, su maestro, aplicado á las paradojas, á crear y destruir argumentos caprichosos, silogismos embarazosos y defender el pró y el contra, y cuya lengua compara Timon á una espada de dos filos; ALCIDAMAS DE ELEA; POLIGRATES ATENIENSE; ANTÍSTENES; TRASÍMACO; CÉFALO; CRITIAS; TEODORO; y por último, GORGIAS DE LEONTE (485-378), el más célebre de todos ellos, por haber sabido dar á su estilo nuevo colorido en la expresion, más riqueza y grandiosidad que cuantos le precedieron, consagrando toda

su vida al servicio de la ciencia y cuya aparicion en Atenas tuvo lugar cuando contaba una edad avanzada.

Tales son los nombres que la tradicion ha conservado como los representantes de una escuela que en definitiva no puede desdeñarse y que prestó grandes servicios á la palabra artística, servicios dignos de estima, y que contribuyeron a encauzar la elocuencia como elemento consciente por una senda de reflexion y estudio que más tarde, y pasado algun tiempo, habria de dar escelentes resultados.

Fueron sùtiles, ostentosos, vanos; se dedicaron más á escribir que á pronunciar discursos, tomaron de obras trozos al acaso las mas de las veces, sin acierto y discrecion; se condujeron más como verdaderos *charlatanes* que como *oradores*; se mostraron poco escrupulosos en política, irrespetuosos con las creencias religiosas de su época; tuvieron demasiado apego al producto material de sus servicios; se perdieron en sutilezas, argumentos capciosos y en cuestiones de todo punto inútiles, como los escolásticos de los siglos medios, pero en medio de todos estos defectos y todos estos inconvenientes, contribuyeron á generalizar el uso de la palabra, á enriquecer el idioma, á dar vida al espíritu y calor al pensamiento, títulos de gloria que no podemos negarles sin injusticia.

Los retóricos y sophistas que vinieron á Atenas transmitieron á sus habitantes el *gusto* y la aficion á las *reglas del bien decir*, que en breve en aquel suelo privilegiado debian dar ópimos frutos, tomando la palabra un carácter *artístico*, y dando de si los oradores que prepararon la edad de oro de la elocuencia griega.

### CAPÍTULO III.

SEGUNDA ÉPOCA DE LA ELOQUENCIA GRIEGA.—PERICLES: TROZOS MÁS NOTABLES DE PLUTARCO ACERCA DEL MISMO.—ORACION FÚNEBRE EN ELOGIO DE LOS HÉROES MUERTOS EN CAMPAÑA.

1.º La escuela ateniense abre ante nuestra vista un nuevo é importantísimo periodo en la historia de la palabra.

Continúa desenvolviéndose por algun tiempo el elemento filosófico, más aun que el político; los retóricos y sophistas coinciden como hemos dicho antes, con los iniciadores del buen gusto; pero precede á los grandes progresos de la elocuencia griega algo que enlaza ostensiblemente la primera y la segunda época del *arte oratorio*.

No es tan rápido, no es tan violento como han supuesto algunos el vuelo que la palabra toma en Atenas. El *arte* hace su camino lentamente, y si bien crece y se agiganta en Grecia con más rapidez que en parte alguna, no por esto se nos muestra de súbito y sin la conveniente preparacion.

De Solon á Pisístrato, de éste á Pericles, de Pericles á Lysias é Isócrates, y de estos dos últimos á Demóstenes y Esquines, hay cierta gradacion que los críticos no se han cuidado gran cosa de apreciar convenientemente.

Gradacion tanto más importante y significativa

para nosotros, cuanto que, no solo justifica el plan de nuestros estudios, sino que basta por sí solo para destruir preocupaciones arraigadas en el ánimo de muchos hombres de letras; preocupaciones que ceden en daño de la verdad histórica y en desprestigio del trabajo como medio de llegar á ser orador.

Los enemigos sistemáticos de las reglas; los que juzgan innecesarias las cátedras y los libros que tratan de la elocuencia, sostienen que la palabra en Grecia, nació, creció y se elevó al cenit de su mayor apogeo casi sin precedentes, y esto no es exacto.

Atenas halló los elementos necesarios para el engrandecimiento de la oratoria, primero en las instituciones democráticas de Solon, más tarde en las enseñanzas tan desdeñadas de los retóricos y los sophistas. Su idolatría por la libertad, su afición á la filosofía, su entusiasmo por la belleza y por el *arte* en todas sus manifestaciones, completaron la série de los motivos, de las causas determinantes del rápido progreso de la elocuencia griega. Pero este progreso se observa, se ve, y apreciarse puede fijándose en este solo ramo de la cultura y la civilización; no prescindiendo de otros que lo son más ó ménos afines, pero comenzando por concederle la importancia que tiene en sí mismo y muchos no han querido otorgarle.

La *palabra* como expresion artística del pensamiento humano sigue el curso ordinario de las conquistas todas del hombre sobre la tierra. Es resultado de algo que surge, que nace dentro de nosotros, y de algo no ménos importante que se adquiere con el tiempo y la esperiencia.

«El arte y la ciencia no logran la gravedad de



la edad adulta sino despues de pasar por las gracias y los juegos de una infancia poética. Homero brilla en el centro del hemisferio intelectual de la Grecia: Hesiodo canta la época de los dioses: Solon legisla en métricos acentos, y solo despues de ellos viene una generacion de hombres ilustres que hacen de Atenas la escuela más esclarecida no sólo de los pueblos antigüos sino de los siglos futuros.»

La Grecia se vió durante un largo periodo materialmente inundada por los retóricos y los sophistas; pero dominando aun estos en el ánimo del pueblo, se alzaron figuras dignas de verdadera estima, y especialísima mencion por nuestra parte.

#### PERICLES (494-429).

2.º Renace con *Pericles* la antigua, la primitiva escuela oratoria iniciada por Solon; es decir, la escuela que podemos llamar de la *sinceridad* y del *patriotismo* á que debe darse la preferencia, el primer puesto tratándose del ejercicio de la palabra.

Pericles abarca sin embargo casi por si solo una época en la historia de la elocuencia antigua. Los oradores que le preceden lo mismo que sus contemporáneos son pequeños ante él.

No hay en Grecia mas que un solo hombre elocuente con quien compararle en cierto sentido y bajo cierto aspecto; ese hombre es Demóstenes.

Pericles, Esquines y Demóstenes son en realidad la encarnacion viva de toda la fama oratoria de la Grecia antigua.

Pericles, la cabeza, el estudio, la reflexion; Esquines, la espontaneidad, el fuego, la pasion; Demóstenes, la constancia, la energia, el corazon.

Nada apenas nos queda de Pericles: la posteridad no nos ha transmitido, de una manera auténtica al ménos, ninguno de sus discursos, y sin embargo, todos los críticos, todos los historiadores, así antiguos como modernos, convienen en concederle como orador las más grandes dotes, las cualidades más relevantes.

Aparece en Atenas cuando los sophistas deslumbraban la multitud, cuando tenía lugar la tercera guerra Mesénica, y en realidad es el primero á quien podemos dar el título de *orador*, porque en él se reunen, se combinan, se hermanan de una manera más ostensible el *arte* y la *naturaleza*.

Los griegos, más aun que los romanos, unieron al cultivo de la oratoria el de las demas artes y el de la filosofía, contribuyendo por este medio á su perfeccion. *Naturaleza y arte* segun Ciceron son elementos precisos, indispensables, segun dejamos dicho, en la elocuencia: *Initium ergo dicendi dedit natura, initium artis observacio*.

No hay divergencia al juzgar á Pericles. Su solo nombre conmueve al pueblo ateniense; su voz se asemeja á la tormenta, y lanzan rayos que hieren el corazon de cuantos le escuchan.

. . . . . ici de Péricles

La voix, l'ardente voix, de tous les cœurs maîtresse,  
Frappe, foudroie, agite, épouvante la Grèce.

La vehemencia, el fuego, la expresion de sus rasgos oratorios fueron causa de que se le comparase á Júpiter, que la multitud creyera que en sus lábios residia la diosa de la Persuasion, y que se le designase con el título del Orador Olímpico.

Tenia el don de la oportunidad, el del convencimiento, el de la cortesanía y la sagacidad.

Se cree que Pericles no escribía sus discursos, sino que los improvisaba en la tribuna y al frente de sus soldados; lo cual no excluye que dispusiese, como afirman algunos otros, su estructura y preparase los rasgos más notables de sus composiciones oratorias.

Lo que es evidente, lo que no admite duda, por referirse á una confesion propia de Pericles mismo, es que meditaba mucho antes de hablar lo que debía decir; que tenia muy en cuenta el auditorio que había de escucharle, repitiendo con frecuencia esta máxima antes de dirigirse á la asamblea:—Piensa, piensa, Pericles, que vas á hablar á hombres libres, á griegos, á atenienses.

Genio portentoso, talento colosal, léjos de dañarle que no poseamos nada suyo, esta circunstancia le favorece haciendo que su palabra tenga ¡cosa singular! el doble encanto de la *certeza* y del *misterio*.

Sabemos por sus mismos contemporáneos, hasta por sus émulos mismos, que era tanta la fuerza de su elocuencia y la vivacidad de su expresion, que penetraba en lo más íntimo, hasta dejar un aguijon en el corazon de los que le escuchaban; que el soldado le seguía sin vacilar puesta en él su confianza; que se expresaba de un modo insinuante y vigoroso; que poseía los resortes del talento oratorio; que maneja cual ninguno la hermosa lengua griega; que excedía y eclipsaba, en fin, á sus más egregios contemporáneos, Anaxágoras. Sócrates y Pythagoras, filósofos: Eurípides y Sóphocles, poetas trágicos; Herodoto y Thucydides, historiadores; Phi-

dias escultor, y Zeuxis famoso pintor; bastando su fama para dar nombre á su siglo, que se titula hoy como entónces sin contradiccion, *siglo de Pericles*

Y todos estos elogios y todos estos juicios se suceden sin protesta, se aceptan y pasan de una á otra época, de los griegos á los romanos, de éstos á nosotros, sin interrupcion y sin eclipses.

«Pericles vale por sí solo cien arengas escritas y trabajadas á la suave y solitaria luz de una lámpara nocturna, en sentir del Sr. Gonzalo Moron, y sólo él es un poema homérico cantado con la variedad armónica y melodiosa de todos los tonos, de todas las mágicas vibraciones de la música griega é italiana.»

Hombre de Estado, guerrero sin par, político eminente, patricio ilustre, veíanse en Atenas por todas partes pórticos, esculturas, inscripciones, pinturas, armas y trofeos como testimonios elocuentes del talento, del valor de Pericles en las lides de la palabra y del ingenio, ó en los combates contra los Persas y Espartanos.

Agarista, su madre, se dice, que soñó ántes de darle á luz que había parido un leon con una enorme cabeza, y en efecto, Pericles se distinguia por esta circunstancia, que ridiculizaron poetas tan ligeros y superficiales como Eupolis.

Educado por el músico y sophista Damon, por Zenon de Elea, físico de la escuela de Parmenides, y principalmente por Anaxágoras de Clazomene, debió, dice el crítico antes citado, á la disciplina y al arte todos los prodigios que la disciplina y el arte saben hacer, añadidos á las más grandes aptitudes naturales. Pericles poseyó además una de las principales cualidades que caracterizan á los

estadistas eminentes, la más completa serenidad y dominio de sí mismo, refiriendo Plutarco en comprobación de esto, que cierto día, habiéndole un joven disoluto y grosero llenado de ultrajes, Pericles continuó despachando los negocios urgentes, y cuando se hizo de noche el joven le siguió injuriando hasta su casa. Léjos de inquietarse, al llegar á la puerta, Pericles mandó á uno de sus criados que tomase una antorcha y acompañase con ella al joven hasta dejarle en su morada.

Es un rasgo curioso del varon de que en este momento nos ocupamos.

Zenon dice que era digna de imitarse la arrogancia, la majestad y la altiva dignidad de Pericles.

Aristóteles añade, que unos nacen para obedecer y otros para mandar, axioma que en su segunda parte confirmó Pericles de un modo evidente é inputable.

Tiempo es que no divaguemos al acaso libando aquí y allá los perfumes de las hermosísimas flores que forman la corona dedicada á Pericles por la posteridad; tiempo que completemos éste, para algunos quizá minucioso y por demás detenido estudio, de un orador de que no poseemos trabajos que confirmen las opiniones que aceptamos y hacemos nuestras, escuchando á su más esclarecido panegirista, á Plutarco, traducido con admirable gracejo y desenfado por el erudito catedrático del Ateneo de Madrid antes citado, por nuestro inolvidable amigo el señor Moron.

Halló este distinguido literato que de modo alguno podía conocerse mejor á Pericles, ni apreciar su talento oratorio y su grandeza política, que copiando, que trascribiendo literalmente algunos ras-

gos de su vida escritos por Plutarco, y en esto queremos imitarle nosotros.

Plutarco no solo supo pintar magistralmente al hombre; sino que nos dió á conocer al político, al guerrero, y reunió cuantos antecedentes han contribuido, reconocida su autenticidad, á que se tribute á Pericles la más unánime admiracion.

Hay en las *Vidas paralelas* de Plutarco acentos tan sinceros, reflexiones tan oportunas, juicios tan atinados, que no es posible leerlas sin sentirse vivamente impresionado.

Y, sin embargo, este libro apenas si anda hoy como debiera en manos de la juventud. Prestémosla el servicio de reproducir aquí los trozos más notables, los párrafos más importantes de la biografía de Pericles, no transcribiéndola toda, sino tan solo en la parte que se refiere á la especialidad de estos estudios:

«El hombre, cuyo trato cultivó Pericles, dice Plutarco, al que debió aquel tono y altivez de sentimientos demasiado arrogante quizás para un Estado democrático, y la nobleza y dignidad en los modales que tanto distinguieron y ornaron á este varón ilustre, fué Anaxágoras de Clazamene, á quien sus contemporáneos llamaban *el espíritu*, sea por admiracion á su penetracion y á su profunda inteligencia de la naturaleza, sea por haber sido el primero en Grecia que atribuyó la formacion y el orden del mundo, no al *azar* sino á una *inteligencia pura y simple*, la cual sacó del *seno del caos y unió entre sí todas las sustancias homogéneas*. Pericles tenia una consideracion particular á Anaxágoras, y aprendió en sus conversaciones el conocimiento de los fenómenos del aire y de toda la naturaleza. De

este estudio provino en gran parte la elevación y gravedad de su ánimo; su *elocucion noble y exenta de las afectaciones de la tribuna y de la bajeza del estilo popular, y al propio tiempo la seriedad de los rasgos de su fisonomía* donde jamás se vió pintada la sonrisa; la tranquilidad de su paso; el *tono de su voz, siempre sostenido é igual*; la sencillez de su porte, de su gesto y hasta de su vestido, llegando hasta no *sentir la menor alteracion mientras hablaba, cualquiera que fuesen las pasiones que le agitaran*, y por fin, todas las cualidades que hacian de Pericles el objeto de la admiracion universal....

«Y no fueron estos, continúa el célebre panegirista, los únicos frutos que Pericles recogió de la cosecha de Anaxágoras: aprendió tambien con su trato á hacerse superior á los temores supersticiosos que la vista de los fenómenos celestes inspira á los que ignoran sus causas, y viven á expensas de esta ignorancia en una continua agitacion y como poseidos de un furor divino, mientras que el hombre instruido por el estudio de las leyes de la naturaleza siente hácia la divinidad una veneracion llena de seguridad, en vez de una devocion supersticiosa y siempre alarmada... Temiendo que la multitud se disgustase de él viéndole de continuo guardó intermitencias en sus relaciones con ella: *no hablaba sobre todas las materias, ni se ponía siempre en espectáculo, reservándose solo para las grandes ocasiones como la Trireme de Salamina, segun la feliz expresion de Critolao. En las circunstancias ordinarias se hacia suplir por amigos y oradores adheridos á sus intereses*, figurando entre estos Efiálfes, el que debilitó el poder del Areópago: y segun la frase

de Platon, vertió pura y á manos llenas la libertad sobre el pueblo, que una vez emborrachado, añaden los poetas cómicos, como un caballo sin brida, no pudo ya obedecer y se precipitó sobre las islas.

«Para formarse un estilo digno de su persona y en armonía con sus pensamientos, recurrió Pericles sin interrupcion à las lecciones de Anaxágoras. Dotado por naturaleza de las disposiciones más felices, à la sublimidad de sus sentimientos, á aquella voluntad eficaz y perseverante, de que habla el divino Platon, unia *el arte admirable de sacar partido de todo en la argumentacion, llegando á ser muy superior á los demás oradores de su tiempo*, que le decian, *Orador olímpico*; si bien otros son de opinion que este título se le concedió por los grandes monumentos con que embelleció á Atenas. por su habilidad en la ciencia del gobierno y en la de las armas; si bien no hay razon alguna que se oponga á que tan glorioso sobrenombre se atribuya á la reunion de todas y cada una de tan raras y sorprendentes cualidades....»

No acaba aquí el elogio de Plutarco:

«*Pericles, añade, hablaba siempre con extrema circunspeccion, y cuantas veces subia á la tribuna, suplicaba á los dioses que no permitiesen se escapase de su boca ninguna palabra contraria al fin que se proponia....*»

Se citan de Pericles un gran número de ingeniosos dichos.

Hablando una vez de la isla de Egina:—*Sería necesario, dijo, quitar esta nube del ojo del Pireo.*

En otra ocasion:—*Yo veo á la guerra correr del Peloponeso.*

Sóphocles, su colega en el mando de la flota, y



que navegaba con él, hacía un día el elogio de la belleza de un joven:—*Sófocles*, replicó interrumpiéndole, *un general no solo debe tener las manos puras, sino también los ojos.*

Plutarco termina la biografía de Pericles, una de las más bellas que produjo su bien cortada pluma, con el siguiente resúmen ó epílogo, que no queremos ni debemos omitir para dar una cabal idea del orador que nos ocupa.

«Nosotros debemos, dice, á Pericles *nuestra admiración* por la dulzura y templanza que conservó siempre, aunque ocupado de negocios tan áridos y entregado á tantas enemistades. Se la debemos muy principalmente por aquella *elevación de sentimientos* que le hacía mirar como su más bello título de gloria el no haber jamás, revestido como se hallaba de un poder tan grande y que duró cerca de cuarenta años concedido nada al ódio ni á la cólera, y no haberse nunca mostrado implacable con ninguno de sus enemigos. Y aun este mismo sobrenombre tan faustoso y arrogante de *orador olímpico*, si había algo que pudiera impedir, que despertase la envidia, y hacerle digno y propio de Pericles, era la pureza de su vida y su intachable probidad en medio de un poder tan inmenso...

«Aleccionados termina, por los acontecimientos que siguieron á la muerte de Pericles, no tardaron los atenienses en comprender lo que valía y en lamentar públicamente su pérdida. Los que durante su vida sufrían con disgusto su poder, porque los eclipsaba, confesaron inmediatamente después de su muerte y luego que hubieron probado otros *oradores y demagogos*, que jamás hombre alguno había reunido tanta moderación y grandeza, tanta

dulzura y magestad. Y este poder, blanco de tan odiosos ataques, esta *monarquía*, como se la llamaba, y esta tiranía, se reconoció entonces, que había sido para el Estado, como un area de salvacion; hasta tal punto el gobierno, ocurrido el fallecimiento de Pericles, se encenagó en la corrupcion y en la multitud de malas pasiones, á las cuales había obligado á ocultarse, debilitándolas, humillándolas é impidiendo que se hicieran incurables, manteniéndolas en la más completa impotencia.»

Hasta aquí el insigne biógrafo, hasta aquí el elegante Plutarco, despues del cual no nos sentimos con ánimo bastante para añadir de nuestra parte una sola linea sobre Pericles.

3.º Atribúyese á Pericles una famosa oracion dicha en elogio de los héroes muertos en la guerra del Peloponeso de la cual se conservan algunos trozos.

Trascribirlos es nuestro deber:

»De los guerreros muertos ninguno retrocedió ante el peligro; ansiaban vengar al enemigo y no perdonaron para conseguirlo sacrificio alguno. La vida les pareció pequeña cosa ante el placer de la venganza, prefiriendo la muerte á la ignominia de pasar por cobardes, y alcanzando el calificativo de esforzados.

...Al hacer el donativo de su existencia á la pátria merecieron elogios inmortales y una gloriosa tumba que no consistirá tanto en ese sarcófago de mármol destinado á guardar sus cenizas, como en el recuerdo y la admiracion que unánimes les tributamos.

...Los héroes tienen el mundo entero por sepultura... Emulos de estos guerreros y persuadidos de que no hay dicha sin libertad, ni libertad sin valor y virtudes cívicas, no vacileis, ni retrocedais nunca ante los peligros y el fragor del combate... La muerte se recibe sin sentir cuando sobreviene de improviso en los momentos supremos en que se pelea, en que se lucha por la pàtria.»

Luego que Pericles hubo pronunciado esta oracion, fué tan grande y general el efecto de sus palabras que al bajar de la tribuna las mujeres le alargaban sus manos, otras le arrojaban coronas y guirnaldas como á un atleta vencedor.

Elpinice, modelo de piedad fraternal, y que no podia olvidar los agravios que su hermano Cimon habia recibido, acercándose al orador le dijo:

—Pericles, no hay duda que cuanto has dicho es admirable, y digno de tantos aplausos el haber hecho perecer á tantos y tan bravos ciudadanos, no guerreando contra los Fenicios ó los Medos, como Cimon, sino para arruinar á una ciudad aliada de Atenas.

Pericles la escuchó sin alterarse y la respondió sonriéndose con un verso de Archileco:

«Vieja, ¿te perfumas todavía?»

## CAPITULO IV.

NUEVAS CAUSAS DEL ENGRANDECIMIENTO DE LA PALABRA ARTÍSTICA.—PERSONAJES ILUSTRES.—REFLEXIONES.—LYSIAS: IXEO: LICURGO: HIPÉRIDES.

1.º No podia menos de sentirse la influencia de Pericles, y si bien no concluyó por completo en Atenas el imperio de los retóricos, *la palabra artística* adquirió á partir de esta época un tinte de mayor pureza y severa dignidad, de que fueron representantes, en mayor ó menor escala, *Antiphon, Critias, Thérámenes, Alcibiades, Andocides, Callistrato*, y mas principalmente *Lysias, Ixeo é Isócrates*.

Las calamidades que pesaron sobre Atenas, la guerra del Peloponeso, que hizo caer la república bajo la dominacion de los *treinta tiranos*, cambiaron profundamente la disposicion de los espíritus, y el pesar público imprimió á las producciones todas del genio una visible gravedad en sus diversas manifestaciones.

Comenzóse por abandonar los frívolos adornos, las antitesis rebuscadas, los juegos de palabras que tan en boga habían estado por largo tiempo, fijando la atencion en medios más sólidos y más seguros de probar y convencer.

Púsose mayor cuidado en el *fondo* que en la *forma* de los discursos, comenzándose por estos medios

á depurar el gusto y á preparar por la union de ambos elementos, necesarios, precisos á toda obra literaria, á toda obra artística, el mayor apogeo de la elocuencia griega.

Por este tiempo los filósofos, que tan tenazmente habian conservado el metro en sus escritos, le abandonaron por completo, adoptando, segun dice Dionisio de Halicarnasio, una locucion pomposa y magnífica, que se acercaba á la poesía, pero que no era el metro ó ritmo poético, y que prestó más sólidos adornos y riquezas más positivas á la tribuna y al foro.

2.º ANTIFON (480-410) Natural de Ramno, pueblo marítimo del Atica, hijo de Sófilo, citado con aplauso por Plutarco, se consagró á la poesía, escribiendo algunas tragedias de escasa valía; ideó, más tarde un tratamiento moral para los enfermos, que tampoco le dió resultado, y abrió por último una cátedra de oratoria, á la que se dice concurrieron Tucídides, Sócrates y Eurípides.

Escribió un *Tratado de Retórica* para uso de sus discípulos que mencionan con elogio Dionisio de Halicarnasio y Quintiliano.

En opinion de algunos Antifon fué el primero, y esto nos convenia hacerlo constar, que se valió de la elocuencia para defender ante los tribunales los derechos de sus clientes; habló tambien en las asambleas populares, llegando á hacerse temible por su dialéctica viéndose precisado por esta causa á concretarse á componer discursos para otros, en cuya ocupacion pasó con gran fruto la mayor parte de su vida.

Su estilo ha sido apreciado de distintas maneras. Sus contemporáneos le pusieron el sobrenombre de

*Nestor*. Dionisio de Halicarnasio le compara á Tucídides, de quien dice, «que discurría admirablemente, y decía las cosas tan bien como las pensaba.»

De caracter inquieto, promovió, en union con Pí-sandro, la revolucion que derribó el gobierno popular durante la guerra del Peloponeso (410), siendo enviado como embajador á Esparta para ajustar la paz á toda costa y con tal que se reconociese el poder oligárquico, representado por el Consejo supremo de los cuatrocientos, que tan escasa duracion tuvo, cayendo bajo el peso de sus propios excesos y su falta de patriotismo.

No creemos oportuno reproducir en nuestra obra ninguno de los trabajos que se citan de este retórico, debiendo reservar esta distincion para otros de más reconocido mérito y aplicacion, siendo por otra parte más bien que verdaderas arengas, ejercicios de escuela, faltospor lo comun de colorido é intencion.

Las composiciones más apreciables que la posteridad nos ha legado de Antifon, son: una sobre *el asesinato de Herodes*, y la que se titula *del corista*, jóven que aprendía á bailar y cantar en casa de un Corego, y que habiendo tomado una bebida para que se le aclarase la voz, murió; acusando con este motivo su padre al Corego como reo de asesinato.

Hay en estos discursos rasgos oratorios de alguna estima, claridad en la exposicion, distinguiéndose por un lenguaje austero y conciso muy propio de los debates forenses.

CRITIAS, uno de los treinta tiranos, se señaló ta tambien por su elocuencia, calificada de grave, elevada y pomposa por varios criticos é historiadores.

THERAMENES, de este personaje no se ha conservado trabajo alguno, sabiendo tan solo, por Dionisio de Siracusa, que esplicó retórica y tuvo por discípulo á Ixócrates. Ciceron elogia sus escritos sin haberlos leido, y por referencia á personas que le merecian crédito.

ALCIBIADES, natural de Clineas, sobrino de Pericles, y uno de los discípulos más estimados de Sócrates, ha merecido un juicio severísimo de los historiadores. Nada se conserva de este varon, cuya biografía escribió con gran estension Plutarco. Teofastro, autor de verdadera estima, dice, «que Alcibiades sobresalía mucho en la invencion y en el conocimiento de lo que á cada asunto convenia, añadiendo, «que carecía de facilidad, tropezando á menudo, y parándose en medio de los períodos para ver como habia de continuar.»

Demóstenes califica á Alcibiades como el orador más behemente de su tiempo, censurando, no obstante la conducta de este ambicioso de este hombre esclarecido en los fastos de la historia griega; pero en quien, como en muchos otros, la intriga y la vanidad superaron con exceso al amor á la justicia, á los nobles sentimientos de la patria y la libertad.

ANDÓCIDES, se señaló por la sencillez, el método y la claridad de sus discursos. Hijo de Leógaras, pasó una vida muy agitada, habiéndose hecho sospechoso por su lealtad á la patria hasta el punto de haber pesado sobre él diversas acusaciones.

Denunciado por traidor ante el Senado pronunció una de sus mejores composiciones ó discursos.

CALLISTRATO, por último, fué un orador expre-

sivo, vehemente en las imágenes y de rasgos tan brillantes que conmovían al pueblo.

Otros oradores se citan por Dionisio de Halicarnasio en su docta crítica, acerca de los cuales no nos parece oportuno hacer más que la ligera mención de sus nombres.

El arcaico *Teodoro Bizantino*, el débil y poco persuasivo *Anaximenes de Lamsaco*; *Teodecto*, *Teopompo*, *Náncrates*, *Eforo*, *Filisto* y *Cefisiodoro*, *Trasimaco de Calcedonia*, puro y elegante, pero de escaso interés en los asuntos de que se ocupó; *Poligrates*, desaliñado y pretencioso, y *Zoilo* muy semejante á Crítias el tirano, florecieron por este mismo tiempo.

Clasifican algunos críticos á los personajes citados en dos grupos, comprendiendo en uno á los *políticos* y en otro á los *forenses*, división que nos parece convencional y arbitraria, toda vez que su nombradía es general y no concreta al género especial de su palabra.

3.º Las invasiones de los Persas y los triunfos alcanzados sobre ellos por los atenienses, la guerra del Peloponeso, que tuvo según hemos indicado antes, dividida la Grecia durante más de veinte años, influyeron en el curso y en la dirección de los negocios; pero la aparición de un hombre, la subida al trono de Macedonia de Filipo, imprimió nuevas corrientes y ocasionó efectos marcadísimos en la oratoria.

Filipo, en vez de dar á conocer sus designios, fingiose amigo de los mismos á quienes anhelaba domeñar y prestando alianzas que favorecieran



sus planes, alimentando rivalidades personales, consiguió dividir las opiniones, y mientras unos calificaban sus miras sobre la Grecia con ojo certero y previsor, otros seducidos por su política ó comprados por su dinero hicieron su causa en el seno mismo de la república.

Provino de aquí un nuevo género de lucha y de gigantescas lides entre los oradores griegos; lucha de sinceridad por parte de unos, de artificio por el de otros; lides ruidosísimas, apasionadas y que se prolongaron durante casi todo el periodo comprendido por nosotros en esta segunda época de la elocuencia griega.

La palabra se hizo un arma poderosísima y constantemente esgrimida, así en la plaza pública, como en la Asamblea. Se hablaba á todas horas y en todas partes; unos en contra de Filipo y otros en su favor; unos aplaudiendo su conducta y denigrando á los persas; otros prefiriendo la amistad de éstos á ser aliados del rey de Macedonia.

Efervescencia, agitacion que en un pueblo impresionable, vehemente, tenía que dar por resultado, como sucedió en efecto, tipos admirables en todos los géneros de elocuencia, como acontece hoy, como sucede en nuestros dias en los que se agitan intereses tan opuestos, ideas tan encontradas, aspiraciones tan diversas.

En aquella época la palabra era la única válvula y el único resorte de la opinion pública; no habia prensa, apénas si habia libro, y nunca para estas cosas.

¿Qué extraño, pues, que la palabra adquiriese tanta importancia y que el estudio de aquella pala-

bra, de aquellos acentos sea tan útil y provechoso para la humanidad?

Se acercaba visiblemente, se acercaba á pasos agigantados el instante supremo para la elocuencia griega.

Los oradores anteriores y contemporáneos de Demóstenes y Esquines nos ofrecen un cuadro brillantísimo, y léjos de hacerles sombra alguna, ni oscurecer su mérito, contribuyen á darles mayor realce y más perfecto colorido.

Por esto, en vez de hacer entre ellos una separacion, lo hemos agrupado comprendiéndolos todos, dentro de un periodo histórico, de una misma época,

Los distinguen diferencias más ó menos notables á los ojos de la crítica, no les separan tantas, que signifiquen una nueva evolucion en el sentido filosófico, artístico y literario dentro del círculo á que ceñimos estos estudios.

El uso de la palabra, el ejercicio de la oratoria, llega por los motivos indicados á convertirse en una verdadera profesion, no sólo bajo el aspecto *político*, sino bajo el aspecto *forense*.

Los que tienen necesidad de comparecer ante los tribunales, no se fían ya de su propio criterio, ni de sus propias fuerzas. Buscan con avidez, buscan con afán, quien haciéndose cargo de sus intereses les escriba la acusacion ó la defensa, y se permite alguna vez, se tolera que la personalidad del demandante ó del demandado, del acusador ó del acusado, se reemplace por quien habituado á hablar en público sepa con mayor acierto ilustrar á los jueces llamados á dictar el fallo ó pronunciar sentencia.

Así se vá introduciendo una laudable costumbre, combatida por algunos, respetada no obstante por

todos los pueblos cultos y tenida en mucho con razon por las naciones modernas.

La elocuencia se coloca resueltamente al servicio de la justicia; es un elemento poderosísimo de que se hace uso sin menoscabo de la independencia y de la imparcialidad de los juzgadores, y en beneficio de los ciudadanos todos, sin distincion de clases, ni gerarquías.

Trae su origen de este momento histórico la *abogacia*, como magisterio, como sacerdocio público, como ocupacion nobilísima, en la que habían de figurar despues los hombres más eminentes de tantos pueblos.

Cesa la prevencion que se tenía contra la palabra en presencia del tribunal, y no solo se la acepta, sino que se reconocen sus ventajas y se confiesan sus excelentes servicios á la inocencia y á la verdad.

Los personajes citados, pues, figuran indistintamente en las lides políticas y en los debates forenses, quedándonos sobrados documentos que patentizan esta dualidad de los que se consagraron con mayor ó menor aplauso á la elocuencia durante la epoca que venimos estudiando.

4.º **LYSIAS** (495-414). Ocupa Lysias un puesto preeminente, un lugar excepcional y casi único entre los retóricos griegos, por la sencillez, la claridad, la pureza y la dulzura de su estilo.

La derrota de los Sibaritas por los Crotoniatas, redujo á un desierto la célebre capital de los primeros, repoblada más tarde bajo la proteccion de las repúblicas de Esparta y Atenas. Los griegos que en union de los restos dispersos de la antigua Siba-

ris, se establecieron en ella, la pusieron por nombre Turio, y allí acudió, entre otros, Lysias, perdiendo con este motivo la ciudadanía ateniense, en defensa de la cual, y por recobrarla, pronunció más tarde varios de sus mejores discursos.

Aunque se ignora en realidad, de creer es que Lysias se distinguiese ya en Turio.

Ciceron, Quintiliano y Dionisio de Halicarnasio alaban su elocuencia, llegando el primero á decir: «que Atenas podia vanagloriarse de haber tenido en él un orador *casi perfecto*»; el segundo, «que nada había inútil en sus trabajos oratorios, ni nada exagerado, pareciendo en su palabra, más que rio caudaloso, arroyo sosegado, puro y cristalino.»

Dionisio de Halicarnasio elogia sobre todo sus *exordios*, «en los que llegó á ser, en su sentir, inimitable».

Conciso en la narracion, animado en las pinturas y clarísimo en la recopilacion, Lysias era siempre oído con agrado. Poco á poco se hacía lugar entre sus oyentes, concluyendo por estasiarles y persuadirles sin violencia y sin trabajo.

Su ocupacion constante, por espacio de algunos años, fué componer discursos *forenses*, de los cuales algunos pronunció él mismo, habiéndolo tambien dado lecciones de oratoria, si bien esto no aparece por entero comprobado.

Distingiase por la propiedad en el decir, circunstancia más digna de aplauso, puesto que pasó en Turia más de treinta años y se hablaba en ella, diferentes dialectos además del ático.

No solo hay orden y buen método en la colocacion de las palabras, sino que se observa igual ilacion y encadenamiento en las ideas y en los pensa-

mientos de este escritor: *Lysias subtiles atque elegans, et quo nihil, si oratori satis sit docere., quæras perfectius*, dice Quintiliano.

IXEO. Grandes analogías, grandes semejanzas de estilo encuentran los críticos todos, y hay en efecto entre Lysias é Ixeo, hasta el punto de afirmar el Ab. Henry que es en extremo difícil diferenciarles.

La misma claridad, idéntica pureza: precision y armonía, Sólo se distingue Ixeo de su contemporáneo, en que es algo más vehemente y expresivo, y en que se muestra más artificioso en la eleccion y en la disposicion de las pruebas.

Dionisio de Halicarnasio, dice, comparando á Ixeo y Lysias: «Fijad vuestra vista en los cuadros antiguos, y observareis que son notables por la exactitud del dibujo y por el primor de las formas; pero no por el colorido, ni por la composicion, ni por la buena distribucion de las sombras, que forman el mayor mérito de los modernos... pues tal es la diferencia que hay entre Lysias é Ixeo. Lysias es la sencillez misma; sencillez elegante, espontánea, natural. Ixeo revela en sus composiciones mayor trabajo. En aquel domina la *naturaleza*; en éste el *arte*. Aquél hace una bella narracion sin saberlo; éste se detiene, estudia para hacerla y lo consigue. Al uno se le cree sin violencia; á éste hay que escucharle con prevencion. La bondad y la justicia se muestran por si mismas en Lysias, mientras que en Ixeo se las ve millares de veces como forzadas.»

La autoridad de tan esclarecido crítico nos excusa de toda reflexion. La lectura de la oracion forense de Ixeo, relativa á la herencia de Pirro, demuestra entre otras cosas que la ciencia del dere-

cho no estaba en el lamentable atraso que algunos suponen ántes de la época romana.

LYCURGO. Fué discípulo de Platon y de Isócrates, y se distingió por su probidad y la acertada administracion de los negocios públicos.

Imitó á Pericles en el esmero con que meditó siempre sus discursos ántes de pronunciarlos. Secundó con energía sus ideas y militó en el partido de Demóstenes, formando con él parte de la embajada enviada por Atenas para cerciorarse de las intenciones de los aliados, cuando Filipo amenazaba por segunda vez la República.

Su popularidad fué grande entre los Atenienses, y su discurso más saliente, es el que improvisó indignado á la vista de un tal Leócrates, que al saber la derrota de Queronea habia huido ocultamente de Atenas, llevando la alarma á Rodas y Megara, y que vuelto á Atenas despues de pasados más de ocho años, pensó que se habria olvidado ya su cobarde accion.

HIPÉRIDES. Cierta viajero inglés, llamado Harris, compró el año 1847 en Oriente unos papiros encontrados cerca de Tebas, que contenían, en un deplorable estado, parte de la oracion que Hipêrides pronunció contra Demóstenes por haber recibido dinero del macedonio Harpalo, y otra del mismo dicha en favor de Licofron. Posteriormente, otro viajero inglés, Ardenio, adquirió en 1852 el final de la segunda, y otra casi entera, que no puede ponerse en duda sean de este orador.

Se citan entre los recursos ó rasgos de ingenio de Hipérides, el que motivó un decreto célebre por el cual se dispuso que ningun orador defendiendo á un acusado pudiese excitar la piedad de los

jueces, y se prohibió la presencia de los reos en el acto de pronunciarse la sentencia.

Hipérides defendía á Frine, sacerdotisa de Vénus, acusada por Eutias de impiedad. No obstante el calor con que mantuvo la inocencia de ésta, al ver que iba á ser condenada, se acercó á ella, y soltándola repentinamente los broches del vestido, mostró sus secretos encantos ante los jueces, para que compadecidos de tanta belleza la salvaran la vida, logrando por tan extraño medio el objeto que se habia propuesto.

Ciceron, Quintiliano y otros, elogian este rasgo como un excelente ardid oratorio, que contribuyó en mucho á la fama de Hipérides, si bien otros atribuyen este hecho á Anaximene.

## CAPÍTULO V.

ISÓCRATES: OPINIONES Y JUICIOS CRÍTICOS: SUS TRABAJOS ORATORIOS.—APOGEO DE LA ELOCUCIÓN GRIEGA.—DEMÓSTENES Y ESQUINES.

1.º No en vano se despierta el buen gusto y las aficiones literarias de un pueblo. No en vano se otorgan por él mismo aplausos y coronas á los que se desviven y afanan por ilustrarle, acrecentando su fama é inmortalizando su nombre.

Grecia figura sin contradicción á la cabeza de las naciones sábias en la historia del mundo; sus hombres más esclarecidos en primera línea entre los que han guiado á la humana estirpe por los senderos del progreso, de la civilización y la libertad.

¡Nación envidiable! ¡Egregios varones! Yo os saludo, y en medio de mi insuficiencia, os admiro con respeto y veneración.

### ISÓCRATES (436-338).

Descuella como pocos, descuella, cual ninguno quizás, entre los preceptistas y retóricos griegos que venimos citando, el gran Isócrates.

Su influencia en la elocución ática es decisiva; sus servicios á la palabra humana como expresión artística del pensamiento, incalculables é imperece-



deros, hasta el punto que no concebimos que haya quien pretenda hablar en público que no lea y estudie á Isócrates: quien se consagre á la tribuna ó al foro, y áun á la cátedra sagrada, que no busque en este maestro entre los maestros, fuentes de luz, de gusto é inspiracion.

No hay en los trabajos de Isócrates el calor y la vehemencia que en los discursos de Demóstenes; pero no tiene rival, no tiene semejante en las dotes de moderacion, de aliño y de pureza que tambien dicen á la elocuencia.

Fueron sus maestros Gorgias, Pródico, Tysias y Theramenes; es decir, los mas famosos preceptistas del período histórico que nos ocupa.

La debilidad de su constitucion física le impidió ocupar un primer puesto como orador, de lo cual se condele toda su vida; pero no rehusó por esto el ser útil á sus conciudadanos y al arte oratorio.

Abrió para ello una cátedra de retórica, á la cual acudieron de todas partes los jóvenes de más talento siendo entre otros, discipulos suyos Ixeo, Lycurgo, Hipérides y Demóstenes. «Su casa era un gimnasio abierto á toda la Grecia», segun la feliz expresion del orador romano, y «de su escuela, como del caballo de Troya; salia constantemente una multitud de héroes». Tenia un don especial, para conocer la fuerza, el génio y el carácter de sus discipulos, estimulándolos de mil maneras y sabiendo sacar siempre un gran partido de sus disposiciones naturales.

La elocuencia *académica*, tal como nosotros la comprendemos, no encontrará jamás tipo más acabado y perfecto.

Medita, escribe, lima, corrige, se esmera, quizás demasiado segun algunos; pero esto constituye en

Isócrates, no un defecto, sino un mérito. Llega hasta la nimiedad; pero llega conociéndolo y sabiéndolo; es decir, llega por su propia voluntad, formando por ello una escuela que ha prestado grandes servicios al arte oratorio.

Isócrates es un dechado de perfecciones que puede acaso parecer en determinados momentos monótono y frío; pero que aun así no admite competencia, y pasa por uno de los modelos más acabados que nos ofrecen los antiguos y los modernos tiempos. Los mismos que le motejan han procurado imitarle, y si fuesen francos no podrían negarnos que los períodos más aplaudidos de sus discursos, habrán sido por regla general los más meditados y con más esmero dispuestos para producir efecto y causar sensación.

Antes que arrebatarse, ántes que dejarse llevar de las disposiciones naturales, es preciso al que habla un trabajo de *escuela* y de *bufete* asiduo y constante, y aun despues de esto, los hombres verdaderamente elocuentes de todas las épocas y lugares que han conquistado un nombre esclarecido como oradores, jamás han dejado de planear, por lo menos, sus discursos de empeño, y hasta de construirlos con el mayor detenimiento ántes de pronunciarlos.

El orador, donde se muestra tal como es en sí y sabe hasta donde puede llegar, es en la *réplica* y en las *improvisaciones*; pero no por ello puede negarse el título de tal al que, como Isócrates, por razones especiales, por defectos de pronunciación, por falta de salud, por timidez de carácter ó por otros motivos no acierta á brillar en tales ocasiones, ó lleva para semejantes casos más ó menos preparados sus discursos.

Fácil es que en sentir de algunos no debieramos hablar de Isócrates sino bajo el punto de vista de la elocuencia de los escritos; pero esto sería por nuestra parte desconocer la indole de ese género de oratoria, y atribuir, como se ha hecho ya con sobrada ligereza al personaje que nos ocupa, más bien el título de escritor que el de orador.

No: Isócrates merece figurar entre los oradores griegos, y entre ellos como uno de los mejores y más ilustres, por más que no pronunciara apénas ninguno de los trabajos que compuso.

Fueron y son estos verdaderas piezas oratorias en su mayor parte, lo mismo considerándoles en la *forma* que el *fondo*; discursos ó composiciones esencial y fundamentalmente oratorias en cuanto á la eleccion del asunto, á la invencion y á la disposicion ó estructura artística con que los redacta y dispone, sin que puedan confundirse en este particular con los demás géneros de las composiciones literarias.

Isócrates en la acepcion más precisa, más propia y oportuna de esta palabra, no es solo un preceptista de mayor ó menor mérito; un observador que expone teorías, preceptos y enseñanzas en forma didáctica, sino que es a la vez un gran retórico, un gran filósofo, un gran político y digámoslo en suma, una vez más, un gran orador.

Faltábale voz para hablar ante el pueblo y en aquellas grandes asambleas en que materialmente *tronaban* otros, y esto le hizo cobarde y retraido. No lo hubiese sido en nuestros parlamentos modernos donde todo favorece y auxilia al orador, entrando por mucho para el mayor y más seguro éxito de ciertos discursos, las dimensiones y las excelen-

tes condiciones acústicas del salón en que se han pronunciado.

Dentro del aula, y ésta no debía ser pequeña cuando hubo época de contar á cientos sus discípulos, Sócrates se hacia aplaudir con entusiasmo y hasta con estrépito por sus oyentes y admiradores.

El conjunto de sus composiciones es magnífico, habiendo pocos que le aventajen en grandilocuencia, y en hacer un uso acertado y prudente de la dialéctica.

Los que le acusan de debilidad y falta de patriotismo olvidan tres hechos culminantes de su vida: la defensa que hizo, siendo muy jóven aún, de Terámenes, el luto que vistió cuando supo la sentencia injusta pronunciada contra Sócrates, y por último su amor á la pátria dejándose morir de hambre á la edad de 98 años ante el terrible desastre de Queronea.

Los que le motejan de interesado, le calumnian igualmente; los que de frio y afeminado, no han meditado bien sus trabajos oratorios. Tuvo émulos, tuvo enemigos como sucede á todo hombre de verdadero mérito; pero sus costumbres fueron sobrias, castas, puras y su amor á la patria sin rival.»

Dionisio de Halicarnasio escribió la biografía de Sócrates de una manera admirable.

Pedro Mejía, al fin de la Silvia de Voria, tradujo la *Paranesis*, tomándola de la version latina de Rodolfo Agrícola, Diego Gracian de Alderete vertió del griego las dos oraciones *Nicocles*, impresas en Salamanca en 1570, y por último, D. Ignacio Luzan lo hizo de nuevo de la *Paranesis*; si bien esta, como otras traducciones suyas, quedaron inéditas, siendo su pérdida en extremo sensible.

Los que quieran conocer íntegros los escritos de Isócrates, pueden leerlos admirable y fielmente traducidos á nuestro idioma castellano por D. A. Ranz Romanillos.

2.º Hemos visto nacer, crecer, desarrollarse y desenvolverse la palabra como expresion artistica del pensamiento humano: hemos enumerado, con la posible precision y minuciosidad, sus primeros pasos, sus dificultades y extravios, sus legítimos triunfos y sus victorias: hemos asistido á la obra lenta y penosa, inconsciente unas veces, artificiosa y violenta otras, de los retóricos y los sophistas dentro y fuera del aula; llegamos ya al momento en que la elocuencia propiamente dicha, despliega toda su magnificencia y esplendor.

Si hasta el presente nuestra tarea ha ofrecido dificultades, por referirse á tiempos acerca de los cuales apenas si alcanza el recuerdo de las generaciones sabias, á partir de este momento lo múltiple, vario, y no pocas veces injusto y apasionado de los pareceres, hace en otro sentido que acrezca nuestro compromiso.

Compromiso abrumador si de antemano no contamos con la benevolencia de nuestros lectores y de la docta corporacion á la cual dedicamos estas, ya añejas, tareas, aligeradas ahora para ofrecerlas al colegio ilustre de abogados de Valladolid como demostracion pública del afecto que sus individuos todos nos inspiran, y de la alta estima que sus trabajos oratorios merecen, teniendo ocasion de apreciarlos diaria y constantemente en el desempeño de nuestro cargo.

Galanura, profundidad, erudicion, calor, fuego, vehemencia, imaginacion, aplomo, sabiduría... cualidades son que descuellan en el foro de la Ciudad en que imprimimos estos estudios, y que nos han impulsado á darles á la estampa despues de tantos años como ofrenda de admiracion hácia nuestros compañeros, que tanto contribuyen con su *palabra* á mantener las gloriosas tradiciones de esta egrégia y antiquísima Chancillería.

No ha decaido, no el *foro* vallisoletano de su proverbial nombradía y de su justa fama.

Los juicios orales ofrecen nuevo campo á los jóvenes para ensayar diariamente sus facultades y aquí, en Valladolid, la *palabra artística* tiene tantos y tan escelentes representantes que en parte alguna podía habérsenos ocurrido sacar del olvido estas nuestras tareas sobre la elocuencia en la antigüedad, seguros de que muchos, todos casi, sabrán apreciar el trabajo que representan dada su competencia para correjirlas, suplirlas y enmen-darlas.

Los escritores de los siglos xvii y xviii á quienes debemos la mayor parte de los tesoros de la antigüedad clásica, carecieron del espectáculo de las libertades públicas, de las manifestaciones de la palabra, de los procedimientos de los partidos, de las lides de la prensa, de las luchas de las asambleas, de los parlamentos y ateneos á que nosotros estamos habituados, no pudiendo por ello abarcar en toda su magnitud las gigantescas disputas del Agora y del Foro, razon por la cual no podemos seguirles ciegamente, sin el peligro de aceptar sus notorias, injustas y evidentes inexperiencias.

Una historia de Grecia y Roma escrita en los

siglos medios no puede servirnos hoy de pauta y guía para estos estudios, pues si ellos conocieron mejor que nosotros el griego y el latin, si tenían una educacion escolástica más esmerada, si había en ellos solidez de juicio, actitud para la crítica docente, carecian de las inmensas ventajas de poder apreciar por el presente un ayer que ellos sólo vislumbraron á través de prismas frios y sin calor.

Merced á sus trabajos han llegado hasta nosotros los tesoros de la antigüedad; merced á las costumbres públicas de nuestros dias, á nuestros mismos errores y extravíos, á nuestras veleidades é inconsecuencias, á la falta de un espíritu nacional bien entendido, Grecia y Roma parece como que toman cuerpo y se reproducen á nuestra vista tal como fueron.

Si los antiguos carecian de luz bastante para apreciar las turbulencias políticas, las agitaciones, los bandos, las enemistades, las recriminaciones recíprocas, las acusaciones y calumnias que unos á otros se lanzaban los oradores griegos y romanos, quizá esa luz es hoy demasiado viva y sumamente difícil mostrarse sereno é imparcial cuando nos dominan pasiones de que no es siempre posible desprenderse ni prescindir.

Los antiguos no tenían términos de comparacion; nosotros los tenemos numerosos, y por esto mismo corremos el riesgo de la ofuscacion y del engaño.

Huiremos, ó procuraremos al menos huir de estos escollos, reclamando igual independencia de opinion por parte de los que juzguen estas nuestras humildes tareas.

Por temperamento, por carácter, por hábito hemos rechazado siempre la exageracion y la injusticia.

Jamás hemos censurado ni batido palmas ante los actos ó los discursos de nuestros hombres políticos por espíritu ciego y sistemático de oposicion ó de proselitismo.

Nos entristece la mision de los *demoledores de oficio*, y nos repugna la adulacion y la mentira de los *aplaudidores* comprados por un puñado de oro ó por una credencial.

Y si esto nos sucede al juzgar á nuestros contemporáneos, ¿será esta garantía de nuestra doble imparcialidad al ocuparnos de los antiguos?

Isócrates, con noble lealtad y puro desinterés, mostró á los atenienses el cuadro fiel y exactísimo del estado político y social de la Grecia; pero la voz de Isócrates, como *voz de verdad*, no fué oída ni atendida.

Pintó con vivos colores los vicios que enervaban la virilidad y la energía de sus conciudadanos; aconsejó á Filipo la conducta que debía seguir, firmada la paz con la República: y todo esto fué en vano, y todo esto fué inútil.

El pueblo ha preferido casi siempre ser *engañado* á ser *reprendido*, y los acentos patrióticos de aquel gran carácter no sirvieron sino de fatídica profecía, bien pronto realizada y cumplida.

Precedieron á la ruina del pueblo griego, á la ruina de la República, violencias sin cuento, luchas terribles, titánicas y sangrientas; y en medio de esas luchas que invisten todas las formas más ó ménos reproducidas despues en la historia, que abarcan todas las pasiones, brillan los oradores más esclarecidos de la clásica antigüedad.

La elocuencia política, cuyo carácter distintivo ha sido, y será en todos tiempos, la contradiccion



el choque de las ideas, de los afectos, de las pasiones; la lucha entre los intereses permanentes y mudables de los pueblos y las naciones; el ayer y el mañana oponiéndose tenaz y constante resistencia; la verdad y el error colocados al servicio, no pocas veces, de la violencia y del engaño; la *oratoria política griega* encuentra en el momento á que hemos llegado en estos estudios, elementos poderosos, recursos supremos, medios cual, nunca, de imponerse de dominar, siendo arma enérgica, potente, avasalladora, tiránica, terrible en mano de varones cuyos nombres son de todos conocidos, cuyas arengas y discursos sirven de modelos á la juventud, y á quienes nos corresponde ya dar á conocer y juzgar con entera imparcialidad y la conveniente detencion.

Aténas fué grande mientras fué una: fué grande mientras se conservó fiel á las leyes de sus mayores; se fraccionó, se deshizo; cuando sus hijos prefirieron la licencia á la libertad, la molicie y el regalo á la virtud y al trabajo.

En contados dias recorre veloz el camino de la gloria, agota sus fuerzas de una vez para siempre, y pasando con vertiginosa rapidez por el espacio, deja tras sí refulgente y luminosa estela.

3.º En momentos tales, en instantes tan decisivos, en los que Grecia pudo escoger entre el ser y el dejar de ser, prefiriendo esto último, surgen las dos más grandes figuras de la *elocuencia política*, DEMÓSTENES y ESQUINES.

Rivales ambos, émulos uno de otro; amigos al principio, enemigos más tarde, prestanse mútuo calor y vida, vigor y energia.

Oscurece en definitiva Demóstenes á Esquines, pero contribuye éste á la mayor gloria y engrandecimiento de aquel.

Sin la competencia, sin la rivalidad de Esquines, Demóstenes hubiera sobresalido ménos; sin el mérito singular de Demóstenes, Esquines, hubiera sido el primer orador de la Grecia.

Esquines resulta ser una primera figura en la historia de la elocuencia antigua; Demóstenes es la primera figura en la *historia de la palabra*, como expresion artística del pensamiento humano.

Esquines hubiera bastado para dar nombre á un siglo; Demóstenes personifica en si la historia de la elocuencia.

Esquines pertenece á la Grecia; Demóstenes á la humanidad.

Esquines es un hombre; Demóstenes es un génio. Ambos brillan á la vez, y de aquí que no pocos autores los juzgan bajo un solo epígrafe y un mismo capítulo.

Nosotros no podemos imitar á los que esto hacen: Esquines reclama de nosotros una preferente atencion: Demóstenes podría y debiera ser materia de un libro. Porque acerca de este orador no se ha dicho ni acaso se dirá nunca la última palabra.

¡Privilegio envidiable y solo otorgado á los excepcionales varones que ocupan un primer puesto en la historia de la humanidad!

No podemos temer pasar por indiscretos, siendo algo extensos cuando hemos llegado precisamente al punto capital de nuestros estudios sobre la elocuencia griega, y cuando el límite, el término de la época que nos ocupa es á la vez, la cúspide, el

cénit, el pináculo de la palabra en una de sus más importantes manifestaciones.

Estudiar y juzgar á Demóstenes y á Esquines, es estudiar la *elocuencia popular*, la *elocuencia política* en sus más famosos maestros y esclarecidos representantes.

Demóstenes es la constelacion más brillante, el astro más luminoso de la palabra humana.

Reunamos, pues, cuantos elementos nos sea dable para llenar nuestro difícil cometido dando á la vez algun interés y novedad á estos juicios.

Nuestra escasa reputacion y nuestro pobre nombre están comprometidos en tan arriesgada empresa, que abordamos y seguimos confiando una vez más en la indulgencia de nuestros amigos, de nuestros compañeros, de nuestros lectores.

## CAPÍTULO VI.

ESQUINES. DATOS BIOGRÁFICOS.—ACUSACION CONTRA TIMARCO.—DEFENSA CONTRA DEMÓSTENES.—REFLEXIONES.

### ESQUINES (387-312).

1.º Al fijar la época del nacimiento y la muerte de Esquines seguimos la opinión del Ab. Henry, entendiendo que no fué en la primera, sino en la segunda embajada, cuando se acentuaron las luchas *judiciarias* entre este orador y el más famoso de la Grecia, de quien nos vamos á ocuparnos en breve de un modo detenido, concienzudo y especial.

Tuvo Tromés entre otros hijos á Esquines, que como ciudadano de Atenas é hijo de ciudadano, fué inscrito en la tribu de Pandionide, á la que pertenecía su padre.

De una constitución vigorosa, de un temperamento casi atlético, Esquines se dedicó desde su juventud á los ejercicios gimnásticos, hasta que Aristódeme, famoso actor trágico, prendado de su sonora voz y bella figura, le hizo consagrarse á la escena dedicándole por algunos años á copiar piezas dramáticas y hacérselas recitar después en alta voz ante sus compañeros. Más tarde se tiene por seguro que llegó á ejecutar segundos y terceros papeles.

Medios eran éstos de ir perfeccionando las dotes naturales que Esquines tenia para ser orador.

Despues sirvió dos años en el ejército de Africa, distinguiéndose por su valor en los cuerpos de tropas auxiliares que Atenas envió á los lacedemonios para la guerra del Peloponeso, pero como por mas que fuese honroso, no era muy lucrativo el servicio de las armas en Grecia, no es estraño ni violento que Esquines lo abandonase pronto, aceptando pronto el modesto empleo de escribano del Consejo de los Quinientos, con cuyos productos apenas podia sostenerse, poniéndose luego al servicio de Aristifon y de Émulo, bajo cuya acertada direccion se enteró de los negocios públicos y se aficionó al estudio de las leyes.

¿Cuándo hizo Esquines sus primeros ensayos como orador? No se sabe de cierto, lo que si puede negarse rotundamente es que Esquines recibiera lecciones de oratoria de Platon, Isócrates ni Alcidas.

Esquines fué orador porque habia nacido para serlo; se lanzó á los debates políticos despues de una vida agitada, propia para el desarrollo, segun dejamos dicho, de sus naturales dotes.

Una voluntad enérgica unida á un talento privilegiado para la palabra, hicieron de Esquines un primer orador. Inteligente, despejado, buen hablista; de voz sonora y de arrogante figura, no por ello dejaba de ser natural y sencillo en su porte. Conocia el arte de recitar en público largas tiradas de versos; habia adquirido en las tablas la serenidad suficiente para imponerse á un auditorio numeroso y nada puede extrañarnos despues de cuanto de-

jamos dicho el éxito de sus primeros trabajos oratorios.

Lo seguro es que hasta los cuarenta años no hizo su entrada en la vida pública, ó al menos que hasta esta edad no fué conocido y estimado como orador de primera nota.

A la guerra del Peloponeso siguió la de Tebas contra Esparta; apenas sofocada ésta, surgió la de los aliados contra Atenas y la llamada *sagrada* de los focenses, que durante diez años trajo divididos y perturbados á los griegos. Olintia, Antipolis y otras colonias se sublevaron tambien; unas por emanciparse, y otras por querer permanecer unidas á la madre pátria, y á todos estos males se agregaron los que ya hemos indicado, destruyendo, aniquilando el poderío de aquel gran pueblo, juguete de ambiciosos, víctima de rivales sin conciencia, de generales inexpertos, interin que al norte de Grecia se agigantaba de dia en dia otro regido por por una antigua monarquía de que era la sazón representante el gran Filipo.

Se hizo preciso conocer las intenciones de éste, y el año 347, antes de J. C., se designó una embajada, que se acercase al conquistador y procurase ganarse su voluntad y simpatías.

Llegada que fué á la córte de Macedonia, todos esperaron mucho de Demóstenes, pero este se cortó ante el imponente aparato que le rodeaba; mientras que Esquines que iba en ella, en quién ninguno se había fijado, desempeñó con acierto, con tacto y elocuencia su cometido, decidiendo la buena suerte de aquel primer paso de los atenienses cerca de Filipo.

No surgió de esta primera embajada la enemis-

tad entre Demóstenes y Esquines; ántes bien, Demóstenes fué el que propuso que se concediese ó Esquines la *cena pública* con que se premiaba el buen éxito en la representacion de los asuntos de la república. Una segunda, motivada por la falsía de Filipo y la precision de ligar á éste por medio de un juramento al cumplimiento de lo pactado, embajada de que formaron tambien parte Demóstenes y Esquines, fué el verdadero origen de la rivalidad de estos dos grandes oradores.

Esquines, que veia crecer el poder de Filipo y comprendia la decadencia de su pátria, quiso á todo trance la paz con el conquistador, teniendo de su parte los elementos juiciosos de Atenas. Demóstenes, por patriotismo ó por ambicion, creyó mejor halagar la vanidad de sus conciudadanos, é hizo la oposicion á Esquines y á sus amigos, calificándoles de traidores y acusando á Esquines de venal y corrompido por el oro del rey de Macedonia.

¿Eran ciertos los cargos del gran orador contra Esquines? Nosotros creemos que no. Lo que había es que los discursos de Demóstenes halagaban la vanidad de los griegos, y se escuchaban con prevención los prudentes consejos de Esquines, como se habian desoido antes los de Isócrates; de aquí que Demóstenes, se hiciese popular y Esquines sospechoso, cuando menos, á la gran mayoría de sus conciudadanos.

El tiempo dió la razon á Esquines; pero ¡ah! cuando era ya hora pasada para contener el torrente avasallador del enemigo y evitar la proscripcion y la muerte.

No queria Esquines á Filipo como conquistador, sino como mediador y pacificador de la Grecia;

y así lo demostró en millares de ocasiones. Esperaba de él que pusiese término á las guerras que aniquilaban al pueblo griego, y en este supuesto su idea era generosa, patriótica y digna de alabanza. No quería la conquista, sino la pacificación de la Grecia, la reconciliación de los estados rivales y la conservación de su autonomía, de sus leyes y su libertad. Bajo este supuesto ser partidario de Filipo era ser un político previsor, y lejos de poder censurar por ello á Isócrates y á Esquines, las acusaciones que contra ellos lanzó Demóstenes, no amenguan su verdadero interés por la patria y su previsor y diplomático talento.

2.º Sirvióse el gran orador, sirvióse Demóstenes de Timarco para acusar á Esquines de sospechoso en la embajada de Macedonia y de haberse vendido al oro de Filipo; pero Esquines supo destruir su intento acusando á Timarco de delitos feos contra la honestidad y de otros excesos, logrando inutilizar á su contrario.

La acusación de Esquines contra Timarco es una bella composición: el plan del discurso es habilísimo.

Comienza diciendo que es la vez primera que ejercita el derecho de citar á uno de sus conciudadanos ante un tribunal; pero que lo hace en servicio del Estado, de las leyes y de la justicia. No es él quien acusa á Timarco, sino Timarco mismo quien ha provocado la acusación. Hace la apología de la democracia, la cual estriba, dice, en la *observancia de las leyes*, por lo cual se debe procurar, añade, que sean muy justas y por todos respetadas y obedecidas. Elogia la de los primeros legisladores



pe Aténas, en especial las que exigian el decoro que deben guardar los ciudadanos de una república desde su niñez, y á las cuales ha faltado Timarco.

Alegando su contrario que no hay cosa más engañosa que la fama le réplicó de una manera admirable.

De modo hábil estudiada y termina su discurso Esquines, obligando á Timarco á no esperar el fallo del tribunal, segun unos, ó á que fuese condenado segun otros, viéndose cubierto de infamia y deshonor.

Se cuenta que Demóstenes empleó en la defensa que compuso para Timarco once *ánforas* de agua <sup>1</sup>.

3.º Esquines se vió dos años despues acusado por Demóstenes bajo pretexto de haber desempeñado mal la segunda embajada cerca de Filipo, ofreciéndosele ocasion con este motivo de pronunciar uno de sus mejores discursos.

Hay en efecto en el trabajo de Esquines claridad, método, y al parecer espontaneidad y buena fè, trasluciéndose claramente que su contrario obedecía á pasiones y enemistades personales para combatirle.

«Se extendio por toda la Grecia, ¡oh, atenienses! un mal grave y funesto que no pudo ser conjurado sino á

---

1 Medida de tiempo que se concedia al orador, el cual se graduaba por una *clepsydra* ó reloj de agua á que se da el nombre de *ánfora*.

fuerza de fidelidad y vigilancia. En el seno mismo de la patria estaba ese mal como infiltrado. ¿Cuál era éste? ¡Ah! todos lo sabéis...

¿Qué resoluciones de las que conducen al bien y á la salvacion de la patria os proponian los que hoy me acusan de no haber desempeñado bien la mision que me confiasteis? —Os hacian dirigir vuestras miradas á la ciudadela, os recordaban la batalla de Salamina, evocaban el recuerdo de nuestros mayores y lo sagrado de sus tumbas... Yo en cambio os decia, todo ello es bueno, pero seamos prudentes y evitemos las faltas y rivalidades de nuestros antepasados... Yo estaba solo, nadie se presentaba á socorrer la república; unos esperaban el resultado, otros nos eran hostiles, y no pocos oradores hacían grangería de la guerra... Aconsejé entónces al pueblo que se reconciliase con Filipo; lo hice con la mejor intencion, porque hallaba preferible una paz honrosa á una guerra funesta y desastrosa.»

Estas explicaciones, dejan ciertamente en el mejor lugar á Esquines, y desvirtuan los cargos que Demóstenes le dirigia.

El mérito de los hombres de Estado consiste principalmente en la prevision, y previsor y prudente se mostró Esquines aconsejando y procurando la paz con Filipo. Treinta votos le libraron de la muerte, sin que su contrario, que obtuvo más de la quinta parte de ellos tuviese por esto que pagar la multa impuesta á los acusadores temerarios.

4.º Se acercaba el momento decisivo, se acercaba la ocasion más difícil y más brillante para

lucir sus talentos oratorios los dos grandes atletas, los dos émulos y rivales de la palabra ante el pueblo ateniense.

Las luchas que precedieron al gran debate *por la corona* no fueron más que la preparacion de este último, el más famoso, el más renombrado de la antigüedad, y, en opinion de muchos, de los siglos todos, así antiguos como modernos.

Pero no queremos anticipar aquí lo que acerca de las luchas políticas de Esquines y Demóstenes hemos de decir, y concluir debemos con lo que acerca del primero de dichos oradores pasa por más verosímil y comprobado.

Ciceron, que compara á Demóstenes y á Esquines con dos gladiadores afamados, hace la apología de ambos casi igualándolos en mérito, afirmando que no concibe, ni puede darse en el uno mayor destreza, mayor brio y soltura en el ataque, ni mayor agilidad, viveza y energía en el otro para la defensa.

Algunos datos, curiosos por cierto, acerca de la vida de Esquines, hallamos en la *Historia de la Grecia* escrita por M. Mitford, miembro de la cámara de los comunes de Inglaterra.

A las *luchas judiciarias*, siguió una lucha política entre ambos oradores, que duró por espacio de quince años y que solo terminó con la ruina completa de Esquines.

Este, despues de ser acusado por Demóstenes, se colocó bajo la égida de su familia y sus clientes: se salvó como hemos dicho, no sin jurar á los dioses la venganza.

El resultado de esta venganza fué la *lucha por la Corona*, tema pequeño en sí, origen, no obstante,

de los más *bellos modelos* de la elocuencia humana.

Vencido Esquines, se retiró á la isla de Rodas, donde abrió una escuela de retórica, segun Plutarco, «comenzando por leer su discurso contra Ctesifon, que fué muy aplaudido, y al siguiente dia el de Demóstenes, que lo fué más.

Posteriormente se retiró á Samos, donde murió á la avanzada edad de 75 años.

Apolonio dice que fué muerto por Antipatro á la vez que otros oradores, pero esto no está comprobado.

## CAPÍTULO VII.

DEMÓSTENES: IDEAS GENERALES.—CONCEPTOS DE APRECIACION.—JUSTIFICACION DE LOS MISMOS.—OPINIONES Y JUICIOS CRÍTICOS.

### DEMÓSTENES (381—323).

1.º Temíamos y deseábamos llegar á este capítulo. El cúmulo de alabanzas; la multitud de coronas tejidas por los hombres de más talento; las bellas y perfumadas flores esparcidas en torno de la tumba del orador más grande de la Grecia; el testimonio unisono y constante de las generaciones; el fallo no desmentido de los siglos... todo nos hace vacilar y nos alienta é incita al mismo tiempo para intentar añadir un elogio más á tantos elogios, una modesta ofrenda de admiracion á tantas como se han prodigado al prototipo de la *palabra* bajo el punto de vista artística que venimos considerándola en estos estudios.

Como acontece con frecuencia, los contemporáneos de Demóstenes apenas si se cuidaron de otra cosa que de admirarle y aplaudirle. Los mayores elogios han venido despues como resultado de la detenida y meditada lectura de sus composiciones oratorias, y el resultado de esa lectura ha sido siem-

pre el mismo, y lo es hoy á pesar del transcurso de tantos siglos.

Demóstenes no ha decaído un solo instante en el concepto crítico. Se le concedió desde luego un puesto preeminente entre los oradores, y ese primer puesto nadie ha osado disputarsele. Se han llegado á censurar ciertas particularidades de su vida privada, de su vida como hombre, como ciudadano, como estadística, como político; pero jamás se ha puesto en duda su mérito como orador.

Plutarco que hizo, entre otros, el paralelo de Demóstenes y Ciceron, en medio de su reconocida parcialidad, encuentra en ambos grandes analogías. Y dígase lo que se quiera, nosotros opinamos, contra el parecer de muchos autores, que ambos nacieron igualmente oradores, como otros nacen guerreros, músicos, poetas ó pintores.

Los que manteniendo ciertas ideas en materias de arte han querido rebajar á Demóstenes, es por no haber sondeado el motivo verdadero de sus primeras contrariedades y del mal éxito de sus primeros ensayos oratorios. Han pretendido deducir de ciertos recursos que empleara para corregir defectos de pronunciaci6n, de forma en el decir, de amane-ramientos é inexperiencias pasajeras, que Demóstenes llegó á ser orador á *fuerza de constancia* y de manera alguna por su talento, por sus y disposiciones naturales. Niegan á la primera figura de la elocuencia dotes propias, y hacen de la palabra artística unamera conquista de la voluntad.

¡Ah! no: apresurémonos á destruir tales preocupaciones cuando se trata del primer dechado, del primer modelo en la historia de la oratoria antigua

y moderna, poniendo las cosas en su verdadero punto de vista, en su verdadero lugar.

Que el hombre no sea extranjero en su patria, tal es el destino de la *ciencia*, según Paignon: que aprecie, que estime en todo su valor la magnificencia que le rodea, tal es el objeto del *arte*.

La ciencia despierta en nosotros el sentimiento de nuestra propia dignidad, abre anchos horizontes á nuestro pensamiento, desarrolla gérmenes de vida intelectual, que están como adormecidos en nuestra organizacion. El arte, ménos árido que la ciencia, más expansivo, tiende á descubrirnos misterios de amor, misterios de poesía, de belleza, que parten de nosotros, y á la vez vemos reproducidos en las maravillosas obras del Criador, ¡misteriosa armonía que existe entre el ideal del hombre y la fórmula expresiva de ese mismo ideal! ¡milagro que á la vez que nos sujeta á la tierra, nos separa de ella y como que nos acerca al cielo!

A la posesion de la ciencia y al conocimiento del arte nos lleva la *educacion*, medio necesario para desenvolver la actividad de nuestras facultades y elevarnos al mayor ó menor grado de perfeccion de que son capaces. Conseguir por medio del estudio la acertada combinacion de la *naturaleza* y el *arte*: tal es el verdadero fin de la educacion oratoria.

Sin disposiciones naturales, sin el estudio y la instruccion conveniente, no se concibe, más aún, no ha existido ni existira nunca un perfecto orador.

Los que creen que la naturaleza lo es todo, y aquellos para quienes nada significa, van igualmente extraviados. Los que abogan por la supresion de todo precepto, de toda enseñanza como contraria al desarrollo de las facultades naturales, y los que

como los retóricos griegos y los de los siglos medios, creen que las aulas bastan por sí solas para formar oradores, han contribuido igualmente á grandes extravíos.

La historia de la elocuencia nos muestra desde sus primeras páginas cual es el alcance de la educación oratoria. Los grandes maestros en el decir debieron su fama á sus talentos en primer término, y luego á la acertada aplicación de las reglas, que no son «preceptos caprichosos ni prácticas abusivas y arbitrarias de una individualidad,» sino, como dice Hermosilla, «principios eternos de eterna verdad, fundados en la esencia misma de la cosas que son objetos del arte.»

En toda adquisición dice Blair, el agente principal es la naturaleza; pero ella no basta para obtener el resultado que nos proponemos en toda conquista. Pretender llegar á ser orador; es decir, dominar, subyugar, atraer, convencer, persuadir... hablar, en una palabra, al entendimiento y corazón, y pretenderlo sin trabajo, sin estudio, sin largas horas de vigilia, sin sondear los profundos arcanos de las pasiones que tanto esclavizan al hombre, sin la posesión, en fin de muchos y muy diversos conocimientos, es una quimera, una ilusión que no reiteramos en este sitio para desalentar á los que nos lean. Si de esto hacemos mérito, es en vista de las preocupaciones que se sostienen en opuesto sentido por autores de justa fama y merecida nombradía, ora combatiendo la educación oratoria, ora dándola un mérito superior al que tiene en realidad.

2.º La juventud necesita dirección; necesita en-



sayar sus fuerzas antes de arrojar al palenque de la pública discusión, donde la más pequeña caída es peligrosa para el porvenir, donde se arrostra una responsabilidad inmensa, capaz por sí sola de hacer estériles los más nobles y generosos esfuerzos. Ni las academias, ni los ateneos mismos, son teatro á propósito para hablar por vez primera; mucho menos el púlpito, la tribuna ó el foro, donde con tanta ligereza se comprometen sagrados objetos que tanto interesan al hombre, á la sociedad y á las familias.

La educación oratoria, tal como nosotros la comprendemos y deseáramos se estableciese en España en vez de esterilizar las disposiciones naturales de la juventud, las daría nueva vida, contribuyendo á despertar en aquellos que sintiesen dentro de sí la llama misteriosa de la inspiración, un valor, una fuerza, una energía suficiente para vencer los obstáculos, las dificultades que se presentan para alcanzar un puesto distinguido en cualquiera de las profesiones en que la palabra es necesaria.

No hemos pretendido nunca, ni hoy al reproducir estas consideraciones que nos surgiere elequivocado concepto que algunos tienen del gran orador de la Grecia, y que ya consignamos en nuestra primera obra la *Historia de la elocuencia cristiana*, no pretendemos que por medio de la educación se esclavice el genio, ni se cohiban sus variados y atrevidos vuelos, que se le circunscriba ni estreche; que se cambien los caracteres, se recargue ni fatigue la imaginación; que se compriman los arranques sublimes de la pasión y del sentimiento, no. Queremos que la educación oratoria sirva para hacer conocer á la juventud sus propios recursos, para di-

rigir sus primeros pasos, abriendo ante su vista ricos y variados horizontes de luz que la iluminen en el difícil sendero de la gloria, ahorrándola al mismo tiempo el doloroso espectáculo de esas sensibles y vergonzosas derrotas que por falta de sólidos fundamentos presenciemos todos los días.

El estudio no da el talento, ni el genio, ni la imaginación al que carece de estas dotes naturales; pero «enseña, según Capmany, á usar de ellas en tiempo oportuno, á darles el temple conveniente y á saber distribuir los adornos que pide toda composición elocuente.»

Las reglas que el Sr. Lopez comparaba oportunamente á los pilares que se colocan en los lados de los caminos, sirven en efecto para darnos á conocer lo que hemos andado y lo que nos falta que andar son puntos de vista que no deben embarazar en lo más mínimo la senda que nos proponemos recorrer, ni ser un obstáculo á la precipitación de nuestra marcha.

No es fácil empresa la de ser orador, y fuera extraño que un empleo tan noble se pudiera ejercer sin trabajo y sin estudio. Lo que en la oratoria, como en todo, se necesita, es que los primeros pasos sean firmes y seguros. Querer llegar demasiado pronto, es no llegar; y el que desde un principio extraga su gusto ó contrae hábitos perjudiciales, es casi imposible que en lo sucesivo los reforme y sepa prescindir de ellos. Lo mismo que para poder algún día pintar un cuadro se necesita empezar por conocer los colores y el modo de usarlos, así también, para hablar en público, hace falta una gran preparación. Todos los autores encomian más ó menos la necesidad de trabajar para llegar á ser ora-

dores, y á un gran trabajo se dedicaron en su juventud Demóstenes y Ciceron, asistiendo á las escuelas, ejercitando el temple de sus armas y visitando el Asia y la Grecia para enriquecer su entendimiento y ensanchar el círculo de sus ideas.

Pero de esto á sostener con un célebre naturalista, que la *paciencia* es el *genio*, y á suponer confirmado este axioma por Demóstenes, hay una gran distancia. El *genio* es algo más, mucho más que la constancia, que la paciencia del hombre: el *genio* es el soplo de la divinidad, la llama misteriosa que se oculta en el alma, que arde en la region de la inteligencia y brilla en medio de las turbulentas agitaciones de la vida para deslumbrarnos ó para guiar nuestros pasos por la senda del bien. No le busqueis si la Providencia no os ha enriquecido con él, no le hallareis si no existe dentro de vosotros mismos. Ved en confirmacion de esto de qué manera se manifiesta el sér á quien está confiada la difícil mision de sintetizar un siglo, de revelarnos un secreto oculto en las entrañas de la tierra, de abrir ante nuestros ojos un continente ignorado, de cantar un nuevo himno, ó realizar una aspiracion sentida y no revelada, y decidnos lealmente si puede sostenerse que el genio no es en suma otra cosa que la constancia y la paciencia del hombre... No. Por más que el estudio, la resignacion, la fuerza de voluntad, la lucha y hasta el infortunio sean casi siempre patrimonio del genio, por estos medios no se consigue y alcanza, sino que ellos son el crisol donde se purifica, donde adquiere el vigor necesario para contrarestar la envidia que brota siempre en torno suyo, cual la hiedra al pié de los muros más venerandos.

Demóstenes, estudiado sin prevenciones ni apasionamientos injustos, nos suministra una prueba de la exactitud de las doctrinas que dejamos sentadas y de las preliminares puestas en la introducción á estos estudios.

Demóstenes da sus primeros pasos antes de tiempo; se arroja en un palenque para el que *había nacido*; pero lo hace sin preparar el filo de sus armas, y la muchedumbre, que no ve escrito en aquella frente el destino sublime de los héroes, se ríe de sus vacilaciones y tardas expresiones.

Hé aquí, pues, un punto de partida distinto del que han aceptado los críticos que con tanta injusticia han juzgado al más grande de los oradores así antiguos como modernos. La primera contrariedad fué para Demóstenes, como acontece siempre á los hombres superiores, la primera lección, cuyo fruto recogió algunos años después el pueblo mismo de quien la había recibido. Si Demóstenes hubiese sido uno de tantos como intentan salirse del círculo que les es lícito recorrer, Demóstenes no hubiera vuelto á aparecer en medio de aquellos cuyos silbidos debieron enrojar su rostro. Demóstenes es más *grande* cuando se retira de la plaza pública solo y abandonado, que cuando recorre en triunfo, en medio de las aclamaciones más entusiastas las calles de Atenas. Ninguno, que sepamos, le ha contemplado ántes que nosotros en ese instante supremo de su vida, en ese momento decisivo de su ruina ó su grandeza, en que sabiendo *conocerse* y *vencerse*, se resuelve á ocultarse á las miradas de los hombres, á luchar con cuantos obstáculos se oponen á la realización de sus nobles aspiraciones y á presentarse de nuevo para asombrar al mundo.

Dos lecciones á cual más importantes encierra en este punto la conducta de Demóstenes: una para los atrevidos, otra para los meticulosos. Una para los que no se conocen ni quieren conocerse; otra para los que ceden á la primera contrariedad y se dan por vencidos con la más pequeña derrota; extremos perjudiciales y contra los que el mejor remedio es la *educacion oratoria*. En el áula se despier-ta el genio ó se revela la impotencia; allí se estimula el talento ó se conocen las escasas fuerzas de que podemos disponer: los ensayos, repetimos una vez más, fuera de la escuela, por felices que sean son siempre aventurados y peligrosos.

Han dado la generalidad de los críticos en nuestra opinion, demasiada importancia á los medios que empleó Demóstenes para vencer su natural timidez, su voz débil, su pronunciacion tarda, pintán-dole de tal manera en sus primeros pasos, que se hace imposible concebir tantos defectos corregidos, tantos obstáculos superados.

Para nosotros el poder del arte, la aplicacion de las reglas que la experiencia ha sancionado como buenas, no lo corrige todo, ni lo enmienda todo, como han pretendido demostrar muchos de los que han escrito sobre Demóstenes. Pudo ser, el estilo de sus primeros discursos, como dice Plutarco, tardo y monótomo, á lo que hay que añadir la dificultad de agradar á un pueblo acostumbrado á la elocuencia afectada y ampulosa de los retóricos; pero la *cueva subterránea* de que nos hablan, las *pedrecitas*, de que dicen se llenaba la boca, los *gritos* que daba á la orilla del mar para superar con su voz la voz de la tormenta, casi se nos antojan exageraciones inventadas por crédulos admiradores ó lo

que es peor por satíricos envidiosos. Dar á semejantes recursos un valor decisivo, como les dan algunos, sería extraviar la opinion de los jóvenes, y aun hacerles caer acaso en las mismas extravagancias con la esperanzde obtener iguales resultados. Las exageraciones nos parecen siempre peligrosas y más aun en libros que han de ir á parar á manos de personas que, sin reflexion bastante, pueden darlas un valor no conveniente.

Lo hemos dicho con entera conviccion; y lo repetimos, que no nos merecen un completo crédito muchos de los recursos de que algunos sostienen se valió Demóstenes para llegar á ser elocuente; más aun aceptarlos valdría tanto como calificar de injustas y de obcecadas á las generaciones que han aclamado y reconocido su mérito sin rival y su gran talento al saber apreciar la leccion que habia recibido, desarrollando en presencia de las maravillas de la naturaleza los gérmenes fecundos que encerraba en su alma, adquiriendo el estilo que calificó de una manera admirable el arzobispo de Cambray, y con el cual parece, en sentir de otro escritor aleman, que «evoca en rededor nuestro el genio de la antigüedad, nos conmueve, nos convence, nos arrastra hasta el punto de sentir lo que él siente, de creer lo que él cree, de acomodar nuestra voluntad á la suya, de indignarnos si se indigna, de respirar libremente si hace brillar ante nuestros ojos el rayo consolador de la esperanza.»

Los que juzgan de este modo á Demóstenes, no han leído sus *Filípicas* despues de muchos siglos, cuando la atmósfera que crea la emulacion se ha despojado, y se admiran sin pasion los defectos y las bellezas de sus más acabadas concepciones.

3.º No es, pues, el *arte*, y esto es lo que hemos querido probar, no es el arte, por más importancia que tenga á nuestros ojos, quien otorga y concede lo que solo dimana de Dios. Demóstenes no es ménos admirable por la elevacion de sus ideas y sentimientos, que por sus mismas palabras, de las que se servia, dice Fenelon, como un hombre modesto se sirve de los vestidos para cubrirse. Aspiró constantemente más á la elevacion de la idea que al cuidado de la forma, segun Hugo Blair, hasta el extremo que Plinio y Ciceron censuran en él expresiones violentas y descuidadas, y Quintiliano le mostraba á sus discípulos como el tipo más perfecto de una belleza severa, superior siempre á los frívolos atavíos de la afectacion; autoridades cuya cita parecerá adecuada en este sitio, para robustecer nuestros débiles y desautorizados juicios.

No, es, por otra parte, inoportuno para delinear con precision el carácter de los grandes hombres, fijarse y tener presentes ciertas particularidades de su vida, más aún si su influencia se ha dejado sentir en las manifestaciones de su talento.

Demóstenes ofrece un raro contraste, que nos cumple hacer notar. En un principio se dedica al foro, y en él se dice que se prostituyó, rebajándose hasta el punto de aceptar la confianza de las dos partes en un mismo negocio, y de considerarse completamente indemnizado de ciertas injurias mediante una cantidad, más ó menos considerable.

Despues de estos rasgos, que, á ser exactos le favorecen bien poco, se consagra á la defensa de la libertad de su patria, y ese sentimiento noble se arraiga fuertemente en su alma, y parece como que

agota y destruye sus malas inclinaciones, producto sin duda de una educacion abandonada.

Demóstenes se muestra en un principio violento, apasionado, y no sabe otra cosa que *acusar*; acusar siempre por gusto, por inclinacion, al parecer por temperamento; al paso que despues, confiado, generoso, noble, rehusa las tentadoras ofertas de Filipo, y le hace una guerra encarnizada, no obstante haber adivinado la inconstancia del pueblo á quien pretendia librar de la esclavitud por medio de sus discursos. Hay en todo esto á nuestro juicio una nueva leccion que grabarse debe en la mente de todos los que se consagran al ejercicio de la palabra. La posteridad ha hecho justicia al gran defensor de la independenciam y la libertad de su patria; la historia diviniza al héroe, y se olvida del servil adulador, ó del hombre comprado á las pasiones ruines y miserables. La elocuencia que no acepta las grandes causas, que no se coloca al servicio de la justicia, de la religion, de la verdad, ó de la independenciam del hombre constituido en sociedad, pasa desapercibida en la historia, ó solo tiene contra sí por regla general palabras de desprecio y acusacion.

No debiera, segun lo que dejamos dicho, no debiera pertenecer hasta cierto punto, no pertenece en realidad al dominio de nuestro libro la vida de Demóstenes, hasta que despues de largos años de estudio, comienza su glosiosa lucha contra Filipo. El período que media entre su aparicion en el foro á los diez y siete años, y su reaparicion en la tribuna á los treinta y uno, tiempo durante el cual escribe acusaciones en nombre de diferentes ciudadanos, no merece le consagremos un solo instante.



Al llegar, empero, á este segundo momento de su existencia, al ofrecérsenos como hábil político, como defensor de los derechos de su patria, como amigo del pueblo, como escritor distinguido, como el primer orador político del mundo, en fin, nos vemos rodeados de millares de elogios que no tendríamos espacio para consignar, de juicios respetabilísimos que excitan el entusiasmo y hacen latir presuroso el corazón, á cuyo compás deseáramos seguir trazando un juicio digno de esta colosal figura, que representa todo un período en la historia de la elocuencia, que se eleva magestuosa por cima de los siglos, casi siempre ensalzada, casi siempre cantada, jamás deprimida, jamás olvidada.

Para escribir sobre Demóstenes con acierto, para delinear, para bosquejar su personalidad, es necesario traer á la memoria la historia de todos los defensores de la libertad y la independencia de los pueblos; es forzoso recordar todas las grandes tiranías; es necesario despertar en nosotros ese entusiasmo purísimo que inspira siempre el suelo que nos ha visto nacer; en una palabra, es forzoso identificarse con el gran sentimiento que le hizo obrar tantas maravillas, y á su calor dejar correr la pluma, sin pensar lo que se escribe, y sintiendo lo que se dice. Sólo así concebimos pueda acertarse á dar una ligera idea de lo que, no la fantasía y la imaginación, sino la tradición y la historia nos dicen del gran orador de quien con especial satisfacción nos ocupamos en este momento.

Así como la poesía ha revestido de los atributos más bellos á los héroes objeto predilecto de los cantos populares, de todos los pueblos; así como en literatura se han llegado á aceptar ciertas crea-

ciones fantásticas por considerarlas, no ya como personajes ó entidades reales y verdaderas, sino como la síntesis de los atributos de un mismo orden que pudieron serles comunes, así en la historia de la elocuencia no hay exageracion ninguna, si decimos, á despecho de Plutarco, que el tipo más perfecto, más acabado del orador político es Demóstenes, personificacion verdadera de la elocuencia tribunicia; resúmen de los atributos comunes á todos y á cada uno de los oradores populares de todos los pueblos; creacion sublime á la cual no falta requisito alguno de cuantos son precisos para atraer sobre sí las simpatías de todos los siglos, que unánimes le han aclamado como el gran dechado en que deben aprender cuantos aceptan la gran mision de regir los destinos de un pueblo por medio de la palabra.

Demóstenes, como orador político, reúne en efecto, segun los criticos que de él han escrito, todas las grandes cualidades que entonces eran y en su mayor parte son hoy y serán siempre indispensables para brillar en ese género difícil, espinoso y en el cual puede decirse con propiedad que son muchos los llamados y pocos los escogidos.

Conocimiento profundo de la historia y las tradiciones del pueblo ateniense; intencion marcada y resolucion valerosa para aceptar todo género de combates; flexibilidad en el reto y energia en la réplica; naturalidad en el estilo y belleza en la forma; calor en la imaginacion y fuego en el alma... y presidiendo á todas estas cualidades, la mayor, la más necesaria de todas, el *patriotismo*.

Demóstenes se regenera al sentir arder en su pecho una llama hasta entonces oculta ó amortiguada; Demóstenes crece, se hace un gigante al

correr animoso á la pelea; al aceptar el primer puesto en el combate entre las filas de los enemigos del conquistador. Adivina los peligros que amenazan á sus conciudadanos, presiente la esclavitud y se adelanta para destruirla con un valor, que no sabemos como se atreve á negarle Plutarco.

Conocedor de los gustos, del carácter de los atenienses, se hace sin embargo, ilusiones generosas que nunca se realizan; quiere renovar los tiempos en que la Grecia parecía un solo individuo, los tiempos de Aristides y de Temístocles, y toda esta elevacion de ideas y sentimientos reunidos, parte de un solo sentimiento, irradian de un centro, y ese centro es el amor á la patria; santo amor, sin el cual, los mejores oradores políticos nos parecen mercaderes ambulantes de objetos usurpados, ó lo que es peor, *sacrílegos ministros* dispuestos á secundar los menores caprichos de sus señores.

Más de una vez hemos dicho, y no nos cansaremos de repetir, que la lectura de los oradores más notables será estéril para la juventud, si con ella intenta tan solo aprender á componer un discurso. La educacion oratoria ha sido, por lo general, de tal naturaleza, han presidido en ella tantas preocupaciones, tal espíritu de rutina, que casi nos atreveríamos á calificarla denociva y perjudicial, sino lo fuese más el incalificable abandono en que hoy se tiene este ramo de la enseñanza pública. Creer llegar á ser orador político con solo aprender de memoria, por ejemplo, la *Filípicas* de Demóstenes ó su inmortal discurso *por la corona*, es una ilusion que casi nos parecería inconcebible si no la hubiésemos visto proclamada. Lo que en esa lectura debemos buscar, á más de la forma, es el espíritu que anima esas com-

posiciones, las circunstancias en que se pronunciaron, los obstáculos que con ellas se lograron vencer y las consecuencias que produjeron; en una palabra, el resultado tangible, real, positivo de esos trabajos. Hé aquí, á nuestro modo de ver, cual es nuestra mision en estos estudios y debiera ser el objeto principal de una acertada educacion oratoria.

Catorce años duró la lucha gigantesca entre Demóstenes y Filipo; lucha inconcebible cuando, segun la feliz expresion del orador, la república no era más que el armazon de la nave que habian regido y gobernado Temístocles, Cimón y Pericles. Durante ese tiempo el único obstáculo que halla el usurpador son las arengas de su constante enemigo; que detienen su marcha, que le impacientan, que le obligan á retroceder muchas veces, que desbaratan sus planes, que hacen sobre todo revivir, siquiera fuese momentáneamente, no ya un partido, una fraccion política, sino casi todos los Estados de la Grecia, casi todos los ciudadanos de aquella república moribunda, cuya agonía sin los discursos del insigne orador no hubiera correspondido á su pasada grandeza.

Triunfo sin ejemplo es éste en la historia de la palabra: mentís solemne contra los que niegan la benéfica influencia de la oratoria en la suerte de los imperios y en el destino de los pueblos. No estaba en su mano disponer de los tesoros de la república, ni halagar á sus partidarios con honores y títulos, con destinos y dádivas; y á pesar de carecer de estos recursos, las voluntades ceden al influjo de su palabra, y esa palabra es una constante acusacion contra la apatía del pueblo, contra los que más de cerca le manejaban vendidos al oro de Filipo, contra las

costumbres públicas, contra la administracion, contra todo lo existente entonces. ¿Qué secreto, pues, encerraban las arengas de Demóstenes, que no lastimaban el orgullo de los atenienses y ántes bien les persuadían de sus propios defectos? ¡Ah! ese secreto es el que constituye la gran fuerza del orador político en todos los tiempos. Demóstenes, al aceptar un partido, al colocarse al servicio de la república, lo hizo no por interes personal sino por *conviccion*. Sus palabras, bien fuesen enérgicas acusaciones contra la indiferencia del pueblo ó dolorosos recuerdos de dias más venturosos para herir su amor propio, salian siempre del fondo de su corazon y no se contentaba con poner de manifiesto el peligro, sino que señalaba el remedio, entraba en los detalles y avanzaba hasta indicar la manera más hábil de ponerlos en ejecucion. Consecuente con sus principios, obedecia ciegamente las inspiraciones de su conciencia, y la ruda franqueza quo revelan sus trabajos era producto de su misma ingenuidad.

*Verdad, patriotismo, consecuencia, lealtad:* hé aquí por consiguiente una nueva leccion que debemos sacar de la historia de la vida de Demóstenes. ¿De qué sirve que un orador suba á la tribuna y finja admirablemente efectos que no siente, principios que no profesa? Sus palabras producirán un efecto fugaz y pasajero. Al poco tiempo, la fascinacion desaparece, se recuerdan sus antecedentes, sus contradicciones y no pocas veces la verdad misma en boca de tales oradores se califica y tiene por sospechosa.

Demóstenes se afilió al partido más noble y digno. El pueblo, aunque tarde, adivina al fin por instinto los móviles verdaderos de quien pretende

dirigirle, y aunque victorée y aplauda al que halaga sus pasiones, al que fomenta sus odios. no tarda en inmolar en las aras de su justicia al que le ha conducido más fácilmente al logro de sus malos deseos.

Como ciudadano, Demóstenes se afilió al partido más levantado. La causa de la libertad y la independencia de un pueblo será siempre una causa santa, y á ella consagró su vida, su fortuna, su porvenir, el orador cuyo juicio á grandes rasgos venimos haciendo con gran temor y desconfianza.

«Si la república ha menester de sus consejos, dice el Sr. González Andrés, allí está pronta su voz en el Senado ó en las reuniones populares. Hay que desempeñar una legacion delicada, allí su persona. Los recursos del Estado no bastan á mantener los ejércitos, fortificar la ciudad, sostener la marina. él los busca ó los da de sus propios bienes ó los recibe de la Persia, aun con riesgo de facilitar pretextos á la calumnia y armas á sus adversarios. Amenaza un gran peligro, no faltará al sitio en donde sea necesario el apoyo de los buenos ciudadanos »

El que así obraba, el que de tal manera cumplía sus deberes, podia apostrofar al pueblo en los términos que lo hizo en todas sus *Filípicas*, sin concitar sus iras, antes bien atrayéndose las simpatías de todos los corazones honrados.

En los discursos todos de Demóstenes se admira el plan, la fuerza de las pruebas, la solidez de los razonamientos, la elevacion de las ideas, la nobleza de los sentimientos, la vivacidad del convencimiento. Su estilo se distingue por la energía y la concision, admirable y raro consorcio que se encuentra en muy pocos oradores.

En cuanto á la accion todo hace creer que debía corresponder al fuego y la vehemencia de sus palabras.

Si por sus obras quisiéramos deducir su carácter, éste debía ser más bien austero que dulce, no hallándose entre todos sus discursos ninguno apolo-gético. Daba una gran importancia á la accion y y así es que preguntándole cual fuese la parte más importantante del arte oratorio, contestó por tres veces que la *accion*, lo cual tiene su explicacion tratándose de una elocuencia cuyo objeto principal era mover á un auditorio numeroso, formado de ciudadanos libres, de ciudadanos de una gran república, por más que esa república, estuviera deca-dente y moribunda.

4.º Pongamos fin á nuestras humildes opinio-nes y oigamos á las autoridades literarias de todos los siglos, tomando sin orden cronológico sus opi-niones y juicios críticos, sin la ridícula pretension de consignarlos todos, lo cual fuera tarea por de-más incómoda y más propia para un gramático ó un retórico que para un historiador. Lo que nos interesa es demostrar que no hemos exagerado nuestras alabanzas, ni hemos escrito á capricho y sin preparacion conveniente este capítulo,

Demóstenes llena un cielo, representa toda una etapa en la historia de la elocuencia; pero repre-senta más que esto: El y Ciceron llenan el mundo antiguo y el mundo moderno. Son dos creaciones únicas, aisladas, solas en medio de sus contempo-ráneos y casi solas aun entre los que les siguen

despues, y son por sus raras cualidades oratorias la admiracion de los siglos.

¡Cuán pocos nombres tienen el privilegio envidiable de poderse pronunciar al lado de éstos, y cuán pocos pueblos el de presentar como Grecia, una pléyade tan ilustre como la que en orden científico, artístico, militar y de la elocuencia significan Aristóteles, Homero, Solon, Pericles, Fidias, Apeles, Alejandro, Anaxágoras, Arquímedes, Tucídides, Sófoles. Aspasia y Demóstenes.

No anticipemos conceptos que podrán tener su sitio y lugar oportuno; pero no ha sido España el pueblo, la nación ménos favorecida, y hoy mismo contamos en el terreno á que pertenecen estos estudios, con personalidades que son con justicia nuestro orgullo y el asombro de los pueblos cultos. Hoy en medio de nuestra decadencia, de nuestras renchillas eternas y de nuestras locas aventuras y peligrosos ensayos, tenemos oradores como pueblo alguno; oradores que son dentro y fuera de España glorias contemporáneas dignas de figurar casi al nivel, y al nivel mismo, algunos entre ellos, de los dos grandes oradores de Grecia y Roma. Nos falta, empero, el aguijon que hace revivir el patriotismo en los ciudadanos y la unidad en las naciones; el aguijon, el estímulo poderoso, vivo, enérgico de un *peligro comun...*

¡Ah! bien pudiéramos verle en nuestros errores, en nuestras divisiones, en el proceder de nuestros partidos, en las rivalidades y las envidias de muchas de nuestras capacidades... Pero tales cosas nos ciegan, nos ofuscan, no nos dejan razonar friamente, medir y sondear con calma el malestar general, el malestar de todos, y poner remedio por



la *union* y el *patriotismo*, á las desventuras de la patria...

Guerras civiles que congratulan, que casi alegran á los enemigos del poder público; que se alimentan, que se sostienen con tal que ellas debiliten ó se presuma que pueden debilitar el principio de autoridad, olvidando que sin ese principio enaltecido, y respetado por todos, no se concibe la existencia de la familia, la prosperidad, ni el engrandecimiento de las naciones...

Guerras mezquinas de pandillaje y de café; guerras de calumnia, de difamacion, que todo lo agostan, que todo lo pervierten, que todo lo marchitan, que todo lo empequeñecen y desnaturalizan; odios mal disimulados, rivalidades no encubiertas, orgullos y vanidades desmedidas... males son estos que podrían curar con su palabra y su talento los hombres eminentes á que hemos aludido, si, convencidos de que los peligros que nos cercan no son menores por nacer dentro de nuestra propia casa, por no venir de fuera, se aplicáran á concluir con ellos, cediendo todos algo en aras del sentimiento que produjo al más grande orador de la Grecia, y ha hecho llegue hasta nosotros su nombre rodeado de la aureola de la inmortalidad. ¡Cuán poca distancia separa á muchos!... No es distancia de principios, de doctrina, sino distancia de pasioncillas ó de detalles de escaso valer y ninguna importancia.

Más de una vez hemos oido algun grito generoso en el sentido que escribimos estas líneas, y deseáramos que ese grito encontrara eco hoy, como nunca, entre nosotros. La suerte de los pueblos está en saber *progresar avanzando*, y *saber avanzar conservando*. Nuestro carácter meridional nos

arrastra, nos empuja siempre demasiado léjos; tenemos impaciencia de *progreso* é irreflexiones im- perdonables de *conservar* lo *caduco* y *muerto*. Esto nos pierde, esto nos perjudica. Se piensa más en deslumbrar, en fascinar, en seducir, que en ilustrar la opinion pública, y esto consiste en que falta el amor á la pátria, que brilla como móvil poderoso en los magníficos discursos de Demóstenes.

Dionisio de Alicarnasio, que escribió un tratado en alabanza de su talento, decía: «Cuando leo á Demóstenes me parece que me inspira una divinidad, y como que me lleva de una á otra parte arrastrado por pasiones opuestas; por la desconfianza, la esperanza, el temor, el menosprecio, el odio y la indignacion.»

El Ab. Maury, célebre retórico y orador notable, escribe: «Demóstenes es el atleta de la razon; la defiende con todas las fuerzas de su genio, y la tribuna donde habla se convierte en una lira; domina á la vez á sus oyentes, á sus adversarios y á sus jueces. Es un general, un rey, un profeta, un ángel tutelar de la patria.»

«No hubo, en sentir de Ciceron, recurso ni artificio oratorio que Demóstenes no descubriera. Ningun estilo puede haber más delicado, más robusto, más luminoso ni más puro que el suyo. No hay quien le iguale en grandiosidad, en vehemencia, en belleza, en nobleza de diction ni en majestad de pensamientos.»

Quintiliano le apellida «príncipe de los oradores y norma de la elocuencia, sin que haya sobra ni falta en sus discursos.»

«Jamás la elocuencia, dice Groffoy, profana desempeñó un ministerio más sublime, en el tiempo y

en la persona de Demostenes, y nunca se manifestó con mayor elevacion de ideas y de aspiraciones, Arrancar á un pueblo de los pasatiempos y las diversiones públicas, para conducirle al campo de batalla, es la más grande de las glorias y el mayor triunfo de la palabra.»

Fué orador insigne, hombre de estado, administrador y estadista, pudiendo aplicarse á sus inmortales arengas los versos de Horacio:

*Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci;  
Lectorem delectando, pariterque monendo.*

Broughan hace grandes elogios de Demóstenes; César Cantú reconoce y aplaude su patriotismo,

«Fué la elocuencia de Demóstenes la grande la rara elocuencia. No fué tan patético como Ciceron y Masillon; pero sí tan sublime como Bossuet, y más sencillo y más lógico que el inmortal autor del *Discurso sobre la Historia universal*.»

«Las cuatro grandes condiciones de su oratoria, fueron, la sencillez más ática y la ausencia de todo ripio y de toda redundancia, el valor más heróico, la sublimidad más celeste, la lógica y la fuerza más vigorosa y nutrida de argumentacion. En estas grandes cualidades no tuvo ni tendrá jamás rival.»

Como escritor, Dionisio de Halicarnasio, le considera superior á Tucídides en el género sublime, á Lysias en el sencillo, á Isócrates y á Platon en el templado.

Villemain en nuestros dias ha escrito sobre Demóstenes un notabilísimo estudio, y los historiadores, y los filósofos le tributan los mayores elogios.

Las ediciones de sus obras se multiplican, y sólo entre nosotros son menos conocidas. Juntanse con singular esmero y afanosa inteligencia argumentos, elogios, observaciones, notas, todo cuanto puede esclarecer su vida y escritos. Sus arengas se leen sin cesar en las escuelas, se traducen en todos los idiomas, se comentan y se explican, y son el perfecto é inimitable modelo que tienen á la vista los que se consagran al foro y á la tribuna. Y hasta el vulgo, eco providencial de los juicios de la historia, pronuncia y repite su nombre, como en señal de que ha de durar su fama lo que subsista la humanidad.

Ni la batalla de Queronea, ni la muerte de Filipo, ni la de Alejandro, ni el nuevo triunfo de Antípater, son suficientes á domar aquel espíritu enérgico y poderoso. Sí; Demóstenes se muestra grande durante su vida política, acierta á reunir las dotes del hombre de Estado y del orador, y no es menos digno de ser admirado en las épocas de la persecucion y del infortunio. Sus aspiraciones son siempre las mismas; al primer vestigio de esperanza vuelve á dirigir su palabra al pueblo, éste lo conduce con gran pompa desde Egina, y entra triunfante en Atenas, considerándose más feliz que Alcibiades. Pero ¡ah! ¡contrastes de la vida y de la inconstancia de los pueblos! á este último suceso, próspero en su existencia, sucede el decreto de destierro, y poco despues de su triunfo sobre Esquines, el de su muerte, succumbiendo al piè de la estátua de Neptuno en la Isla Calanria, 322 años antes de J. C. despues de haber preferido tomar el veneno, que entregarse á los sectarios de la tiranía.

Demóstenes fué culpable si se diese crédito á Dinarco, su acusador; más Pausanias lo defiende, y

él mismo protesta de su inocencia en cartas que escribe á sus amigos de Atenas dentro de su prision. Por nuestra parte consideramos la acusacion de Demóstenes como una de las más odiosas tramas que ha inventado la envidia y la adulacion indigna que en todos tiempos se ha tributado á los despótas, á los enemigos de la libertad.

El pueblo ateniense colocó al pié de su estatua este distico, verdadero sarcasmo contra su misma conducta y elogio á la vez del gran orador á quien, con la mayor indiferencia había visto perecer:

Demóstenes, si tu fuerza hubiera sido  
igual á tu ingenio, jamás  
habría domado la Grecia el Marte de  
Macedonia.

## CAPÍTULO VIII.

LUCHAS JUDICARIAS ENTRE ESQUINES Y DEMÓSTENES.—DISCURSO DE ESQUINES.—DISCURSO DE DEMÓSTENES.—REFLEXIONES.

1.º Nos vemos precisados á reunir de nuevo los nombres de Demóstenes y Esquines, á ocuparnos, siquiera sea brevísimamente, de sus notabilísimos discursos por *la corona*; causa, motivo principal de su fama como oradores.

Y en verdad que esta precision lejos de sernos desagradable nos proporcionará ocasion de acentuar las justísimas alabanzas que ya les hemos tributado.

Asi como Sócrates nos presenta ante el tribunal de los heliastes en toda su violencia el choque de las pasiones y el tumulto de las luchas judiciares de la democracia antigua, Demóstenes y Esquines nos ofrecen el espectáculo más sosegado y tranquilo, de un *foro* que se asemejaba algo, que se parecia al de nuestros dias.

El tiempo habia pacificado el recinto del gran jurado popular de Atenas. No era ya campo de combate sangriento, de combate á muerte, en el que toda clase de armas, la difamacion, la impostura, el falso testimonio y hasta el soborno de los jueces, es lícito y tolerado. El ingenio, la agudeza, el talento, la habilidad, el arte imperan sobre los enérgicos y rudos

acentos de la exaltacion y se observa y se ve un progreso, un adelanto innegable, claro y manifiesto.

Ya hemos dicho algo acerca del motivo, de la causa de la lucha entre Esquines y Demóstenes. El senador Ctesifon propuso un decreto para que Demóstenes fuese coronado por sus servicios al Estado, y muy especialmente por haber consagrado una parte no despreciable de su fortuna á la reparacion de las murallas de Atenas. El premio debía otorgarse pública y solemnemente en las fiestas Dionisiacas ó de Baco, y la ceremonia tener lugar en el teatro durante la representacion de las tragedias á que concurría todo el pueblo griego.

La proposicion se hizo el año 338 antes de J. C. es decir, el mismo de la desastrosa batalla de Queronea, por lo cual, y las grandes calamidades que pesaban sobre la república, no fué posible que se discutiera, evitando la exaltacion de las pasiones publicas.

Ocho años despues, es decir, el 330, cuando Alejandro habia salido ya para la Persia, tratóse de reproducir el decreto de Ctesifon, y Esquines, rival de Demóstenes, se opuso á que el pueblo lo aprobase. Causa tan pequeña en sí, una *corona* de escaso valer dice un crítico ilustre, dió márgen á las dos más famosas piezas de la oratoria antigua, y es que aquella corona, añadiremos nosotros, fué el pretesto la manifestacion de una lucha latente, pero temible, de los dos partidos que se disputaban en Atenas hacía largos años el predominio de la opinion.

Pongamos aquí algunos trozos de esos dos grandes discursos.

2.º *Discurso de Esquines* «Observad, atenienses,

observad que de manejos, que de intrigas se ponen en juego para impedir lo que es regular, lo que es justo y debido; pero confío en los dioses y en vosotros, que prevalecerá la ley ante todo y sobre todo.

Yo desearía, y vosotros debéis desearlo igualmente, que se guardase respeto y se observaran fielmente las establecidas por Solon con gran sabiduría, por lo que hace á las asambleas públicas, al Senado y al órden que en las discusiones deben guardar los oradores.

Hoy ya es inútil, especialmente desde que mandan ciertos hombres, aquella pregunta del pregonero: ¿Quién de os presentes, mayor de 50 años, quiere hablar y despues lo harán los demas atenienses por el turno que les corresponda?... Habla el que quiere, el más osado por lo comun, y eso para proponeros cosas costrarías á la ley.

Me direis que queda el correctivo de los tribunales; teneis razon y en ellos confío. Más es preciso que os mostreis severos en cuanto á la trasgresion de las leyes, pues, de lo contrario si cedieseis en este punto aquel dia habría concluido el gobierno popular cuya existencia depende del respeto á la ley.

Acordaos, acordaos, atenienses, del juramento que teneis prestado de fallar conforme á la ley y no podreis menos de perseguir y castigar al que os proponga algo en contra de ella. Conduciros de otra suerte fuera hacer traicion á puesto que ocupais en la república y á la mision augusta que os está confiada. No echeis en olvido que vosotros representais un gran pueblo, parte de él presente, parte dedicado á sus negocios en la confianza de que sabreis cumplir con vuestro deber.

Si os presento á Ctesifon como reo de infraccion de ley no podreis menos de imponerle la pena señalada á este delito, una vez que os lo demuestre, contribuyendo yo con



esta acusacion y vosotros con vuestro fallo á consolidar el régimen popular.

En otros tiempos no faltaron ciudadanos que despues de haber ejercido cargos públicos de importancia y manejado fondos de que debian responder se procuraban antes de rendir cuentas elogios y demostraciones populares que desvirtuaran despues el mal efecto de su falta de honradez en el desempeño de sus destinos y fuesen como una anticipada sancion de su conducta. Por esto se dispuso que ninguno fuese coronado antes de rendir cuentas. Comenzóse barrenando el precepto legislativo proponiendo el premio para despues de las cuentas; pero Ctesifon ha ido mas lejos, y sin escrúpulo alguno ha decretado que Demóstenes sea coronado cuando aun desempeña el cargo por el que se le otorgaria tal distincion. La cosa es peregrina é inusitada.

Oigo decir que la magistratura que ejerce Demóstenes no está sujeta á rendir cuentas: el precepto es terminante, la ley dice, oidla: «Los magistrados nombrados por el pueblo, los encargados de obras públicas y cualesquiera otros que manejan negocios de la república por más de 30 dias, deben sujetarse antes de ser coronados á una aprobacion previa y despues de rendir cuentas.» Se me objetará que Demóstenes ha gastado de lo suyo y que nadie está obligado á dar cuenta de su liberalidad; yo os digo, que en nuestra república no hay nadie exento del deber que os he indicado, ni los sacerdotes de ambos sexos, ni los trieraracas, que gastan de lo suyo, ni los mas altos Consejeros como el de Areopago y el del Senado, acerca de los cuales la ley es tan severa que les prohíbe «causentarse sin dar cuenta.»—¿Con qué por haber pertenecido al consejo de los 500 no puedo suspender un viaje? exclamará alguno... No... Ni aun ejerciendo tales destinos te es dado hacer ofrendas, ni consagrar los bienes á la religion, al hacer

testamento, ni otras mil cosas. No basta alegar que no se han manejado fondos públicos es preciso que se haga constar esto en los registros.

Demóstenes ha ejercido cargo sujeto á rendicion de cuentas. Puedo citaros la junta popular, bajo que arcon- te, el mes y el dia en que fué nombrado administrador de los fondos del teatro, cargo que reasume todas las demas magistraturas.—¿Y aun empleado en tales condiciones pretende Ctesifon que le coroneis antes de dar cuentas?... La ley prohibe que se corone un funcionario antes de dar cuentas, estais, pues, obligados por juramento á que la ley se cumpla.

La tercera parte de mi acusacion versa sobre el motivo de otorgar á Demóstenes una corona. Ctesifon dice que es para premiar su virtud, su valor y el haber dicho y hecho siempre grandes cosas en favor de la república. Si yo os pruebo que no hay tales merecimientos en Demóstenes, ¿podreis suscribir á lo propuesto por Ctesifon que contra la prohibicion de la ley alega datos falsos para proponeros el decreto de concesion?...

Filócrates y Demóstenes quisieron poner término á la guerra de Anffpolis, proponiendo, y logrando que el pueblo aprobase, que Filipo pudiera mandar embajadores para ajustar la paz. Votado que fué esto Licino acusó á Filócrates de haber hecho votar un acto contrario á la ley, Demóstenes defendió á su colega y fué absuelto. Logró mas tarde entrar en el Senado para seguir apoyando en todo á Filócrates, quien propuso se nombrasen embajadores para noticiar á Filipo la resolucion anterior. Asi se hizo, llegando los embajadores en ocasion en que Atenas habia mandado emisarios á toda la Grecia para armarse contra Filipo. Es decir, atenienses, que mientras solo se pensaba en la guerra, Demóstenes tan enemigo de Filipo, unido con Filócrates no pensaba sino en ajustar la paz,

aun á trueque de atropellarlo todo... Hizo mas reunió al pueblo en dia festivo contra la costumbre... y no solo propuso la paz, sino que se formase alianza con Filipo como cosa natural y lógica de la paz misma.

Ese hombre tan adulator de Filipo asi que supo su muerte, que fingió por cierto haberle sido revelado en sueños, se mostró en público con una corona y un ropaje blanco, y ofreció un sacrificio, á pesar de que solo hacia siete dias que habia perdido á su hija única, cuyas honras no habia celebrado todavia. Hombre que se conduce mal con sus hijos no puede ser buen ciudadano, ni buen administrador de los intereses del Estado... Hasta el presente habeis visto á Demóstenes adulator de Filipo; desde que llamado por los tébanos este príncipe invadió la Fócida y terminó la guerra Sagrada, Demóstenes se hizo eco de la indignacion popular y no halló medio mas sencillo de hacer olvidar sus faltas que desacreditar á los que con él habian trabajado por la paz. Filócrates acusado por el mismo Demóstenes fué desterrado y los demás nos vimos maltratados y calumniados, declarándose en el acto jefe de los enemigos de Filipo. Si este proponia mandar los embajadores á los atenienses los titulaba *espías*; si los dejaba de mandar lo atribuia á menos precio de los de Atenas; y se valia de un juego de palabras, logrando que no se hiciera nada.

Se vanagloria de haber rodeado el territorio de Atica con muros de bronce y de diamante... ¡Ah! bellas frases... pero engañosas... ¡Tal es el hombre honrado, desprendido, benemérito que se deja corromper y para quien Ctesifon pide una corona!..»

¡Oh! hombre el mas inútil para todo lo bueno y mas osado en la palabra, ¿pretender una corona? y vosotros atenienses ¿podreis concedérsela?... Ah! no; trasladaos conmigo al teatro, vezalregonero que se adelanta

y que pregona vuestro decreto de concesion, y no olvidéis los parientes de las víctimas inmoladas por su causa, sus lágrimas, su indignacion por vuestro olvido de los héroes que lloran vuestra loca insensatez. Que griego de mediano criterio no recuerda con dolor tiempos mejores y gobiernos mejores... No levanteis, atenienses, os lo pido por Júpiter y los demas dioses inmortales, no levanteis un trofeo en la orquesta de Baco; no hagais que el pueblo de Atenas parezca un loco á los ojos de los demas pueblos de la Grecia; no insulteis á esos pobres tébanos, renovándoles el recuerdo de sus desgracias irreparables, ya que por causa de ese mismo que pide una corona, han tenido que acogerse á nuestros hogares despues de haber perdido los suyos, de haber perdido sus templos, sus sepulcros y lo que es más sus hijos.

No os hallasteis presentes á tanta desventura, pero vuestra imaginacion puede sin violencia representaros una ciudad tomada por asalto, las murallas en tierra, las casas presas del incendio, mujeres libres reducidas á esclavitud en union de sus hijos, ancianos y ancianas consternados, llorando suplicando, maldiciendo á los que fueron causa de sus desdichas... Si al barquero de Salamina que no dirige bien su nave se le priva del remo, ¿con cuanta más razon debeis prohibir que Demóstenes enorgullecido y coronado vuelva á asir el timon del Estado..?

Vedle hoy, vedle despues de la batalla de Queronea, de la que escapó cobarde, pusilámine, abatido, consternado, casi muerto, y no obstante tiene valor para solicitar se le nombre mediador de la paz. Hicisteis bien despreciándole...

Finalmente cuando en el epflogo de su discurso invoque á los que se han dejado sobornar como él, imaginaos que veis en esta misma tribuna desde la cual os hablo, puestos en fila para desmentir el testimonio falaz de la mentira

á los hombres mas esclarecidos de la república; á un Solon que os dotó de las leyes mejores y mas prudentes, que afianzó el gobierno popular, que con su acostumbrada modestia os ruega que no tengais á menos vuestros juramentos y sus leyes; á un Aristides, que fijó los tributos de los griegos...

3.º *Discurso de Demóstenes.* «Ante todo ¡oh atenienses! invoco la asistencia de los dioses y diosas, á fin de que en la presente contienda quieran inspiraros para conmigo igual benevolencia al amor de que siempre estuve animado para con todos vosotros y la pátria. Otra cosa más les pido del mayor interés para vosotros, para vuestra piedad y gloria, y es que al oirme, inclinen vuestros ánimos á despreciar los artificios de mi enemigo, lo contrario seria una injusticia atendiendo únicamente á las leyes y á vuestro juramento acerca de su observancia. Estas de comun acuerdo, previenen: *que ambas partes sean oídas igualmente...* Si Esquines se hubiese ceñido á la verdadera acusacion tambien yo, atenienses, entraria inmediatamente en la defensa del decreto controvertido; mas como este empleó una buena parte del proceso en acumular contra mi tantas otras cosas y calumnias, me parece necesario y muy justo hablar algo primeramente acerca del particular, no sea que alguno de vosotros, movido, de aquellos discursos, agenos por cierto del asunto, escuche tal vez con preocupacion mis descargos.

...Atenienses: si todo lo espuesto, si todo lo acusado, alegado y referido fuese cierto, no habria en la república, ni aun con mucho, castigos correspondientes que aplicarme. A nadie entre nosotros debe prohibirse subir á la tribuna y hablar al pueblo; pero presentarse en ella para desahogar asi el ódio y la envidia, ¡juro á los dioses que

no es conforme á la política, ni á la rectitud, ni á la justicia! Si en efecto él me veia perjudicar á los intereses del Estado en tanto grado como ántes arrebatado declaraba á lo trágico, ¿por qué no trató de que se me castigase segun ordenan las leyes en tales casos? ¿Por qué no me delató y presentó para ser juzgado ante vosotros? Si me veia dar decretos contra las leyes, ¿por qué no me acusó de infractor contra las mismas? ¡Ah! quién por causa mia supo perseguir á Ctesifon, trayéndole de tribunal en tribunal, á buen seguro que otro tanto hubiera hecho conmigo, si él pudiese convercerme de ser verdadero reo. Si, atenienses: en medio de estos crímenes de que él solía infamarme á espaldas mias, y en cualquiera otro en que me viese delinquir contra vosotros, leyes hay para reprimir, suplicios, tribunales y sentencias con graves y atroces castigos: de todo esto pudo valerse. Si así constase haberlo ejecutado, no se opondria su acusacion á su conducta, pero ahora despues de haberse desviado del verdadero camino, huido de censurar los hechos pasados ya tantos tiempos hace, acumulando invectivas, oprobios y dieterios, se pone á hacer el papel de cómico, de manera que por acusarme á mi delata á Ctesifon; y siendo el móvil principal de toda su acusacion el odio que me tiene, nunca combate conmigo cara á cara, sino que públicamente aseta sus tiros contra otro para derribarle de su puesto. Por eso, atenienses, entre otras cosas que pudieran alegarse por Ctesifon, me parece puede con razon decirse, que la contienda de estas discusiones solo deberia trabarse entre nosotros dos, y que en realidad es mal hecho no hacerlo así, sin mezclar á otro en ellas en daño suyo, lo que seria la mayor iniquidad.

De aquí puede inferirse que todos los demas puntos acriminados se habrán fraguado igualmente sin justicia ni verdad. Quiero, no obstante, examinarlo uno por uno,

principalmente los que alegó sobre la paz y la embajada, calumniándome y atribuyéndome lo que fué obra suya y de Filócrates.

...Y tú, ¡oh!.. ¿qué nombre digno podré darte?.. tú que lo presenciabas, y veías que privaba á la Grecia de tan grandes bienes y alianza, como ántes gritando trágicamente relatabas, ¿te indignaste por ventura entonces, ó te presentaste á exponer algo de lo que ahora censuras? Pues si yo, sobornado por Filipo, estorbaba la union comun de los griegos, bien pudiste no callar, sino antes clamar, y testificarlo, y demostrárselo á estos; mas tu nunca lo hiciste, ni persona alguna te oyó chistar siquiera. ¿No es de admirar?

...Nadie, atenienses prodiga su caudal por la utilidad del traidor: nadie una vez logrado lo que intenta, se vuelve á valer de sus consejos ni de su persona: de otro modo ya no habria mayor fortuna que la de un traidor. Empero no es asi, no lo es. ¿Cómo es posible? todo al contrario. Cuando el que aspira al imperio llega á tenerlo todo en su poder, entonces se hace dueño tambien de los traidores que ántes se le vendieron; y sabedor de su perfidia, despliega luego contra ellos la desconfianza, el odio, la persecucion. Aquí reclamo vuestra consideracion, atenienses; pues aunque el tiempo de los sucesos haya pasado, para el hombre prudente nunca pasa el tiempo de reflexionarlos...

—*Mercenario* pagado por Filipo ántes, y por Alejandro ahora, ese es el nombre que yo te doy, y el que te dan todos. Si lo dudas, pregúntásele á ellos mismos. Mas no, yo lo haré por ti. Decidme, atenienses, ¿qué es Esquines, amigo ó mercenario de Alejandro?... ¿No oyes lo que dicen?...

...Maligna cosa, atenienses, maligna cosa es un calumniador, siempre y en todo envidiando y murmurando: y

ese hombrecillo además de ser por naturaleza una raposuela, ya desde el principio jamás hizo cosa buena, ni ese gimio trágico, rústico orador bastardo. ¿De qué sirve á la pátria tu elocuencia? ¿Ahora te nos vienes con disputas sobre las cosas pasadas? Lo mismo es eso que si un médico nada hubiese dicho ni hecho á los enfermos para sacarlos de su enfermedad, y despues de muerto al hacerle el funeral, se presentase y dijeses:—Si ese hombre hubiese practicado esto ú aquello, no hubiera fallecido ¡Insensato! ¿ahora te vienes con eso?

...De las obligaciones propias de un orador pide cuenta y cuanta quieras; no me opongo. ¿Y cuáles son estas? Observar los principios de los negocios, prevenir las consecuencias y anunciarlas. Todo esto lo hice yo. Y ¿cuáles mas? Los accidentes que ocurren en los negocios, las morosidades, tergiversaciones, descuidos, diferencias, defectos políticos propios de los pueblos todos, yerros indispensables, precaverlos cuanto sea posible; y por el contrario esortar á todos á la concordia y á la amistad, y á la prontitud en cumplir con su obligacion. Todo esto he practicado tambien; por lo mismo no habrá hombre alguno que diga haber yo faltado á lo que debo.

...Has el paralelo de la vida tuya y de la mía, con lealtad, con franqueza, no con ódio, ni envidia. Fuisteis maestro de escuela, yo discípulo; tú iniciador yo iniciado; tú bailarín, yo costeador de los gastos públicos; yo orador; tú actor de terceros papeles; yo espectador; tú desechado; yo desechador; tu agente de los enemigos, yo de la pátria... No digo mas.

...El que como Esquines dice es celoso de las leyes y del bien de la república, ya que no tenga otras prendas, debe tener á lo menos la de sentir cuando siente el pueblo, y alegrarse cuando se alegra, pero no con el pretexto de gobernar la república, estar á favor de sus enemigos,



esto es cabalmente lo que tú has estado haciendo ahora á las claras, cuando afirmabas qué he sido yo el *autor de todo*, y que por mi culpa habia caido la república en tantos males, siendo así que vosotros, atenienses sin mi direccion ni mis consejos os movisteis al socorro de los griegos. «Si vosotros me dieseis este lauro, que por mi os habiais empeñado en hacer frente al poder que se iba levantando contra los griegos, mas favor me hariais en esto solo que cuantos habeis hecho á todos. Y yo os lo estimaria...»

4.º Desistamos de continuar. Solo insertando íntegros los discursos de Esquines y Demóstenes cabe formar un juicio exacto de su vida.

¡Qué lucha! ¡qué debate tan magnífico! ¡Qué *acusacion* la de Esquines! que *defensa* la de Demóstenes! En el terreno legal la primera es superior á la segunda.

Demóstenes lucha con calma y vence á su adversario, tiene conciencia de su superioridad y la demuestra desde el primer momento imponiéndose á su auditorio. Subyuga, arrastra arrebatada, convence sin violencia hasta obligar á inclinarse resueltamente á su favor.

No es extraño que Esquines sucumbiese en esa lucha titánica y gigantesca á la cual provocó irreflexivo al coloso de la palabra. Esquines, se apoderó acertadamente de algunas flaquezas de su adversario, pero éste tenia una brillante historia que oponer á sus suposiciones y salió vencedor en la contienda. No fué esta una lucha de hombre, sino de partido á partido, de opinion á opinion, y la *corona* un pretesto de fines más levantados. El debate era *politico*, esencialmente político, aunque revestía

formas personales... ¿Quién tenía razón...? Quizás era más previsora Esquines; pero no más patriota que Demóstenes á quien Filipo, Alejandro y Antipater conceptuaron millares de veces como el mas formidable balladar de sus planes contra la Grecia. Demóstenes se hizo ilusiones, pero fueron nobles ilusiones de las cuales participaba el auditorio que le escuchaba, los jueces que habian de juzgarle y el pueblo entero que no estaba alli, sino ocupado en sus faenas y tranquilo en el fallo de sus legítimos representantes y mandatarios.

Se dice que el discurso de Demóstenes fué un triunfo continuado y no nos admira. Es el elogio mas bello del valor y el heroismo de su pueblo, á la vez que de sus propios merecimientos.

¿Quién resiste á Demóstenes despues de oírle? ¿quién no se convence al ver la disposicion de sus *pruebas*, de la verdad de sus asertos y afirmaciones? Se leen los documentos; se oye á los testigos; el tribunal puede examinarles á su antojo, juzga por si de su acento, de su actitud, de la seguridad ó vacilacion de sus afirmaciones, y no puede engañarse ni ser sorprendido fácilmente.

Esquines fué más hábil, más sosegado y grave al principio de su discurso que en el resto de él. Su lenguaje en muchos pasajes se asemeja al que pudiera emplear en nuestros dias un representante, un órgano del ministerio público, hablando en nombre de la ley y de la sociedad. Hizo un tratado completo de la legislacion ateniense en lo relativo á la observancia de las costumbres. Es tambien digna de elogio la parte de su discurso en que se dedica á destruir anticipadamente los ardides, los medios

dilatorios y las sutilezas que Demóstenes podrá emplear para eludir los cargos.

Pero supera en todo Demóstenes á Esquines. El *exordio* de este es más natural, más sencillo y por ello no menos magnífico.

## CAPÍTULO IX.

ULTIMOS ORADORES DE LA SEGUNDA ÉPOCA DE LA ELOCUCENCIA GRIEGA: DINARCO, DÉMADES, FOCION.—EFÍGRATES, NÓCRATES APOLONIATA.—REFLEXIONES GENERALES.—TERCERA ÉPOCA DE LA ELOCUCENCIA GRIEGA.

No termina con Demóstenes y Esquines la segunda época de la elocuencia griega.

Pertenecen á la misma otros oradores cuyos nombres no podíamos, ni debíamos, sin ser injustos, omitir en este libro.

Grecia, cuya historia es una epopeya, no sucumbe, no muere como un pueblo vulgar. Aun en medio de las convulsiones de su agonía ofrece destellos luminosos, figuras dignas en diversos sentidos de mencion honrosa y especial.

Vamos, pues, á dar una ligera idea de los oradores que precedieron á la decadencia de la tribuna en Atenas.

*Dinarco* (390-360). No es dable fijar mas que aproximadamante las fechas del nacimiento y muerte de Dinarco, á quien elogia Hermógenes por su dicción, y la escuela alejandrina colocó en el número de los oradores clásico.

Nacido en Corinto ó en Atenas, fué en esta última ciudad donde residió durante muchos años y en

la que se dió á conocer y se hizo aplaudir por sus discursos *políticos* principalmente.

Se le han atribuido trabajos oratorios que, segun Dionísio de Halicarnasio, no eran suyos, cuyo docto parecer se siguió para coleccionarlos mas auténticos en la ediccion Didot.

Los que pasaban por suyos en la época del citado autor eran 27, de los cuales no han llegado hasta nosotros mas que tres, uno *contra Demóstenes*, otro *contra Anitogiton* y otro *contra Filocles*.

Hay cierta semejanza en el estilo, en el uso de los giros y en el empleo de las figuras entre Dinarco y Demóstenes, hasta el punto de creerse por muchos que el discurso que se dice de este *contra Teocrinis* no es suyo sino de Dinarco. Parecido no obstante, semejanza que no llega ni con mucho á ser identidad; semejanza posible y dable; pero que aun colocando á gran distancia á uno y otro todavía redundaba en alabanza, aceptada que sea, del orador que nos ocupa.

*Démades* debió á su talento figurar en un periodo, en una época en que el ser orador tenia el gran inconveniente de la emulacion y la rivalidad en un grado, en un extremo difícil y peligroso.

*Démades* era hijo de un marinero y se cree que él ejerció por algun tiempo el oficio de remero. Se ignora la época de su nacimiento; era ateniense, de la tribu Eneida y pueblo Laciade, desconociendo los medios de que se valió para llegar á adquirir una reputacion envidiable.

Figuró como Dinarco en el partido de los reyes de Macedonia, por lo cual fué uno de los mas encarnizados enemigos de Demóstenes. No subia este una vez á la tribuna que no le siguiese *Démades*,

desvirtuando no pocas veces con sus chistes y agudezas, mas ingeniosas que cultas las palabras y los consejos del gran orador.

La cualidad mas relevante en Démades era la de saber *improvisar un discurso*, lo cual daba á sus ataques y á sus réplicas un sello de espontaneidad y de energía que hacia inútiles millares de veces los argumentos mejor dispuestos, las pruebas mas habilmente combinadas. Esta rara habilidad en una época en que nadie era mas extraño que la *improvisacion*, tan necesaria por otra parte en las luchas de la tribuna, debió contribuir á darle una gran importancia como orador y en efecto las historias se la conceden con mas ó menos exageracion.

De Démades no nos queda trabajo alguno y se le atribuyen espresiones que á ser suyas demuestran un vivo ingénio.

Antipater le acusa de estremadamente interesado sin que nada bastase á saciar su falta de delicadeza en este particular, le cual confirma un distinguido historiador, añadiendo que vendía con mucha frecuencia al gobierno de su pátria. Su muerte se cree acaeció el año 322 antes de J. C. segun unos, ó el 319 segun otros.

Preguntándole quien habia sido su maestro contestó—*La tribuna ó el tribunal*; es decir la *práctica* y la *esperiencia*.

Tenia talento y una estremada penetracion. Mezcla de bueno y de malo, se hacia unas veces querer y otras odiar.

En la batalla de Queronea, Démades fué hecho prisionero, prestando grandes servicios á sus ciudadanos, pues en los momentos en que Filipo

ébrio de placer, se disponia á ensañarse contra ellos, Démades se atrevió á decirle:—*Ya que la fortuna te ha deparado hacer el papel de Agamenon, no te rebajes ahora representando el del bufon Tersites.* Con cuyas palabras Filipo recobró ser natural, compasivo y generoso.

En otra ocasion cuando Alejandro amenazaba penetrar en el Atica, despues de la destruccion de Tébas, sino se le entregaban los oradores por él designados, Démades intercedió por ellos, por cuyo hecho se acordó levantarle una estatua de bronce y asi se verificó.

*Focion* (400-317) se nos presenta en la historia del segundo periodo de la elocuencia griega<sup>7</sup> como una personalidad simpática, digna de ser estimada, distinguiéndose no solo por su palabra, sino por su valor, por sus virtudes, por su sabiduria, cualidades eminentes que atenuan en cierto sentido la gran responsabilidad que pesa sobre él por haber aconsejado la inaccion al pueblo ateniense, con la cual vino á ceder casi sin protesta y en silencio todos sus legítimos derechos, todas sus conquistas renunciando para siempre su porvenir.

Habrá quizá sorprendido á nuestros lectores la preferencia que hemos dado y el entusiasmo con que hemos elogiado á los que siguiendo las huellas de Demóstenes emplearon su elocuencia en defensa de la libertad de la Grecia; habrán extrañado quizá el teson con que nos hemos negado á admitir toda especie de rivalidad ó competencia como quieren algunos entre este y varios de sus contemporáneos, y debemos dar sobre este particular esplicaciones que podrán parecer más ó menos satisfactorias, pero que son el resultado de nuestras

convicciones, de nuestras ideas respecto á la mision del orador político en todos tiempos.

La situacion del pueblo griego en la época que venimos estudiando no podia ser más crítica. Todo parecia augurar el cercano fin de su grandeza; todo hacia presagiar el límite que la providencia habia señalado á su pasada altivez y señorío. Ni ejército, ni recursos, ni poderosos aliados, ni elementos de ningun género, y lo que es más, ni el patriotismo de sus hijos, venia á contrarestar la tormenta cuyo rumor se dejaba percibir. En tan supremos instantes la mayoría de los oradores, es decir los llamados á influir sobre la opinion pública, se inclinan del lado en que parece soplar el viento más propicio á sus intereses personales, pero no á los intereses sagrados de la pátria, y solo Demóstenes secundado por unos cuantos que favorecen sus generosos esfuerzos, se propone despertar el entusiasmo dormido, las grandes virtudes que habian servido de sólidos cimientos á la grandeza de una de las naciones más esclarecidas en la historia del mundo.

Ahora bien; los que así espusieron su reposo, su fortuna, y hasta su vida; los que hablando en nombre del pasado procuraron alejar del suelo que les vió nacer la infamia de una derrota sin defensa; los que inflamados del mas puro patriotismo con lágrimas de dolor, proclamaron las excelencias de la libertad y de la independencía, cuando la libertad y la independencía se veian amenazadas, próximas á sucumbir; ¿pueden ni deben confundirse con los que con mayor ó menor nobleza y desinterés contribuyeron á la realizacion de los deseos de Filipo y de Alejandro? ¿Hay ni puede haber competencia posible ante el fallo severo é imparcial de la



historia entre los que procuraron romper las cadenas que oprimian fuertemente á sus conciudadanos, y los que les decian, que esas cadenas vergonzosas eran suaves, eran preferibles á la muerte llena de gloria del que no se dá por vencido, sin haber procurado al menos ser antes vencedor? Ved planteada tan importante cuestion en un terreno en que nos creemos invulnerables. No se trataba allí de este ó el otro partido; de esta ó la otra forma de gobierno; se trataba de la independenciam de la Grecia entera, de su nacionalidad amenazada, y el único camino noble, digno, levantado, era la defensa del territorio, de las leyes y las costumbres del pueblo. Los que en esta ó idénticas situaciones colocaron ó colocaben su palabra, su pluma, su influencia, su valor, su dinero, ó su sangre al servicio de la usurpacion y del despojo, por poderosos motivos que para ello aleguen, son y serán en nuestro sentir reos de lesa nacion y por lo tanto como oradores, como escritores, como políticos, guerreros ó simples instrumentos de una cabeza mejor organizada, responsables ante la historia de los acontecimientos desgraciados que pudieron ó puedan sobrevenir.

No obstante lo que acabamos de manifestar, Focion es uno de los pocos en favor del cual podemos y tenemos la obligacion de hacer una distincion honrosa. Focion no defendió de una manera directa y menos interesada, como otros oradores, la causa de la tirania. Focion que habia ejercido el mando de las tropas cuarenta y cinco veces; que habia experimentado los mayores desengaños; que no podia echar en olvido el estado de las costumbres, la situacion del erario público, la falta de un ejército nacional, creyó de buena fé que la Grecia era im-

potente para defenderse; que desagradar á Filipo podia atraer sobre su pátria mayores calamidades y de aqui sus consejos conciliadores, sus esfuerzos para aplacar las iras del conquistador.

Era el hombre previsor, el político severo é imparcial que procura alejar de su pátria las consecuencias de una lucha en la que solo puede prometerse despues de la derrota mayores exigencias de su enemigo. Focion en este sentido servia mas bien que á Filipo á su propio pais y le servia con tanto mas exito cuanto que en diferentes ocasiones obligó al rey de Macedonia á retroceder ó á otorgar concesiones que con la violencia no se hubieran podido alcanzar.

Antes de la batalla de Queronea, Focion pronosticó sus resultados; rogó á los atenienses que depusiesen las armas, y cuando los vió vencidos, evitó las consecuencias de una retirada, tanto mas funesta cuanto inútil habia sido el vano alarde de una resistencia desesperada.

Animaba pues á Demóstenes y á Focion un mismo pensamiento, un movil generoso y noble, el amor á su patria. A su impulso, latian sus corazones, y por esto el *entusiasmo* del primero y el *desaliento* del segundo son a nuestros ojos dignos de elogio, diferenciándoles, separándoles del resto de sus contemporáneos y colocándoles á mayor altura los grandes servicios que prestaron á la Grecia por sendas opuestas, pero que partian de un mismo punto, reconociendo por base el mas puro y acentrado patriotismo.

Focion aunque pertenecia á una familia humilde tuvo por maestros á los mas célebres filósofos de su época, contándose entre ellos á Platon que lo dis-

tinguia mucho entre sus discípulos. De carácter severo, de costumbres rígidas, de aspecto imponente y venerable, Focion no supo adular jamás. ni á los poderosos, ni á los humildes; dijo siempre la verdad, y su reputacion de hombre honrado era el mejor y mas elocuente exordio de sus discursos y la prueba mas fuerte para la causa que defendia. Hablaba siempre con la mayor mesura; las manos ocultas bajo su manto, y procurando ser breve para no fatigar al auditorio

La elocuencia de Focion fué la imagen de su carácter. Curiosas son por demás las noticias, los detalles y particularidades que acerca de la vida de Focion traen Diodoro de Sicilia, Adriano y especialmente Plutarco; todas ellas nos han servido para formular nuestro juicio acerca de este hombre insigne, uno de los últimos que contribuyeron á immortalizar el nombre de Atenas, y á quien sus conciudadanos pagaron con marcada ingratitud su honradez y sus virtudes. Ah! si estas no hubieran contribuido poderosamente á influir en el ánimo de los oyentes, la elocuencia de Focion hubiera pasado desapercibida, y jamás hubiera sido aplaudida. Demóstenes solia decir cuando le veia subir á la tribuna:— *Ved ahí el hacha de mis discursos.*

Y con efecto, Focion era el único capaz de mitigar el entusiasmo de un pueblo predipuesto á dejarse guiar sumiso á la derrota, mas bien que á empuñar valeroso y resuelto las armas y á defender las instituciones bajo las cuales se habia llenado de gloria.

Domóstenes si se quiere vino á representar en Atenas un partido imprudente y temerario; pero Focion aceptando la paz bajo las cláusulas que tu-

vo á bien imponer el sucesor de Alejandro, llevó demasiado lejos su espíritu conciliador, dando lugar á que restablecida la democracia, el pueblo le despojase del mando, condenándole á beber la cicuta. «Ni uno solo, dice César Cantú, ni uno solo se alzó en contra de aquella sentencia injusta, y por el contrario muchos pidieron que se la añadiese el tormento para hacerla mas cruel é ignominiosa.»

Los últimos momentos de Focion, fueron dignos de la pureza de sus sentimientos y la honradez de su vida. Confesó ingénuamente que habia administrado mal la república y á fin de librar de toda responsabilidad á sus amigos se mostró sereno, tranquilo, resignado, no obstante las injurias que les prodigaron y cuando le preguntaron si tenia que hacer algun encargo para su hijo, contestó:—*Sí: que olvide la injusticia con que á su padre tratan los atenienses.* El furor del pueblo se ensañó hasta con su cadáver privándole de los honores fúnebres, y arrojándole fuera de los confines de Atenas.

Una pobre mujer de Mégara fué la encargada de recoger las cenizas de Focion y al depositarlas en la tumba de sus mayores se cuenta que dijo:—*Yo te confío ¡oh tumba! los restos de un hombre honrado; conservalos hasta que los atenienses recobren su corazon y los reclame la pátria arrepentida.*

Donde quiera que estudiemos al pueblo es siempre el mismo. Injusto y cruel contra Focion se mostró mas tarde arrepentido de haber injuriado su memoria, erigiéndole una estatua y llegando hasta rendir adoracion á la casa en que habia vivido pobre y virtuoso.

Platon le enseñó á pensar, Jenócrates á despreciar toda supremacia ó superioridad. No hizo nunca una oposicion sistemática á Demóstenes, como acontecia con Démades y otros oradores, sino fundada en la fuerza de las cosas y de las circunstancias.

La isla de Eubea defendida por él, Bizancio rescatada del poder de Filipo y con ella el resto del pais, pruebas son de su valor y pericia militar. Ninguno de sus discursos ha llegado hasta nosotros, siendo, en sentir de algunos, lo mas probable que no escribiera ninguno, improvisando en toda ocasion. Un dia que el pueblo aplaudia entusiasmado una de sus oraciones preguntó á uno de sus amigos—*¿Se me ha escapado alguna tontería cuando me aplauden los atenienses?..* Tal era la persuasion en que estaba de la impopularidad de sus palabras.

Siempre el que reprende dice Plutarco, á los que yerran parece que les echa en cara sus infortunios, y la claridad en tales casos pasa por insolencia y menosprecio, y esto aconteció, añade, á los dos oradores que compara Focion el griego y Caton el romano, ambos dice, virtuosos, justos y aventajados en la política.

Focion, segun el bibliógrafo que más estensamente se ha ocupado de él, era tan severo que se asegura no haberle visto nadie reir, ni lamentarse, ni bañarse en baño público. Criticando Cares su genio adusto, le contestó:—*Ningún mal, atenienses os ha hecho mi ceño, y en cambio cuantas lágrimas han costado á la república las espresiones de estos que os hacen reir.*

Policueto de Esfécia elogia mucho el lenguaje

sentencioso de Focion y recogiendo algunos los dichos que pasan por suyos dan de su manera de decir una idea bastante aproximada y cabal.

Se cita por algunos historiadores á IFIROCRATES como orador notable perteneciente al último periodo de la buena época de la palabra en Atenas. Dionisio de Halicarnasio le atribuye cualidades relevantes, califica su estilo de severo, si bien añade que era algun tanto jactancioso.

Como cierto orador le echase en cara lo bajo de su linaje le replico.—*Te llevo ventaja pues en mi empieza la nobleza de mi linage y la de los tuyos acaba en ti.*

Suidas cita á ISÓCRATES APOLONIATO como hijo de Amiclas, filósofo notable de Apolonia en el Ponto, designándole como uno de los mejores y más aventajados discípulos de Sócrates y de Platon. En las exequias de Mausolo rey de Halicarnaso rivalizó con *Teodecto* orador y poeta trágico, con *Teopompo* de Chio y con *Neucrates Eritrio*.

2.º Hasta aquí la segunda época de la elocuencia griega; hasta aquí el periodo más brillante de la oratoria en Atenas.

Vencido por Filipo y sujeto por Alejandro el orgullo de los griegos viéronse estos precisados á someterse al yugo de una monarquía absoluta y con este cambio sino enmudecio repentinamente la *palabra*, falta la tribuna de sus elementos naturales, se la ve ir decayendo visiblemente hasta su absoluta ruina y desaparicion.

Surjen en la época que acabamos de estudiar las oposiciones, los antagonismos que agitaron de con-

tinuo en su vida interna al pueblo griego; «mundo de oposiciones encontradas, como dice un distinguido escritor y muy querido amigo nuestro, que se manifiestan entre el elemento dorico y el elemento jonio, entre repúblicas aristócratas y repúblicas populares, entre el plan y el pensamiento de Licurgo y el plan y el pensamiento de Solon; mundo siempre en lucha, que no parece hasta la realización de sus providenciales destinos.»

Las tendencias opuestas entre aquella multitud de Estados y de colonias debia producir sus consecuencias, y las produjo en el momento que para su salvacion las hubiera sido precisa la *unidad* civil y política á que aspiraron algunos pocos oradores cuyos nombres dejamos consignados.

Eran estraños los griegos entre si y cuando les convino mirarse como hermanos ante el peligro comun no pudieron entenderse. Solo las fiestas y juegos helénicos originaron treguas en sus fraticidas guerras, viniendo á constituir un vínculo pasajero y transitorio en el órden político y social; solo de resultados prácticos en el terreno comercial, artístico y literario.

Faltaban á los griegos los lazos inquebrantables que crea el sentimiento nacional y no pudieron improvisarles los discursos de Demóstenes y sus escasos partidarios, porque eran tardios. Contuvieron la ruina de Atenas, mientras Esparta y Tebas succumbian mas rápidamente; esto fué todo.

De error en error Atenas mismo se precipita y rota la paz ya no hay dique que contenga la disolucion de aquel pueblo que hemos visto tan potente y gigante. Fia sus destinos al vencedor, y Filipo y Alejandro son los encargados de ir preparando

en Oriente la hora de la regeneracion del mundo como Roma lo fué mas tarde de la de Occidente.

«Toda la mision de la Grecia se esplica por su facultad civilizadora», dice el autor antes citado por lo cual la vida interior de este gran pueblo es toda elaboracion de ideas, de conceptos, de manifestaciones artísticas, científicas, filosóficas y literarias.

Grecia no muere; representada por Alejandro marcha al Oriente, abre el Asia, crea como por ensalmo grandes ciudades, infunde en ellas el espíritu legendario que la anima, y á Alejandro sucede César, siendo Roma la heredera legitima y natural del pueblo griego.

El nombre de *Alejandria* sustituye al de *Atenas* como encarnacion viva de la civilizacion y la cultura humana; y esta ciudad viene á ser el lazo de union entre el Oriente y el Occidente. En su seno se fusionan elementos dispersos hasta entonces y el mundo pagano empieza á presentir la necesidad de algo que hermane á los hombres entre si.

3.º Pocas páginas han consagrado los autores á la tercera época de la elocuencia griega. La caida de la república señala por lo comun el término de sus investigaciones históricas acerca de la *pala-bra* en lo que se refiere al pueblo ateniense, pretiriendo con injusto desden nombres de real y verdadero mérito, y lo que es mas estraño aun, desdeñando por superficiales, cuando no calificándoles ligeramente hasta de inútiles, trabajos importantísimos que contribuyeron á enriquecer la teoria del



arte é imprimieron un nuevo giro á las aficiones y á la direccion de la juventud.

Ya lo hemos dicho; Alejandro no fué un tirano, ni un vulgar conquistador. Al ponerse al frente de los destinos de la Grecia realiza una mision civilizadora y grande, lo cual hizo que estendiera su proteccion á las ciencias y á las artes como instrumentos los mas seguros de su fama y de su gloria. A los célebres oradores de la república suceden escritores, gramáticos y retóricos cuyo olvido fuera en nosotros delito imperdonable cuando nos hemos propuesto en estos estudios trazar un cuadro, lo mas completo y acabado que nos sea dable, no solo de las vicisitudes de la elocuencia sino de los adelantos, de los progresos del arte oratorio en la antigüedad.

Es verdad que en el nuevo periodo que debemos estudiar no solo faltan, sino que abundan los corruptores de la palabra como espresion artística del pensamiento humano; pero no todos lo son y por lo tanto no es justo el anatema que se lanza en absoluto contra los oradores y escritores de esta época por la generalidad de los autores casi sin poder hacer salvedad alguna.

La elocuencia desaparece con la libertad; esto ha sucedido siempre y sucederá. Pero en Atenas no muere de un solo golpe y en un solo dia; decae de un modo visible y digno de un detenido exámen y esta decadencia se verifica con condiciones excepcionales.

¿Cuáles fueron las causas, se pregunta el Ab. Andrés, del cambio que se opera en la palabra despues de los brillantes triunfos de Esquines y Demóstenes? ¿Cuál el nuevo gusto que se introduce?

¿Y á quien, debe en definitiva atribuirse el del arte oratorio? Contestando á estas preguntas con su natural erudicion y juiciosa crítica como ninguno lo habia hecho antes que él.

No nos es lícito dar á esta parte de nuestro trabajo una gran estension.

La elocuencia asiática representada por Dion Crisóstomo y Casio Longino, la union de la retórica y la filosofía; la elocuencia histórica, la filosófica y la de los escritos en una palabra no caben dentro del molde que nos hemos trazado.

Roma sucede á Grecia; Roma reclama nuestra atencion y nuestras miradas. Pero apresuremos á consignarlo ; Roma recibe de Atenas la luz brillante de la oratoria y á Roma van como maestros los sábios y los oradores atenienses.

«Entre Grecia y nosotros la antigüedad nos ofrece una literatura y una civilizacion media, no tan original y espontánea, que supla con las perfecciones del gusto y la cultura, lo que la falta de génio y originalidad.»

La docta antigüedad romana nace del seno mismo de la griega; sigue las vicisitudes de un pueblo conquistador, ambicioso y turbulento; recibe impulso y vive al calor de un imperio corrompido que perece y muere en brazos de esa misma corrupcion.

Plauto y Terencio nos ofrecen muestras de elegancia; Lucrecio el suicida; el ardiente Propercio, el muelle Tibulo y el fecundo Ovidio, rinden pleito homenaje, á la córte de Augusto,

Horacio brilla solo como un fenómeno entre los ingenios citados, siendo uno de los talentos que honran la naturaleza humana.

Ciceron rivaliza con los mejores oradores griegos. El correpto y pulido Salustio, Julio César, Varron y Tito Livio inmortalizaron la lengua inventada por el orgullo del pueblo rey, que otros denigraron como el duro y ampuloso Petronio, el lúbrico Marcial, Séneca mismo y el aspero Juvenal.

Quintiliano celeberrimo español, cuyas *instituciones oratorias* hemos estudiado. El erudito Plinio y Tácito brillan en la época decadente de la literatura romana.

Tal es el resúmen del nuevo cuadro histórico que vamos á emprender.

SEGUNDA PARTE.

ORADORES ROMANOS.

---

CAPÍTULO PRIMERO.

IDEA GEEERAL DE LA CULTURA Y LA CIVILIZACION ROMANA.—DIVISION HISTÓRICA DE LA PALABRA EN ROMA.—LA ELOCUENCIA FORENSE EN LA ANTIGÜEDAD Y PRINCIPALMENTE EN ROMA.—FISONOMIA ESPECIAL DE LA ELOCUENCIA ROMANA.—COROLARIO.

1.º Dos grandes aspectos nos ofrece la *palabra* en Roma; en dos magníficos escenarios brillan los oradores del *pueblo rey*; el uno el *Foro*, el otro el *Senado*; en ambos la elocuencia merece un detenido exámen y profundo estudio; exámen y estudio de grandísima importancia en nuestros días; de oportunísimas enseñanzas para la época actual; de más aplicacion práctica que el que hemos hecho respecto á la elocuencia griega.

De Grecia pasa á Roma la civilizacion y con ella todos los adelantos y las conquistas del hombre sobre la tierra. En la oratoria, como en todo, los griegos fueron maestros de los romanos. A Grecia acudieron, segun hemos dicho, sus primeros sábios, sus primeros filósofos y sus primeros oradores; de Grecia vinieron á Roma profesores de literatura, de arte y filosofía; en los modelos griegos estudiaron, y con la idea y el afan de igualarlos se produjo en Roma noble emulacion que dió por resultado las grandes figuras que hemos de dar á conocer en esta parte de nuestros estudios.

Roma tenía un destino sublime; Roma estaba llamada á ser lazo de union del mundo antiguo y el mundo moderno. De aquí que como elemento primordial, intuitivo, generador; como alma de su propio ser y como esencia de su sustancia, Roma tiene como ninguna otra nacion antes que ella el don de la asimilacion, la facultad de hacer suyo lo ajeno; no para conservarlo, sino para darlo; no para que en ella se estinga y muera, sino para que se dilate y difunda hasta el punto que debiendo Roma á la *unidad* el verdadero origen de su grandeza, bajo esa misma unidad cobija mas tarde á los demás pueblos, y las civilizaciones posteriores son en más ó en menos escala el resultado y el reflejo de su civilizacion y su grandeza.

Poder, gerarquías, divinidades... todo se unifica en Roma. A la ley de la fuerza, sucede la idea del derecho; á la conquista material, la conquista moral; á una legislacion consuetudinaria, una legislacion escrita y sabia.

La alianza, los privilegios de la ley quiritaria, el derecho de sufragio, el de conservar su propio go-

bierno, la diversidad de grados en el régimen municipal, la colonia marítima, latina ó romana; las prefecturas y la libertad, son los medios de que Roma se vale para hacer que su Senado sea el centro de tantas segregaciones.

Donde no es dable realizar la unidad apelan los romanos á la *conciliacion*; nueva fórmula desconocida como la anterior de los pueblos antiguos y de la que solo pudo ser autora una nacion esencial y eminentemente jurídica.

Roma se asocia en vez de repeler á los vencidos; les deja lo que no puede perjudicar á su dominacion y les dá en cambio lo que engrandeciéndolos le asegura sobre ellos un dominio indestructible, por lo mismo que no estaba basado casi nunca en la opresion y la tiranía. Como si Roma predijese que en pos de su imperio sobre la tierra habia de venir otro imperio que habia de hacer de la esclavitud moral y material de los hombres un estado escepcional, fugaz, pasajero y transitorio.

Necesario, menester es ser ciego para no ver que el mundo ha cambiado fundamentalmente desde el cristianismo acá; para desconocer y negar que las cadenas que forjara la barbarie, el capricho, la ambicion, la vanidad y el orgullo no son ya duraderas, ni lo serán jamás, porque fué, es y será Dios mismo el encargado de devolver al hombre cuantas veces la pierda su verdadera libertad, y esto por los medios únicos de merecerla y conseguirla que son la civilizacion, el progreso, el trabajo, la abnegacion y el sacrificio; cortejo inseparable de la virtud, pero arma irresistible contra la perpetuidad de toda sin razon y toda injusticia.

Hubo *esclusivismo* en la conducta de Roma con

los demas pueblos; pero un exclusivismo suavizado, modificado por razones de alta prevision y alta politica. Roma, dice confirmando nuestras anteriores apreciaciones un escritor á quien queriamos mucho. —«Roma, era el término medio entre un mundo cuya civilizacion iba á terminar, y otro mundo, cuya civilizacion habia de venir; era el puente por donde habian de pasar las ideas del mundo antiguo al mundo moderno.»

La *monarquía*, la *república* y el *imperio*, fórmulas de gobierno que luchan hace mas de diez y nueve siglos cumplen sus destinos, y en esos destinos confiados al pueblo romano van envueltos los destinos de la humanidad.

La *palabra* juega un gran papel en la gran obra de Roma; la *elocuencia* sirve poderosamente la realizacion de los destinos de aquel gran pueblo, y el *Senado* y el *Foro* son los dos ejes, sobre que descansan las sucesivas evoluciones politicas y sociales de Roma.

Ante el Senado y el pueblo se ventilan, se discuten, se tratan y deciden los problemas que los romanos estaban llamados á resolver; y por esto la oratoria que casi acaba en Grecia con Esquines y Demóstenes, renace con nuevos bríos alentada é inspirada por el génio tres veces sagrado de Roma y del Lacio.

Las disputas del *Foro* favorecen el desarrollo de la elocuencia tribunicia, las discusiones del *Senado* contribuyen á que se cultive y se cree una oratoria noble y megestuosa. Ambas se perfeccionan, una y otra se engrandecen al calor del patriotismo, del respeto á los dioses y á las instituciones antiguas, y del amor á la gloria del nombre roma-

no. Inspirados en tan levantados ideales los oradores de este gran pueblo nos ofrecen rasgos y movimientos sublimes, generosos y patéticos de que habremos de dar repetidas muestras en estos estudios.

2.º Tres grandes grupos pueden formarse de los oradores romanos correspondientes á las tres épocas en que dividirse puede la historia de la elocuencia romana en la antigüedad: 1.ª De iniciación y desarrollo; 2.ª De perfección y de progreso; 3.ª De decadencia.

A la primera época, ó sea al primer grupo, corresponden Catón, Scipión, Emiliano, Lelio, Tiberio, Cayo, Antonio, Craso, Cotta y Sulpicio.

A la segunda, ó sea el segundo grupo, César, Hortensio y Cicerón.

A la tercera, ó sea el tercer grupo, Séneca el filósofo, Quintiliano y Plinio el joven.

A la elocuencia de los escritos pertenecen Tito Libio, Salustio, Julio César, Tácito, Cornelio Nepote, Quinto Curcio y Justino.

Los excesos de la licencia retardan la perfección de la elocuencia romana; la servidumbre que la es aun mas funesta, la hace perecer.

A iguales causas idénticos efectos; ¿serán estériles despues de esto las lecciones de la historia de la palabra para la juventud que siga bondadosa el curso de estos estudios? Creemos que no.

3.º La vida pública de los antiguos contribuyó, segun dejamos indicado antes de ahora, al desarro-



llo de la oratoria en general favoreciendo al tiempo mismo el de la elocuencia *forense* en particular.

Muy distinta las existencia de aquellos tiempos á la nuestra; muy diversas nuestras costumbres á las suyas; al paso que nosotros vivimos comunmente dentro del hogar, reuniéndonos únicamente en grandes asambleas con motivo de las festividades nacionales y religiosas, los antiguos vivian de continuo en la plaza pública, en los atrios ó bajo los pórticos de sus suntuosos edificios, en el circo, en el teatro ó en el foro, escuchando de continuo, ya las arengas y declamaciones de los tribunos, ya los discursos mas sazonados, pero no por ello menos exentos de vigor y de energía, que se pronunciaban ante los tribunales.

La justicia entre los antiguos emanaba del pueblo, en su nombre se administraba, y el pueblo conocia de todas las grandes causas, ora en las *asambleas* de Atenas ó en los *comicios* de Roma. Representaban al pueblo en Grecia y Roma tribunales compuestos de numerosos jueces, á veces de mil y mil quinientos individuos, casi nunca menos de quinientos.

Fué muy vária la organizacion de los tribunales en Roma, siguiendo en esto los cambios frecuentes de la política y representándoles unas veces los patricios, otras los caballeros, otras la plebe y otras por último el Senado. Por ello el carácter distintivo de la elocuencia romana es el *forense*, como lo había sido el *político* en Grecia. En uno y otro pueblo la multitud cuando no era juez era espectadora de los grandes debates políticos ó forenses, y de aquí que los oradores tuvieran que rayar á una gran altura y valerse de todo el poder y la fecundidad del inge-

no aplicado á la palabra para mover masas en las que se hallaban representadas todas las clases, todos los intereses y todas las pasiones de la sociedad.

Ni el *juez único* de nuestro anterior precedimiento, ni el *tribunal colegiado* de pueblos que van en esto delante de nosotros es comparable á aquella organizacion, de que ni el *jurado* mismo es sino un débil reflejo allí donde se halla establecido sin las limitaciones á que han sujetado esta institucion las diversas exigencias y necesidades de los tiempos, de las costumbres y la organizacion política y civil de los pueblos que recogen de él no pocos beneficios.

A las influencias de la opinion ha sucedido en nuestros dias la inflexibilidad de los códigos, y esto ha hecho decrecer en mucho la elocuencia no nos atreveremos á decidir en absoluto si con daño ó beneficio de la justicia.

Lo que si tenemos que reconocer y confesar es que tanto el orador forense en Roma, como el orador político en Grecia, tenian ancho y dilatado horizonte, campo abierto sin límites, ni fronteras, mientras hoy nuestros oradores luchan con obstáculos insuperables que cohiben y coartan sus arranques y movimientos oratorios hasta inspirar compasion el estrecho circulo en que pueden moverse por lo comun en nuestros parlamentos y ante nuestros tribunales. Para el brillo de la elocuencia hace falta la libertad, la mas amplia libertad; perjudica esta si se convierte en licencia; pero aun asi todo el móvil el impulso generador de la palabra elocuente ha sido y será siempre la libertad.

Habia otro elemento no menos importante, la defensa era libre y eralo igualmente el derecho de

acusar; es decir que este alimentaba al primero y el primero favorecía al segundo, resultando de la combinación de ambos un impulso fuertísimo para que rayara á tanta altura como hemos de ver que rayó en Roma la elocuencia *forense*, verdadero reflejo de la civilización y de la cultura de aquel gran pueblo.

Ni los Estados, decia Ciceron, que comienzan su vida, ni los Imperios militares, han sido jamás países donde ha podido germinar y florecer la elocuencia, «Cuando Roma hubo vencido á Anibal, á Viriato, á Pirro, á Perseo de Macedonia, cuando el génio viril y magestuoso del patricio romano se puso en contacto por la conquista de Sicilia y de la Grecia con la ciencia y el arte griego, de repente surgió la elocuencia, porque el destiuo de la Grecia respecto á Roma, fué tambien el destino de Italia respecto á la Europa germánica. Grecia vencida dió sus leyes, sus artes, sus costumbres á Roma, Roma vencedora las dió á su vez al resto del mundo.»

El *procedimiento escrito* ha perjudicado á la elocuencia forense en nuestros dias, al paso que el *procedimiento oral* contribuyó en Grecia y Roma al engrandecimiento de ese mismo género de oratoria á que los griegos dañarán con las prohibiciones impuestas ante el Areopago. Los padres de la elocuencia *política* fueron, pues, los griegos; los padres de la elocuencia *forense* los romanos, y esto sin que dejarán de brillar una y otra en ambos pueblos; pero el carácter distintivo de ambas se destaca de manera que no ofrece duda alguna.

En Grecia la oratoria política se destina á todos los grandes intereses, á todos los debates públicos, á las decisiones de la paz de la guerra y á la de-

fensa de la libertad. En Roma la elocuencia forense se aplica á los intereses privados, á la defensa de las causas particulares, porque en ellas iban en-vueltos los intereses generales y los asuntos mas árduos de la pátria.

Fué privilegio de los patricios el hablar en el foro en los primeros dias de la república; lucharon mas tarde por conquistarle los pleveyos y de esta lucha surgieron nuevos elementos de vida para la palabra. Dos únicos medios se conocian de obtener los primeros puestos la espada ó la palabra, y era frecuente en Grecia y Roma reunirse ambos para el engrandecimiento de una misma personalidad.

4.º La elocuencia latina es hija por espacio de muchos años de la elocuencia griega. El idioma culto, el idioma de los sábios, de los filósofos fué el griego durante mucho tiempo, y asi no es estraño ni puede sorprender que en un principio la oratoria latina no aparezca, viniendo á ser el fruto, el resultado de la cultura intelectual y política de aquel gran pueblo

No podia consentir por largo espacio de tiempo una tutela absoluta el génio latino del génio griego. Al paso que Roma se engrandecia en poder y ganaba en libertad fué adquiriendo fisonomia propia y supo imprimir á todas las manifestaciones de su civilizacion el sello admirable de los nuevos elementos de que hemos hecho mencion.

Menos idealistas, mas prácticos los romanos que los griegos; con un gobierno robusto y fuerte; con un espíritu y una tendencia unitaria; obligando á sus magistrados terminado el tiempo de sus desti-

nos à dar cuenta ante el Senado de su administracion y de sus actos mas insignificantes durante ella, todas estas particularidades de su existencia, de su modo de ser produjeron multitud de leyes y estos y aquellos grandes debates, cuya frecuencia contribuyó poderosamente á la perfeccion y al engrandecimiento de la elocuencia, pero dándola un giro distinto y ofreciéndosenos con nuevos atributos, producto lógico de tan singulares elementos.

Entre todos los pueblos antiguos el romano es el pueblo legislador por excelencia y el culto de la ley fué para aquel gran pueblo un culto sacrosanto; ¿como no habia de surgir de un principio tan esclarecido una oratoria llena de grandes encantos y atractivos? Surgió en efecto, la *elocuencia forense* como no fué conocida, ni cultivada ni engrandecida antes; y en opinion de muchos lo ha sido despues.

La severidad, la gravedad del pueblo romano se trasmite y se refleja como era natural en su elocuencia, y esta se distingue por su mayor correccion y regularidad; muy propia de los que habian de ser señores y legisladores del mundo.

La historia de la oratoria romana está enlazada, como lo está su historia política y civil, con la historia del derecho de aquel gran pueblo, hasta el punto que no puede darse un paso en el exámen de aquella civilizacion sin estudiar sus leyes, sin conocer las causas que la produjeron, sin tener presentes los elementos que las formaron, y como esas leyes viven aun, se han perpetuado, de aqui el doble interés que tiene para nosotros y para nuestros dias el conocer la elocuencia romana con preferencia á la elocuencia griega, el idioma latino al idioma griego.

5.º Veamos el sol esplendente de Grecia y Roma sin ofuscarnos; mirémosle sin que sus vivos resplandores oscurezcan el espacio que nos cerca, y de este modo el estudio de aquellas dos civilizaciones en conjunto ó en detalle examinadas, nos será fructífero y provechoso; de lo contrario este género de trabajos no servirá para otra cosa que para hacer misantropes estériles, soñadores imposibles ó pedantes insoportables.

Abiertos cual nunca estan hoy los tesoros de la antigüedad clásica y apenas si no es desconocido elemento alguno para poder admirar y juzgar al pueblo romano; sobre todo no en *traducciones* como les basta á algunos, sino en sus originiales correptamente impresos y al alcance de las mas modestas fortunas... Vuelvan, vuelvan los gobiernos á el estudio del idioma latino y eviten y corten los males de una educacion tan imperfecta como la que se recibe por lo comun en España no por culpa del profesorado, sino de la aglomeracion de asignaturas, de la variedad de textos y programas, de métodos y planes, por el excesivo número de alumnos y ante todo y sobre todo por la falta absoluta, completa de toda disciplina escolar.

A seguir muchos años la enseñanza del idioma latino como hoy dentro de pocos años Cuyacio, Noodt, Brunneman, Voet, Vinio, Heineccio, Wiertner, Binkerrhoek, Finestres. Pichler, Duareno y otros tantos serán inentelígenes para la juventud. No: que esto no suceda para nuestro daño, cuando no hay mal más fácil de remediar y corregir que el que en estas líneas lamentamos.

El hecho de no hablarse como idioma vivo el latín en nuestros días es un hecho providencial en la historia. Los idiomas vivos se renuevan como las hojas de los árboles, decía Horacio, no así los idiomas sábios los cuales se hallan bajo la tutela de su mismo carácter y respetabilidad.

Hoy leemos á Terencio, á Fedro y á Ciceron como no se les leería si el latín no fuese el idioma de los doctos y el idioma de la Iglesia á quien se debe principalmente su conservacion sin los peligros de haberse adulterado y perdido en manos del vulgo al nacimiento de los idiomas modernos, como sin esa proteccion de nuestra buena, calumniada y santa madre hubiera sucedido.

Preguntemos con Moratin:—¿Llegará día en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad?

A despertar su aficion tienden estas nuestras modestísimas tareas; al mismo objeto consagramos durante dos años nuestras *Conferencias* en el Ateneo científico y literario de Madrid, y á obra tan meritoria, en fin, invitamos con estas páginas á los que pesando por su valer en la balanza de los destinos de nuestra patria puedan hacer lo que á nosotros no nos es dable en obsequio, en beneficio de la juventud.

## CAPÍTULO II.

VACIO QUE NOS OFRECE ROMA EN SUS PRIMEROS SIGLOS POR LO QUE HACE Á LA ELOCUENCIA.—ÉPOCAS DE ESPONTANEIDAD, DE REFLEXION Y DE ESTUDIO: NOMBRES QUE LAS RÉPRESENTAN.—ÉPOCA PRIMERA DE LA ELOCUENCIA ROMANA: CATON, SCIPION, EMILIANO, TIBERIO Y CAYO GRACO.

1.º Cerca de cinco siglos vive Roma sin historia poética y literaria.

Durante este tiempo la elocuencia propiamente dicha no ejerce influencia alguna en la suerte y los destinos de aquel gran pueblo, ó si determina algun movimiento, alguna direccion en la marcha de los sucesos, su recuerdo se pierde entre el fragor y el estruendo de los combates.

A ser posible en estos estudios y al hablar de Roma remontarnos á los primeros dias de su fundacion, es evidente que alli como en Grecia hallariamos la *palabra* como expresion natural, como acento espontáneo, libre, sin reglas, sin trabas de ningun género, de las pasiones y los afectos humanos; que aquellos rudos guerreros, aquellos generales intrépidos, aquellos caudillos de bandos opuestos y facciones rivales, *hablarían* á sus soldados para conducirles á la pelea, para enardecer y avivar sus ódios; pero ya



hemos convenido antes de ahora en que esa palabra no ha tenido nunca lugar, ni podido recogerse en las páginas de la historia.

La elocuencia como espresion mas ó menos artística del pensamiento no aparece súbita en los anales de ninguna nacion. Es necesario cierta cultura, cierto grado de civilizacion para que podamos fijar y apreciar su *origen*, no como movimiento *inconsciente*, sino como producto *reflexivo* de la voluntad.

Por otra parte, la historia no es, ni ha sido, ni será jamás un tegido de conjeturas. La historia no se inventa: la historia se *hace*, y luego se escribe, y nadie hasta Ciceron ha conservado nombre alguno, que fuera de los consignados por él, pueda tener un puesto en estos estudios.

No hubo oradores en Roma hasta que la civilizacion y la cultura griega iluminó con sus vivísimos resplandores aquella region, privilegiada desde entonces, oscura y sombría antes.

Esto podemos consignarlo sin vacilacion y sin temor alguno de ser desmentido, pues lejos de hacerse violencia á la razon y á la lógica al afirmarlo como *hecho* histórico, razonable y lógico es tambien el *vacio* que nosotros señalamos por mas que parezca á alguno sobrado extenso y por demas dilatado.

Roma no tuvo como pueblo culto representacion alguna hasta que uniéndose en admirable consorcio su génio profundo, tenaz y reflexivo, con el génio esplendente, libre y expansivo de la civilizacion griega y oriental, comienza para Roma el dia de su mision sublime y la hora de sus providenciales destinos.

Hora que señala en el cuadrante de los siglos un paso gigantesco hacia la redencion del hombre; hacia la igualdad, la fraternidad y la libertad, que Cristo habia de legar á la tierra desde el gólgota, y que solo vivir puede para ser fecunda en bienes á la sombra del madero tres veces santo de la cruz.

Roma no es un pueblo á que podemos dirigir nuestras miradas mientras se forma, se organiza, agiganta y crece; porque es fiera que ruge, incendio que abrasa, cetro que oprime, espada que hiere y mata; nunca *palabra artística* que adoctrina, que ilustra, que dirige, que enseña y guia.

Roma para nosotros, historiadores de la elocuencia, que es poesia del pensamiento, que es perfeccion del lenguaje, que es acento armónico de las pasiones y los afectos del alma; para nosotros historiadores de la oratoria, que es conquista del entendimiento y la razon ilustrada, progreso de arte, producto de juicio y de reflexion, Roma es como si no fuera; Roma no existe para nosotros interin que, campo continuo de sangrientas luchas civiles, de abances y retrocesos, de poder y de fuerza, no crea por sí, ni sabe inventar, ni ofrecernos, en fin, suyo ó ageno nada grande, nada civilizador, nada expansivo y generoso, nada fecundo, y libre.

No somos historiadores de actos vandálicos, de actos de opresion y tirania; no lo somos de éxitos fugaces y pasajeros, de arbitrariedad y de fuerza; no estamos llamados á dar cuenta de esas terribles epopeyas escritas con la punta de la espada sobre páginas de desolacion y de sangre; ni á recojer los nombres de esos héroes que han sembrado el es-terminio y el espanto en torno suyo; no. Nuestros

estudios comienzan allí donde alborea la civilización; donde se dibuja y presiente la paz; donde se anuncia la *palabra*, en fin, como elemento de *persuasion* en vez de la espada que lo es y lo será siempre de corrupcion y enmienda; de tiranía y opresion.

Seguir el curso, las vicisitudes de la *palabra artistica* en el mundo, es ver la historia de la humanidad á través de un prisma sonriente y brillante, de un prisma de oro. Cuando la palabra no existe, cuando la palabra enmudece, no os fatigúeis en vano; allí no existe, ó allí se ha estinguido la cultura y la civilización, el progreso y la libertad.

En confirmacion de esto vemos que la elocuencia no ejerció en Roma su influencia en las decisiones del Senado, ni en las del pueblo, hasta que rendidos, fatigados aquellos ilustres proceres de luchas civiles, volvieron sus miradas á las conquistas de la paz, al sosegado templo de las bellas letras, cerrado interin que el vocerío, qué el estruendo de las legiones armadas llena el espacio y atruenan los oídos.

2.º No por lo que dejamos dicho debe deducirse que antes de la época marcada por casi todos los críticos é historiadores no hubiese en Roma quien hablase en público de un modo absoluto. Lo que hay es que en nuestro sentir antes de esa época no hubo *elocuencia* en el concepto que la hemos definido y puede historiarse.

Lo que hay es que para fijar el comienzo de la *palabra artistica* es menester que el *arte*, siquiera sea de un modo imperfecto y rudimentario, se

combine en mayor ó menor grado con la naturaleza, suavice la rudeza de esta, y consienta distinguir la espresion natural del pensamiento humano, con la espresion artística de ese mismo pensamiento re-vestida de los caracteres que la hemos repetidas veces y antes de ahora señalado.

Por otra parte ¿de donde ni de quien tomar los nombres de aquellos que por acaso hicieron *uso de la palabra* en los primitivos tiempos de un pueblo, y se valieron de ella como medio, como arma de persuasion, de conquista, de progreso y civilizacion?... Los primeros filósofos, los primeros pensadores, los primeros poetas, los primeros oradores, no son por lo comun los que primero se citan y aparecen en las historias. Antes de que se designe uno han pasado muchos olvidados y desapercibidos. Hace falta cierto grado de cultura para que se tribute homenaje y se conceda estimacion á los que sobresalen del resto del vulgo y del comun de las gentes por sus talentos. La primera fórmula en todos los pueblos de privilegio, de grandeza y poderio no es la del raciocinio, sino la de la fuerza, la de la astucia, la del terror. Seres sobrenaturales por sus dotes físicas, más que por sus cualidades morales; tales son los primeros héroes de toda sociedad primitiva de todo pueblo naciente. Antes la *espada* que la *palabra*; esta ha sido la historia y lo será siempre.

Se dá el caso de unirse ambas en esta ó aquella individualidad; pero esto no constituye un punto de partida; es un suceso aislado que hasta rara vez al citarse merece la sancion de la critica, ni la fé de la historia.

La *palabra* sin interés, sin importancia, sin in-

fluencia existió en Roma, como en Grecia, como en los pueblos todos, antes de que pueda dársele el nombre de *elocuencia*. La arenga que brota de los labios de un hombre de corazón erijido en caudillo de los demás; el acento enérgico, el gesto, la mirada, la acción que se impone, que arrastra, que impulsa en instantes supremos, á las masas, á los pueblos y á los soldados; esa elocuencia es patrimonio de todas las épocas; todas las naciones la han tenido y Roma la tuvo sin duda en un alto grado á juzgar por las frases que la dedican en algunos pasajes de sus obras escritores antiguos y modernos.

El empeño de remontarse á épocas lejanas puede explicarse en los historiadores y hasta merecer disculpa en algunos, hasta cierto punto, como un acto de vanidad nacional; pero ofrece el grave inconveniente de estraviar á los que vienen después, á los que inspirándose en noticias inexactas ó exageradas dan por verdadero lo que no lo es. Cicerón cae en este defecto. En su afán de citar nombres romanos que pudieran competir con otros griegos anteriores á la dominación de Roma sobre Grecia, trae una larga lista de varones más ó menos famosos, más ó menos insignes en diversos conceptos, á quienes sin reparo alguno califica de *oradores*, cuando en nuestro humilde juicio no merecen este nombre, al menos en el verdadero concepto que les damos en estos estudios.

Hubo en Roma como en Grecia un período que no podía pasar desapercibido para nosotros; período de *espontaneidad*, al que siguen otros de cierta *reflexión y estudio*, que acusan ya algún adelanto, algún progreso, pero que no forman todavía verdadera época en la historia de la elocuencia con su-

jeccion á una crítica razonada y prudente. No hay motivo para que nos suceda hoy en el particular lo que á Ciceron en su tiempo. Ciceron escribía para los suyos y nosotros escribimos cuando no necesitan los romanos de abolengos lejanos para ocupar un puesto preeminente en los anales de la humanidad. Demos pues, á cada cosa el nombre que debe tener; no violentemos la verdad y daremos con ello prueba de un juicio recto y un espíritu imparcial.

Hemos dicho que la historia de la elocuencia romana está enlazada con la historia del derecho y la política de aquel gran pueblo, y así es en efecto. No se dibuja ni se acentua hasta despues de la primera guerra púnica; crece hasta su apojeo en la república; decae y muere con el imperio. El neo-renacimiento de la elocuencia latina se debe á la Iglesia y le representan con gloria los Stos. Padres. A la clasificacion ó division indicada preceden tiempos de rudeza, de calor, de fuego, de energia si quereis y en ello convenimos; pero apenas de arte, de estudio y reflexion: tiempos dentro de los cuales podemos colocar los personajes á quienes Ciceron califica sin salvedad alguna con el pomposo título de oradores, no obstante presentarles despues en sus juicios como imperfectos, *asperum horridum genus dicendi*.

Junio Bruto, á quien alaba el orador romano y con él otros escritores por su agudeza, por su ingenio y capacidad; Menenio y Agrippa, M. Valerio, Appio Claudio, que decidió al Senado á pactar la paz con Pino; *cujus volubilis, sed paulo fervidior erat oratio*; C. Fabricio y M. Popilio, que sabedor de un motin se revistió de sus insignias

pontificales y supo aplacar con su palabra á la multitud.

C. Cabon, y los dos Janios, L. Calpurnio Pison, que defendió muchas causas; D. Bruto; Q. Máximo Philo, por su propiedad en la dición; P. Subola, por su agudeza; Scalo y Rutilio; M. Bruto, que se dedicó especialmente á las acusaciones; el famoso jurisconsulto Q. Elio Tuberon, *fuit medicinis in dicendo doctissimus in disputando*; Currión, C. Fimbria, Q. Catulo, *perfectus eruditus*; Q. Metelo Numídico, M. Silano, Auxilio Scauro; A. Albino, C. y L. Memmios, acusadores enérgicos y como ellos Q. R. Varrón y M. Gratidio, Ceprion y otros cuya cita se haría enojosa no merecen más que esta enumeración.

Cicerón no fué franco, ni leal con los suyos, con daño en este punto de su crédito como crítico é historiador.

Hubo, pues, de pasar mucho tiempo para que la palabra tuviese en Roma la importancia que Cicerón la concede. Finje á su gusto, crea á su placer *oradores*, anticipando así la época primera de la elocuencia en Roma que comienza y, aun no de una manera propiamente dicha, en Catón y los Gracos.

### CATON (234...)

2.º Historiador, moralista, agrónomo y *orador*. *Caton* es una de las figuras más esclarecidas en la historia romana. No obstante en el terreno en que nosotros debemos juzgarle es donde se muestra menos acreedor al elogio y la contemplación de la posteridad.

Natural de Tusculo, nació, según su propio testimonio, el año 234 antes de J. C. distinguiéndose ya á los diez y siete años por su valor en la guerra contra Annibal. La educación que le dieron sus padres fué no mas que mediana, pero él se aplicó mucho; primero cultivando con afán las letras griegas y mas tarde mostrando una afición decidida por Tucydides y á Demóstenes.

No perdió nunca, apesar de los honores y distinciones que le otorgaron por sus merecimientos; la afición á los ocupaciones de la agricultura ni á la vida sencilla de los primeros años de su existencia. Se hizo célebre por su *censura*, debiéndose á su *palabra* el haberse resuelto la tercera guerra Punica. La vida de Caton fué un combate no interrumpido: la aristocracia no tuvo enemigo mas tenaz é implacable.

Caton y Ennio reasumen un siglo y son la personificación mas acentuada de las dos fases del genio romano. Tito Livio hizo de Caton un retrato notabilísimo: «Fué, dice, uno de esos talentos que sirven admirablemente para la dirección de los negocios públicos y privados. Entregábase con igual actitud á las cosas de la ciudad que á las del campo, y despues de alcanzar los honores supremos por sus vastos conocimientos en la ciencia del derecho, por su elocuencia, y su gloria militar, vivía modestamente entregado al cultivo de su modesto patrimonio. Era un genio universal, que se adaptaba á todo y en todo se distinguía y señalaba. En la guerra era grande su arrojo y su bravura, y mas de una vez dió muestras de ser un general consumado. En la paz era el mas hábil jurisconsulto, el mas buscado y querido como orador... Era no obs-



tante hombre de un espíritu rudo, de un lenguaje acerbo y cáustico; su alma se mostró invencible á las pasiones y su virtud era tan rígida que despreció con altivez las riquezas y hasta la fama, á la cual daba escasísimo valor. Económico, infatigable, intrépido, tenia el cuerpo y el alma de hierro y la vejez misma que lo destruye todo no pudo con Caton.»

Por lo que hace a su *elocuencia* ya en tiempo de Ciceron se habia olvidado completamente y nadie leia sus trabajos oratorios. Tito Livio, añade acerca de ella, que era estimada en su época; pero el silencio de otros escritores nos patentiza que lo exacto sobre este punto es lo dicho por el orador romano.

Su manera de expresarse se hizo presto anticuada é impropia por su rudeza y su enérgica naturalidad. Pareciase Caton á Sócrates; en la conversacion era grosero, satírico y hasta desvergonzado; al contrario de en sus discursos en los que se mostraba capaz de conmover y arrancar lágrimas á su auditorio. Caton, dice Pierron, es un Sócrates, sí; pero un Sócrates romano; es decir, un hombre de accion, un hombre que no sueña jamás, y que se preocupa principal y casi esclusivamente de lo que es útil y positivo.

Caton escribió sobre arte militar y otras materias, y segun el A. Andres, los antiguos le estudiaban para adquirir abundancia de palabras y rigidez y severidad en el estilo; siendo este en opinion de todos, segun dejamos dicho, áspero, y duro, no pocas veces oscuro é ininteligible especialmente en sus tratados de agricultura. Los prosistas romanos anteriores á Ciceron y á Sallustio no pueden compa-

rarse con estos; hay en todos ellos la aspereza, la rudeza propia de los tiempos en que escribieron, como la habia en todas las demás manifestaciones del genio. Caton se señala en esto sobre todos, hasta el punto de que un historiador y crítico contemporáneo dice, «para escribir y hablar como Caton, seria preciso ser Caton mismo.» Plutarco que apenas conoció al labrador de Tusculo, al soldado, al hombre de Estado, al gran capitán y al insigne ciudadano, reasume de esta manera los rasgos característicos de la elocuencia de Caton. «Era, dice, esta á veces agradable y fuerte, dulce y vehemente, festiva y austera, sentenciosa y propia para la lucha.»

Caton combatió enérgicamente las novedades griegas y contribuyó á que se prohibiesen las lecturas públicas de los trabajos de Carneades, por calificarlos de *novedad* peligrosa para la juventud. Definiendo á un orador perfecto se expresaba en estos términos: «Un hombre de bien versado y hábil en el arte de bien decir.»

Poseemos los títulos de ochenta y nueve discursos de Caton y fragmentos mas ó menos estensos de otros. No es exagerado suponer con Ciceron que compuso mas de ciento cincuenta, algunos de ellos *informes* en derecho, la mayoría oraciones políticas.

Caton tuvo un hijo, á cuya enseñanza se consagró con gran esmero, haciéndolo de tan noble ocupacion uno de los negocios mas importantes de su vida.

Su tratado titulado de *El Orador* lo compuso para su hijo, La vida humana, decia es como una espada. Servios de ella con acierto y os será útil; emplearla mal y os causara la muerte.

Los *Orígenes*, divididos en siete libros, es un trabajo histórico estimable y en él se lee el discurso por los *Rhodos* uno de sus mas afamados. La *Cabaña rústica* es un escrito precioso y contiene consejos provechosos de agricultura dignos de tenerles presentes en todos tiempos.

La juventud á pesar de las censuras de Caton contra las novedades griegas habia gustado una elocuencia á que no estaba acostumbrado y se aficionó á ella. El pueblo que no era indiferente al correpto modo de decir de los oradores que imitaban á los griegos, exigió á estos desde entonces algo mas que *accion*, que energia en el *gesto* y la *mirada*, cualidades que distinguian la elocuencia de los varones que dejamos citados y era propia de los tiempos de lucha en que se habian distinguido.

Cincuenta años de aficion del pueblo romano á la *palabra* elevan á esta á su mayor apojee y hacen que ella sea el medio mas seguro de obtener, como acontecia en Grecia, los puestos y las magistraturas de la nacion. Fuése por estos medios despertando el gusto y apareciendo lentamente el *arte* en los oradores de que sucesivamente vamos á ocuparnos.

3.º SCIPION EMILIANO, representa un movimiento, un adelanto en la palabra. Es menos duro é incorrepto que los que le anteceden y se sabe de un modo cierto que recibió lecciones de maestros griegos con fruto y aprovechamiento. Fué Scipion Emiliano un eminente jurisconsulto y se cree que debió cultivar con éxito su palabra en el Foro.

LOS GRACOS, contemporáneos de la mayoría de

los oradores antes citados, fueron *Tiberio y Cayo Graco*, verdaderos tribunos; ardientes y fogosos políticos; mas apasionados que reflexivos; representantes, en una palabra, de la pasion y del sentimiento, mas que del estudio y la reflexion. Aman-tes de la plebe, jefes de partido, entusiastas defen-sores de las leyes *agrarias*, por cuyo triunfo pe-learon sin tregua, ni descanso en el *Foro* y en los *Comicios*; hijos de Cornelia, «célebre matrona, mo-delos de madres y dechado de mujeres, dice el se-ñor Gonzalo Moron, que prefirió vivir modestamen-te en Roma, cuidar con esmero de la educacion de sus hijos y conversar con los filósofos y litera-tos de su tiempo, á llevar la corona de reina y compartir su honesto é inmaculado lecho de ho-nestisima viuda con un soberano de Oriente.»

No son, empero, todavia Tiberio y Cayo Graco *modelos*, como los califican algunos, ni represen-tantes esclarecidos de la elocuencia romana, que habia de tardar en desarrollarse, como veremos mas adelante, bajo la influencia mas decisiva aun de los modelos y las enseñanzas griegas.

No hemos de juzgar á los Gracos como políticos y hacer reflejar el entusiasmo que como tales pu-dieran inspirarnos en los elogios que les tributemos como oradores.

Esto hizo el Sr. Gonzalo Moron en el último de los notables estudios que dió á la estampa con el título de la *Espada y la Palabra*, y de aqui que nos les presente á mayor altura que hubiera podido colocar á Ciceron, si tuviesemos la suerte de poseer su juicio acerca del orador romano.

Oigamos á Plutarco respecto de estos dos ora-dores: «Tiberio, dice, tenia el rostro, la mirada y

los movimientos dulces y tranquilos: Cayo era por el contrario vivo é impetuoso. Cuando hablaban en público, el uno se mantenía en un mismo sitio en actitud reservada, mientras el otro fué el primero que introdujo entre los romanos la costumbre de pasearse en la tribuna y de echarse el manto por cima de las espaldas.»

Perteneció Tiberio, siendo muy jóven, al colegio de los augures; se educó en la milicia y las fatigas de los combates, sirviendo en Africa á las órdenes de Scipion y mas tarde tomó parte en la guerra de Numancia, contribuyendo á la salvacion del ejército romano el respecto que á los sorianos inspiraban las elevadas prendas de Tiberio.

Los Gracos *fueron elocuentes*, nosotros no hemos de negarlo; pero no fueron, repetir debemos, como quieren algunos, *tipos* modelos acabados y perfectos de la oratoria romana; su elocuencia oportunamente dice un erudito historiador, «debía acercarse mucho á la elocuencia natural, y muy poco á la elocuencia artística, que es la única capaz de ocupar un puesto en los anales de la literatura y de la historia.»

### CAPÍTULO III.

SEGUNDO GRUPO DE ORADORES PERTENECIENTES Á LA PRIMERA ÉPOCA DE LA ELOCUENCIA ROMANA: ANTONIO, CRASSO, COTTA Y SULPICIO.—JURISCONSULTOS.—SEGUNDA ÉPOCA DE LA ELOCUENCIA ROMANA: CÉSAR, M. BRUTO Y HORTENSIO.

1.º Contribuyeron eficazmente al progreso de la palabra en Roma despues de introducida la educacion oratoria, la noble emulacion de los jurisconsultos, las *Disputatio fóris*, los ejercicios públicos y el estudio de las XII tablas.

Una vez tomada la toga viril era costumbre que los jóvenes se presentasen en el *Foro* apadrinados por sus maestros, siendo para ellos y sus familias un día de jubilo inmenso en el que hacían su primera defensa ó pronunciaban su primer discurso.

Pero lo que favoreció más á la perfeccion de la palabra en Roma, no podemos dudarlo, fue el trato, el roce de sus hijos más ilustres con los filósofos y los históricos griegos que en gran número vinieron á Italia, llevando el gusto hacia las bellas letras que constituía su profesion y á los viajes al Atica. Carneades, Crisolao y Diógenes, embajadores griegos, trasladaron á Roma al germen que debía fecundar muy luego en aquel suelo privilegiado y producir en su seno opimos frutos.

Gallo fué el primero que estableció una Cátedra de retórica en lengua nacional y aunque la prohibicion de concurrir à ella vino despues, segun dejamos dicho, Ciceron afirma que no se llegó á cumplir de una manera completa y absoluta.

*Antonio* (144-88) Precedió á Crasso; pero no se distinguió en la carrera política hasta despues que él. Durante toda su vida tuvo en gran estima á este gran orador, siendo copartícipe en sus trabajos y confidente de sus pensamientos. El partido aristocrático halló en Antonio un apoyo decidido, un defensor enérgico y perseverante. A la edad de cuarenta y cuatro años obtuvo el consulado y al siguiente el título de procónsul de la Cilicia. El año 88 antes de J. C. fué proscrito por Mario. Pudo ocultarse en casa de un ciudadano amigo suyo, pero descubierto en su retiro, fué decapitado y su cabeza espuesta sobre la tribuna de las arengas, siendo esta la vez primera que se dió al pueblo tan sangriento y horrible espectáculo.

Corresponde á este insigne repúblico la gloria de haber sido uno de los primeros iniciadores de la perfeccion de la palabra en Roma. Despues de brillar en Atenas y Rodas se distingue en su pátria, tanto por su habilidad y correccion, como por la manera nueva de espresar sus pensamientos y su declamacion algun tanto sentimental. *Non enim tam proclarum est scire latine quam turpe nescire, neque tam id mihi oratores boni, quam civis romani propium videtur.*

En su cualidad de procónsul de la Cilicia tuvo ocasion de relacionarse con los griegos y bajo diferentes pretextos recibir de ellos lecciones que supo aprovechar, haciendo al regresar á su pátria que el

pueblo escuchase con aplauso sus arengas y declamaciones. Excelente gramático, pensador poco común; instruido, conocedor del derecho; de carácter severo y respetuoso, pero no por esto exento de afabilidad y agasajo; de voz dulce, de acento insinuante, de aire noble; puro, exacto y elegante, sin afectación, Antonio á figurar en un periodo histórico un poco mas propicio para la elocuencia que en el que le cupo la suerte de haber nacido hubiera sido un perfecto y acabado orador. Con el fin de evitar que se le tildase de iniciador servil de los griegos, hacia como Caton y como Ciceron mismo hizo mas tarde, alarde de una locucion natural y espontánea. Tenia una habilidad especial para colocar las pruebas, para ordenarlas y presentarlas de improviso, descartando cuidadoso las palabras de puro ornato, como si su único intento fuese el de aparecer enérgico y vehemente, cualidades que todavia estimaban sobre todas sus conciudadanos. Antonio no escribió ninguno de sus discursos. Falto de moralidad oratoria su único afan era el obtener un feliz resultado con sus trabajos, profesando la máxima absurda de que «la mision del orador forense era hacer de lo negro blanco y de lo blanco negro.» Sus clientes tenian en él un atleta incansable, artificioso y sutil, en cuanto era dable en aquel entonces. Obtuvo ruidosos triunfos, siendo uno de los mas notables el que alcanzó en favor de Manio Aquillio, á quien arrancó la túnica para mostrar al pueblo sus heridas en prueba de la injusticia con que se le acusaba de cobardia.

Ciceron admira la memoria prodigiosa y la abundancia de Antonio. Los críticos le califican del mismo modo. En las oraciones judiciales igual á Crasso,



y superior á él en la política. Sus discursos hacian una impresion profunda y duradera en el ánimo del auditorio y se conservaban y trascibian los rasgos mas notables de sus informes para no olvidarles, ni perderles de la memoria fácilmente. Se dice que compuso un tratadito sobre el *Arte oratorio* que no ha llegado hasta nosotros.

L. LICINIO CRASSO (140-91) Pertenebió á una ilustre familia de Licinia y nació en Roma el año 140 antes de J. C. ocho años despues de la muerte de Caton. A los veinte y uno hizo sus primeros ensayos como orador con grande aplauso. Luego se menciona su brillante defensa de C. Carbon hecha á los veinte y tres años y en la cual sostuvo la conveniencia de establecer una colonia en Narbona. Pasó despues al Asia con el cargo de Cuestor y con este motivo recibió lecciones del famoso retórico Metrodoro. De regreso á Roma no desaprovechó ocasion alguna en que brillar como orador. A la edad de veinte y siete años defendió á la vestal Licinia parienta suya, obteniendo su absolucion. A los treinta y cuatro años defendió la ley Servilia, discurso que segun Ciceron, fué una obra maestra. El año 95 Crasso que era cónsul á la sazón hizo una brillante defensa de Q. Cépcion, obra muy larga en sentir del orador romano como elogio y muy corta como informe.

Llevado de un celo exagerado dictó un decreto de proscripcion contra los maestros de la elocuencia, mandando cerrar las escuelas de los retóricos latinos, como, segun dejamos dicho, lo fueron en otro tiempo las de los retóricos y filósofos griegos. Inútil fué este decreto como lo habia sido el que desterró á los maestros de Atenas; aquellos y estos

continuaron ejerciendo privadamente la enseñanza de la juventud en calidad de instructores y pedagogos.

Debió arrepentirse luego de aquella resolución por mas que la dictara, como indica Ciceron, no en odio de la enseñanza oratoria, sino de los malos maestros á quienes estaba confiada. Tenianse y se reputaban Antonio y Crasso como los oráculos del Foro.

Ved como se espresa Ciceron acerca de Crasso como orador: *Erat, dice, summa gravitas, erat cum gravitate junctosfacem etiaru ut urbanitatis oratorius, non scurrilis lepos. Latine loquendi accurata, et sine molestia diligens eloquentia: in disserendo mira explicatio.* Siendo este uno de los mayores elogios que leemos en Ciceron. La elocuencia judicial con Crasso se elevó á un alto grado en Roma no menos que la elocuencia política. Ciceron y con él otros muchos criticos é historiadores, lo reconocen y confiesan así.

El informe sobre la validez de un testamento de Coponio, en que tuvo por contrario á Scévola, y el que pronunció en defensa de Cn. Plauco teniendo por competidor á M. Bruto, citados ambos por el orador romano, muestran claramente sus raras prendas para la elocuencia forense.

Sus defensas en favor de Pison, de C. Aculion y C. Sergio de las que se conservan algunos trozos carecen de importancia literaria.

De sus discursos políticos el que pronunció en favor de C. Carbon es el mas celebrado. La muerte de Crasso acaecida un año despues de su censura fué muy sentida en Roma, si bien los acontecimientos que poco despues tuvieron lugar la hicieron bien pronto olvidar.

COTTA y SULPICIO fueron en la verdadera acepción de la palabra discípulos de Crasso y Antonio; así al menos lo afirma Ciceron, no obstante que ambos eran todavía muy jóvenes cuando florecieron estos dos últimos oradores.

Cotta, de complexion delicada, es de creer que acomodase su *palabra* á las condiciones de su temperamento suavizando la diccion, mostrándose sobrio y exacto. Cotta determina de manera mas visible un adelanto, un progreso en la palabra y la elocuencia romana. Famoso orador, *qui in veniebat acute, dicebat pure et solute*, dice Pedro de Salas; de ingenio penetrante, fué el primero que logró acostumar á los romanos á encontrar deleite en una locucion atildada y en un continente tranquilo y persuasivo, mas que trágico y declamatorio.

Ciceron calificó á Sulpicio del mas patético y mas trágico de los oradores de su época. Su voz campanuda y sonora; su accion y sus movimientos quizá mas propios del teatro que del Foro; su diccion rápida é impetuosa, en la cual no habia nada de redundancia, ni de sobra, hicieron de Sulpicio un decidido competidor de Cotta ante la opinion de sus conciudadanos. A los elogios anteriores Ciceron añade que eran dignas de encomio en Cotta la fuerza de la invencion, la pureza del estilo, y la oportunidad de su accion acomodada al género de su oratoria.

Sulpicio es en cierto sentido la antitesis de su contrincante Cotta.

No habiendo llegado hasta nosotros sino contados fragmentos de algunos discursos de los oradores que llevamos citados, tanto de los que forman

el primero como el segundo grupo de la época primera de la elocuencia romana, no es de estrañar la escasez de noticias y de juicios críticos que acerca de los mismos hallamos en los autores que al efecto hemos procurado consultar.

Fiándose todos en la fé de Ciceron hablan de ellos como nosotros hemos hablado; pero bueno es no echar en olvido lo que hemos apuntado antes, y es que el orador romano se propuso alagar con sus exageradas elogios la vanidad nacional y su propia vanidad.

Hubo no obstante en el periodo histórico que comprende este y el capítulo anterior mas estro poético en Roma que génios propios para el cultivo y menos para el adelanto y la perfeccion de la elocuencia.

2.º La primera pleyade de oradores que Roma nos ofrece, si bien, como dejamos dicho, incorreptos y defectuosos, nos la suministra la *jurisprudencia*, es hija del *Foro*, y precursora natural de las grandes lumbreras de la palabra, asi como del marcadísimo carácter de la elocuencia de aquel pueblo jurídico mas bien que político, jurídico en primér término y ante todo.

No es propio de estos estudios detenernos á hacer el elogio de los varones que ilustraron con sus escritos el derecho romano tanto en el primero como, en el que podemos designar, como el segundo periodo de la primera época de la oratoria en Roma; pero no podemos escusarnos de hacerlo de aquellos que á la vez se distinguen mas ó menos como oradores.

A este número pertenecen algunos de los citados y los siguientes, Scipion Nasica, vehemente y enérgico; Junio Philo, muy apropiado; el cónsul Druso: Q. F. Labeon; Sexto Elio, *juris quidem civilio omnium peritissimus sed etiam ad dicendum paratus*; Sulpicio Galba, *qui maxime omnium nobilitum graecis litteris studuit, isque et oratorum in numero est habitus, et fuit reliquis rebus ornatus adque elegans*; P. Sicinio Crosso, Sexto Elio Cato, *juris quiaem omium peritissimus*; C. Sulpicio Galo; Lucio Paulo; Servio Fulvio; Servio Fabio Pictor, *juris litterarum et antiquitatis beneperitus*; Q. Metelo, que defendió á Cotta y Scipion Lelio elegante aunque muy dado á la antigüedad.

C. Lelio y P. Africano, Curion y Curio, Scanro, L. Capurnio Piron, P. Rotulio Rufo, Cecilio Antipater y Aquilio Galo, Q. Flamico, Messela y Q. Metelo, cuyo mérito singularismo consistia en impresionar fuertemente al pueblo por la mímica y la accion, de lo cual el acto de presentar Bruto al pueblo el cadáver ensangrentado de Lucrecia para decidirle á la espulsion de los Tarquinos es el rasgo mas saliente y el triunfo mas notable de la elocuencia del gesto, segun Beryer, *Q. Fabio Cunctatur* y *M. Cornelio Cetego*, alabado por el poeta Ennio; E. Lopide, con otros infinitos jurisconsultos cuya enumeracion se hace imposible.

3.º Casi sin pasar por la adolescencia, ni la juventud, la elocuencia romana se nos ofrece viril, fuerte, y se coloca á su mas grande altura.

Los últimos dias de la república señalan la *edad de oro* de la oratoria en Roma y la que para me-

todizar mas estos estudios designados como *segunda época* de la elocuencia en aquel gran pueblo.

César y Bruto brillan antes que Ciceron y Hortensio se disputasen una corona, tanto mas estimable cuanto que aspiraron á ganarla en lid abierta, pública y solemne.

Periodo de adelanto repentino, de progreso rápido y perfeccion absoluta; pero tambien fugaz y pasajero, y cuya personificacion parece encarnarse en un solo nombre, que oscurece y eclipsa á todos los demas, como si el génio romano en su tendencia á la *unidad* no hubiera podido dar de si mas que *un solo orador*, si bien este capaz por su grandeza de competir con los mas famosos del mundo.

En Grecia hemos asistido al desenvolvimiento lento y gradual de la palabra; en Roma ese desenvolvimiento existe; pero es apenas perceptible y apreciable para la historia. Obrán en Grecia causas diversas que influyen en Roma de igual manera en favor de la elocuencia; pero allí esas causas van dando poco á poco sus resultados, mientras que aqui le dan de una vez y en un cortísimo espacio de tiempo.

En los oradores griegos hay escala, graduacion; las cualidades que los distinguen varian y se multiplican diferenciándose en términos que la alteza de Demóstenes no rebaja ni amengua el valor relativo de los demas. En los oradores romanos esa graduacion es menos sensible no solo en el tiempo y en el espacio, sino en variedad de figuras dignas de un exámen detenido é individual.

De aqui que la materia sea menos estensa en esta segunda parte con relacion á la primera. Alli

el campo era vasto y múltiple; aquí es relativamente corto y limitado.

En la historia de Grecia pudimos llevar nuestros estudios de grado en grado y animar al lector con el interés de un progreso claro y definido. Al escribir la historia de la oratoria romana nos encontramos desde luego con el coloso de aquel gran pueblo, sin que sea dable dejar de verle, dejar de admirarle, desde el primer momento y hasta el fin.

Ciceron es altísima montaña que se alza sin igual, sin competencia en la historia de la palabra romana, y no es dable sustraerse de su presencia do quiera que se fija la vista, la mente y el pensamiento para estudiar ó escribir acerca de esta materia en el terreno histórico, crítico y doctrinal.

Pasan los autores por todos los demas nombres como con deseo de llegar, de detenerse y recrearse en el tipo perfecto, en el gran modelo de la oratoria mas severa, mas nutrida, mas grave, mas propia de la razon y del entendimiento, de la oratoria romana, en fin, en su género la primera, en su grandeza tan grande como la griega y la de cualquier otro pueblo en la edad moderna.

Hemos hecho un verdadero esfuerzo para no contaminarnos en estos estudios con el afan, con el plurito en casi todos los historiadores de llegar pronto tratándose de la elocuencia romana á la figura colosal de Ciceron acumulando sobre ella toda la luz de la crítica, de la investigacion y del trabajo, al paso que han dejado en las tinieblas un gran número de oradores dignos de especialísima mencion y estima.

¡Vano empeño el nuestro! ¿Dónde hallar lo que no existe? ¿dónde buscar lo que nos niegan los úni-

cos á quienes podriamos acudir en demanda de elementos para trazar un cuadro completo, tan completo como hubiera sido nuestro deseo y nuestra voluntad de la palabra en Roma?

### CÉSAR (100-144.)

Ved aqui un nombre que no podiamos omitir, y que no cabe recordar sin respeto. César ocupa en la historia del mundo un lugar preeminente.

Como Alejandro descubre á la humanidad horizontes desconocidos, y su obra, sin ser tan poética es en cambio mas útil y duradera. Alejandro se limita, dice Laurent, á revelar la existencia de la India, mientras César descubre las Galias, la Germania y la Inglaterra; tierras barbaras, destinadas á convertirse en el corazon de la Europa, y esparciendo las semillas de la cultura romana, hecha los fundamentos de la civilizacion moderna.

César fué á la vez que guerrero y conquistador, polemista, gramático, poeta y orador, y dada la universalidad de su génio en todo sobresalió á idéntica altura.

Discípulo de Apolonio Molon, á quien oyeron la mayoría de los varones que hemos citado, desde muy niño reveló sus grandes dotes para brillar mas tarde por las producciones de su ingénio.

Apenas contaba 21 años cuando acusó á Dolabella, y su palabra hizo en Roma una profunda impresion. Temiendo las represalias de su enemigo se retiró á Rhodas donde no permaneció ocioso, regresando con nuevos bríos un año despues, hallando en favor suyo toda entera la opinion de sus ciudadanos.



La oracion fúnebre que pronunció en honor de Julia, viuda de Mario y la defensa de su esposa Cornelia se citan como dos acontecimientos en la historia de la elocuencia romana.

Mas tarde resucitó con sus *arengas* el amortiguado partido de Mario contra Sylla, suceso que debia producir los mas grandes acontecimientos para la república, y que desviando á César de su camino, apartándole del foro, debian conducirle á la azarosa existencia de los grandes guerreros, de los grandes conquistadores. Seguirle en su dramática vida no es propio de estos estudios, si bien el recuerdo de sus mejores trabajos oratorios se enlaza con el de sus heroicas empresas, ruidosos éxitos y gloriosas campañas.

Unido por los mas estrechos vínculos de amistad á Pompeyo juntos combatieron las pretensiones de la aristocracia romana; separados despues, segun lo habia predicho Caton, su rivalidad fué la causa principal de las terribles hecatombes que tuvieron lugar en las calles de Roma y ensangrentaron, profanándoles, los mas augustos lugares de la ciudad. Genio privilegiado, de elevada alcurnia, de prodigiosa actividad, de palabra conmovedora é insinuante, que acentua y modula segun las circunstancias, fácil en sus escritos, César posee las mas grandes cualidades para ser brazo destinado á conducir á los romanos á la realizacion de sus providenciales destinos. La guerra en manos de César es mas humana que la paz en las de sus enemigos lo cual le daba derecho á usar de los privilegios del vencedor. Su moderacion, dice Montesquieu, despues de haberlo usurpado todo, no merece mas que grandes elogios.

En el mundo antiguo los ciudadanos seguian la

misma suerte que el resto de los hombres; en el mundo moderno, á que César daba principio; el esterinio debía cesar para abrir paso á la marcha y desenvolvimiento de un verdadero progreso y una sólida civilizacion.

Guerrero invencible, político consumado, inspirador de leyes sábias y de una para nosotros importantísima porque inició anchos horizontes á la elocuencia del Foro, César pasa con justicia por una de las primeras capacidades del mundo así antiguo, como moderno. Ciceron, dice de él, *Cæsar autem, rationem adhibens, consuetudinem vitiorum et corruptam puram et incorruptam consuetudinem emendat*. Con solo este elogio y el no menos expresivo de Quintiliano; *exornat tamen hoc omnia mira sermonis cujus proprie studiosus fuit elegantia*, la fama de César queda asegurada en la historia como restaurador del buen gusto y la pureza de la dición; como orador, en fin, notable por su accion noble y magestuosa y por su lucucion esmerada.

Vencida la revolucion de Catilina no estaba hecho todo. Roma necesitaba mucho más que esto; necesitaba restablecer el derecho, asegurar su conquista, estender su nombre y tal, fué la obra de César, á quien cupo la fortuna de llevar el Occidente á Oriente y asegurar así el tránsito providencial del mundo antiguo al mundo moderno, de que solo podía encargarse un pueblo como el romano y un caudillo como César. Bajo la espada de César y como resultado de su iniciativa y de su accion, Roma que carece, como hemos dicho, de literatura nacional produce de súbito y por ensalmo el *siglo de oro de su elocuencia*. César le abre y César le cierra. Durante su vida se

lleva á cabo la fusion de elementos diversos, que unidos por el influjo de su poder y de su génio, dan por resultado la perpetuidad en la historia del nombre romano.

*Marco Bruto*, descendiente de Junio Bruto, sobrino y yerno de Caton, es otro de los personajes afamados de la república romana por su elocuencia, por sus conocimientos en la filosofía griega y por el estilo de sus *Epístolas*, muy elogiado por Ciceron. Plutarco y otros críticos, entre ellos Fenelon y el Ab. Andrés. Jóven, adoptó el partido de Pompeyo apesar de que éste había dado muerte á su padre. ¡Tanta era la rigidez de sus ideas como ciudadano y su grande amor á la pátria!.. Creyó justa la causa de su enemigo personal y la abrazó sin perdonar por ello al asesino del que le había dado el ser.

Tanta abnegacion obligó á Pompeyo á deponer sus rencores, y se cuenta que al verle llegar al campamento antes de la batalla de Farsalia, se levantó de su asiento y lo abrazó.

La víspera de la famosa accion, dice Plutarco, como no le trajesen pronto su tienda, lejos de impacientarse, mientras todos dormian ó pensaban en lo que podia acaecerles, Bruto se consagró hasta muy tarde á ordenar su compendio de Polibio.

Desterrado Bruto por causa de los acontecimientos políticos se dirigió á Atenas, donde segun Plutarco, se le hizo por el pueblo el mas afectuoso recibimiento. Consagrose allí á oír al académico Teomuestro y al peripatético Crátipo, y entregado con ellos á la filosofía simulaba estar ocioso y del todo descuidado; pero procuraba en tanto las cosas de la guerra, sin llegar á inspirar la menor sospecha hasta que se le presentó ocasion propicia para el logro de sus pla-

nes. ¡Azarosa y poco envidiable es la vida de los políticos! Bruto no tuvo un solo día de reposo, y los cambios y mudanzas de su suerte fueron numerosas, sufriendolas todas resignado por amor á la patria.

Considerado como orador Bruto confirma cuantas apreciaciones dejamos hechas sobre la época en que floreció. Por sus *Cartas* se ve que su estilo, censurado por Ciceron, no era tan duro y seco como riguroso y patético; lo que hay es que Bruto se desvió como César del camino de la elocuencia para entregarse al de la política.

Fenelon califica como uno de los rasgos mas notables de la elocuencia antigua el trozo de una *Carta* escrito por Bruto á Ciceron que se halla junto con las *Epístolas* de este, y en la cual le reprende por haberse humillado á pedir perdon á Augusto. A la cual el Ab. Andrés añade, «que en realidad toda aquella carta, aunque dirigida á un amigo y escrita en términos de llana franqueza, esta redactada con verdadero fuego, con nervio, vigor y elocuencia», de donde infiere cuanto valdria su oracion al pueblo despues de la muerte del César en la que «no faltarian, prosigue, aquellos rasgos demosténicos, aquel ardor de estilo, aquella vehemencia y aquella gravedad propias de la persona del orador y de la ocasion en que se pronunciaba.» Los escritos de Bruto sobre la *virtud*, la *paciencia* y otras materias filosóficas se podian comparar, segun Ciceron, con los mejores libros de los griegos.

#### HORTENSIO (113-49.)

Cuantos nombres hemos citado antes de ahora

resultan oscuros al lado del de *Hortensio*. Por desgracia, dice A. Pierron, para nosotros Hortensio no es mas que un nombre famoso. No queda apenas nada de sus discursos, ni otra cosa que el indudable testimonio de Ciceron, sobre un varon que fué su precursor mas inmediato y su rival mas formidable.

De palabra sonora; de accion un tanto artificiosa, como la de casi todos los juriconsultos de su época; afuyente por efecto de su vasta ilustracion; de estilo elegante y esmerado; notable por la division de sus discursos y las recapitulaciones ó epílogos, en que concretaba de manera admirable los argumentos del contrario para despues refutarlos victoriosamente, Hortensio en opinion de los críticos seria el primero de los oradores romanos sino tuviese por competidor á Ciceron.

Culto, florido en sus primeros años; de génio vivo; infatigable en el trabajo; de una memoria prodigiosa y de un gusto perfecto, Hortensio alcanzó puesto y fama entre sus conciudadanos.

Semejante al rayo que deslumbra, apenas fué visto, cuando, segun Ciceron, fué admirado como una estatua de Phidias

Testigo y actor de los mas trascendentales acontecimientos de la historia romana; viviendo en una época fecunda en ruidosas causas y sucesos extraordinarios, á la edad de diez y nueve años poseia ya raros conocimientos y se distinguia por su elocuencia, hasta el extremo de ser calificado como *rey del Foro*; título que ambicionó para si Ciceron cuya gloria se elevaba á medida que decrecia la de Hortensio, sin que por esta noble rivalidad y competencia resultase enemistad entre ambos, an-

tes por el contrario ella fué origen y causa verdadera de la grande aplicacion y de los mas notables trabajos del orador romano.

Ciceron, que hace justicia al talento de Hortensio en cuantas ocasiones se ocupa de él, nos da á conocer su juventud con grandes detalles, sus glorias, sus triunfos y su carrera oratoria. Su fama y nombradia fué tan general y tan justa que ha resistido á la accion del tiempo, llegando intacta hasta nosotros, apesar de no conservarse ninguno de sus trabajos oratorios. Se dice apropósito de su prodigiosa memoria que en cierta ocasion habiendo asistido á una almoneda de objetos varios que duró todo un dia pudo referir á la noche una por una las cosas vendidas, su precio, el nombre del comprador y cuantas particularidades se habian hecho constar en el libro formado al efecto.

Gran auxiliar de la elocuencia es la memoria y á ella debió Hortensio, como otros muchos, la facilidad de meditar y escribir sus discursos pronunciándoles sin equivocarse una sola vez y de modo y manera que parecian improvisados.

Los dos famosos actores de aquella época Esopo y Roscio, el uno en lo trágico y el otro en lo cómico acudian á oírle y admiraban locos de entusiasmo la propiedad de su accion que debia ser algun tanto exagerada, pues sus enemigos políticos comparaban á Hortensio con una célebre bailarina llamada Dionysia, designándole con este nombre para rebajar su mérito y burlarse de él.

Despues que se encumbró tuvo menos esmuro y cuidado en la preparacion de sus discursos y esto esplica que su mejor época fuese en el concepto oratorio la de su juventud.

Era según las opiniones más autorizadas nimio y minucioso, amigo del fausto y la opulencia, si bien no por ello se le podía reprochar nada respecto de sus costumbres. No supo sustraerse de la corrupción natural de la época y sus discursos adolecían, según Quintiliano, de los defectos propios de aquella turbulenta y decadente república, en la cual la institución de la justicia era muchas veces en manos de los políticos mercancia á merced del mejor postor. Los jueces vendían públicamente sus votos, siendo máxima constante que ningún hombre rico podía ser condenado. Por estos medios destruyeron los romanos los fundamentos de su poder y su grandeza en la hora que así convino á los designios de la Providencia.

Hortensio acababa de ser designado para el consulado cuando aceptó la defensa del pretor Verres á quien defendía Ciceron y esta dice, «haber sido la lucha más viva que jamás había tenido que mantener con él.»

Hortensio tuvo una hija llamada Quinta Hortensia célebre por haber tomado á su cargo combatir un enorme tributo impuesto á las matronas romanas en la época del triunvirato de Antonio, Lepido y Octavio, no siendo vanos sus nobles y generosos esfuerzos en favor de tan justa causa, puesto que merced á los discursos de esta célebre matrona hubo de decretarse su abolicion.

## CAPÍTULO IV.

CICERON; CONCEPTO ALTÍSIMO QUE NOS MERECE.—  
JUICIOS COMPARATIVOS ENTRE DEMÓSTENES Y CICERON: PARCIALIDAD QUE LOS DISTINGUE.—DATOS BIOGRÁFICOS.

### CICERON (106-43.)

1.º Cuando hicimos el elogio del primero de los oradores de la Grecia dejamos correr libre la pluma á impulsos del entusiasmo y la admiracion; y en este momento, cómo que nos sentimos inclinados á revisar lo que allí digimos, ó á calcar por entero sobre lo entonces escrito, lo que en alabanza de *Ciceron* estamos obligados á consignar.

Coronas de inestimable valor ciñen el busto de Demóstenes; pero no son en menor número, ni menos estimadas las esparcidas en torno de la tumba del *orador romano*. Y es que ambos representan en su concepto mas elevado la *palabra humana*. Por fortuna para nosotros, ni puede *comparárseles* sin ofenderles, ni cabe *desigualarles* sin injusticia.

Son únicos entre todos, y únicos entre sí. No admiten rivalidad ni competencia; no admiten paragon ni semejanza. Brillan en los extensos y magníficos horizontes de la elocuencia antigua como faros



de una misma intensidad de luz, pero de colores distintos y cambiantes diversas. Los que los han contemplado aisladamente han podido ofuscarse y otorgar la palma á uno con mengua del otro, sin reperar en que, siendo diversas las manifestaciones del pensamiento, es dable una *estimacion idéntica* en el concepto crítico y literario para los que en distintos géneros han sido los maestros, los guías, los dechados de la humanidad.

De tal manera considerados el orador griego y el orador romano, no hay para qué torturar la imaginacion buscando fórmulas con que conciliar su alteza y sublimidad en la historia.

El nombre del uno no perjudica ni oscurece el del otro, ántes bien, habiendo de recordarles á un tiempo mismo, se ve que son la síntesis mas acabada de cuanto de grande nos ofrece este ramo, este concepto especial de la literatura en la anti-güedad.

Tienen Demóstenes y Ciceron puntos de contacto, ¿cómo no?... Pero fuera de que uno y otro nacen para ser oradores, de que uno y otro asombran de igual manera á sus contemporáneos y dejan huellas infinitas é imperecederas para ser la admiracion de los siglos, es evidente que su génio, producto de diversos tiempos y épocas distintas, no se nos ofrece ni se nos manifiesta de igual manera. Demóstenes aspira á una libertad imposible para el pueblo griego en vísperas de su muerte; Ciceron reclama para Roma un principio de autoridad, de poder y de fuerza que habia perdido, por que se aproximaban tambien los últimos dias de su república tiránica y absorbente. Ambos parece que hablan un mismo idioma; ambos se inspiran en

el amor á la pátria; pero el uno canta ó delira, mientras el otro razona y piensa.

Hay de Demóstenes á Ciceron y de Ciceron á Demóstenes igual distancia que se manifiesta entre la imaginacion y el pensamiento, entre el corazón y la cabeza, entre el sentimiento y la reflexion, cuando imperan aislada é independientemente en las resoluciones del hombre. Demóstenes es la última nota, el suspiro postrero de un pueblo poeta, de un pueblo soñador, de un pueblo artista: Ciceron es la primera palabra de verdad; la última fórmula de vida para una sociedad que, estando á punto de realizar sus fines providenciales en la historia, debia regenerarse, cambiarse, ó sucumbir. Uno y otro aparecen en Grecia y Roma en un momento análogo, en hora suprema para aquellos dos grandes pueblos: el uno contribuye de buena fé con sus nobles y levantados delirios á la ruina de su pátria amada, el otro no logra tampoco con sus sinceros acentos restaurar una república que, despues de revolcarse en el fango y la miseria, debia caer en brazos del imperio, victima de sus grandes errores y estravios.

Ambos necesitaban buscar para su obra un punto de apoyo, y ni uno ni otro tuvieron la fortuna de encontrarlo. «Culpemos á los tiempos; pero no á tan insignes varones.» Sus propósitos fueron igualmente patrióticos y laudables; hubo de faltárles una generacion capaz de comprenderles y de seguir sus inspiraciones.

La gran mayoria de los autores no han sabido ocuparse de Ciceron sin *compararle* con Demóstenes: procedimiento, en nuestro entender, censura-

ble y poco á propósito para juzgar con acierto, con fruto é imparcialidad al orador romano.

Diversas eran las corrientes que movieron á Demóstenes á combatir á Filipo de las que obligaron á Ciceron á militar, ora en las huestes de Sila contra Mario, ora en las de Pompeyo contra Catilina, y á vacilar mas tarde entre unas y otras ante la grandeza y la superioridad de César... En el fondo uno y otro defendian igualmente la libertad de su pátria; ambos contra la destruccion, el envilecimiento y la anarquia.

Hay en el génio, á mas de la parte divina, de lo que es don precioso del cielo, elementos humanos, producto lógico, indeclinable y á veces fatal de circunstancias accidentales, de circunstancias variables, que se reunen en un momento dado, que se personifican y encarnan en un individuo para bien de la civilizacion y del progreso; ley que se realiza en la historia de un modo visible, pero lento y seguro, como se elaboran las ideas en el cerebro, como se desarrollan en el hombre las facultades para ostentarse en un periodo de la vida en toda su fuerza y vigor.

En este sentido, hombres como Demóstenes y Ciceron no pueden compararse; son igualmente respetables como instrumentos de la Providencia cuyos destinos sublimes irradian de sus frentes y se manifiestan en sus actos, casi nunca idénticos, jamás iguales.

Grandes patriotas y liberales fueron Demóstenes y Ciceron, en la acepcion más lata que debe darse á estas palabras; porque ambos se colocaron del lado más útil para su patria. El orador griego y el orador romano quisieron á Grecia y á Roma ántes que á

todo, y por esto el uno pedía á los griegos que se armasen contra la tiranía de Filipo, mientras el otro aconsejaba á los romanos que se defendiesen de si mismos, combatiendo la demagogia y el crimen que destruía su poder y su fuerza, y cuyos jefes eran jóvenes de las primeras casas romanas; jóvenes degradados y envilecidos, como Clodio, Catilina, Crespo, Cetego y César mismo, aduladores del populacho, ávidos de recuperar una fortuna perdida por el vicio, y de rehabilitar un nombre manchado por la perversion y la licencia de sus costumbres.

Para algunos la libertad está reñida con el principio de autoridad, y de aqui que acusen sistemáticamente como enemigos de la libertad á cuantos abogan y defienden la autoridad. ¡Error funesto cuyos males hemos deplorado millares de veces en nuestros dias, y que apenas concebimos se mantenga con sinceridad y de buena fé! En sentir de los que asi piensan ó aparentan pensar, ir contra la autoridad es siempre defender la libertad; como sino fuesen tan sagrados, tan respetables los derechos de la plebe como los de las clases elevadas, cuando ocupan unas y otras en la sociedad el lugar que las corresponde, y satisfacen la mision que les está reservada. Pueblo entregado á si mismo, no lo decimos nosotros, abrid la historia y os convencereis de ello, pueblo perdido. Pueblo en que imperan los celos, las enemistades, las envidias entre los legítimos representantes de las *categorias* que constituyen la *varièdad*, y que lo mismo en lo fisico que en lo moral es base de orden y de armonia, pueblo perdido.

Adular á las muchedumbres, á las masas en

esos días de vértigo, de delirio que preceden á las grandes caídas de los pueblos, es por lo comun tarea reservada á los ambiciosos y descreídos, y no pocas veces á los miserables y á los traidores.

Decir en esas horas supremas de angustia y de dolor la verdad desnuda, y decirla con energia, sin miedos pueriles, encendiendo el sentimiento que inspira la *palabra* en la llama purísima del amor al suelo que nos vió nacer, es obra de los héroes, es obra de los inspirados, es obra de los escogidos, es obra de los santos y de los mártires.

Mártires de la libertad, mártires de la elocuencia, de la santa elocuencia, tal como la hemos definido, tal como la definen los pensadores más ilustres, tal como venimos estudiándola, fueron Demóstenes y Ciceron; no de esa elocuencia, como dice Lamartine, «que es sólo arte de hablar á los hombres en la plaza pública, sino del don, del privilegio augusto de sentir mucho, de pensar rectamente y de saberlo todo; de imaginar con esplendor, de expresar con poder y de comunicar por la palabra escrita ó hablada á los demás hombres la idea, el sentimiento, la conviccion de la verdad, la admiracion de lo grande, el gusto por lo honesto, el entusiasmo por la virtud, el sacrificio del deber, el heroismo de la patria y la fe en la inmortalidad; cosas todas que hacen el alma honrada, el corazon sensible, el espíritu justo, la razon sana, la ciencia popular, la imaginacion artista, el patriotismo ardiente, el ánimo viril, la libertad estimada, la filosofia y la religion conformes con la más alta idea de la divinidad; en una palabra, que hacen al individuo bueno, al pueblo grande y á la humanidad dichosa y feliz, virtuosa y santa.»

2.º No es el *paralelo*, no es la *comparacion* el medio más acertado de dar á conocer ni de juzgar á un personaje histórico. Casi siempre esto significa ó conduce, cuando ménos, á una gran parcialidad y á muy grandes injusticias.

Si de esto pudiéramos abrigar alguna duda, nos bastaría para desvanecerla ver el resultado que ofrecen los juicios comparativos, los juicios paralelos de Demóstenes y Ciceron.

Raro es el crítico, el historiador ó el literato que ha sabido colocarse en el justo medio. Lo mismo los que conceden la primacia á Demóstenes, que los que dan la preferencia á Ciceron, olvidan la época, el pueblo, las condiciones de lugar y de tiempo en que uno y otro ejercieron sus facultades sus dones, igualmente superiores y privilegiados; cuando no los miden por el molde de sus opiniones políticas, por sus preocupaciones de escuela y hasta por mas extraños y mas violentos fines.

Desde el griego Cecilio, que sin conocer el latin segun afirma Plutarco, se propuso desvirtuar y contradecir la fama y nombradía del orador romano; este último, que despues de criticar á Cecilo cayó en iguales defectos de parcialidad y de injusticia hácia Ciceron; Quintiliano y Longino, que son los que se muestran mas justos y desapasionados, hasta los modernos Fenelon, Swift, Hume, Rapin, La Harpe, Tirabosqui, Rousseau, La Fontaine y Villamrin, todos casi adolecen de los mismos defectos, y á vuelta de elogios y alabanzas merecidas, que recogeremos oportunamente respecto de Ciceron como lo hicimos al tratar de Demóstenes, hay

en ellos apreciaciones que no pocas veces desdican y parecen impropias del talento que les distingue, de la vasta erudición que ostentan y de sus elevadas dotes como escritores, como críticos y literatos. ¡Tan peligroso es el sistema de la comparación y del paralelo, que hace caer en el error á los hombres del mas recto juicio y mas elevada inteligencia!

Huyamos, pues, en estos estudios de toda comparación. Admiremos aisladamente á estos dos grandes héroes de la palabra, procurando utilizar de todos y de cada uno lo que pueda servirnos y servir de guía y de ejemplo á la juventud. De esta suerte, nuestros trabajos llevarán el sello de la mejor buena fé y la mas recta imparcialidad, únicos títulos con que llegarán á ser en todo caso de algun provecho y merecer la bondad de nuestros lectores.

3.º Antes de ocuparnos de Ciceron como orador, comencemos por conocer al hombre, aprovechando los datos que él mismo dejó consignados sobre su vida en muchas de sus obras, y los que debemos á sus biógrafos mas ilustres.

De cuantas vidas se han escrito de Ciceron, ninguna tan artística, tan interesante, tan dramática ni tan exacta como la de Plutarco y de los traductores de éste ninguno tan elegante, tan poético como A. Lamartine. No son solo los atinados juicios y las oportuniísimas reflexiones lo que aquilata el mérito de uno y otro trabajo; es la forma con que nos presentan, con que nos ofrecen los menores incidentes relativos á la vida del orador romano.

Nació Ciceron, segun la opinion mas acreditada, en una modesta ciudad del pais de los Wolscos,

llamada Arpino, de una familia de caballeros, el día 3 de Enero del año 646 de Roma, 106 ántes de J. C.

Helvia, su madre, fué mujer superior por su valor y su virtud, como todas las madres, dice Lamartine, en que se vacian los grandes hombres. En cuanto á su padre, todos son extremos, escribe Plutarco, pues miéntras unos afirman que se crió en un lavadero, no falta quien haga subir su origen á Tulo Acio, que reinó gloriosamente sobre los Wolscos.

Nó deja de ser curioso lo que se tiene por cosa cierta respecto de la estima que Ciceron hacía de su nombre, pues se asegura que aconsejándole sus amigos cuando pretendió las magistraturas romanas que le sustituyera por otro, contestó:—Yo sabré hacerle mas ilustre que el de los Escauros y Cátulos.—Y se añade que siendo Cuestor en Sicilia hizo á los Dioses una ofrenda de plata en la cual mandó grabar sus dos primeros nombres, y en lugar del tercero dispuso que el artífice dibujara un *garbanzo*.

Pasaba tambien en su época como cosa averiguada que su madre lo parió sin dolor y que un génio, apareciéndose á su nodriza la hizo saber que en la vida de aquel niño estribaba la salud de Roma. Pudo ser todo esto, dice Lamartine, efecto de que su mirada y su fisonomía inspiraran en el corazon de aquellas dos mujeres cierto presentimiento de lo que habia de ser despues.

Lo que hay de exacto en tales relaciones es que, escribiéndose la vida de los hombres ilustres despues de ser notoria su grandeza, no faltan nunca cuentos ó consejas mas ó menos verosímiles con



que alimentar la fantasía del pueblo y dar mayor realce entre el vulgo á los que son ídolos de su aplauso y admiracion.

No es preciso acudir hoy á este género de recursos para hacer respetable é interesante ante la posteridad el génio de Ciceron.

Helvia era evidentemente de una ilustre familia, y los abuelos y tíos de Ciceron se habian señalado por su capacidad para los cargos públicos y hasta por algunos rasgos inesperados de elocuencia en las diputaciones que los Wolscos habian enviado á Roma en épocas diversas y anteriores. Vivian, no obstante, á la sazón del nacimiento y aún durante la juventud de Ciceron, sin aspiraciones y consagrados al culto de su modesto patrimonio. No es aventurada, antes bien tiene mucho de exacta, la observacion hecha pór Lamartine de que el génio no carece por lo comun de abolengo, ni se manifiesta aislado en una familia, mostrando sus gérmenes antes de llegar á ostentarse en un fruto maduro y consumado. La naturaleza, añade, y en esto no estamos de acuerdo con el poeta ilustre, la naturaleza elabora largo tiempo sus obras en la humanidad, como sucede en el reino mineral y vegetal, y el hombre viene á ser una entidad sucesiva que simboliza y acaso contiene en una sola alma las virtudes de las almas de cien generaciones.

Ciceron, segun el retrato que de él nos hacen sus contemporáneos, y el mismo reseña en sus escritos, era alto, como conviene al que ha de dirigirse á una multitud y dominarla con su palabra. De fisonomia franca, noble, pura, correcta, y expresiva, como iluminada por la superioridad de su inteligencia; de frente ancha, nariz aguileña y muy

fina en su parte superior; de mirada firme y reconcentrada unas veces, de ordinaria segura sin provocacion; de lábios delgados y hendidos; de mejillas prominentes, macilentas por la vigilia y el estudio. Revelando en sus movimientos la calma del filósofo y en ocasiones el ardimiento del tribuno, se le veía avanzar hácia la tribuna, (*rostres*) y subir al sitio consagrado por los augures: la multitud callaba, un movimiento acentuadísimo de curiosidad é interés era la señal inequívoca de que Ciceron iba á hablar. Ninguno obtuvo en Roma un privilegio semejante, ninguno fué saludado con mayor respeto y cariño que él, cuando seguido de un numeroso cortejo de retóricos griegos, de libertos, de clientes, de ciudadanos reconocidos á los favores de su elocuencia, de discípulos y admiradores, atravesaba las calles de aquella ciudad grave y severa, monumental y artística, cuyas ruinas hemos tenido la dicha de contemplar, fingiéndonos la fantasia ver cruzar á la luz de la luna por entre columnas mutiladas y paredones derruidos la sombra de sus grandes hombres.

No puede escribirse con plena exactitud acerca de Roma sin haber visto á Roma; no puede estudiarse por entero su civilizacion sin haber ántes hecho un esfuerzo supremo, y sitio por sitio, lugar por lugar, haber reedificado con la mente aquellos restos colosales, aquellos restos soberbios, leyendo en los tiempos que pasaron, tiempos que fueron.

El imperio material del mundo se explica fácilmente siendo obra de un pueblo que construyó el Panteon, el Coliseo y las Termas; que á las líneas rectas de la arquitectura antigua supo añadir el

*arco*, símbolo de union y de enlace entre la simplicidad primitiva y el atrevimiento moderno; que echó los cimientos y trazó las vías, las plazas, los templos, los pórticos, los palacios, las maravillas, en fin, que á cada paso y de continuo brotan del suelo de Roma no bien se le remueve con un fin determinado y consciente ó con un objeto cualquiera.

Cuando en una tarde, sombría y triste por cierto, llena el alma de recuerdos dolorosos, dirigimos nuestros pasos, solos, con un libro de memorias en la mano y sintiendo todo el orgullo de nuestra noble profesion dentro del pecho, hácia el *Foro romano*, esperamos contemplar algo de la majestad de aquel augusto recinto en que había resonado la inimitable elocuencia de Ciceron. Conforme nos acercábamos al lugar objeto de nuestra curiosidad y nuestro interés, sorprendíanos la falta de indicios, de señales que nos rovelasen su presencia, y temíamos no haber comprendido bien el itinerario que se nos habia indicado para encontrarlo. Cuando llegamos á dominar desde el *Tabularium* la prision Marmertina, el templo de la Concordia, el de Vespasiano, el pórtico de *Dii consentes*, el arco de Séptimo Severo, los Rostres, el templo de Saturno, la basílica Julia, el arco de Fabio, el templo de Antonio y de Faustina, la basílica Emiliana, la de Paulo y los pequeños templos de Juno, aglomeracion informe de monumentos de épocas diversas, y preguntamos por el *Foro romano*, nuestra alma sintió una pesadumbre grandísima... ¡el *Foro romano* ha desaparecido, el *Foro romano* no existe..!

El sitio donde resonó potente y majestuosa la voz de Ciceron ha sido durante muchos siglos lu-

gar de escombros y de inmundicias, vertedero público de la ciudad. Hoy es mercado de caballerías y bueyes.

!Ah! ¡maldita, mil veces maldita la ceguera y la barbarie humana! esclamamos. ¿Hasta cuándo las dóciles y fanáticas muchedumbres, dirigidas por hombres sin corazón y sin conciencia, han de ser instrumentos de sangre, de exterminio y de muerte? ¿Hasta cuándo la obra del hombre no ha de ser sagrada para el hombre? ¿Hasta cuándo lo que representa el trabajo, las fatigas, los adelantos y los progresos de los siglos no ha de ser respetado?

En nombre de las cosas más santas se ha llevado la destrucción á todas partes; en nombre de la libertad, de la religión, en nombre de Dios mismo, se han llenado de escombros lugares donde reinara un día el arte, la alegría, la caridad y la virtud.

Roma, está llena de ruinas, y esas ruinas representan la ceguera de millares de generaciones. La Europa moderna está llena de escombros, y esos escombros representan de igual manera la ignorancia, el rencor y la barbarie.

Los pueblos antiguos tenían disculpa; los pueblos iluminados por la luz del Evangelio no la tienen. De gran número de monumentos romanos no queda otra cosa que columnas y basamentos mutilados. Lo que la mano de los Papas no ha conservado ó restaurado; lo que no ha arrancado á fuerza de oro á las entrañas de la tierra, no existe.

¿Los actuales señores de Roma encontrarán recursos para poder hacer, aunque quieran y lo deseen, lo que solo con el auxilio del orbe católico ha podido hacerse hasta hoy?.. Dejemos al juicio de

nuestros lectores la contestacion á esta pregunta, y prosigamos nuestra tarea.

Segun Lamartine, no pueden reprocharse á Ciceron mas que dos cosas; la vanagloria de si mismo, y las indecisiones de los últimos dias de su vida hacia los tiranos de su pátria. El gran poeta francés, al apreciar tales cosas como defectos obedecia seguramente á las exigencias de sus compromisos politicos, olvidaba algo que debia saber: olvidaba que el amor propio es consecuencia casi forzosa y disculpable del mérito personal, condicion inherente á la frágil naturaleza humana. Las grandes figuras históricas, los grandes personajes de las naciones, ántes y despues del cristianismo, no se diferencian un ápice en cuanto al amor de si mismos. Por esto no hay ni puede haber comparacion posible entre los héroes de la religion y los héroes de la tierra. Ciceron pertenece á estos últimos; la contemplacion de si mismo es, pues, una consecuencia natural de la índole, del carácter y de la naturaleza de su celebridad. \*

En cuanto á sus vacilaciones con los tiranos de su pátria, es esta acusacion inmerecida por lo que hace á Ciceron. Ciceron no fué adulator de la tiranía, ni vaciló, como se deduce de las palabras de Lamartine, entre ella y la libertad; defendió esta última combatiendo á los enemigos mas implacables que ha tenido y tendrá siempre; los que poniéndola falsamente en boca de continuo, no la rinden nunca culto dentro de su alma y su corazon.

La educacion de Ciceron fué muy á propósito para desarrollar sus múltiples y privilegiadas aptitudes. Cuando en nuestros dias se da el caso de que un filósofo se muestre hábil político, un ma-

gistrado poeta inspirado, un matemático autor dramático de poderoso ingenio, se protesta en multitud de tonos contra la osadía del que de tal manera traspasa los límites de su facultad ó profesion. En Grecia y Roma, al contrario de lo que sucede hoy, la enseñanza era un verdadero gimnasio en el que no se ponía límite alguno á las disposiciones intelectuales de la juventud. Se enseñaba gramática, retórica, poética, oratoria, filosofía, historia, legislación, bellas artes, ciencias naturales, medicina... y abiertas las cátedras á cuantos concurrían á ellas, á ninguno se le expedía certificado de aptitud ni competencia.

Cada cual sobresalía en lo que constituía sus aficiones, y si alguno lo abarcaba todo con su privilegiado talento, esto no inquietaba ni mortificaba á los demas. No pedimos nosotros que se dé á la enseñanza hoy ese carácter, ni que se supriman las facultades ni los títulos académicos; pero consignamos un hecho que dió por resultado la grande altura á que se elevaron algunos hombres en la antigüedad.

Fueron maestros de Ciceron los mas afamados de su época; aprendió en las letras griegas, como nos sucede á nosotros hoy con los modelos latinos, lo tradicional del ingenio humano, y en las letras latinas los elementos del génio romano; distinguiéndose tanto desde sus primeros años, afirma Plutarco, que sus condiscípulos le titulaban rey de los escolares.

Los primeros trabajos literarios que hizo públicos Ciceron fueron algunos *poemas* muy celebrados en su tiempo, y de los cuales sólo quedan algunos fragmentos.

«La poesía, dice Lamartine, esa flor del alma, es la primera muestra del talento de Ciceron. Sueño primaveral de las grandes existencias, contiene en sombras todas las realidades futuras de la vida; reasume en imágenes todas las cosas, ántes de conocer las cosas mismas. La poesía es el preludio de los pensamientos y el presentimiento de la accion. Las naturalezas ricas, como César, Ciceron, Bruto, Solon, Platon, comienzan por la imaginacion y la poesía... Ciceron fué tan superior orador porque fué poeta..»

Plutarco asegura que su fama de poeta igualaba á la que tenia como orador. «Reasumiendo cuanto había sido pensado, cantado ó dicho de más bello, añade Lamartine, ántes que él en la tierra, logra formarse un tesoro inagotable de verdades, de ejemplos, de imágenes, de elocuencia, de perfeccion moral y cívica, que supo acrecentar y apurar durante su vida, para gloria de su patria y para su propia gloria; inmortalidad terrena en que los hombres de entonces hacian consistir sus merecimientos y su virtud.»

La primera defensa de que Ciceron se hizo cargo despues de haber tomado la toga viril, fué la de Roscio, hijo de un proscrito, á quien un liberto de Sila compró sus bienes en una cantidad insignificante, y habiéndolo así hecho entender públicamente Sila para vengarse le acusó de parricida. El triunfo más completo coronó su arrojo, y su palabra distinguióse, segun Plutarco, por su voz de excelente timbre y por su decir elocuente y apasionado.

Fuese por temor á la venganza de Sila ó porque el estudio y las fatigas del bufete quebrantasen su

salud, hizo poco despues un viaje á Grecia, donde fué recibido segun merecia su fama. Aplicóse de nuevo á la elocuencia, oyendo los consejos de Antioco Ascalonita y de otros célebres retóricos.

Muerto Sila, regresó á Roma, habiendo ántes visitado el Asia y á Rodas, donde escuchó con fruto á Jenocles de Atramicio, á Dionisio de Magnesia, á Menipo de Caria, á Apolonio Molon y al filósofo Posidonio. No pudo excusarse ni tuvo mas remedio desde entonces, á pesar suyo, que consagrarse á la *palabra*, movido por los ruegos de sus amigos y admiradores, y muy luego pretender y aceptar los cargos públicos y las magistraturas mas elevadas. Publicó, entre tanto, obras sobre la retórica y el arte oratorio, que muestran la universalidad de sus conocimientos.

Elegido Cuestor, magistratura que daba ascenso al Senado, se le confió el gobierno de la Sicilia, en donde logró hacerse querer con delirio. En sus provechosas y frecuentes excursiones científicas halló la tumba de Arquímedes, haciendo restaurar á su costa el monumento en que reposaban sus cenizas. Cumplido el tiempo de la cuestura, casó con Terensia; compró una casa cerca del Foro, que abria á todo cuanto encerraba de notable la ciudad; y ofreciendo gratuitamente su elocuencia á cuantos de ella habian menester, enriqueciendo de continuo su ya famosa biblioteca y pasando largas temporadas en su casa paterna, en Arpino, en Cunes, en las poéticas orillas del mar de Nápoles, en Túsculo y al pié de las colinas de Alba. Ciceron vió deslizar los años mas felices de su existencia, «contando, añade con su inimitable estilo Lamartine, sus horas como un avaro cuenta el oro; dando unas á la



elocuencia, otras á la poesía; estas á la filosofía, aquellas al entretenimiento con sus amigos; algunas al paseo bajo los árboles que él había plantado y entre las estátuas que él había recogido; otras á la comida, pocas al sueño, no perdiendo ninguna para el trabajo; acostándose con el sol, y levantándose ántes del alba para mejor recoger su pensamiento en toda su fuerza y vigor.»

Tenia por entonces Ciceron unos cuarenta y dos años, y su salud se había restablecido por completo. Seis años despues fué elegido Edil por el pueblo, reunido en tribus, y contra la costumbre de los demas, no adornó su casa con las estátuas de sus antepasados. Fué este un rasgo de modestia ó de noble orgullo en quien no queria deber á otros lo que tenia el convencimiento de conseguir por sí. Durante esta época de su vida fué cuando compuso sus famosas arengas *contra Verres*. Dos años mas tarde solicitó y obtuvo la Pretura, Pompeyo fué dictador, y Ciceron su alma y su consejo.

Colocados en la pendiente de la vida pública no es fácil retroceder. Ciceron, que no había hablado hasta entonces mas que ante los tribunales y ante el Senado, vióse precisado, vióse arrastrado á subir á la tribuna de las arengas y á encargarse de patrocinar ante el pueblo los altos intereses de la república. La defensa de Pompeyo fué el tema escogido para su primer discurso político, y esto le valió la enemistad de Antonio y la de Catilina, pretor á la sazón como él y ávido del consulado, cuyo cargo le disputa y alcanza Ciceron. Trabándose desde entónces guerra á muerte entre los elementos mas disolventes y revolucionarios de Roma y el célebre orador; pero Ciceron tiene el

valor de los héroes, y acepta sin vacilar los penosísimos deberes que le imponía la nombradía de su elocuencia y el influjo de su palabra, colocándola al servicio de la pátria.

«El consulado de Ciceron concluyó con el terror de los facciosos y la estimacion de los buenos ciudadanos;» confesion preciosa debida á Lamartine, y que consignamos en elogio del orador romano, porque ella no puede parecer sospechosa á los que de buena fe no creen posible que la tiranía provenga de los excesos de la libertad con tanta ó más facilidad acaso que de las arbitrariedades de la autoridad y del poder.

Proclamóse por entonces á Ciceron *Padre de la pátria*, y se le levantaron estatuas en las ciudades de Italia como si fuese un Dios.

En la cumbre de las grandezas de la tierra es donde está el mayor peligro para los que las alcanzan, aunque sea por su verdadero mérito y valor. La envidia es el arma que esgrimen los miserables, y los emponzoñados dardos de la envidia encuentran eco bien pronto en los pueblos degradados. Cuando contemplamos la situacion de Roma en la época del apogeo de Ciceron, nos sentimos entristecer viendo las analogías que con nuestros dias tienen aquellos dias y muchos de sus hombres con otros á quienes sin duda por uno ú otro modo debemos los males que nos afligen. ¿Seria posible hoy que una voz honrada como la de Ciceron acabara para siempre con las desdichas de la pátria? ¿No hemos oido mas de una vez voces honradas perdidas en el vacío, estériles é infecundas para el bien, para la union y la armonia, para la paz y el sosiego de España?

Tres partidos bastaron en Roma para la ruina de la libertad y con ella para la ruina de la república. ¡Cuántos fraccionan hoy á nuestros hombres públicos y tienen en division funesta las ciudades, las villas, los pueblos y las aldeas mas pobres y miserables!

Pompeyo representaba el primero y mas poderoso, querido del Senado y del ejército, y cuyo sosten eran Caton y Ciceron; Clodio capitaneaba el segundo, halagando los peores instintos de la plebe y la codicia de sus tribunos; César el tercero, rival y émulo de Pompeyo, y cuyo objetivo único, bajo las apariencias mas democráticas, era la dictadura del sable y la imposicion absoluta de su voluntad. Véase, prosigue Lamartine, cuáles eran en Roma, en el momento en que Ciceron alcanzaba el poder, los fermentos y los factores del disgusto, del trastorno y la perturbacion. El jefe momentáneamente reconocido de todas facciones coaligadas para la ruina de la República, si es que la anarquía puede tener un jefe, era Catilina, hombre de sangre ilustre, de temple varonil, de una ambicion y de una audacia pertinaz, de esas que el pueblo toma equivocado casi siempre por grandeza del alma; de una gran celebridad militar, única cualidad que no puede disputársele; de una de esas facundias depravadas que saben hacer hervir los vicios en las fibras corrompidas del corazon humano; sospechoso, si no convicto, de muerte de un hermano, de asesinatos en la vía Apia, de envenenamientos secretos, de licencias casi tan infames como los anteriores crímenes; envanecido hasta la insolencia de su nacimiento; fuerte por su popularidad, pronto en la venganza, y en fin, escudado por medio de secretas

coaliciones con César, Clodio, Creso y otros senadores, lo estaba tambien, para que un cierto crédito cubriese su dudoso renombre, para que ninguno osase reprocharle en público los delitos de que muchos le acusaban en secreto. Catilina era tambien, segun dejamos dicho, pretor y habia fijado su ambicion en el consulado. Apénas se vió defraudado en sus esperanzas por el triunfo del grande orador, cuando meditó derribar lo que no habia podido conquistar, asesinar al cónsul, proscribir una parte del Senado, llamar los soldados licenciados, los proletarios, los esclavos al asalto de Roma, y hacer nacer en esa conflagracion de todas las cosas á que son muy dados en todos tiempos los ambiciosos de su temple, una ocasion de desquite y una *dictadura criminal para él y para sus cómplices*. Si el mismo César no estaba con él, era al menos un confidente mudo y quizá impaciente del éxito de la conspiracion.

Al ruido inmenso de un plan tan vasto del que solo las cabezas estaban ocultas, pero cuyos miembros descubrian en todas partes su existencia, Ciceron reune el Senado y requiere á Catilina á confesar ó á negar su crimen.

— ¡Mi crimen! responde insolente el faccioso. ¿Es acaso un crimen querer dar una cabeza al poder decapitado de la multitud, cuando el Senado, que es la cabeza del gobierno, no tiene cuerpo y no puede nada por la patria?

Pronunciadas estas arrogantes palabras, Catilina sale, y el Senado, asombrado de tanta audacia, se apresura á dar la dictadura temporal á Ciceron para salvar á Roma. Catilina no se duerme despues de una tan franca declaracion de guerra á su

pátria; envía á Manlio, uno de sus cómplices, quien manda un cuerpo de veteranos en Toscana, la órden de sublevar á sus soldados y de venir sobre Roma. A cada uno de los conjurados les señala un barrio de la ciudad y les designa la hora en que deben reunir al pueblo y dirigir el movimiento. Las armas, las antorchas están dispuestas, señalados los edificios, contadas las víctimas... Ciceron es la primera. En la sangre de su primer ciudadano debian los malvados sepultar las antiguas leyes de Roma. Una mujer ilustre, querida de uno de los jóvenes patricios asociados al complot, corre por la noche á advertir á Ciceron para que cierre al amanecer del dia siguiente su casa á los sicarios. Se presentan en efecto, armados en la puerta del cónsul, de quien tenian prometida la cabeza; pero la encuentran guardada por un puñado de buenos ciudadanos.

Viviendo Ciceron, la ciudad tiene un centro, las leyes una mano, la pátria una voz, el Senado un guia. El resto de la conjuracion es aplazada. Ciceron no cede por esto en vigilancia.

Convoca al Senado á la primera hora del dia en el templo fortificado de Júpiter *Stator* ó conservador de Roma. Catilina osa presentarse allí, convencido de que la falta de pruebas contra él atestiguará su inocencia, ó que la audacia intimidará al cónsul. A su entrada en el Senado, todos los senadores se separan de Catilina, como para preservarse del contagio ó de sospecha de toda criminalidad. El horror ante la ley hace el vacío alrededor del conspirador. Ciceron, indignado, pero no intimidado, se levanta y dirige al enemigo público el terrible y elocuente apóstrofe de todos conocido y admirado.

Nadie se atreve en Roma á defender á Catilina.  
La pátria se salva por Ciceron.

## CAPÍTULO V.

ELOCUENCIA CINCERONIANA.—CICERON ORADOR FOR-  
RENSE.—ESTUDIOS CRÍTICOS Y APRECIACIONES.

1.º Ciceron se nos ofrece grande en todas las manifestaciones de su talento.

Grande como poeta, como filósofo, como escritor, como ciudadano, como hombre de gobierno y de acción; pero el soberbio pedestal de su fama lo constituye su mérito como orador.

Su elocuencia eclipsa sus otras dotes; su palabra oscurece sus demás merecimientos.

Por esto para abarcar su grandeza basta medirla por el éxito de sus discursos; para comprenderla en toda su estension considerarla bajo el punto de vista especial de estos estudios.

«Su alma, dice Lamartine, fué por mucho tiempo el hogar del mundo y su voz el eco del universo.»

Juicio el mas concreto, el mas conciso, y á la vez el mas expresivo que puede hacerse de la verdadera significacion del orador romano.

Calor y vida de la civilizacion y la cultura de un gran pueblo; acento inspirado en los mas puros sentimientos y las ideas mas levantadas y generosas.

Ciceron es un nuevo y gran prodigio en el curso

de nuestro libro. Su reputacion no cabe empero dentro de los limites pobres y desautorizados de nuestro humilde elogio.

Podremos admirarle, pero nos sentimos débiles ó impotentes para cantar dignamente su memoria.

Su palabra, al igual que la de Demóstenes, más parece palabra de *genio* que palabra de hombre; y en sus lábios residen, en sentir de un antiguo escritor, las divinas gracias y la diosa de la persuasion.

Ciceron, en efecto, «hermosea cuanto toca,» «engrandece el habla humana,» y «aunque se ve que aspira á los primeros puestos, su ambicion no merece censura en quien supo conquistar, en quien supo merecer el título de *Padre de su patria.*»

*Roma patrem patrie Ciceronem libera dixit.*

La dificultad para M. Tulio estaba en colocarse á la altura de las circunstancias en que vino al mundo. Nunca el idioma latino alcanzó mayor perfeccion; nunca el pueblo se mostró en Roma tan idólatra de la elocuencia, ni jamás los acontecimientos exigieron mayores dotes para ser orador.

Ciceron no sólo responde á todas estas exigencias, sino que sabe traspasar los limites del esfuerzo humano, elevándose sobre el nivel de su siglo y de su pueblo. Julio César escribe: «Así como el genio romano es superior á sus conquistas, la gloria de Ciceron, como orador, es superior á la que logran los más famosos generales con sus victorias.»

Despues de leer sus discursos, no puede decirse cuál es mejor. En todos y cada uno de ellos pone en práctica los sábios preceptos que consigna en sus obras de retórica.

Concretemos: Ciceron poseía todas las cualidades, las dotes todas que han constituido y constituirán en todos tiempos las necesarias á un orador: talento, memoria, estudio, erudicion, constancia, conocimiento del idioma, de la historia y la legislacion, de las costumbres, de las necesidades de sus contemporáneos; y á mas de esto, esa intuicion secreta, misteriosa, de todo lo grande, de todo lo bello, de todo lo bueno, que es como el principal agente de los grandes hombres llamados á figurar en primera linea en los fastos de la estirpe humana.

Sus diversas actitudes, áun bajo el punto de vista de la elocuencia, han tenido que fraccionarse para poder ser juzgadas con acierto y debida detencion.

Ciceron, como *orador forense*, como *orador político* y como *escritor didáctico*, no puede abarcarse en conjunto; es menester contemplar por separado cada una de estas manifestaciones de su génio oratorio para apreciarlas debidamente. Como *poeta*, como *filósofo*, como *hombre de Estado*, como *gobernante*, no entra sino muy someramente en la índole y el carácter de estos estudios.

Sus discursos revelan el mas perfecto conocimiento del arte, no del arte frio, sutil, artificioso que han supuesto algunos de sus émulos y apasionados censores, sino del arte hábilmente hermanado con la naturaleza.

Habiéndose dado á conocer despues de Caton, de los Gracos, de Lelio, de Bruto, de Julio César y de Hortensio, supera á todos ellos. Viniendo despues de la universal y justa nombradia de Lysias, Sócrates, Esquines y Demóstenes, se muestra, no como discípulo, dice Plutarco, sino como rival de



tan esclarecidos maestros; y toma de todos ellos, segun el Ab. Andrés, la fuerza, la delicadeza, la abundancia y las cualidades que los distinguen y señalan en el concepto crítico y doctrinal. Y no sólo hace suyos los relevantes merecimientos de sus antepasados y de sus contemporáneos, sino que mas que imitacion ó traslado, llegan á convertirse en él en obras de su propio ingenio. «Ciceron no recogió, dice Quintiliano, las aguas llovedizas, sino que halló en si mismo un manantial fecundo; manantial de agua viva que corre perpétuo y abundante durante su vida y en las múltiples y variadas manifestaciones de su existencia.»

Dícese que habiendo consultado al oráculo de Delphos, éste le contestó:—Sigue siempre tus propias inspiraciones, en vez de la opinion de la multitud; máxima profunda que no deben olvidar nunca los hombres honrados, sobre todo en dias de lucha y perturbacion, en tiempos revolucionarios.

Llamábante muchos el orador *nuevo*, y no solo como *nuevo*, sino como *único*, se nos ofrece en la historia de la elocuencia. Sonoro y armónico, rico en periodos cadenciosos y expresiones magníficas; natural y sublime á un tiempo mismo; tipo de buen decir, segun Aulo Gelio, Ciceron sabe aprovechar en sus composiciones oratorias la moral, la filosofia, la historia, el derecho, la jurisprudencia, la razon y el sentimiento; el alma, la cabeza y el corazon.

Muéstrase siempre claro, metódico, lógico, artístico; sus trabajos oratorios no tienen descuidos, y lejos de ser monótonos, revelan siempre la mas grata espontaneidad. Y todas estas cualidades eran en él producto de la multiplicidad, de la variedad,

de la universalidad de sus talentos y naturales disposiciones.

No hay nunca en Ciceron violencia ni fuerza; nada, en fin, que oprima, que fatigue, que canse y moleste al lector. Se comienza una de sus oraciones y no se puede abandonar hasta su conclusion. Tal era la habilidad con que pintaba, con que describía, con que sentía y hacia sentir á sus oyentes, que éstos le seguian, le acosaban y se oponian á su paso colmándole de continuos obsequios y distinciones,

Sus mismos enemigos le aplauden y escriben páginas enteras en su elogio. Uno de los interlocutores de la saturnales de Macrobio dice: *conviciis impenetrabilis est.*

«La florida belleza, la rica abundancia y la acentuada variedad de las oraciones de Ciceron pueden formar ciertamente las delicias de todas las edades, escribe el Ab. Andrés. En los *exordios*, añade, no le encuentro competidor; jamás repite en ellos unas mismas ideas, sino que siempre son diversas, deduciéndose lógica y naturalmente de la causa misma, y predisponiendo maravillosamente el camino de la oracion. Las *narraciones* son asimismo inimitables y superiores á las de los griegos. La destreza en evitar el ódio, y ganarse el afecto y la benevolencia de los oyentes; la maestría en manejar los ánimos; la finura en convertir á su intento todas las cosas, y todo lo que es artificio oratorio, se encuentra como en ninguno y con notable ventaja en Ciceron. La suavidad y la delicadeza de los pensamientos; la grandeza y noble magnificencia de las expresiones, de que oportunamente se vale; las gentiles y graciosas maneras con que ridiculiza

lo que quiere; la variedad y vivacidad de los colores, de que se sirve para presentar á uno odioso y á otro despreciable; el arte de excitar los afectos, sujetar los corazones y disponer á su arbitrio del ánimo de los oyentes, son prendas comunes á todos sus discursos.»

A este elogio añadir podemos el siguiente, que se asemeja mucho al de Lamartine: «Invencion en los argumentos, encadenamiento en los hechos, elevacion en las ideas, fuerza de raciocinio y armonia en las palabras, novedad y esplendor en las imágenes, conviccion de espíritu, patética del corazon, gracia é insinuacion en los *exordios*, fuerza y eficacia en las *peroraciones*, belleza de la *diccion*, magestad en la persona, dignidad en el *gesto*, todo lleva en pocos años al jóven Ciceron al apogeo del arte y de la celebridad. Sus discursos, preparados en el silencio de sus vigiliass, anotados y escritos con calma, corregidos, escritos de nuevo y vueltos á corregir, comparados con los modelos de la elocuencia griega, aprendidos párrafo por párrafo, en el baño, en los jardines y en los paseos de las cercanias de Roma, recitados delante de sus amigos, sometidos á la critica de sus émulos ó de sus maestros, pronunciados en público sobre el tono dado por diapasones apostados en la muchedumbre, enriquecidos de esas inspiraciones súbitas que aumentan la maravilla de lo imprevisto y el fuego de la improvisacion á la seguridad y á la solidez de la palabra reflexionada, eran *acontecimientos* en Roma; y revisados y publicados por el orador son aun acontecimientos para la posteridad.»

Bruto y Cestio que lo acusan de *hinchado* y re-

*dundante, de asidtico, repetidor, frio en las sales, débil é inconstante*, hablan con pasion de escuela y han arrastrado en pos de sí multitud de espíritus sobradamente rígidos y descontentadizos. Lo comun ha sido para censurar á Ciceron y á otros oradores que la crítica se haya fijado en trozos, en períodos de este ó el otro discurso, pero obrando así no es como debe apreciarse y juzgarse la *elocuencia cicero-niana*. Descender al exámen de discurso por discurso, de trozo por trozo, de pasaje por pasaje, no es tarea propia de un historiador, ni áun de un crítico, sino á lo sumo de un gramático. Fuera de que ni áun admitiendo ese procedimiento desmerece un punto la justa nombradía de Ciceron, ni su mérito esclarecido.

Ciceron es grande á despecho de sus émulos y sistemáticos censores; es grande á los ojos de la humanidad entera que le ha otorgado y le otorga un puesto preeminente y le conceptúa una lumbrera de los siglos pasados, de las edades presentes y las generaciones futuras. Sus defectos al lado de su belleza son nada.

La *falta de argumentacion para rebatir al contrario*, de que le acusa Quintiliano; el *abuso de los adornos*, porque le censura Plutarco; el *demasiado empeño en ser elocuente*, que le encuentra Fenelon, y el *excesivo amor de si mismo*, que le atribuye Keller, son lunares que sólo se ven en este ó el otro sitio, pero que no siendo comunes, ni aun generales en sus trabajos oratorios, solo pueden estimarse por una crítica severa é implacable.

En cambio de esto, leer á Ciceron sin experimentar las sensaciones que le dominan, sin sentir los afectos en que se enciende, sin verse subyugado

bajo la mágia y el encanto de su palabra, sin experimentar, en fin, la fuerza y el poder de su elocuencia, es imposible en quien tenga algo de entusiasmo en el alma y de ardimiento en el corazón. Los personajes que deprime, los varones que ensalza, las causas que defiende, las resoluciones que aconseja, los vicios que combate, las virtudes que pondera, los hechos que refiere, todo toma formas visibles, formas tangibles y admirables en Cicerón.

No parece que habla ó escribe, que pinta ó relata, sino que *modela* ó *ejecuta* con sus manos cuanto sale de su boca y produce su brillante ingenio.

2.º ¡Cicerón!.. nombre augusto; nombre que los abogados no podemos ménos de pronunciar con orgullo; nombre que encierra, que encarna y sintetiza en todo su esplendor la *elocuencia forense*, la palabra artística ante los tribunales; esa santa elocuencia cuyos objetos son la justicia y la inocencia, cuya desaparición del templo de las leyes significaría la ruina de la dignidad, de la independencia, del decoro y la libertad humana.

Leyendo y admirando á Cicerón es como se comprende cuan necesaria es la *palabra* en los debates forenses. ¡Ah! no lo dudeis; sin ella la razón y la inocencia, la verdad y la justicia carecían de un poderoso amparo y de un sosten precioso ante aquellos en quienes la sociedad deposita la terrible á la vez que sacrosanta facultad de dictar un fallo civil ó una sentencia criminal.

Llenos de sinceridad y buena fé, pedimos la *publicidad*, la mayor publicidad posible en los procedimientos civiles y criminales.

Justicia con grandes preeminencias sociales,

ejercida con respetabilidad y decoro, defendida y recompensada ámpliamente; sin atributos ni facultades ocultas y misteriosas; sin fórmulas sibilíticas, sin nada que la haga terrible y tenebrosa. Justicia incólume é intachable, en manos expertas y honradas, serena y tranquila ante los cambios de la opinion y las turbulencias de los tiempos. Justicia sin ódios que temer, sin amenazas que cohiban su accion, sin imposiciones que la rebajen y denigren, sin el *favoritismo* que la desprestigia y mata alterando las escalas y olvidando los grandes estímulos y las debidas recompensas. Justicia al servicio de la hacienda, de la honra y de la vida de los ciudadanos, sin trabas, sin dificultades, sin intermediarios enojosos, sin ruedas inútiles, gratuita; asequible, expedita, fácil y pronta en su accion. Justicia ajena y estraña á la política, estraña á los partidos, campo neutral en la manera de ser de los municipios, de las juntas y elecciones populares.

Jueces instructores, tribunales colegiados, un alto tribunal de casacion; personal subalterno y auxiliar bien retribuido y garantido por la mas rigurosa inamovilidad.

Reduccion en las fórmulas, minoracion en las diligencias, supresion de trámites dilatorios, *públicos y amplisimos debates*... Dadme una organizacion semeiante, estadísticas bien hechas, registros de penados, política judicial, y nada habria que desear, nada que pedir, nada que oponer en lo que se refiere á la administracion de justicia superior, ni mejor, ni mas económico, ni mas benefcioso, ni mas perfecto y liberal.

Algo se ha hecho, algo se ha adelantado; pero falta mucho aun que hacer y reformar.

Prosigamos.

3.º La palabra de Ciceron, resonando en los tribunales con todo el valor y la altísima significacion que él supo darla, asombra con razon, dice Plutarco, á los mas famosos oradores de Roma; y aún hoy, despues del cambio operado en las costumbres y en las leyes, muchos de sus *informes* parecen escritos para pronunciarse ante nuestros tribunales.

La elocuencia de Ciceron marca el dia mas venturoso para la noble profesion de la abogacia, base desde entonces de las mas altas reputaciones y refugio de los talentos mas privilegiados y esclarecidos, como lo patentizan los individuos del docto cuerpo á quien dedicamos, nuevamente revisados y corregidos estos estudios.

La vez primera que el jóven Ciceron avanza hácia los *rostres*, llevando bajo el brazo izquierdo las *tablillas enceradas*, y en su mano derecha el *estyló*, y flaco, quebrado de color, pero interesante como lo es siempre el que revela en su persona la distincion de las fatigas del estudio, un grito de asombro, de viva curiosidad, resonó entre la multitud... El novel abogado no se intimida; se le ve conmovirse, pere no inmutarse. Todos callan, todos se agolpan, para no perder una sola frase de su boca.

¡Habla..! de sorpresa en sorpresa, de emocion en emocion, de encanto en encanto, Ciceron se hace dueño de su auditorio, y al terminar su primer *informe* no hay quien deje de aclamarle por el mayor y mas famoso orador de Roma.

¡Triunfo sin igual y sin ejemplo en las edades antiguas!

A casi todos cuesta la fama muchos ensayos, y á no pocos, como á Demóstenes, pasar por verdaderos contratiempos y públicas derrotas.

A Ciceron se le otorga desde su primer discurso *forense*, la corona del vencedor, y con ella, se nos presenta magestuoso y grande ante las generaciones y ante la historia.

Maestro en el decir, no limita su magisterio á su siglo, á su época y á su pueblo, sino que, *guia, ejemplo y modelo* del mundo todo, no hay siglo, ni época, ni nacion alguna que ántes y ahora no le haya concedido y le conceda el privilegio de ilustrar y dirigir á la juventud, pudiendo pronosticarse sin énfasis ni ridícula osadía que sus trabajos oratorios y sus obras retóricas serán *siempre* de igual estima que lo fueron antes y lo son en la actualidad.

Entre los trabajos de Ciceron descuellan, sobresalen y se distinguen en primer término, sus *alegaciones jurídicas*, sus *defensas y acusaciones forenses*.

Corrompidas las costumbres, depravada Roma por el lujo, por las guerras, por los vicios de su constitucion política y por las proscripciones de Sila y de los triumviros, nunca fueron tan frecuentes los crímenes, las espoliaciones, como los robos, en los últimos tiempos de la república y los comienzos del Imperio: *Corruptissima respublica plurime leges*, escribe Tácito con su admirable precision sobre esta época. Pero si de ello pudiéramos abrigar alguna duda, bastarían á desvanecerla las defensas jurídicas de Ciceron; *pro Sex. Roscio de Amelia*, acusado de parricidio; *pro A. Cluencio Avito*, acusado por su propia madre de asesino de su padre político; *pro C. Rabirio*, que lo fué de



asesinato en la persona de un tribuno de la plebe; *pro L. Valerio Flaco*, de cohecho; *pro P. Cornelio Sila*, encausado por soborno para obtener el consulado; *pro M. Celio Rufo*, perseguido por violencia tentativa de asesinato, y sus famosas acusaciones contra *Verres*, *P. Servilio Rulo*, *P. Vatinio*, y la renombrada en favor de *T. Anio Milon*.

A las luchas del foro acudian, no sólo los hombres mas notables de Roma, sino las mujeres y los ciudadanos todos, ya por el carácter de la vida pública que entónces se hacia, ya por que esas luchas envolvian, segun dejamos dicho, los intereses de la república, dada la solidaridad de aquellos tiempos. Por tales caminos, la *elocuencia forense* en Roma se habia ido formando y creciendo, para elevarse con Ciceron á una altura que no ha vuelto á tener hasta casi nuestros dias, y de la cual se precipitó á la caída de aquel gran Imperio, salvado tan sólo por el derecho, que, siendo, como dice Leibnizt, la *razon escrita*, habia de sobrevivir y ser la base de las modernas legislaciones.

La oratoria formaba en Roma parte de la educacion de la juventud y se conceptuaban sus ejercicios tan útiles al guerrero como al legislador, al magistrado y aun al mas humilde ciudadano; prueba ostensible, prueba inequívoca de que se comprendia toda la trascendencia de la palabra en la gobernacion de los pueblos y en la suerte y los destinos de los hombres que viven en sociedad.

Afirmarlo debemos una vez mas, la vida humana en su triple manifestacion, moral, social y política, encuentra en la *oratoria* elementos de ser que no pueden negarse ni desconocerse sin ofuscacion. La vida, la propiedad, el honor, la familia,

constituyen la personalidad jurídica de todo ciudadano.

El derecho, teniendo su arranque y su raiz en el hombre, es el alma de su existencia social, hoy el elemento individualista de la moderna civilizacion, y á no dudarle, la gran palanca de su mayor progreso y seguro porvenir.

El derecho, como institucion y como ciencia, es para el hombre, socialmente considerado, de una precision absoluta, y la oratoria forense es y será en todos tiempos su complemento. Por eso para nosotros la oratoria forense tiene tan altísima significacion y ofrece tan grandes dificultades su acertado desempeño.

Comprendemos mejor y es mas fácil ser un buen orador político, un excelente orador sagrado, un notable orador académico y militar, que un mediano orador *forense*. Y sino fijémonos un instante y veremos que al paso que todo lo externo, todo lo accidental favorece á los primeros, lo que no depende de la voluntad, del estudio y del talento, se opone al mejor éxito del orador forense. Los jueces, el auditorio, la opinion pública, los autos, el proceso, el tecnicismo forense, el contrario, el reo, las mas de las veces confeso, ó convicto por lo menos, los testigos... ¡Cuántas trabas! ¡Cuántos obstáculos! Pues todos ellos no sólo supo vencerlos Ciceron, sino que llegó á servirse de ellos y á convertirlos en auxiliares poderosos de su *palabra*.

El mayor mérito del orador romano estriba, en nuestro sentir, en la maestria con que aprovecha en beneficio de su nombre y de su fama las grandísimas contrariedades que le rodean, que le cercan, que le encierran, y le oprimen.

J. J. Rousseau dice en son de menosprecio: «que asi como Demóstenes fuè un *orador*. Ciceron no fuè mas que un *abogado*.»

Aceptamos la frase, solo que para nosotros en vez de rebajar á Ciceron, como pretende Rousseau, le eleva á su mas grande altura.

Ciceron es un abogado, abogado como vosotros los que componeis el Iltre. Colegio Vallisoletano, como nosotros autores modestisimos de estos trabajos. Abogado, si: *Vir bonus dicendi peritus*, varon esclarecido, varon justo, varon bueno y peritísimo en el decir. Varon para quien, como él mismo escribe, *hacer un discurso* es algo mas que un juego, algo más que un mero alarde de talento, de erudicion y de buen gusto.

Que esto y no otra cosa es en muchos casos la tarea de un orador, al paso que para el abogado *hacer un discurso* es siempre acometer la obra mas arriesgada, mas atrevida y mas grave, cuando no, dice textualmente el mismo Ciceron, la obra *más superior de las obras humanas*.

Sentencia propia de quien conocia por experiencia las dificultades de la *oratoria forense*, la mas comprometida, la de menos recursos, mayores exigencias y mas penosos deberes.

Sentencia propia de quien se mostró siempre digno representante de la inocencia y la verdad; de quien, libre de indignas pasiones, no encontraba premio bastante al trabajo del abogado, y prodigó generoso su palabra, colocándola gratuitamente al servicio de los mas difíciles empeños.

Si J. J. Rousseau hubiese meditado un poco, no hubiese escrito con su habitual acrimonia en contra de Ciceron, y en contra á la vez que en la persona

del orador romano, de todo el nobilísimo profesorado forense que aquí en Valladolid como en toda España, cuenta tandignísimos y esclarecidos representantes, muchos de ellos amigos queridos nuestros á quienes no olvidaremos nunca, no olvidaremos jamás.

El ilustre escritor francés no paró mientes, ó mejor que esto no conocia, no se hizo cargo ni supo estimar la posicion angustiosa del orador forense, las exigencias que se le imponen y lo mucho que estorban su camino aun en el sentido meramente artístico y literario.

No quiso ver en el *abogado* al patrono de un reo inocente, al defensor de una víctima de la avaricia, de la difamacion, del engaño y de las mas bajas y miserables pasiones; turbada, confundida, anonada y perseguida; amenazada de muerte, quizás, sino pronuncia una palabra, sino cita un testigo ó presenta una prueba... No quiso contemplar á Ciceron defendiendo á Roscio ó acusando á Sevres; á Papiniano negando se á hacer la apologia de un crimen odioso; á Melesherbes abogando por Luis XVI ante la Convencion, seguro de pagar con su vida el cumplimiento de sus deberes...

*Abogados* fueron Berreyer, Heurrion de Pansey y D'Aguesseau. *Abogados* fueron y son hoy esclarecidos jurisconsultos, ilustres y famosos gobernantes, cuya enumeracion fuera impropia de este sitio.

Si :*non posse oratorem esse nisi bonum virum*; á cuyo axioma añade Quintiliano: *Plurimum ad omnia momenti est in hoc positum, si vir bonus creditur. Sic enim contigit ut non studian advocati videatur afferre, sed pene testis fidem.*

No son buenos abogados, no, como supone Rousseau los que venden su *palabra*, prostituyen su

toga ó denigran su profesion, que esto es muy raro y excepcional, y en España, lo decimos con orgullo, ni pasa, ni sucede. No son *abogados* esos desdichados, tienen otro nombre que el que la sociedad concede á los que llenan en el foro sus penosos deberes con talento, con hidalguía y desinterés; á los que como Ciceron, poseen la ciencia del derecho para defender y abogar, la abnegacion, y la honradez como atributos inherentes á tan augusto sacerdocio, y la *elocuencia*, sin la cual el abogado no puede satisfacer por entero su mision. ¡Mision importantísima en la *realidad de la vida*, y que no concebimos como se atrevió á desconocer y menospreciar un pensador tan esclarecido como Rousseau.

Oratoria difícil la forense hemos dicho; la más difícil quizás hemos de añadir, y no nos arrepentimos ni nos desdecimos de esta que parecerá á algunos atrevida afirmacion.

Fijémonos por un momento, ya que hace á nuestro intento, en este género de consideraciones.

La belleza en la forma, el patético, los afectos, los arranques de la pasion y del sentimiento; las imágenes, las figuras, los símiles, los ejemplos, las digresiones; cuanto conmueve, cuanto seduce y arrastra es lícito al orador político, al orador sagrado; de todo esto ha de valerse á lo más con *sobriedad y economía* el orador forense.

Los vuelos espontáneos de la imaginacion, la libertad en la accion, el abandono mas ó menos natural ó hábilmente estudiado, recursos son de que se vale con éxito la elocuencia en todas sus manifestaciones y que están *vedados, prohibidos* casi al orador forense.

Ah! para el *abogado* la grandeza, la sublimidad

han de subordinarse á la gravedad, á la sencillez; la imaginacion y el génio al estudio y la reflexion. Y tanto es esto asi, cuanto que no se ha tenido ni se tendrá nunca por mejor abogado al que *hable mejor*, sino al que ostente en los debates forenses mas fria razon, mas recto juicio, mas severa crítica, y demuestre haber estudiado con mayor detenimiento y mejor fruto los autos ó el proceso.

¿Han pensado en esto cuantos han censurado á Ciceron, cuantos han pretendido rebajar en su persona á una clase cuyos servicios á la sociedad son tan notorios é indiscutibles?

Sólo conociendo, sólo fijándose en las dificultades que tuvo que vencer Ciceron como orador forense y los que le siguen despues, es como, repetimos una vez mas, puede apreciarse su mérito singular y su grandeza.

Si de las observaciones anteriores pasamos á otro género de trabas que hacen premiosa y comprometida la situacion del abogado en el sentido oratorio, veremos cuan raro es que un hombre se eleve en tan espinosa carrera á la altura de Ciceron.

El *tribunal* ó el *juez* tienen altísimos deberes que cumplir en oposicion al mayor éxito del orador forense. Han de ser impasibles, frios; examinar por sí las interioridades y los menores detalles del proceso; leer las declaraciones de los testigos, compararlas, cotejarlas; medir matemáticamente lo alegado y probado, sin que en oposicion á esto hagan en ellos ni deban producir efecto las galas del decir, ni los encantos de la imaginacion, ni los acentos de la elocuencia; si chocan ó contradicen la verdad jurídica, la verdad legal.

¿Para qué entonces la palabra forense? exclama-

rán algunos. Un momento más y contestaremos á esta observacion.

El juzgador necesita quien le guie, quien le enseñe, quien le ilumine en la árdua tarea de dictar un fallo ó pronunciar una sentencia.

El cliente ó el reo quien abogue por él, quien lleve su voz en la tremenda contienda, en la lucha titánica no pocas veces de las apariencias que engañan, del tiempo ó la mala fé que destruye y borra los medios de descubrir y hacer triunfar la verdad.

Y por último, el auditorio mismo quien combata sus injustas prevenciones, sus indebidas susceptibilidades é irreflexivos apasionamientos; móviles que por lo comun ocasionan los más lamentables extravíos de la opinion y conducen no pocas veces al predominio de la sin razon y la injusticia.

¡Sublime elocuencia que tales deberes está llamada á llenar cerca del juzgador, respecto del reo ó del cliente, del auditorio y de la opinion pública! ¡Elocuencia tan solo perseguida y calumniada por la ofuscacion ó el desconocimiento de tus atributos, yo te aplaudo, te ensalzo y encomio al ensalzar y aplaudir á tu más legítimo representante en la antigüedad, al orador romano!

Ahora bien; si en vez de sacerdotes de la noble profesion de la abogacia, me presentáis *juglares* de la palabra forense; si en vez de mártires de sus deberes, me dais hombres venales, fáciles de prostituir sus talentos; si en vez de jueces rectos, entendidos é imparciales, me ofreceis ciudadanos corrompidos ó incapaces de apreciar la verdad; si en vez, en fin, de un auditorio comedido, atento, á quien infunda *confianza y respeto* el tribunal, suponeis masas que gritan, que gesticulan, que ame-

nazan, que se imponen... esto será desnaturalizarlo y subvertirlo todo, y con tales elementos razon es que anatematiceis, no ya la palabra como lo hicieron los griegos ante el Areópago y los Egipcios en sus tribunales, sino por idéntica razon toda forma, todo aparato de juicio.

Por mas que la *verdad* sea la constante y fiel aspiracion del espíritu humano, se dice; por mas que la verdad se manifieste y su sencilla é ingenua exposicion no se oponga á la verdadera elocuencia, es, tal el predominio que tiene en el hombre la imaginacion, obran sobre nuestro ánimo tan directamente las cosas sensibles, nos apasionamos tan pronto y tanto de la belleza, que una misma verdad, simplemente enunciada ó rebatida con todas las galas del lenguaje y los recursos del arte oratorio, no se hace escuchar de igual manera, ni con el mismo interés.

Esto es cierto, no lo negamos, esto es evidente, y por ello precisamente la elocuencia forense tiene trabas enojosas y necesarias que la distinguen, que la diferencian de los otros géneros de elocuencia.

El pueblo griego, impresionable, vehemente, voluble é inconstante; dado á la esterioridad y á la forma; apasionado, ligero, idólatra de la belleza, no era el mas á propósito para llevar á el Areópago las exageraciones de una palabra artificiosa, y ante ejemplos como el de la cortesana Frine, que dejamos referido, y otros análogos, no es extraño que se prohibiese en el Areópago el uso de la elocuencia.

¿Pero de qué clase de recursos se habla, de qué elocuencia para llevar al ánimo la persuasion que se pretende? No ya de recursos impropios de la elo-



cuencia forense, sino de todo género de oratoria; no de la elocuencia propiamente dicha, sino de los extravíos y las escenticidades del ingenio, que no hacen regla, ni necesitan otro correctivo que un buen sentido.

Por lo que hace al auditorio, ¿cuán distinto es el del orador forense al de los demás oradores? Menester es la fuerza de la convicción y la fuerza del deber para que el orador forense contrareste las malas condiciones en que de ordinario le colocan un auditorio escaso, ó un auditorio por lo comun apasionado cuando es crecido y numeroso.

Agréguese á cuanto llevamos dicho la índole de su misión, no pocas veces *impuesta y forzada*; el rigorismo y la severidad de la ley; las citas obligadas de los artículos del Código ó de los anticuados preceptos de la legislación civil; la demostración crítica, filosófica y jurídica de los hechos; la oposición del contrario, y digásenos, ¿si no es exacto el juicio que dejamos formulado acerca de la elocuencia forense calificándola como la mas espinosa, la mas difícil y comprometida? y ¿si de todo ello no se desprende el mayor elogio que puede hacerse de Ciceron al afirmar que supo vencer tantos obstáculos cual ninguno ántes ni despues en los antiguos y los modernos tiempos?

Ciceron es pues como Demóstenes una primera figura en la historia de la palabra, y sus alegatos forman la corona mas rica y variada de su envidiable reputación y de su gloria.

Y cuenta que la necesidad artística de sentir y comunicar á otros los propios sentimientos no fué tan general entre los romanos como entre los griegos, por cuya razón los triunfos de Ciceron son

mas meritorios y representan un mayor esfuerzo por su parte que el de los mas afamados oradores áticos.

Lo cual explica que en Ciceron prepondere el arte sobre la naturaleza, mientras en Demóstenes prepondera la naturaleza sobre el arte.

Uno y otro, dando una distinta direccion á sus talentos oratorios, respondieron admirablemente á las necesidades del auditorio á quien habian de dirigir su palabra.

Se dice que Ciceron componia con gran esmero los *exordios* y en el resto se abandonaba á las impresiones del momento. La lectura de sus composiciones oratorias nos demuestra por lo comun lo inexacto de esta observacion.

Ciceron presenta en general idéntica atencion y el mismo esmero en las partes todas de sus discursos.

Poseía ademas una maravillosa habilidad para predisponer desde las primeras palabras á sus jueces y excitar vivamente su interés hácia la causa; pero no era menor su acierto al ordenar los periodos de la narracion, al disponer los hechos, al refutar á su contrario y al poner fin á sus informes jurídicos, en lo cual, escribe Pierron, no encuentra rival.

«En las conclusiones, añade, es donde el orador romano reconcentra, si así puede decirse, todos los recursos del arte, todas las fuerzas de su espíritu, todas las grandes dotes de su ingenio, y donde aparece con todas sus ventajas.»

## CAPÍTULO V.

CICERON ORADOR POLÍTICO.—ESCRITOR DIDÁCTICO.  
POETA, FILÓSOFO Y PENSADOR.

1.º Como orador *político*, Ciceron no ha sido generalmente juzgado con acierto, con imparcialidad y buena fé. El mérito de sus discursos se ha desconocido y se ha negado no pocas veces cediendo á consideraciones que la crítica no debe nunca tomar en cuenta, que no son en manera alguna de su jurisdiccion ni competencia.

Si se nos dice, que Ciceron nació para *abogado*; que en un periodo histórico normal, ménos agitado y turbulento no hubiera sido ni debibo ser otra cosa; que como hombre público no tiene la talla, la altura que como orador forense, nosotros no negaremos la exactitud de estas observaciones. Pero de esto á cerrar los ojos á la evidencia; de esto á acriminarle ágría y severamente; de esto, en fin, á pretender rebajar el valor artístico y literario de sus *Catilinarias* y sus *Filípicas*, hay una gran distancia.

Alma demasiado impresionable; carácter poco enérgico y decidido; corazon noble y sincero, Ciceron

no aprendió á fingir ni á cerrar su pecho á las sugerencias de su conciencia.

Fué siempre el mismo: ni el tiempo ni los años le enseñaron á sobreponerse ni á imponerse á los demás.

Con un prestigio y un talento superior al de Pompeyo, al de César y al de Octavio, fué dócil instrumento de estos ambiciosos y juguete de los bandos que sucesivamente capitanearon para conseguir el poder. Se le censura precisamente en este concepto por lo que merece mayor y mas grande elogio; por no haber querido transigir, por no haber querido contemporar ni un solo instante con los enemigos de toda autoridad, de todo principio de orden y de justicia, de todo bien y prosperidad para su patria.

Azote perpétuo de la demagogia; constante y valeroso ariete de los encubiértos tiranos de la república, á oirse los consejos de Ciceron, á seguirse sus inspiraciones, Roma se hubiera salvado siempre.

Los ruegos de su mujer, de sus amigos y admiradores le decidieron á solicitar los primeros puestos y las mas importantes magistraturas; su carácter, sus gustos, sus aficiones, le llamaban empero de continuo al reposo, al sosiego, á los goces del campo y del estudio.

En su primer destierro pretendió ya reunir su modesto patrimonio y establecerse en Atenas, «á fin de consagrar segun Plutarco, el resto de sus días, à la contemplacion de lo bello, á la averiguacion de la verdad y á los goces del arte.»

En medio de las vicisitudes y los azares de su existencia, Ciceron mostrose siempre partidario de los placeres puros y tranquilos de la familia y la amistad. A su regreso de la Grecia, vive algunos

años alejado voluntariamente de los partidos, sin pretender nada de los jefes, que se le disputaban, ni del pueblo que le quería, hasta el punto de verse todos obligados á menospreciarle por el menosprecio que él hacía de los demas. Roscio, el actor, era su mejor amigo y uno á otro se estudiaban; «el actor, esforzándose, dice Lamartine, en imitar las entonaciones, las actitudes y los gestos que la misma naturaleza inspiraba á Ciceron; el orador, aprendiendo la accion que el arte enseñaba á Roscio, de cuya lucha entre la naturaleza que inspira y el arte que modela, resultaba para el actor y para el orador la perfeccion, que consiste para aquel en no fingir nada en el teatro que no salga de la naturaleza, para este el no enseñar en la tribuna nada que no sea reconocido por el arte y conforme á esa suprema conveniencia de las cosas que llamamos belleza y sabiduría.»

En sus discursos, en sus obras, y más aun en sus *Cartas*, Ciceron, suspira de continuo por el alejamiento, la soledad, el amor y el estudio. Siempre que vuelve á la vida retirada, despues del ejercicio de los cargos públicos, se muestra contento, y se consagra con mayor ardor á sus escritos, que «dedica, dice, á la *ilustracion* y al *consuelo* de los romanos.»

No tienen por lo comun los discursos políticos de Ciceron la fuerza, la energía, la behemencia que requiere la tribuna; y á que los romanos estaban acostumbrados. Si por acaso muestra el ardor y la fogosidad del tribuno, presto transige, cede, olvida y perdona; y esto que le ennoblece á nuestros ojos, le perjudica en el concepto de aquellos que no aprecian los verdaderos móviles de su conducta, de aquellos

que miran la elocuencia de Ciceron al traves del prisma de sus opiniones de escuela y de partido, y no ceden un punto aunque reconozcan en el fondo el mérito que la distingue y señala.

Achaque propio de los partidos es y será siempre hacer causa comun con los errores de aquellos que en el pasado les parecen afines. Como si pudiera estimarse de igual manera la *libertad* en todos los paises, en todas las naciones y en todas las épocas; como si lo que conviene á un siglo fuese idéntico y adaptable á otro; como si un grado de civilizacion y de progreso exigiese iguales *fórmulas* é idénticos *procedimientos* que otro distinto. Y asi, como bajo estas equivocadas impresiones se juzga y se escribe muchas veces la historia, asi se ensalza ó denigra de igual manera á los hombres superiores, lanzando contra ellos anatemas que no merecen, ó rebájase su mérito por espíritu de intransigencia, de rutina ó de cálculo.

Vindicar á Ciceron en este sentido es vindicar su elocuencia, siempre robusta, siempre grande, áun en sus composiciones mas tenues y desprovistas de interés, como dice oportunamente el Ab. Andrés. Pudiendo haber sido dueño de Roma, Ciceron dejó siempre que lo fueran otros despues de servirse de él y de fingir hipócritas cualidades que estaban léjos de poseer. Fué seducido, engañado, y esto le honra tanto mas, cuanto que los que asi burlaron su sinceridad, invocaron para ello los nombres augustos de *pátria* y *libertad*, que el orador romano amaba con delirio, y por los cuales no escaseó nunca sacrificio alguno.

Berryer elogia su *indecision*, porque á ella atribuye la variedad y los distintos tonos, los diver-

Los matices de la elocuencia política de Ciceron. Plinio hace una magnífica apología de las *Catilinarias* y las *Filípicas*, y desdeña las magníficas acusaciones contra *Verres* y la sublime y conmovedora defensa de *Milon*. «Si Ciceron,—dice Berryer,—hubiese abrazado franca y resueltamente el partido de César, el de Pompeyo, el de Antonio y Catilina, se habría perdido la mitad del mérito de su elocuencia, puesto que la gran significacion política que esto le hubiera dado, le habría hecho perder en cambio aquella flexibilidad que admiramos en él y que nos revela las indecisiones, las fluctuaciones de su carácter y las luchas perpétuas de su alma.»

Berryer aprecia, en nuestro sentir, al expresarse así, como se merece la oratoria política de Ciceron, es decir, la aprecia mas por su lado artístico y literario que por su lado político, que es como nosotros en estos estudios estábamos llamados á presentarla y ofrecerla á la consideracion de nuestros lectores y como ejemplo para la juventud.

Ciceron defendió la libertad de su patria cuando la república llevaba en su seno los gérmenes de su ruina. Su palabra fué en su época la única inspirada en nobles y patrióticos sentimientos. Todos sus discursos políticos los pronunció ó compuso Ciceron despues de su elevacion al consulado, y á excepcion de su oracion *pro lege Manilia* y *contra Catilina*, las demas son comúnmente censuradas y tenidas por muy inferiores á sus alegaciones é informes forenses. El tribuno Rullo había propuesto el restablecimiento de la Ley agraria para la reparticion de las tierras conquistadas, y Ciceron le contestó en tres discursos, pronunciados uno en el Senado y los otros dos ante el pueblo.

Su estilo en estos trabajos es sencillo y natural; sencillez y naturalidad hermanadas con la mayor grandeza cual sólo se ve en Ciceron.

Mas vehementes, mas enérgicas las *Catilinarias*, no hay crítico que se atreva á desconocer su mérito artístico y literario.

¿Qué hay, qué puede haber de superior, de mas enérgico y elocuente al sublime *apóstrofe* con que las dá principio? Apóstrofe que, segun Lamartine, «ha dejado sobre el nombre de Catilina una huella idéntica á la que el fuego del cielo deja sobre un monumento arruinado.»

El pensamiento se precipita, la palabra se hace breve, la indignacion y el patriotismo no dejan tiempo á la reflexion, al cálculo ni al estudio.

La palabra humana se ha elevado rarísima vez á semejante altura.

La primera de las *Catilinarias* es la mejor; las otras no valen tanto, bajo el punto de visto del género á que pertenecen. Destinadas á congratular al Senado, á dar gracias á los Dioses y á demostrar que debian ser castigados los cómplices de Catilina, carecen de la energía y la fuerza de la primera.

En cuanto á su oracion *pro lege Manilia*, hay muchos que la conceptúan superior como arenga política á las *Catilinarias*. Es ciertamente una de las mas hábiles y mas notables de Ciceron.

Ciceron, como orador político, se diferencia y separa mucho de los demas oradores griegos y romanos; es una excepcion y una especialidad.

Se revela en sus oraciones políticas mas al *abogado* que al *tribuno*. Es por lo comun mas dulce y persuasivo que enérgico y varonil; mas correcto, mas sutil é ingenioso que espontáneo y libre; pero



advertir debemos que esto era lo que convenia á un auditorio grave, austero, razonador, lo que exigía un idioma como la lengua latina, muy diversa de la griega, áun despues del influjo que en la misma se hizo sentir despues de la comunicacion literaria de ambos pueblos.

«Cualquiera que sea, dice un historiador, el puesto que los diferentes juicios y gustos señalen á Ciceron entre los principales ingenios de la antigüedad, nadie rehusará el colocarle en el número de los hombres de más talento de los tiempos pasados.»

2.º A diferencia de la gran mayoría de los oradores así antiguos como modernos, Ciceron no sólo nos legó admirables ejemplos de su elocuencia, sino obras retóricas de grandísimo mérito y aplicacion práctica, de utilidad y provecho indisputable para la juventud, á pesar de la indiferencia y el desden con que algunos las han juzgado.

Ciceron adoptó en la gran mayoría de este género de escritos la forma de *diálogo*, introducida por Platon en los trabajos didácticos para suavizar la aridez y la monotonía que les es propia.

No decimos por esto que sean iguales en este sentido el filósofo griego y el orador romano; pero hay entre ellos puntos de *identidad* muy marcados.

Las obras retóricas mas conocidas de Ciceron son: los tres libros *De Oratore*; el titulado sencillamente del *Orador*; un diálogo sobre los oradores ilustres, titulado *Brutus*; el tratado *De optime genere oratorum*; los *Tópicos*; *Particiones oratorias*, y dos libros sobre la *Invencion*.

Los tres libros titulados *De Oratore* son la verdadera retórica de Ciceron. A imitacion de Platon, segun dejamos dicho, adopta en ella la forma de diálogo y hace intervenir en él á los célebres oradores Crasso, Antonio, Seévola, Sulpicio y Cotta. En el *primer* libro trata de lo que debe constituir, la base de la educacion oratoria, decidiéndose por afirmar que no es bastante el estudio de la retórica, unido á un talento sólido y despejado, sino que el hombre elocuente ha menester mayor ilustracion y generales conocimientos en todas las ciencias. En el *segundo* reseña los medios para hallar materia de un discurso. Y en el *tercero* se ocupa de la locucion, terminando con algunas reflexiones sobre el gesto.

El libro titulado el *Orador* no es ménos bello que los tres anteriores y contiene consejos, reglas oportunas y atinadas. Pretende Ciceron en esta obra dar idea de lo que sería un *orador perfecto* «tal como jamás ha existido, dice, pero como pudiera existir.» Hay en ella mucho personalismo, mucho que revela haberse compuesto con singular amor por su esclarecido autor. Aconseja á los jóvenes la precision de acomodar el *estilo* al asunto explica las diferencias entre el *tenue*, el *medio* y el *sublime*, recomendando los tres segun los casos; ridiculiza á los que usan uno de ellos por pedanteria y repite la necesidad de los varios y múltiples conocimientos que deben adornar á cuantos se dedican al cultivo de la palabra.

La obra *Brutus, sive de claris oratoribus*, de que tantas veces nos hemos servido y citado con elogio en el curso de estos estudios, es la mejor y mas notable de Ciceron; la primera que en su género debemos, sin disputa, á la antigüedad. Com-

púsole Ciceron en Tusculo cuando, despues de la batalla de Farsalia, César se hizo dueño de Roma, y él se vió precisado á retirarse de la política y de los cargos públicos.

Verdadera historia de la *palabra* hasta el orador romano, á ella hemos acudido con gran fruto, y sin ella habríanse perdido para siempre los nombres de los varones ilustres cuyos retratos hace de mano maestra, marcando al mismo tiempo el nacimiento de la elocuencia, sus progresos, la representacion que en ella tuvieron los oradores que juzga, definiendo los géneros, revelando los secretos y los misterios del arte oratorio. Es un trabajo histórico y didáctico á la vez en el que Ciceron revela profundos conocimientos sobre la elocuencia griega y romana, ocupándose de la primera como una deuda de gratitud, y de la segunda con la elevacion de un profundo pensador y un gran patriota. Coleccion la mas rica, la mas variada y curiosa de retratos y caracteres, bastaria ella sola para dar á conocer todo el talento y la vasta erudicion de su autor, si cada uno de sus trabajos no fuese una prueba ostensible de la valía inmensa de Ciceron.

El Ab. Andrés elogia mucho las tres obras que dejamos citadas, calificándolas como las mas notables entre las que de su misma índole compuso Ciceron. Adornadas con las gracias y los encantos de su inimitable estilo, ellas contienen todo lo que de mas delicado, de mas espiritual, de mas perfecto debemos á la antigüedad. Su lectura es interesante y provechosísima, opinion que consignamos á despecho de muchos que no dan valor ninguno *práctico* á los escritos didácticos de Ciceron, atribuyéndoles fines, propósitos que ya no están en

uso ni pueden ponerse en moda. Precisamente Ciceron se muestra mas filósofo y literato que árido *preceptista* en la gran mayoría de sus tratados, acomodándose en ello al gusto moderno, como tendremos ocasion de demostrar acaso en ocasion oportuna.

El tratado *De optimo genere oratorum* es un trabajo muy diminuto, escrito con el solo fin de servir de prefacio á la introduccion de los dos discursos *por la Corona*. Sostiene en él Ciceron que el estilo ático es el mas perfecto, encerrándose en él los tres caracteres, el sencillo, el sublime y el templado, empleados segun conviene al objeto del discurso.

Los *Tópicos*, dedicados al juriscousulto Trebacio, son un compendio ó extracto del tratado de Aristóteles sobre el mismo asunto. Contienen la teoria de los argumentos y de las pruebas judiciarias, ó sea el método de hallar los argumentos para componer un discurso mediante ciertos términos que los caracterizan, y á que didácticamente se da el nombre de *lugares retóricos*. Es digno de mencion por la memoria que revela en Ciceron el hecho de que cuando compuso esta obra no tenia á mano el original del filósofo griego, y no obstante, recordaba admirablemente sus pasajes mas interesantes hasta con sus mismas palabras.

Se cree que esta obra la compuso Ciceron durante su viaje á Rhégio el año 45 ántes de nuestra era.

Las *Particiones oratorias* son una excelente retórica dividida convenientemente, escrita en un estilo sencillo y claro, sucinto y elegante, y de utili-

dad indudable para los principiantes. También están en forma de diálogo entre el autor y su hijo.

Los dos libros de *Invencion oratoria* que han llegado hasta nosotros son lo menos importantes, y se cree que los compuso Ciceron en su juventud. Están redactados en un estilo y en una forma árida y escolástica. Parecen mas bien trabajos de escuela, notas ó apuntes para uso particular del autor, y hasta se dice que se publicaron contra su voluntad. Es notable, sin embargo, el prefacio del libro primero que trata de los orígenes de la elocuencia y de sus progresos, creyéndose en muchos pasajes que se está leyendo al divino Platon.

Se duda que la *Retórica* dedicada á Horenio que algunos le atribuyen sea obra de Ciceron.

3.º No completariamos el estudio que venimos haciendo de Ciceron, si omitiésemos decir algo acerca de sus privilegiadas dotes de *poeta*, de sus *obras filosóficas* y de sus *cartas*.

La fama de Ciceron como vate inspirado comienza en su juventud y se prolonga hasta su muerte. Lucrecio, Cátulo y mas tarde Virgilio y Horacio oscurecen la gloria del orador romano. El mérito de los versos de Ciceron consistía principalmente en la *forma* superior en mucho á la empleada por Ennio y Lucilio.

Lamartine, dice que Ciceron fué un gran orador por haber sido un gran poeta; y aunque esta observacion no envuelva un juicio absoluto sobre todos los oradores, la verdad es que casi todos, que los mas, han sido á la vez que famosos por su elo-

cuencia, célebres por sus versos y composiciones literarias.

Los fragmentos que quedan de los versos de Ciceron, y en especial el poemita titulado *Poncio Glauco* que cita Plutarco, escrito en versos tetrametros, acusan un grado de perfeccion y de progreso con respecto á la literatura romana.

El mayor número de las composiciones poéticas de Ciceron fueron traducciones de los poetas griegos.

Mas grande importancia y significación merece Cicerón como *filósofo* que como poeta,

Sus obras filosóficas fueron casi todas producto de la madurez de su entendimiento y de su vasta ilustracion; el solaz y el consuelo de los últimos años de su existencia.

Considerando la filosofía como prefacio de todos los conocimientos, como base de todas las ciencias y artes liberales, como antorcha vivísima de la razon, maestra y guia segura del entendimiento, Ciceron se consagró á su cultivo desde sus primeros años, bajo la dirección de los mejores maestros de Italia y Grecia. Cuantos libros se habian escrito ántes que él, fueron no solo leidos, sino estudiados por el orador romano, demostrando todas sus composiciones rasgos que patentizan la universalidad y la solidez de sus conocimientos.

No es un filósofo excéntrico, monomaniaco é intransigente, como hay muchos. No presenta un sistema completo y exclusivo; no tiene la presuncion de *imponerse* que caracteriza á casi todos los filósofos, con daño mil veces de su reputacion y de su nombre. Su filosofía es la *filosofía del buen sentido*, asociada á un gran talento y á un gran cú-

mulo de conocimientos, Ciceron es *eclético*, cómo lo son comunmente cuantos, obedeciendo á las impresiones ajenas, se empapan en ellas, y no abrigan la vanidad y el orgullo de superarlas, sino de armonizar lo que tengan de prudente, de juicioso, de aceptable; «eclecticismo delicado, dice Pierron, que no degenera nunca en *sincretismo*.»

Los principios cardinales en que descansa la filosofía de Ciceron, son los principios eternos en que se asienta la vida, moral y socialmente considerada. No construye á su antojo, ni crea un *hombre*, un *mundo* ni un *Dios*, como hicieron otros; acepta sobre estos extremos lo que la razon y el pensamiento tenian entonces por cosa cierta, y habia reconocido como verdadero la conciencia humana. No es idealista ni se deja arrastrar por el extremo opuesto, ó sea el positivismo; se mantiene, fluctúa entre lo real y lo imaginario, sin negar, sin desconocer la verdad absoluta y la relativa, sin transigir con los extravios y las exageraciones de la fantasía, ni contentarse con las experiencias de los sentidos. Aristóteles le es simpático y ejerce hasta cierto punto sobre él una influencia ostensible. En moral es estóico, pero estóico razonable y sobrio. «Admite, dice Pierron, las doctrinas del Pórtigo, pero lo hace á beneficio de inventario. La nueva Academia es su escuela favorita y predilecta.»

Los libros *De Officiis*, son suficientes por si solos para acreditar á su autor; los de *Senectute*, de *Amicitia*; los tratados de *Divinatione*, de *Republica*, de *Legibus* y el de *Fato*, á pesar de no haber llegado por completo hasta nosotros; el libro de *Hortensio*, perdido; las *Cuestiones académicas*; la obra de *Fínibus bonorum et malorum*; las *Cuestiones tuscula-*

nas, y la obra de la *Naturaleza de los Dioses*, son todas monumentos admirables de sabiduría, de génio, de gracia, de sinceridad y buena fé. El libro de *Destino*, que sólo conocemos mutilado; el diálogo titulado *Caton ó de la vejez*; el que lleva por epígrafe *Lelio ó de la amistad*; el tratado de los *Deberes*, las *Paradojas de los Estóicos*, forman un conjunto de producciones bastantes, cada una de por sí, para hacer imperecedera la fama de su autor.

¡Qué prodigiosa fecundidad! ¡qué talento y qué erudicion! «Enciérranse en esos libros, dice Plutarco, todos los dogmas de la antigüedad asiática, egipcia y griega»; es decir de la antigüedad sábia. Lo que los siglos habían producido de más grande, de más selecto y de más bello, lo acumula Ciceron en sus producciones como orador, como poeta, como filósofo, como crítico, como historiador y como literato. No se conduce empero como un vulgar anticuario que, á fuerza de tiempo, de dinero y de paciencia, va acumulando preciosidades, sino que despues de adquirirlas con un elevado criterio, da su opinion y su juicio sobre todo, decidiéndose siempre por lo mejor y lo mas escogido.

Ciceron no es un copista, ni un erudito, ni un curioso diligente; es siempre, en todas las manifestaciones de su génio fecundísimo, un *alma*, un *corazon*, una *cabeza* admirablemente organizada para asimilárselo todo y devolverlo á la humanidad enriquecido con nuevos encantos y mayores maravillas.

Ciceron es para nosotros, no vacilamos en decirlo, la figura mas importante de la antigüedad, la que nos es mas simpática; la que mas nos dice, y la que mejor hemos procurado estudiar y comprender.



La universalidad de sus conocimientos, la claridad de sus escritos, los asuntos de sus obras, de sus discursos, todo es comprensible, y mucho parece escrito para nuestros días. Ciceron es un hombre de *ayer*, y no obstante se parece y asemeja á multitud de hombres de *hoy*, á quienes vemos, á quienes tratamos, á quienes admiramos diaria y constantemente.

Abogados como él; poetas, filósofos, escritores, publicistas y pensadores como él; políticos de sinceridad indudable, aunque sus opiniones disten en mas ó en menos, vemos y tratamos todos los días, y sus nombres al leernos vendrán sin querer á la imaginacion de nuestros lectores.

¡La union sincera de estos hombres cuánto bien reportaria á España!

«Ciceron, dice Lamartine, reúne en torno suyo á los varones mas ilustres de Roma, y los hace figurar como interlocutores de sus escritos, de sus diálogos admirables. Eran estos sus mejores amigos y mas queridos compañeros, Varron, poeta é historiador, Bruto, filósofo austero y elegante, discípulo de Platon y de Caton y amigo de César, Hortensio, su rival y su amigo predilecto, y otros que dejamos citados.»

La playa murmurante del mar de Bayas; los bosques de higueras y vides entrelazadas que forman verdes y frescos pabellones en la costa de Cunas; la terraza pintoresca de su casa de Gaeta ó sus preciosos jardines regados con las aguas que se precipitan en ruidosas cascadas de las montañas de Tibur, tales son los sitios en que de ordinario tienen lugar los famosísimos diálogos de Ciceron.

«Comiéndalos siempre de una manera vaga y po-

co segura; despues se va creciendo, acentúa el asunto, y se eleva por último á la mas grande altura.»

En sus *Investigaciones sobre la existencia y naturaleza de los Dióses*, y en su libro titulado de *la República*, Ciceron se eleva por cima de todos los paises, de todas las edades anteriores á él, y á través de las tinieblas, de los fantasmas y de las supersticiones, llega hasta la nocion de un ser único, perfecto, justo, bueno, eternamente creador por su providencia; que sube á los astros y que descende á los átomos; principio y fin de todo lo que fué, de todo lo que es, de todo lo que será; inevitable, impalpable, al que llama Dios, Destino, Providencia, Creador, Remunerador, dando á cuanto él ha creado lugar, tiempo, moralidad, remuneracion y su fin él, como en él comenzó su principio y su existencia.

Y estas doctrinas de Ciceron no son meramente especulativas, como podria creerse, sino que respiran la práctica religiosa, en él la mas eficaz, sincera, é imperativa.

«Algunos afectan creer—escribe—que la Divinidad no se interesa por el hombre, ni se mezcla en sus acciones, ni determina sus destinos. ¡Ah! con estas ideas, con estos principios, ¿qué seria la *piedad*, la *santidad* y la *religion*?..»

En otro pasaje:

«La caridad es la madre, el origen de todas las virtudes; ella es el principio vivificante de la religion, y el culto no se funda sólo sobre la *creencia*, sino que tiene su base, su asiento y su lugar en el amor que une al hombre con Dios...»

En otro:

«La naturaleza une entre si á los hombres que

separa la maldad, haciéndoles olvidar que todos son descendientes de los Dioses...»

El derecho, lazo de la sociedad civil, es en la doctrina de Ciceron una nueva fuerza de justicia, de atraccion, de caridad, de armonia y de amor entre los hombres. El derecho, segun él, hace que los mortales estimen á sus semejantes tanto como á si mismos; por su mediacion, resulta que cada uno de nosotros nace, no pára si, sino para el género humano.

Entre los hombres, los mas perfectos son aquellos que se creen nacidos para asistir, para defender y para ser útiles á los demas hombres.

Los sentimientos nobles y generosos de Ciceron se revelan, se acentúan sobre todo, cuando habla de los extranjeros.

En cuanto á la guerra, ved lo que escribia:

«Las cuestiones—dice—que dividen á los hombres pueden resolverse de dos maneras: por la razon, ó por fuerza. El primer medio es propio de los hombres; el segundo de los animales: cuando nos vemos precisados á emplear este último, nuestra conducta debe dar á conocer que al hacer la guerra no buscamos otra cosa que la paz.»

En su libro sobre *República*, el mejor, en sentir de Lamartine, la filosofía, la piedad, la virtud, la poesia y el génio de Ciceron se ostentan en un lenguaje digno de todos los siglos.

Su última parte, aquella en la que el segundo Scipion cuenta á sus amigos un sueño que ha tenido en Africa, durante el cual ha visto á su abuelo le ha profetizado su muerte y aconsejado que desprecie por la pátria la vida y hasta la fama y la gloria, es admirable.

## CAPÍTULO VII.

CARTAS Y DISCURSOS.—FRAGMENTOS.—NUEVOS DATOS BIBLIOGRÁFICOS.—CONCLUSION.

1.º Otro de los medios de conocer y admirar á Ciceron es leyendo sus *cartas* y sus *discursos*.

Las primeras se suelen dividir en familiares ó sean las dedicadas á sus amigos, las que dirigió á Atico, las escritas á su hermano Quinto y las que se creen ó se suponen dirigidas á Bruto.

Las mas notables son las primeras por su interés histórico, crítico y filosófico. Revela en ellas de continuo Ciceron sus mas recónditos pensamientos, sus ilusiones, sus temores, sus esperanzas y sus delirios.

«Me dices, escribia á Atico en cierta ocasion, que me acuerde de mi mismo, de mis maximas, de mis escritos, de mis acciones pasadas, y que las tome por jueces de lo que tengo hoy que hacer. Te agradezco no me des otro consejo y otro ejemplo que *yo mismo*; pero considera si en alguna república, cualquiera que esta sea, un jefe de partido cometió nunca faltas tan vergozosas como la de nuestro amigo Pompeyo, quien abandonando á Roma, desampara la misma pátria por la cual y en la cual su deber y su gloria eran morir!..... Me escribis en vuestra alegría, al abrigo de los acontecimientos, tranquilos en vuestras casas; ignorando nuestras calamidades, nuestras miserias, nuestras

vergüenzas, y que nos vemos expulsados de nuestros hogares, despojados de nuestros bienes, caminando al acaso con nuestras mujeres y nuestros hijos, entre dos ejércitos prontos á chocarse sobre nuestras ruinas!.... Y no es por la victoria por lo que hemos sido obligados á abandonar á Roma, no; es por la demencia de nuestro jefe Pompeyo; de ese hombre sobre quien descansan todos nuestros destinos, cuyas mortales enfermedades nos amenazan casi cada año sorprendernos! Por él abandonamos nuestra pátria, no para reconquistarla volviendo á ella mas fuertes y mas invencibles, sino para entregarla á las llamas y al pillaje de nuestros enemigos!... Vé ahí por que estamos aquí con esta multitud de ciudadanos que han salido con nosotros de Roma. Roma está desierta; no hay nadie en la ciudad ni en los arrabales, ni en las casas de campo, ni en los jardines de las cercanías de la villa ¡Y Pompeyo no nos encuentra aún bastante desterrados en esta ribera del mar; nos llama cerca de él en la Pulla!... ¿Qué deducir de todo esto? Amo á Pompeyo, estoy pronto á sacrificarme por él; pero debo pensar en la pátria, y la pátria, sin embargo, no es un hombre!...»

En otra ocasion decia:

«Podeis contar que no hay en Italia un hombre descreido que no esté con César. ¡Partamos, pues, en busca de Pompeyo! No espero nada para la República, que *creo abolida hasta en sus cimientos*; pero parto para no ver lo que se hace á mis ojos, y lo que será mas siniestro aún. César ha llegado al esceso de tomar como glorioso el nombre de tirano, que en otro tiempo le abochornaba; y Pompeyo, ligado ayer con el, prepara por mar y tierra una guerra justa, es verdad, y necesaria, pero ruinosa si es vencido, y funesta aún á los ciudadanos si es vencedor, ¡Qué hombres! ¡el uno ha desertado y el otro oprime á su

pátria! ¿Estoy, pues, á pesar de mis infortunios y reveses, por debajo de la gloria y la fortuna de esos pretendidos grandes hombres? No, ninguno tan grande como el que es honrado. Yo no abdicó mi filosofía. Yo he procedido en vista de los dioses en todo cuanto he hecho por la República, y he previsto, hace catorce años, esta tempestad, en que perece la Italia. Yo partiré tranquilo con este testimonio de mi conciencia.

2.º Veamos ahora algo de sus discursos:

### DE LA 1.<sup>a</sup> CATILINARIA.

---

«¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! Todas estas tramas, el Senado las conoce, el cónsul las vé, y Catilina vive todavía! Vive... ¿qué digo? viene al Senado y es admitido entre los consejeros de la República; y con la vista amenaza á cada uno de nosotros con la muerte. Y nosotros, muy preciados de hombres de fortaleza, creemos cumplir con la República con huir el cuerpo á los tiros de este furioso.

Mucho tiempo há, Catilina, que convenía que el cónsul te pusiera en un suplicio, y descargase sobre tu cabeza el golpe mortal que tanto há dispones tú descargar sobre todos nosotros. ¿Acaso pudo el esclarecidísimo P. Escipion, Pontífice Máximo, no siendo más que un particular, dar muerte á Tiberio Graccho, que alteraba en parte la Constitución de la República, y nosotros, siendo cónsules, hemos de sufrir á Catilina, que á todo el orbe quiere destruir á sangre y fuego? Porque no quiero traer á la memoria aquellos tiempos antiquísimos, cuando Q. Servilio dió de puñaladas á Spurio Melio, porque pensaba en novedades. Hubo, hubo, en otro tiempo en nuestra República esa virtud en los varones fuertes de castigar con más rigor al ciuda-

dano pernicioso, que al mayor enemigo. Pues tenemos Catilina, contra tí un decreto del Senado, fuerte y severo. No falta á la República, ni el consejo, ni la autoridad de este órden: nosotros, nosotros los cónsules, dígolo claramente, somos los que la faltamos...

Recuerda por fin conmigo aquella noche pasada. Ya entenderás que estoy mas alerta para salvar á la República, que tú para arruinarla. Digo que la noche pasada fuiste entre una tropa de espadachines (no me andaré con rebozo) á casa de M. Leca: que concurrieron al mismo lugar muchos cómplices de tu locura y tu maldad. ¿Te atreves á negar esto? ¿Por qué callas? te convenceré, si lo niegas; aquí en el Senado estoy viendo á varios que se hallaron alli contigo.

¡Oh dioses inmortales! ¿en dónde estamos? ¿en que ciudad vivimos? ¿qué República es la nuestra? Aquí, aquí entre nosotros, padres conscriptos, en este consejo, el mas sagrado y grave del orbe, tenemos á los que piensan en mi muerte, y la de todos vosotros, la de Roma, la del mundo entero. A estos está viendo el cónsul, y les pregunta su parecer sobre la República; y á unos hombres, que fuera razon hacer pedazos á cuchilladas, ni aun con las palabras los vulnera. Te hallaste, pues Catilina, en casa de Leca aquella noche, distribuiste la Italia por partes, determinaste á donde querias que fuere cada uno, hiciste eleccion de los que habian de quedar en Roma y de los que habias de sacar contigo, señalaste los parajes por donde se habia de incendiar la ciudad, aseguraste que tu saldrías muy presto: les dijiste que necesitabas dilatar tu partida, porque yo vivia. No faltaron dos caballeros romanos que te sacasen de ese cuidado y se ofreciesen á matarme en mi cámara aquella misma noche, un poco antes de amanecer. Todas esas averías conseguí yo saber apenas acabada de disolver vuestra junta: fortifiqué y aseguré mi casa

con mas gente, y negué la entrada á los caballeros que me habias enviado á saludarme de madrugada, que fueron los mismos que yo habia prevenido á muchos sugetos del carácter, que á aquella hora irian á verme...

¿Puede serte gustosa, Catilina, la luz que nos alumbraba, el aire que respiramos, cuando sabes que no hay ninguno entre todos estos que ignore que la víspera de las kalendas de Enero, el último dia del consulado de Lepido y de Tulo, te hallabas en la plaza de los Comicios, armado de un puñal; que juntaste gente para matar á los cónsules y principales de la ciudad; que se frustró tu furioso y execrable intento, no por alguna consideracion que hicieses, ó por temor que concibieses, sino por la fortuna del pueblo romano? Y no quiero decir nada de aquellos otros atentados; porque ó son sabidos, ó sucedieron poco despues. ¿Cuántas veces intentastes quitarme la vida, tanto estando nombrado cónsul, como cuando ya lo era? ¿Cuántos tiros tuyos disparados con tal tino, que parecia imposible librarme, con solo ladearme un poco, y como dicen, hurtando el cuerpo, los evité yo? Nada tratas, nada pretendes, nada ideas que yo no sepa á su debido tiempo. Y sin embargo, no desistes de tus intentos y esfuerzos. ¿Cuántas veces se te ha caido ya ese puñal de las manos? ¿Y cuántas por alguna casualidad se te escurrió de entre ellas? Y con todo eso no puedes estar sin él mucho tiempo. Ciertamente que no sé con qué ceremonias le has consagrado, cuando tienes por preciso clavarle en el pecho de un cónsul.

¿Mas ahora qué vida es la tuya? Porque ya quiero hablar contigo en términos que parezca me mueve más la compasion, que totalmente desmereces, que el odio, de que eres digno. Entraste poco ha en el Senado. ¿Quién de este tan numeroso concurso, de tantos amigos y parientes tuyos te saludó? Sino hay memoria de que esto haya pasado á ningun otro, ¿aguardas á que te afrenten con las



palabras, cuando tienes sobre tí el severísimo juicio de su silencio? Y la circunstancia de que á tu llegada quedaron esos asientos desocupados y todos los consulares, que muchas veces has destinado á la muerte, apenas te sentaste, dejaron desamparados y vacíos los lugares que están á tu lado, ¿cómo piensas de esto? A fè mia que si me viera temido de mis mismos esclavos en la forma que tú te ves de todos tus compatriotas, pensaria en dejar mi casa: ¿Y tú no piensas en dejar la ciudad? Y si llegara á caer, aun que sin culpa mia, en tan atroz sospecha y ódio de mis conciudadanos, elegiria antes privarme de su vista, que el ser mirado de todos con malos ojos. Y tú, que por el remordimiento de tu conciencia conoces que el ódio universal que se te tiene es justo, y está muy de antemano merecido, ¿no te determinarás á huir de la vista y presencia de aquellos cuyos ánimos ofendes? Si tus padres te temieran y aborrecieran, y no los pudieras aplacar por ningun medio, me parece á mi que te irias de su vista á otra parte. Ahora, pues, la patria, que es nuestra madre comun, te aborrece y teme, y ya tiempo há que está en la inteligencia de que tú en nada piensas, sino en su ruina. ¿No respetarás su autoridad, no seguirás su dictámen, no temblarás de su fuerza?.....»

#### DE LA DEFENSA DE MILON.

«Romanos ¡yo he matado! yo he matado, no á Melio que fué sospechoso de aspirar á la monarquía, por que parecia, bajando el precio del trigo á costa de su fortuna, buscar con demasiado cuidado el favor de la multitud; no á Tiberio Graco, que escitó una sedición para destituir á su colega; los que le han dado la muerte han llenado el

mundo entero con la gloria de su nombre. Pero yo he matado al hombre que nuestros romanos mas ilustres han sorprendido en adulterio; al hombre á quien el suplicio podia solamente, segun el juicio del Senado, hacerle espiar nuestros misterios profanados; al hombre que Súcuro ha declarado, bajo la fé del juramento, culpable de incesto con su propia hermana.... Yo he matado al faccioso que, secundado por esclavos armados, arrojó de Roma á un conciudadano que el Senado, que el pueblo romano, que todas las naciones miraban como al salvador de Roma y del imperio; que daba y arrebatava monarquías; que distribuia el universo á merced de sus caprichos; que llenaba el Foro de cadáveres y de sangre; que obligaba por la violencia y por las armas al mas grande de los romanos á encerrarse en su casa; que no conoció jamás freno ni en el crimen ni en el desarreglo; que incendió el templo de las ninfas, á fin de destruir los registros públicos y para no dejar huella del empadronamiento. Si, romanos, aquel que yo he matado no respetaba ni las leyes, ni los títulos, ni las propiedades; se amparaba de las posesiones, no por los pleitos injustos y sentencias sorprendidas á la rigidez de los jueces, sino por la fuerza, marchando con los soldados, banderas desplegadas, á la cabeza de sus tropas; trató de despojar de sus bienes, no diré á los Etruscos, objeto de sus desprecios, sino al mismo Quinto Vario, á este ciudadano respetable, sentado entre nuestros jueces. El corrió los campos y los jardines, seguido de arquitectos y de agrimensores y en la embriaguez de sus esperanzas, no asignaba otros límites á sus dominios que el Janículo y los Alpes. T. Pacuvio, caballero romano, se negó á venderle una isla en el lago Prelio: al instante hizo trasportar allí materiales é instrumentos, y á la vista del propietario, que le miraba desde el otro límite, levantó un edificio sobre un terreno que no era suyo. Una mu-

jer, un niño, no encontraron gracia á sus ojos: Aponio y Escancia fueron amenazados de muerte sino le abandonaban sus jardines. ¡Que digo! Osó declarar á T. Turfanio, si á Turfanio, que si no le daba todo el dinero que le habia pedido, llevaria un cadáver á su casa, á fin de echar sobre este hombre respetable todo el ódio y la acusacion de un asesinato.

¡Y no digais que llevado por la cólera declamo con más pasion que verdad contra un hombre que fué mi enemigo! Sin duda nadie tuvo como yo el derecho de aborrecerle; pero el enemigo comun, y mi cólera personal podía apenas igualar al horror que inspiraba á todos. No es posible espresar, ni aun concebir, á qué punto de maldad ha llegado este mónstruo. Y puesto que se trata aquí de la muerte de Clodio, imaginad, ciudadanos, por qué nuestros pensamientos son libres y nuestra alma puede representarse simples ficciones tan sensibles como los objetos que hieren nuestra vista; imaginad, digo, aun cuando estuviese en mi poder absolver á Milon, bajo la condicion de que Clodio reviva... Y qué, ¡palideceis! ¿Cuáles serian, pues, vuestros terrores si estuviese vivo, puesto que muerto como está, la sola idea de que pueda revivir os llena de espanto?

Los griegos hacen honores divinos á aquellos que mataron á los tiranos. ¿Qué no tengo visto en Atenas y en las otras ciudades de Grecia? ¡Cuántas fiestas instituidas en memoria de estos generosos ciudadanos! ¡Qué himnos! ¡Qué cánticos! El recuerdo, el culto mismo de los pueblos consagran sus nombres á la inmortalidad; y vosotros, léjos de decretar honores al conservador de un tan grande pueblo, al vengador de tantas maldades, ¿sufrireis que se le lleve al suplicio?.....

Existe, si, ciertamente, existe un poder que preside á toda la naturaleza; y si en nuestros cuerpos débiles y frá-giles sentimos un principio activo y pensante que los ani-

ma, ¿cuánto mas una inteligencia soberana debe dirigir los movimientos admirables de este vasto universo? ¿Habrá quien ose ponerlo en duda porque se escape á nuestros sentidos y que no se muestre á nuestras consideraciones? Pero esta alma que está en nosotros, por la que pensamos y preveemos, que me inspira en este momento en que hablo delante de vosotros, ¿nuestra alma tambien no es invisible? ¿Quién sabe cuál es su esencia? ¿Quién puede decir dónde reside? Es, pues, aquel poder eterno á quien nuestro imperio ha debido tantas veces éxitos y prosperidades increíbles; es el que ha destruido y anonadado ese mónstruo y le ha sugerido el pensamiento de irritar por su violencia, y de atacar á mano armada al mas valeroso de los hombres, á fin de que fuese vencido por un ciudadano, cuya derrota le habria asegurado para siempre la licencia y la impunidad. Este grande acontecimiento no ha sido conducido por un consejo humano; no es aun un efecto ordinario de la proteccion de los inmortales.

Los mismos lugares sagrados parecen moverse viendo caer al impío y haber recobrado el derecho de una justa venganza. Os pruebo aqui, ¿colinas sagradas de los Albanos, altares asociados al mismo culto que los nuestros y no menos antiguos que los altares del pueblo romano; vosotros á quienes habia derribado; vosotros en quienes su furor sacrilego habia abatido y destruido los bosques á fin de aplastaros bajo los cimientos de sus locas construcciones! Entonces vuestros dioses han señalado su poder; en tonces vuestra magestad ultrajada por todos sus crímenes se ha manifestado con claridad.

Y tú, dios tutelar del Lacio, gran Júpiter, tú, cuyas leyes habia profanado los bosques y el territorio por las abominaciones y los atentados de toda especie, tu paciencia está en fin agotada. Estais todos vengados, y en vuestra presencia ha sufrido la pena debida á tantas maldades.

Romanos, nada ha hecho aquí la casualidad. Ved en qué lugares Clodio ha empeñado el combate: delante de un templo de la Buena Diosa; si, en presencia de aquella divinidad, cuyo santuario se eleva en el dominio del jóven y virtuoso Sexto Galo, donde el profanador ha recibido aquella herida que debia ser seguida de su muerte cruel, y hemos reconocido que el juicio infame que le habia absuelto otras veces, no habia hecho mas que reservarle á este ruidoso castigo.

Ademas, esta cólera de los dioses con que él ha herido á sus satélites de semejante vértigo, que arrastrando su cuerpo por una plaza manchado de sangre y lodo, le han quemado sin llevar por acompañamiento las imágenes de sus antepasados, sin lamentaciones, ruegos ni canto fúnebre, ni elogio, ni entierro, en una palabra, sin ninguno de esos últimos deberes que aun los enemigos no niegan á sus enemigos. Sin duda el cielo no ha permitido que las imágenes de los ciudadanos mas ilustres honrasen á este execrable parricida, y su cadáver debia ser despedazado en el lugar donde su vida habia sido detestada.

Yo deploraba la suerte del pueblo romano, condenado despues de tanto tiempo á verle impunemente hollar la república. El habia manchado con adulterio los mas santos misterios; abrogado los senado-consultos mas respetables; se habia recatado abiertamente de las manos de los jueces; Tribuno, habia atormentado al Senado, anulado lo que habia hecho, con el consentimiento de todas las órdenes, para la salvacion de la república; él me habia desterrado de mi pátria, habia tomado mis bienes, quemado mi casa, perseguido á mi mujer y á mis hijos, declarado una guerra impía á Pompeyo, muerto alevosamente á los ciudadanos, á los magistrados, reducida á cenizas la casa de mi hermano, devastado la Etruria, desposeido á muchos propietarios... Infatigable en el crimen, prosiguió el curso

de sus atentados. Roma, la Italia, las provincias, las monarquías no eran un teatro bastante vasto para sus proyectos extravagantes...

En cuanto á mí, se despedaza mi corazon, mi alma está penetrada de un dolor mortal cuando oigo estas palabras que cada dia repite Milon delante de mi.—Adios, mis queridos conciudadanos, adios; si para siempre adios! Que ellos vivan en paz, que sean felices; que se cumplan todos sus votos; que esta ciudad se mantenga célebre; esta patria, que siempre me será querida, cualquiera que sea el trato que ella me dé; que mis conciudadanos gocen sin mi puesto que no me es permitido gozar con ellos, de una tranquilidad que, sin embargo, solo á mi me deberán.

Partiré, me alejaré. Sino puedo participar de la felicidad de Roma, no tendré al menos el espectáculo de sus males, y luego que haya encontrado una ciudad donde las leyes y la libertad sean respetadas, allí fijaré mi residencia. ¡Vanos trabajos, añade, esperanzas engañosas, inútiles proyectos! Cuando durante mi tribunado, viendo la república oprimida me adherí enteramente al Senado espirante, á los caballeros romanos desnudos de fuerza y de poder, á los hombres de bien desalentados y oprimidos por las armas de Clodio, ¿podia yo pensar que me veria un dia abandonado por los buenos ciudadanos?

Y tú, ¿por qué me diriges frecuentemente la palabra despues de haberte devuelto á la patria? ¿Debia yo esperar que la patria se cerraria un dia para mi? ¿Qué ha sido del Senado á quien hemos estado constantemente adheridos, de aquellos caballeros, si, de aquellos caballeros fieles á tus intereses? ¿El celo de las ciudades municipales? ¿Aquellas unánimes aclamaciones de toda la Italia? Y tú mismo, Ciceron, ¿qué ha sido de tu voz, de aquella voz saludable á tantos ciudadanos? ¿Es ella impotente para mí solo, que tantas veces he despreciado la muerte por tí?...

Yo os imploro, romanos, que habeis vertido tantas veces vuestra sangre por la patria; bravos centuriones, intrépidos soldados, á vosotros me dirijo en los peligros de un hombre valeroso, de un ciudadano invencible. Estais presentes, ¿qué digo? estais armados para proteger este tribunal, y ¿veríais un héroe tal como él rechazado, desterrado y lanzado lejos de Roma? ¡Qué desgraciado soy! Por el socorro de tus jueces, ¡oh Milon! has podido restablecerme en mi pátria, y no podré con su auxilio mantenerme allí. ¿Qué responderé á mis hijos, que te miran como un segundo padre?...»

### 3.º Terminemos:

Los acontecimientos se precipitan; el triunvirato militar de Craso, Pompeyo y César, postrera salvacion de la república, se fracciona. Craso, que habia tomado el gobierno de Asia, acababa de perder sus legiones y de ser muerto en la guerra contra los Partos. Julia, hija de César, que Pompeyo habia desposado y que era el lazo de union entre estos dos rivales, acababa de morir, llevándose á la tumba su concordia. Milon que habiendo encontrado á Clodie en el camino de su casa, le mató, volvió á ejercer funciones públicas, y el gobierno de la Cilicia. A su vuelta, los males, en vez de disminuir para la república, se multiplicaban y acrecian. César y Pompeyo habian llegado á ser incompatibles; éste se sentía fatigado; aquel pujante y con bríos para todo.

Ciceron quiso reconciliarles; la elocuencia no se ha hecho para los hombres sin corazon, como lo son, por lo comun, los ambiciosos: la palabra más persuasiva del mundo fué pues, impotente para obrar un milagro. *La suerte estaba echada* una

vez pasado el Rubicon, y tras el atrevimiento de César debía venir el término de la república.

Ciceron censura en semejantes momentos la resignacion y apatía de Pompeyo; es halagado por César; pero éste no logra vencer su altivez y su entereza. César entra en Roma sin el auxilio de los consejos del gran orador y lo entrega todo á la violencia y al terror. Ciceron prevé su muerte despues de aquel reto entre él y el acariciado por la fortuna y se decide á huir, llevando á su hija y á su hermano consigo César y Pompeyo deciden por medio de las armas su larga contienda en la llanura de Farsalia.

Tras estos sucesos, que dejamos narrados con más rapidez que Plutarco y Lamartine por ser de todos conocidos, Ciceron decae ciertamente, transige al parecer con la tiranía y pide gracia por sus virtudes al vencedor. Hubo mediadores para este arreglo, que Lamartine califica de deshonroso, pero en el que Ciceron sólo es responsable de haber consentido en él. Perdonable debilidad en un hombre que no podía vivir *sin asfixiarse* léjos de su patria y de su hija Tulia, el delirio, el ensueño más puro de su alma, y á quien acaso se debieran principalmente sus contemplaciones con el César.

Era ya sexagenario Ciceron, y de debilidad en debilidad, despues de haber repudiado á su mujer Terencia; de casarse con una jóven, pupila suya; de perder á su hija, de separarse de su esposa por celos, se oculta, y es estónces cuando escribe sus trabajos mas admirables.

Lo que hace el mayor elogio del orador romano es que sus amigos no se atrevieran á confiarle la trama urdida para asesinar al César. Cuando supo



la trágica muerte del déspota, no ocultó su alegría; le pesaba sin duda, no la amistad, si no la condescendencia del tirano.

La muerte del César no fué, como se creyó, la hora del restablecimiento de la libertad perdida. Antonio, enemigo de Ciceron, se erigió en árbitro de la república en union de Lépido, y amenazó al orador por medio de sus sicarios. Ciceron se refugió entónces en Calabria, donde Bruto y Casio le informaron de que Roma le necesitaba y le pedia con insistencia, y se acercó á Roma. Los ciudadanos se precipitaron á su paso como á la vuelta de su primer destierro.

La estrella de Antonio se extinguía y comenzaba á brillar la de Octavio, hijo de una sobrina del gran César y declarado por éste su sucesor en su testamento: Ciceron se unió á Octavio, y su resolución fué mas útil á su causa que un ejército numeroso.

Vencido Antonio, pero rehecho despues de su derrota, penetra en Italia al frente de un ejército de cien mil hombres para disputar á Octavio el poder; Ciceron pronuncia entónces sus *Filípicas* contra Antonio, arrastra en favor de su causa al Senado y al pueblo, y miéntras Octavio encuentra preferible dividir el imperio que juzgarlo en batalla dudosa.

Cerca de Bolonia, en una isla formada por el rio Reno, se decide para siempre la suerte de la república y la de Ciceron. Este pierde el tiempo en discutir con sus amigos cuál debia ser su postrera resolución, y entre tanto se aproximan á Roma los sicarios de Antonio. Se aleja por fin de Túsculo y se encierra en su casa de Astora, en la playa del

mar de Nápoles, donde su hermano, su sobrina, sus libertos y esclavos le deciden á partir de nuevo, en vez de esperar, como se proponia, los acontecimientos y la muerte, si tal era su destino. Sale, en efecto, y en el camino temiendo la indigencia á que puede verse expuesto en el destierro confía á su hermano Quinto el encargo de volver á Ancio á proporcionarse dinero, mientras se encamina y se propone esperarle en su poético retiro de Gaeta. La despedida expresiva y tierna de los hermanos parece ser el presentimiento de su eterna separacion.

Aquel incidente perdió al orador romano. Quinto y su hijo, no bien llegaron secretamente a Ancio para cumplir la órden de Ciceron, fueron delatados y muertos por el solo crimen de su nombre. Presto llegaron á Gaeta tan infaustas nuevas, y Ciceron dudó si huir ó presentarse en Roma. Salió de su casa á ruegos de sus libertos y esclavos, volviendo á regresar la noche del mismo dia. Funes-tos augurios atemorizan á su leal servidumbre, que le ruega parta sin dilacion: se arrojan á sus piés, dice Lamartine, traduciendo elegantemente á Plutarco, le hacen una dulce violencia, le fuerzan á que vuelva á montar en su litera, y le llevan por sendas apartadas y sombrías hácia la ribera, donde aguardaba anclada una galera.

Apénas habian andado algunos pasos, cuando un peloton de soldados mandados por el centurion Herenio y el tribuno Popilio, dos de esos jefes de bandas que prestan su espada á todos los crímenes y que no tienen otro partido que el del que mejor les paga, llegan silenciosos á los muros de su cosa por el lado de tierra, y hallando cerradas las puer-

tas, las rompen y se precipitan dentro. Uno de estos jefes, Pompilio, habia sido defendido y salvado por Ciceron en una causa de parricidio... Otro traidor, hijo de un liberto de su hermano, hace señas á los perseguidores del sitio por donde habia escapado su patrono y su segundo padre. Herenio, Popilio y los suyos se lanzan en su busca, le alcanzan; Ciceron les economiza con su valor mucho tiempo; sale de su litera y les presenta su cuello, que Herenio siega con su espada, llevando acto seguido su cabeza á Antonio, en ocasion que éste presidia la junta del pueblo para la eleccion de las nuevas magistraturas.

—¡Basta de procripciones!—esclama el tirano al ver la ensangrentada cabeza del orador romano.

Y manda que la coloquen entre sus manos en la tribuna de las arengas.

Despues de este tremendo ejemplo, Fulvia, mujer de Antonio, hizo que la llevasen la cabeza de Ciceron; la recibió con alegría, la puso sobre sus rodillas, la abofeteó, sacó la lengua fuera de los labios y la atravesó con una larga aguja de oro que sujetaba el cabello de las matronas romanas. «Semejante á las Furias, de que era imágen, dice Lamartine, prolongó el suplicio mas allá de la muerte, no solo para deshonra eterna de su sexo; sino para verguenza y del pueblo romano.»

## CONCLUSION,

---

Nos sentimos sin alientos, sin fuerzas bastantes para proseguir y alargar mas estos estudios.

La decadencia se halla siempre inmediata á la perfeccion, y esta ley providencial en la historia se cumple siempre para humillar la altivez y la soberbia humana.

Ciceron es la postrera figura de la elocuencia política y forense en Roma.

Las guerras civiles, la corrupcion de las costumbres en los últimos dias de la república, la nueva organizacion política, el imperio y las magistraturas que se reasumen en el Príncipe; la abolicion tácita de la facultad de legislar el pueblo acordada la estincion de los comicios, la desaparicion de los tribunos, la diversa forma dada al gobierno de las provincias, la pérdida del derecho de acusacion por la aparicion del ministerio público, magistratura creada en tiempo de Nerva y Trajano, fueron, entre otras, las principales causas de la decadencia de la oratoria, viéndose obligados los jurisconsultos á dedicarse al estudio teórico-práctico de la ley, á escribir en lugar de hablar.

No fué ya desde entonces la *palabra* el escabel seguro de los ambiciosos en Roma, y las magistraturas en vez de otorgarse á los mas elocuentes comenzaron á ser dádiva del favor imperial, del voto de las legiones, ó el premio del valor ganado al frente de las guardias pretorianas.

«Todo cuanto pudo competir, dice Séneca, y aun disputar la elocuencia romana á la soberbia Grecia todo se halló en tiempo de Ciceron.» Con su muerte, puede decirse que termina, en efecto la historia de la oratoria en la antigüedad; y la última, la postrera página de esa historia guarda el nombre de Ciceron como testimonio de su grandeza.

Pronosticado esto por el orador romano bien pronto se realizan sus temores, y la palabra se coloca al servicio de la tiranía despues de haber sido el valuarte de la libertad.

En Roma tiene su origen la corrupcion de la elocuencia, y de allí parte é irradia á las demas provincias; la escuela de los declamadores, á semejanza de lo que tuvo lugar en Grecia, se enseñoorea é inventando un enojoso código para la educacion oratoria se hace maestra de las mas pomposas miserias.

Todos, casi todos, aceptan las rígidas y minuciosas prescripciones que embarazan sobremanera la libre y espontánea manifestacion de las ideas en la tribuna ó el foro, y mas atentos al rigorismo de las formas que al estudio de los misteriosos resortes que conmueven el corazon humano, y atraen al auditorio, vulgarizan, estragan y corrompen su gusto los oradores con afeminadas y estudiadas maneras, con limadas y pulidas frases, espresion las mas veces de un servilismo repugnante, de una

adulacion que, así empaña la magestad del monarca, como trastorna y engrie á los que la emplean.

La oratoria no fué ya como en otro tiempo *arte sublime*, sino *oficio servil*, cuyos primeros rudimentos exigian y demandaban el sacrificio de la independencia, de la libertad y del decoro.

Los recuerdos de aquella gran nacion cuya vida se estinguia no debian evocarse jamás; nadie se atrevia osado á levantar el manto de oro con que se disfraza siempre la pequeñez y la bajeza humana justificando el adagio griego: *talis hominibus fuit oratio qualis vita*.

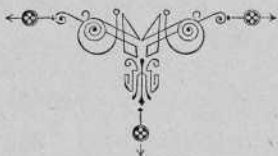
Al vigor y la energia de la palabra sucede el ruido y el estrépito de los festines, la molicie, el fausto, la opulencia se generalizan, y no hemos de citar aqui los nombres de los que contribuyen á la ruina del gran arte que hemos procurado historiar.

Que fuese uno ù otro retórico, este ó aquel declamador insigne el primero que usara de refinados conceptos y amaneradas formas ¿á qué conduce? Mecenas, Asinio Polion, su hijo Julio, Galion, Casio Severo, Aurelio, Ovidio, Cestio, Mesala y otros se dice que contribuyeron mas aun que motivaron la caida de la elocuencia, no: las causas eran de mayor importancia y trascendencia. Plineo, Fronton, Tácito, Quintiliano, Séneca y Juvenal censuran con toda la fuerza de su talento los defectos de sus contemporáneos y no aciertan á librarse de ellos, y el famoso panegírico de Trajano, último destello de la oratoria romana nos parece tanto mejor por que en él se hacen grandes esfuerzos para apartarse del mal gusto que dominaba en todas partes.

Roma despues de Ciceron, como Atenas despues

de Demóstenes, ve eclipsarse para siempre la elocuencia que tan grande la habia hecho en los dias de la república.

Su mision estaba cumplida; la hora habia sonado; el mundo iba á ser testigo de nuevas maravillas. La civilizacion antigua termina con la aparicion del cristianismo cuya influencia en la oratoria procuramos examinar de una manera detenida y concienzuda hace muchos años.







# ÍNDICE.



Pág.

Introduccion. . . . .	7
-----------------------	---

## PARTE PRIMERA.—ORADORES GRIEGOS.

CAPÍTULO PRIMERO. El Oriente.—Nacimiento del arte oratorio.—Grecia.—Atenas.—Causas generales del gran desarrollo de la palabra artistica en la antigüedad. . . . .	25
CAP. II. Primer aspecto bajo el cual se nos ofrece en la historia la palabra como elemento consciente é ilustrado de persuasion.—Solon y Pisistrato.—Elocuencia militar.—Retóricos y sophistas. . . . .	46
CAP. III. Segunda época de la elocuencia griega.—Pericles: trozos más notables de Plutarco acerca del mismo.—Oracion fúnebre en elogio de los héroes muertos en campaña. . . . .	65
CAP. IV. Nuevas causas del engrandecimiento de la palabra artistica.—Personajes ilustres.—Reflexiones.—Lysias: Ixeo: Licurgo: Hyperides. . . . .	78
CAP. V. Isócrates: opiniones y juicios críticos: sus trabajos oratorios.—Apogeo de la elocuencia griega.—Demóstenes y Esquines. . . . .	90

CAP. VI. Esquines: Datos biográficos.—Acusación contra Timarco.—Defensa contra Demóstenes.—Reflesiones. . . . .	102
CAP. VII. Demóstenes: Ideas generales.—Conceptos de apreciación.—Justificación de los mismos: opiniones y juicios críticos. . . . .	112
CAP. VIII. Luchas judiciales entre Esquines y Demóstenes.—Discurso de Esquines.—Idem de Demóstenes.—Reflesiones. . . . .	136
CAP. IX. Últimos oradores de la segunda época de la elocuencia griega: Dinarco, Démades, Focion, Efigrates, Isócrates Apoliniata.—Reflesiones generales.—Tercera época de la elocuencia griega. . . . .	150

## PARTE SEGUNDA.—ORADORES ROMANOS.

---

CAPÍTULO PRIMERO. Idea general de la cultura y la civilización romana.—División histórica de la palabra en Roma.—La elocuencia forense en la antigüedad y principalmente en Roma.—Fisonomía especial de la elocuencia.—Corolario. . . . .	166
CAP. II. Vacío que nos ofrece Roma en sus primeros siglos por lo que hace á la elocuencia.—Épocas de espontaneidad, de reflexión y de estudio: nombres que las representan.—Época primera de la elocuencia romana: Catón, Scipión, Emiliano, Tiberio y Cayo Graco. . . . .	178
CAP. III. Segundo grupo de oradores pertenecientes á la primera época de la elocuencia ro-	

mana: Antonio, Crasso, Cotta y Sulpicio.—Jurisconsultos.—Segunda época de la elocuencia romana: César, M. Bruto y Hortensio. . . . .	192
CAP. IV. Ciceron: concepto altísimo que nos merece.—Juicios comparativos entre Demóstenes y Ciceron: particularidad que los distingue.—Datos biográficos. . . . .	210
CAP. V. Elocuencia ciceroniana.—Ciceron orador forense.—Estudios críticos y apreciaciones. . . . .	232
CAP. VI. Ciceron orador político.—Escritor didáctico, poeta, filósofo y pensador. . . . .	253
CAP. VII. Cartas y discursos.—Fragmentos. Nuevos datos biográficos.—Conclusion. . . . .	

The following is a list of the names of the persons who were present at the meeting held on the 15th day of October, 1881, at the residence of the undersigned, at the corner of the 1st and 2nd streets, in the city of New York.

1. Mr. J. M. Smith  
2. Mr. J. B. Jones  
3. Mr. W. H. Brown  
4. Mr. C. D. White  
5. Mr. E. F. Green  
6. Mr. G. H. Black  
7. Mr. I. K. Grey  
8. Mr. L. M. Blue  
9. Mr. N. O. Red  
10. Mr. P. Q. Purple  
11. Mr. R. S. Yellow  
12. Mr. T. U. Orange  
13. Mr. V. W. Pink  
14. Mr. X. Y. Green  
15. Mr. Z. A. Blue

## ERRATAS MAS NOTABLES.

~~~~~

| Pág. | Lineas.  | Dice.                                    | Debe decir.                      |
|------|----------|------------------------------------------|----------------------------------|
| 9    | 22       | nueva                                    | mera                             |
| 10   | 12       | impresion                                | espresion                        |
| 16   | 23       | á la verdad                              | ; la verdad                      |
| 40   | 26       | esplendor es                             | esplendor y es                   |
| 58   | 28       | de muchas                                | de otras                         |
| 102  | 6        | nos vamos á                              | vamos á                          |
| 103  | 10       | pronto el                                | el                               |
| 107  | 11 y 12  | »                                        | únanse                           |
| 113  | 24       | de que son                               | de que somos                     |
| 129  | 26       | cielo                                    | ciclo                            |
| 150  | epigrafe | Sócrates                                 | Ysócrates                        |
| 152  | 10       | nadie                                    | nada                             |
| 157  | 21       | contribuido podero-<br>samente á influir | influido tan pode-<br>rosa mente |
| 200  | 25       | graduacion                               | gradacion                        |
| 210  | epigrafe | Parcialidad                              | Particularidad                   |
| 270  | id.      | bibliograficos                           | biográficos                      |















BR

GI

GR

MUS  
VALL  
7  
BIB



LA VOY Y TOME

LOS

ANDRES ORADON

DE

TECLA Y ROY

MUSEO DE VALLADOLID

7886

BIBLIOTECA

